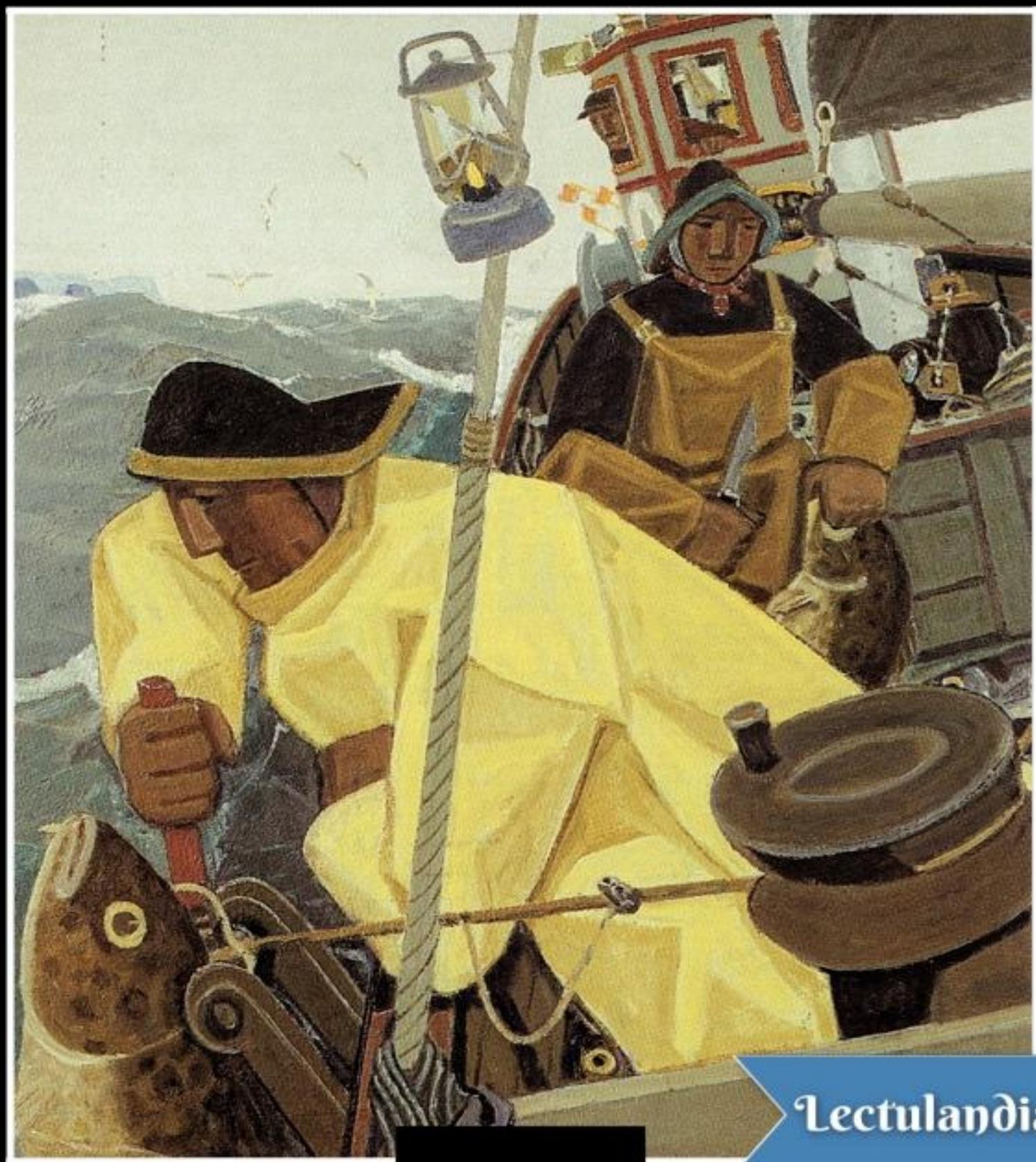


# Gudbergur Bergsson

## LA MAGIA DE LA NIÑEZ



Lectulandia

De la misma manera que algunos escritores «van a la guerra para poder escribir sobre ella», así regresa el autor a la casa de su niñez en Grindavík, un pequeño pueblo pesquero islandés. Y el retorno a los escenarios del pasado se convierte en un fascinante viaje al mundo mítico y mágico de una infancia peculiar, en la que imperan las misteriosas figuras del padre (un ser distante que construyó con sus manos un hogar que nunca sintió como suyo) y de la madre (a quien, a su vez, privaron de infancia). De este modo, el lector se sumerge de lleno en la vida de una remota comunidad a finales de los años treinta, marcada por las penurias cotidianas y las decisiones a veces trágicas. Allí, sólo la reacción serena de los adultos aporta seguridad frente a un clima despiadado y un mar amenazador, y la rutina se rompe con las fiestas navideñas o la insólita presencia de soldados británicos durante la segunda guerra mundial. Cuando el lector cierre este libro, Islandia y sus gentes ya nunca serán lo mismo.

**Lectulandia**

Guðbergur Bergsson

# **La magia de la niñez**

ePub r1.0

Titivillus 27.11.17

Título original: *Faðir og móðir og dulmagn bernskunnar*  
Guðbergur Bergsson, 1997  
Traducción: Enrique Bernárdez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Primera parte

*La literatura no es verdadera porque el asunto de que trata haya sucedido realmente y la obra sea su descripción exacta, ni porque lo narrado coincida con las ideas al uso sobre qué es la verdad, sino que puede llegar a contener una pizca de verdad siempre que esa obra esté compuesta a partir de los deseos y el talento del autor como testimonio de lo que él mismo considera verdadero.*

*Estrictamente, las biografías no existen, porque pocas cosas hay que se pierdan tan irremisiblemente como la vida de un ser humano, de modo que sólo es posible trasladar al papel el deseo de conservar en palabras un mínimo hálito de esa vida.*

*Los hechos, además, suceden sólo una vez en la vida, pero pueden repetirse una y otra vez, en formas distintas y variables, en la mente de uno mismo o en la de quienes han oído hablar de ellos.*

*Esta obra es históricamente inexacta. Su única pretensión es que de algún modo pueda resultar verdadera para el autor en lo referente a los sentimientos que en ella se plasman. Por ese motivo, ésta es una bionovela.*

# Capítulo primero

## En la casa paterna

Estoy en la habitación de mi madre, pero no como el hombre aquel que ya dijo casi lo mismo en un libro. Mi madre no tenía ni casa ni habitación ni nada que fuera exclusivamente suyo. He regresado, en cambio, a la casa que perteneció a mis padres. Sé muy bien cómo y por qué. No he obedecido a ninguna fuerza misteriosa, ni a un sueño, ni a la literatura, sino que he venido por decisión propia y con intenciones bien definidas; llegué ayer por la tarde en el coche de línea que antes llegaba a las ocho, y ahora a las siete menos cuarto.

Había empezado a oscurecer. Casi al mismo tiempo que subía la escalera y entraba por la puerta de la casa noté una calma y una tranquilidad extrañas, como surgidas de mis propias raíces, al tiempo que me invadía cierto sopor. Me costaba mantenerme en pie, así que me fui a dormir pronto.

La cama estaba en el mismo sitio que había ocupado el diván, de modo que, cuando me acosté y me cubrí con el edredón, quedé con la cabeza hacia el este y los pies hacia el oeste, más o menos como durante mi infancia, si bien ya no tenía por encima un techo abuhardillado y empapelado. En mi opinión, es buenísimo para inducir el sueño. Ya antes de tumbarme a descansar, era evidente no sólo que el cuerpo notaría que estaba recuperando una posición perdida, sino que la mente vería con claridad, al despertar por la mañana, que había gozado de aquel sueño perdido y vivificante que había echado en falta durante años, y todo parecía suspirar de alegría y alivio. De modo que el sueño no habita ni en su propia vida interior ni en las complejidades de los sentimientos disfrazados de sueños, sino que más bien depende de la postura del cuerpo en el lecho de nuestra infancia, de la dirección a la que apuntan los pies o la cabeza.

Ha comenzado el otoño. Esta vez he venido porque le he comprado la casa a mi padre para que no terminara vendiéndola en el mercado libre, con lo que habría acabado en manos de otros, quizá de unos desconocidos. No quería cargar sobre mi conciencia durante el resto de mi vida el no poder conservar nada más que el recuerdo de las historias de mi vida y sus avatares. Estoy aquí para recordar a mis padres en palabras escritas, y más de una vez he pensado:

¿Por qué no intento regresar a mi casa del pueblo en más de un sentido? Por ejemplo, para tratar de componer una obra independiente que pudiera considerarse como un paralelo de lo vivido, algo mucho más difícil que cualquier asunto relacionado con la economía.

Al principio notaba cierta aprensión a no encontrarme a gusto en la casa, a que no me sirviera para vivir una vez desaparecidos mis padres. Hace mucho tiempo que me fui de casa y dejé la comarca, de modo que ya no conozco a casi nadie, y por eso realmente no los he echado de menos. Así, nada me impedirá trabajar en mi obra y tendré las manos más libres. No pretendo recuperar nada ni crear equivalencias. Hasta ahora me ha bastado con conservar en la memoria los lugares de mi infancia,

de forma un tanto vaga, y con venir aquí cada cierto tiempo, cuando mis padres residían en este lugar, y después sólo ocasionalmente, en especial cuando moría algún pariente próximo a quien presentaba mis respetos asistiendo a su entierro. Es absurdo, lo sé, sólo a los vivos hay que presentarles los respetos, no a los difuntos; sin embargo, sigo la costumbre. No es más que una formalidad. Una y otra vez, en los entierros, en lugar de escuchar con gesto apenado el panegírico del cura, me pongo a mirar a mi alrededor con curiosidad al resto de los asistentes a la ceremonia para comprobar si estudiando el perfil de sus caras sería capaz de reencontrar aquel gesto tranquilo e inteligente de las personas a las que conocía de vista cuando era niño. Rara vez sucedía, y pensaba con burla llena de remordimiento:

Creo que la grasa es el mejor aislante para el futuro de mi patria.

Antes de regresar a esta casa, temía no poder conciliar el sueño en ella porque pensaba que acudirían a mí, quizá no tanto pensamientos exactamente desagradables, pero sí recuerdos demasiado vulgares, que me mantendrían despierto o que despertarían en mí ese insomnio inmotivado que nace de la necesidad humana de tener preocupaciones y padecer ansiedad. En realidad no es la intranquilidad lo que caracteriza a ese tipo de insomnio, sino algo que podríamos llamar ideas, y quizá no se trate más que del ronroneo del alma que ha acompañado siempre al hombre desde los tiempos más remotos, la susurrante angustia vital. De ella y de la depresión brota la necesidad del arte, esa fuerza incomprensible que permite elevarse por encima de las cargas del ánimo y de la angustia hacia la luz vital que la gente llama a veces inspiración. No ocurrió así. Porque decidí que no habría de ser así, y quedó de manifiesto que la sucesión de la vigilia y el sueño se ajustaba a un horario, lo que tal vez no deba sorprendernos, porque el novelista tiende a buscar una vida ordenada y sometida a reglas y horarios estrictos; es para él una necesidad práctica. La vida es esa dimensión infinita que no podemos abarcar, pero lo que denominamos novela es una dimensión comprimida que el autor emplaza en una cantidad determinada de páginas.

Ahora mismo estoy en lo que llamábamos «la buhardilla». En principio, las casas de dos pisos tienen solamente «arriba y abajo», y aquí, durante mucho tiempo, estuvimos viviendo sólo abajo. La buhardilla es un espacio abierto, cuya zona habitable es pequeña y corresponde aproximadamente al mismo espacio en el que me entretenía enredando ensimismado cuando era niño y aún no se había amueblado la mayor parte de la casa. Aquí hacía frío; en este momento hace calor, pero fuera el clima sigue siendo el mismo, por supuesto, y el viento azota el tejado, la lluvia retumba en las ventanas y la casa cruje como antaño. En este lugar sopla siempre un constante vendaval. Pero cuando hace buen tiempo, en ningún sitio se está mejor que aquí. Lo sé porque he vivido en diversas partes del mundo, me he tumbado plácidamente al sol, he soportado tempestades y he sobrellevado un sinfín de condiciones atmosféricas intermedias. Da igual adónde vaya, en todas partes me siento como en casa; pero, por descontado, he nacido en un único lugar y en él me he

criado, y su clima y su gente son los que me han moldeado. Sé que el buen tiempo no es mejor aquí que en otros sitios, aunque sí mucho menos frecuente, lo que puede inclinar la balanza en lo que al clima se refiere. Uno se siente agradecido cada vez que no hay tormenta ni lluvia, de modo que disfruta más del tiempo tolerable aquí que del tiempo magnífico en cualquier otra parte. Por lo demás, el clima me influye poco, casi se limita a señalarme el tiempo que hace a mi alrededor, y me alegro de que aún no se sepa cómo dominar el tiempo atmosférico, de que ni el intelecto ni la sabiduría de científicos y meteorólogos puedan domarlo, de que no logren imponerse las ideas modernas acerca de cómo debería ser, que acabarían llevando a manipular las tormentas y los chubascos de esta comarca. El clima vive en buena manera dentro del alma, así como nuestra forma de reaccionar ante él.

En este mismo momento siguen llegando rachas de viento y me siento seguro al escuchar los envites de la galerna contra la madera de la casa. Con una tempestad como ésta es cuando mi sueño se hace más profundo. Sin duda, escogí la seguridad que se siente con los padres y que emana de ellos con mayor intensidad cuando hace mal tiempo que cuando hace bueno; si los niños tienen miedo es de algún modo por algo que hay en sus padres, no por el viento o los caprichos de la naturaleza. Pero quizás era así porque cuando hacía mal tiempo las traineras nunca salían a la mar y mi padre se quedaba en casa, y los padres infunden tranquilidad a los niños. Yo escuchaba el estruendo del tejado en medio de la oscuridad y de los sueños. Con ello me tranquilizaba debajo del edredón, y espero que ahora suceda lo mismo, aunque la tormenta y el viento se hayan llevado ya casi toda la vida y aunque dentro de poco tanto mi padre como mi madre yacerán bajo tierra.

Mi madre lleva nueve años enterrada; mi padre vive aún pero se ha marchado a su pueblo, en la península de Snæfellsnes, el lugar donde nació y al que siempre llamó su hogar mientras vivía aquí. Más exactamente, nació en una granja que quedaba a las afueras del pueblo. Sea como sea, ahora él está en su pueblo y yo en el mío.

Sus parientes próximos y lejanos y sus amigos de la infancia murieron hace tiempo, de modo que si volvió a su casa no fue para verlos ni porque deseara pasar sus últimos años entre difuntos, aunque en privado me dijo:

—Sólo desde que regresé a los lugares de mi niñez he vuelto a encontrarme en sueños con los muertos. Estuve hablando con mi padre y mi madre adoptivos, y nos llevábamos bien. Ella seguía usando el delantal de rayas.

—Eso no es un sueño sino el nacimiento de la poesía —repuse yo.

—No —replicó—. Pero cuanto más tiempo vivo en la residencia de ancianos más raramente me encuentro con los difuntos. Ahora ya se me han muerto todos en los sueños. Ya no sueño con los muertos, pero pienso mucho más en ellos.

A mí aquello me parecía natural, porque donde acaba la poesía empieza la reflexión.

—Me he dado cuenta —continuó sin escucharme— de que, pese a todo, mi padre adoptivo sigue sin caerme bien.

—¿Es mejor, entonces, soñar que pensar en la gente, para descubrir sus buenas cualidades? —pregunté.

—A juzgar por mi experiencia, así es —respondió.

—Entonces nunca pensaré en ti cuando hayas muerto, sino que me dedicaré a recordarte con la literatura —dije.

Mi padre se echó a reír. Es inteligente y le gustan las indirectas. Sin embargo, sospecho que no buscaba recuerdos ni perder sus últimos años en el lugar donde había crecido con ellos, sino componer algo dentro de su mente, algo parecido a lo que habían sido los sucesos reales, porque él sabe tan bien como yo que los recuerdos mueren poco a poco, y tanto más cuanto más cerca de sus orígenes viva uno. Al regresar se inflaman y luego se enfrían igual que el fuego, con la diferencia de que se pueden mantener vivas las llamas, pero no las de aquellos recuerdos, sino las de los que arden casi con su propia llama independiente dentro de uno mismo. Mi padre no es tonto y sabe que lo mejor para despertar los recuerdos es la distancia, y que nos libraremos de ellos al regresar. No volvió allí para buscarlos, no fue allí para pensar, sino para tener ante sus ojos todos los días, en su casa de verdad, una montaña, el Kirkjufell, que durante tanto tiempo sólo había podido ver en el mundo de sus pensamientos.

Mi padre necesita tocarlo todo para comprobar su robustez y su calidad, como hacía con la madera de construcción. Durante años, esa montaña fue la madera que llevaba siempre en la mente. Ahora prefiere tenerla ante los ojos en vez de en la cabeza. No lo sé con certeza, seguro que él tampoco lo sabe, pero recuerdo que nunca hablaba mucho rato sobre un mismo tema sin que poco a poco empezara a salir a colación su montaña. Venía haciéndolo desde hacía tanto tiempo que era algo que todos sabían. Una vez le enseñó un trozo de madera al hermano de mi madre, hizo que lo mirara con atención y dijo:

—Huélelo bien.

Él aspiró profundamente, sintió el aroma, suspiró y mi padre preguntó, presuntuoso:

—¿De dónde crees que era este árbol, dónde pudo crecer este rosal?

Mi tío no tuvo que pensárselo dos veces; se alegró de poder darle a papá una respuesta inmediata, y respondió con aplomo y alegría:

—¿No será de Grundafjörður, a la sombra del Kirkjufell?

Lejos de alegrarse, papá se convenció de que era un idiota, porque en su montaña crece el tomillo pero no los rosales, que huelen mejor. No supo valorar que un pariente de mi madre pretendiera agrandar al exiliado haciendo que los rosales crecieran en el lugar donde se había criado.

Como tantos hombres dedicados a trabajos penosos, mi padre concedía especial valor a los argumentos materiales; para él, materia y espíritu eran dos cosas distintas, pero, además, como convenía a su forma de ser, siempre que hacía falta disfrutaba con lo ilógico. En general mantenía ambas cosas nítidamente separadas y no las

confundía, excepto en lo tocante a su fe ciega en la veracidad de las sagas islandesas. Por eso decía que, si acaso un día se dignaba leer la *Saga de los habitantes de Eyr*, no se podría confiar demasiado en la capacidad de juicio de mi tío, puesto que era capaz de decir semejante cosa sobre los rosales. Seguramente se le ocurriría mantener, dado que era chófer y lo veía todo, incluso a sí mismo, desde el asiento del conductor, que no podía ser cierto eso de que unos *berserk* habían abierto el camino que cruza el llamado Malpaís de los Berserk,<sup>[1]</sup> sin utilizar excavadoras, mucho antes de que se inventaran tales máquinas. Pensé para mis adentros: «Así se le agradece a un inocente su deseo de alegrar a un simple al creer que una aromática madera de rosal pueda crecer en los lugares donde éste pasó su niñez».

Mi padre buscaba la montaña que nunca había abandonado en sus visiones interiores. Rara vez buscamos otra cosa que aquello que no tenemos necesidad de encontrar, pues de alguna forma está ante nuestros ojos aunque no acabe de satisfacernos del todo, de manera que yo también busco lo que nunca he perdido. Busco historias que sé que no son como deben ser, pues nunca las he perdido ni las he cambiado por otras, es preciso sacarlas de su materia originalmente abstracta y revestirlas del ropaje artificial de la lengua.

La naturaleza de un novelista le permite encontrar material y ver historias dondequiera que mire, igual que quien cree en la ubicuidad de Dios nunca tiene que ir a la iglesia para encontrarse con él. No es necesario ir a las tierras del relato en busca de historias; por más incompetente que uno sea, hasta un ciego puede ver historias a simple vista: por muy perdido que uno esté en la vida, ya se halla en las tierras del relato. Por eso había podido mantenerme alejado de los lugares de mi niñez, pero decidí aprovechar la oportunidad para visitar esta casa casi todos los días de fiesta e ir pescando una historia tras otra en las atronadoras aguas de las tormentas.

Mi padre no quería que volviera, ni venderme nada, ni siquiera el sótano, que era tan pequeño que para dormir en él había que dejar los pies fuera.

—Todos deben tener el mismo derecho a vivir en esta casa —alegó.

Es probable que en este asunto se hubiera visto influido por la situación del mercado inmobiliario del momento; o por algo peor, lo que duerme en lo más hondo del alma de un padre y sale disparado inesperadamente hacia la superficie. Pocas personas mayores son capaces de ocultarse a sí mismas su auténtica naturaleza, a menos que hayan perdido la memoria o se hayan dedicado desde los primeros años de vida a practicar el disimulo, a cambiar sin cesar de opinión, a hacerse impredecibles como los dictadores, a fin de que nadie conceda importancia a sus palabras ni a su decisión de apartarse por completo del mundo. Este deseo es muy acuciante en los ancianos. A menudo empieza por ser una simple forma de autodefensa de quien se ha pasado la vida albergando remordimientos por su conducta y teme que la siguiente generación le eche en cara algo que en su vejez pueda resultar inaceptable, cuando ya esté totalmente indefenso y llegue el momento de saldar deudas, y entonces le pidan explicaciones por las acciones que cometió cuando estaba en la flor de la vida y era

dueño de su destino. El anciano está siempre a la defensiva, y para ocultar su temor hace como que no recuerda nada, o bien se dedica a disimular.

—Una casa como ésta hay que vendérsela a los trabajadores en el mercado libre, quizás a matrimonios con muchos hijos o a alguien que no tenga un techo sobre su cabeza pero que pague en efectivo, o regalársela a los pobres —decía a veces, con excitación y generosidad desacostumbradas.

En este asunto era como un muchacho que se muestra dispuesto a entregarse a los demás pero que no acepta ayudar en casa porque proporciona mucha mayor fama hacer favores a otros que a la propia madre; esto último se da por supuesto, de ahí que no reporte gloria alguna. La mujer que no sea pariente suya, en cambio, colmará de alabanzas sin cuento a ese chico tan generoso y lo hará popular entre las demás mujeres por su bondad, aunque la madre no tenga más remedio que ocultar la desidia con que la trata, o acabe mintiendo y sumándose a las alabanzas, gracias a lo cual ascenderá puestos en la lista de popularidad, hasta que él mismo acabe por creérselo y se convierta en un caradura para el resto de su vida, si bien conservando para siempre el prestigio que le dispensa lo que hace por los demás, por mucho que no lo haga por el bien de éstos sino sólo en beneficio propio. El anciano sabe por experiencia propia que toda popularidad obedece a unas reglas idénticas. No hay anciano que no sea un artista en su propio terreno, el de ser anciano.

Si mi padre hubiera sido un personaje positivo de alguna novela didáctica de principios de siglo, de las que se dirigían a quienes hallan placer en engañarse a sí mismos para así poder creerse justos y buenos, el autor lo habría presentado como un viejo idealista y habría escrito: «El rostro del anciano se iluminaba al pronunciar de todo corazón tan nobles palabras, y sus manos cedían generosas sus bienes a las madres pobres y a otros seres desamparados. Sus ojos centelleaban, las palabras se encendían con una mezcla de convicción y generosidad hacia las gentes trabajadoras a quienes Dios había concedido gran copia de descendientes con su infinita magnanimidad; de ahí que hubiera dicho a su propio hijo: “Esta casa jamás será tuya; está destinada a aquellas mujeres que llevan siempre junto a su pecho a un niño que llora”».

Le escuché sumiso, como deben hacer los hijos con sus padres según manda la religión cristiana, pero, a pesar de todo, osé darme el gusto de pensar, porque nunca le dejé que me privara de mi capacidad de raciocinio: «Vaya, de modo que ésas tenemos. Pues sí que está excitado el viejo, pero espera, antes o después se le pasará y, tal como sopla el viento, dentro de poco irá en dirección contraria, mejor no prestar demasiada atención al clima ni a la forma de pensar de los islandeses».

Puede decirse, en alabanza de esa forma de pensar, que, si uno acierta a callar en los momentos adecuados, puede incluso liberarlo de sus padres, que es lo más difícil que existe. Suspiré desde lo más hondo y seguí escuchando a mi padre por puro deseo de ser tolerante, aunque algo hartado ya. Es posible que haya vivido tanto tiempo con otras gentes que el carácter islandés más castizo haya acabado por desagradarme; en

realidad, me ha resultado siempre bastante cansino y a duras penas imitable, y siempre he creído que no tiene demasiado futuro: su derrota es segura. Ciertamente, todo dependerá de si las condiciones generales y nosotros mismos somos capaces de cambiar esa forma de ser para adecuarla sin perder el carácter nacional y su idiosincrasia.

—En mi opinión, el valor de una casa siempre viene determinado por la demanda y la capacidad de pago de la gente —añadió mi padre con renovada convicción, como un vendedor inmobiliario novato.

«El espíritu de los tiempos se le ha metido en los huesos, a la vejez viruelas, un hombre que siempre se esforzó por seguir sus propias sendas en el trato con el prójimo y que ahora prefiere servir a los demás», me atreví a pensar.

No habría podido creer que nadie, salvo los profetas del marketing, fuera capaz de sostener semejante idea, si no hubiera estado viéndolo tumbado allí, como siempre, en un estrecho sofá, con la cabeza sobre un almohadón y bajo un tapiz barato que colgaba de la pared y que, dicho en palabras suaves, no era nada artístico, sino feo y hortera, con unos renos grises repugnantes en medio de lo que sin lugar a dudas era un bosque alemán.

Sostuvo su argumento citando a la asistenta, una mujer tremendamente honrada que le había comentado con toda sinceridad que quizás ella misma podría pensar en comprar la casa; no era avariciosa ni egoísta y se las había apañado para salir adelante la mar de bien en la vida gracias a su laboriosidad, él lo sabía mejor que nadie, pero sería para su hija y su nuera. Le había dicho que la hija podía ocupar la buhardilla y su nuera el piso de abajo. Las dos tenían el mismo número de criaturas, niñas en su mayoría, y considerables problemas; no hacían más que pelearse con sus hombres y andaban muy necesitadas de comprensión y, de paso, también de un techo.

—He visto a esas dos preciosas muchachas —dijo mi padre.

—¿Cómo son? —pregunté.

—Tienen buena pinta, cada una a su modo. Tienen buena madera, pero sobre todo un carácter firme.

—Pues entonces la casa es de su estilo —dije yo.

—O ellas del estilo de la casa —repuso.

—¿Son guapas? —pregunté.

—Las dos tienen una boquita muy mona y un aire agradable —respondió—. Cuando vienen a enseñarme los niños, ni ellas ni ellos parecen más revoltosos de lo que marca el decoro.

—¿Y qué problemas tienen en su casa?

—Pues es evidente, se fiaron demasiado de unos hombres que demostraron no ser dignos de confianza. Ni los muchachos que las dejaron embarazadas justo después de la Confirmación, ni los tiarrones que después de pasar directamente del catre de sus mujeres al de estas chicas y preñarlas no se dieron luego la misma prisa en casarse con ellas.

—¿Tan malo era casarse con las madres de sus hijos? —pregunté.

—No —respondió—. Así ellas pudieron comprender, por fin, en su inocencia, que aquellos individuos eran unos sinvergüenzas.

—¿También el hijo de la asistenta? —pregunté.

—Mucho peor, ha salido igual que su padre —contestó.

—Pues de poco les han servido la buena madera y el buen carácter a esas chicas —dije yo.

—¿Estás tonto? —preguntó mi padre.

—¿Por qué?

—¿No sabes que los peores bribones suelen irse con las mejores mujeres, con las que tienen un temperamento y unas condiciones inmejorables?

—Me parece un poco extraño —repuse.

—Pues es normal —replicó él—. Esas mujeres están siempre tan dispuestas a ayudar a los demás que no se dan cuenta de cómo es la gente en realidad, porque la bondad las ofusca. Por regla general, las chicas inocentes no ven a los bribones hasta que éstos las van dejando encinta una y otra vez, y acaban cargadas de niños y teniendo que buscarse la vida por sí solas.

Mi padre dedicó una mueca de desprecio a aquellos irresponsables.

—¿No pueden endosarles los niños a los maridos? —sugerí.

—¿Pretendes que esos infelices aprendan de sus padres a ser unos miserables? —preguntó él a su vez—. Las mujeres responsables y bondadosas se quedan con los niños, sobre todo con los varones, para que aprendan lo bueno de sus madres y jamás se comporten mal con sus propias mujeres.

—En nuestra época hay mucha preocupación por la enseñanza —dije.

—Esperemos que el futuro vaya por ahí aunque yo no lo vea —añadió él.

—Pues entonces, las mujeres buenas seguirán teniéndolo bien crudo —dije yo.

—Naturalmente —respondió mi padre—. Las mujeres tienen muchísimo que hacer dentro y fuera de la casa. Esa a la que llamo «mi asistenta» está siempre en todo. Tiene tantas cosas a las que atender, ayudando a los niños, a una mujer o a la otra, que no viene a casa a menos que yo le firme que ha venido cuando no lo ha hecho.

—¿Y le firmas?

—No soy tan bestia como para negarme a que una buena mujer cobre su dinero del ayuntamiento, de mí lo único que saca es la firma —respondió—. De ese modo al menos le dan algo a cambio de todas sus obras de caridad, y eso gracias a mí.

—Tienes buen corazón —dije.

—Lo mismo dice ella: «Bergur, ¿no crees que a lo mejor alguna vez no te vendría mal pensar un poquitín en ti mismo? Así que cuando me firmes las horas te traeré unos panqueques. Sé que para ti es como un juego, igual fregar que secar. ¿Tu mujer te dejaba meter baza en las tareas de la casa?». Como ves, esa mujer me comprende. Tu madre nunca dejaba que endulzase el pescado. Ésta me dice: «No creo que te

vayas a morir por endulzar un poquito esa comida tan rica que sabes preparar. Después te traeré los panqueques». Bueno, no todos dan con una mujer tan buena. Aunque yo soy realista y sé que, por muy bondadosa que sea, nunca llevará sus obras de caridad más allá de meter a esos bribones en alguna institución para que los desintoxiquen y puedan salir como buenos pecadores arrepentidos, ansiosos por estudiar teología. Muchos sacerdotes jóvenes son de esa cuerda, lo que acabará mandando la Iglesia al infierno. Así pues, es comprensible para cualquiera que es mejor que oficien como sacerdotes unas mujeres lloronas que leen en el púlpito sus redacciones escolares en lugar de unos hombres que todo el mundo sabe que no son más que bribones y juerguistas reciclados, que se han acercado a Dios para alejarse del aguardiente.

Tras decir esto hizo una pausa y añadió con tristeza, como si estuviera contemplando sus propias decepciones personales:

—Sólo los bribones consiguen buenas mujeres.

¿Quería dar a entender que él no había sido suficientemente malo para conseguir una mujer decente?

—Los bribones saben buscarse la vida —dije.

—Para eso sí que son buenos —replicó.

—No tienen nada mejor que hacer —añadí.

—No me extraña que el mundo sea como es —asintió mi padre con gran tristeza—. Las mujeres no mandan porque la bondad de su naturaleza las incapacita para ello, y no estoy hablando de ciertas pécoras.

Aunque no estaba dispuesto a vender la casa a sus hijos y decía: «Os dejé vivir aquí cuando erais jóvenes, con eso debería bastar», ahora ha llegado el momento en que él mismo no es capaz de seguir mandando en las cosas en las que solía hacerlo. No porque alguien le haya arrebatado la autoridad, sino porque está ya demasiado viejo para ejercerla de acuerdo con sus propios criterios.

—Quiero vender todo cuanto poseo mientras aún pueda, en un mercado libre donde todos tengan derecho a hacer una oferta por mi casa —afirmó con esa convicción que caracteriza a las personas creyentes y de buena memoria.

Recuerda con precisión todo lo que le contó y enseñó en tiempos «mi padre adoptivo», mientras iba adquiriendo madera de converso. Mi padre mostró siempre una obediencia incondicional en sus años de formación y consiguió llegar a saber cómo son las cosas, cómo hay que comportarse y conducirse de un modo adecuado. Una persona débil que sólo goza de libertad para obedecer acaba creyendo siempre que la sabiduría surgida de la obediencia constante es siempre correcta, y sus convicciones resultan tan inamovibles como las de su superior. En consecuencia, tanto al superior como al subordinado les parecen igualmente malos todos los sentimientos de la gente, excepto los propios, y desarrollan una desusada susceptibilidad; ninguno de los dos tolera la crítica. Si alguien se atreve a tomarle el pelo a uno de ellos, éste se lo toma a pecho y habla de persecución, hasta que el

antagonista recoge velas. Nadie mínimamente justo querría tener sobre su conciencia el haber matado a alguien de un ataque al corazón, aunque se tratara de un superior o de un subordinado muy injusto, porque en ese tipo de comunidad, sea civilizada o incivilizada, la razón la tiene siempre el enfermo, aunque esté en el error, en vez del justo, y no es lícito mostrarse en desacuerdo con él. Por eso el mundo está siempre en manos de enfermos, y por eso acabará enfermo.

El asunto acabó felizmente gracias a esa íntima necesidad de no pensar en las ventajas exteriores. Ese es el motivo de que, al final, mi padre estuviera ya menos decidido a vender su casa a unos dignos menesterosos, en el mercado libre, que a satisfacer sus propias necesidades: regresar a las tierras de su infancia. Y alcanzada su meta, que era encontrar su propio lugar bajo el cuidado de una buena mujer, dejó de plantearse cómo tenían que ser las cosas y si se habían seguido todas las normas, y ya no le importó lo más mínimo el tiempo pasado en el exilio. Con ello dejó de preocuparse por la casa que había construido, o por todo lo que contenía, y lo único que descolgó de las paredes fue el cuadro de la montaña que ahora podría tener todos los días ante sus ojos, siempre y cuando se levantara del diván en el que se había pasado años tumbado mientras había durado su matrimonio, en otro rincón del país, cansado, hablando arrobado de lo que seguía totalmente vivo en su imaginación aunque otros sólo lo vieran en un lienzo. Al regresar podía ensimismarse enfrentando la imagen mental y el cuadro, y encima podía asomarse a la ventana para ver la montaña en toda su gloria, irguiéndose hacia el cielo. ¿A alguien podría extrañarle que estuviera contento y feliz? Pero cuando le pregunté con delicadeza si se iba a pasar el tiempo sentado delante de la ventana mirando la montaña, respondió:

—No, diré que cuelguen el cuadro en la pared. Prefiero mirarla ahí en vez de por la ventana, así puedo contemplarla tumbado.

—Es más cómodo —concedí.

—Bueno, no sé, acabo de llegar —decía cada vez que iba a visitarle.

—¿Qué será de la casa si no vuelves? ¿Habrá que venderla a quien corresponda? —pregunté.

—Yo he vuelto a mi casa y ya no me preocupan todas esas cosas, ¿es que eres incapaz de entenderlo? —repitió con impaciencia; no estaba dispuesto a seguir escuchando más tonterías.

A pesar del disimulo, él sabía que no era la voluntad sino el cuerpo lo que de aquel modo conseguía desprenderse de las cosas materiales. No comprendía por qué la razón podía abandonar así su presa, aunque su memoria, según él, no se había visto casi afectada por el derrame cerebral. La parte de la memoria que había abandonado su presa no era él mismo, sino algo ajeno a su voluntad de vivir. Se había desprovisto de casi todo lo terrenal, excepto de la existencia misma, del arte de intentar vivir el resto de la vida redescubriendo aquello de lo que nunca se había apartado más que por algún breve periodo. La razón no comprendía por qué todo se unía y, al mismo tiempo, cada cosa iba por su lado, como cuando la estupidez triunfa en asuntos que la

razón juzga de un modo distinto.

¿Es acaso la vejez la mayor estupidez de la vida?

Yo estaba sentado a su lado, como si contemplase sus pensamientos en silencio.

Andaba casi siempre dormitando entre las paredes de la residencia, sin acordarse del mercado libre ni de las buenas mujeres que, por su misma bondad, se esfuerzan todo lo necesario para poder mantener a los bribones en cuanto se descarrían, y sin acordarse de vender la casa para ayudarlas. Ya nada podía salvarlas en la desesperada lucha de la abnegación contra la desidia. A las mujeres sólo les restaba intentar seguir avanzando como pudieran a base de honradez y laboriosidad, como siempre, para presentarse por fin ante Dios antes que sus hombres y preparar de ese modo el reino de los cielos para la llegada de aquellos sinvergüenzas.

A veces abría los ojos poco a poco, como si se esforzara para vencer su sopor, y decía:

—Que la Iglesia haya permitido la existencia de sacerdotisas ha de conceder a las mujeres prioridad para llegar hasta Dios.

Agucé los oídos suplicando que continuara.

—Si no, de nada habría servido arrebatárles el monopolio a los curillas —adujo casi con alegría. Luego abrió los ojos del todo, sonrió ante su propia ocurrencia y añadió, irónico—: Está escrito que el reino de los cielos se llenará de viejas desnudas y preñadas por la estupidez de los ángeles, que de pronto habrán recuperado la potencia sexual.

—¿Recuerdas si cuando empezaste a envejecer soñabas con un cielo especial para las mujeres, igual que se decía que había un cielo para las aves? —pregunté.

—Olvido las cosas según me conviene —respondió, hosco.

Con casi noventa años ya, sigue viviendo en ese olvido memorioso en el que navega por última vez, o se ha recubierto de una senilidad práctica que le sirve de parapeto, decidido a no llevarse decepciones por muy claro que tenga que quien ha vivido fuera del lugar del que se despidió convencido de que sería sólo por un corto periodo de tiempo, y que añoró durante toda la vida, debe intuir que ahora no conseguirá encontrar sino algo muy diferente: todo estará cambiado por completo, distinto de su imagen mental, y no reconocerá nada. Sin embargo, aunque una persona así se sienta decepcionada y quizá se reproche a sí misma el haber concedido más valor al sueño que a la realidad, no le quedará más opción que quedarse tan tranquilo en el último lugar al que ha arribado en su último viaje, en una búsqueda a la que lo empujaron los espejismos de la vida. Por eso se adapta asombrosamente bien a una experiencia tan dolorosa, con ayuda de los demás espejismos que aún se le mantienen en pie. La mayor parte de la vejez, o del envejecimiento, consiste en vivir en un espejismo diferente de los que se tienen en la juventud, y en intentar contentarse con él en la medida que la razón y la memoria lo permitan, si además se cuenta con capacidad mental suficiente para aprovechar la necesaria estupidez.

—Tengo que estar contento con lo que siempre he soñado —suspiró al acostarse

para reposar después del café.

Acabábamos de volver del comedor. Yo mismo había mirado la ladera de la montaña a través de la ventana, o había intentado hablar de algo que no fuera la edad de sus compañeros de residencia, el número de terrones de azúcar que les iban a dar o las enfermedades que afligían a la mayoría.

Tenía la sensación de que estaba a la defensiva en los temas personales.

—Hay que estar contento —repitió.

Se había animado al tumbarse en el sofá y empezó a parecerse a la persona que en verdad era. Me senté, y allí, arrellanado en la silla, me entró sueño.

—Los residentes de este lugar constituyen el núcleo más antiguo de la nación, el último tronco que aún sigue en pie —prosiguió sin vacilar.

Lo decía con la convicción de siempre. No parecía tener nada en común con los demás, ni se parecía a ellos en nada salvo en su avanzada edad, pero sí compartía memoria y preocupaciones, si las había, aunque lo que más escaseaba era la memoria. Hacía mucho tiempo que el viento se había llevado los recuerdos de casi todos. El resto tampoco tenía mucho que añorar, ni por qué alegrarse de reencuentro alguno; ellos siempre habían vivido aquí, solamente se habían mudado desde el pueblo a las afueras, junto a las faldas de la montaña, donde, al margen de la residencia de la tercera edad, no se elevaba ninguna construcción debido al peligro que suponían los vendavales y las avalanchas de nieve que descendían de la cumbre. El tronco más antiguo podía verse enterrado en la nieve o arrastrado hasta el fiordo si salía de casa o ponía los pies en cualquier lugar que no fuera aquel espacio por el que caminaban con dificultad hasta el comedor cuatro veces al día para llenar el estómago y volver luego a sus habitaciones para acostarse.

—Es estupendo que los viejos de nuestro país dispongan de todos estos hogares fuera del hogar —dijo mi padre con una sonrisa burlona.

—¿Quieres decir que uno tiene que estar necesariamente bien en el último hogar de su vida, el hogar de ancianos?

Mi padre se pasa largos ratos con los ojos cerrados. Al parecer adoptó esta costumbre tras regresar a las tierras de su niñez. Suele hablar con los ojos cerrados, pero le tiemblan los párpados porque no deja de pensar ni un instante.

—Por supuesto —respondió riendo hacia dentro—. «La vejez es una segunda infancia», según se dice. Las madres ya tienen bastante con cuidar de los viejos de la familia a media jornada; por lo menos, así se alejan diez metros de su propia casa, y les basta con eso. Las mujeres se contentan con poco, en lo que a la alegría y la libertad se refiere.

Le escuché con atención. Las personas de buena memoria se caracterizan por no equivocarse nunca en sus opiniones, si les da por tenerlas, aunque pueden errar el cálculo en lo tocante a las relaciones humanas. Todo está a favor de la buena memoria. Quienes gozan de ella saben cuanto es necesario saber y lo hacen todo bien, es imposible que se equivoquen, precisamente por su buena memoria.

«Aprende a escuchar a tu padre», me digo a mí mismo, y él sigue hablando dentro de mi mente: «Aprende a no olvidar, pero da rienda suelta al olvido y no exijas a la memoria que pida justicia, sino cualquier otra cosa».

—¿Qué es lo que hay que hacer y qué es lo que no se tiene que exigir? —pregunta, leyéndome el pensamiento.

Le respondo, y, tras casi cuatro horas de hablar sin parar, se calla.

Después de haberme pasado cuatro horas en el coche de línea para ir a visitarle, y de pasarme luego otras cuatro horas y media con él, tras mencionar algo del pasado e intentar hablar de algo que creo que tenemos en común, antes de despedirme para volver a pasarme otras cuatro horas en el mismo autobús de regreso a casa, siempre me responde abruptamente:

—Creo que no merece la pena que sigas viniendo por aquí para recordarme esas cosas.

—De algo tenemos que hablar hasta que salga el autobús —alego.

—A ver si con tanto parloteo se te pasa la hora y lo pierdes —replica—. Sale a las cuatro y media.

—Ya lo sé —respondo con paciencia, y vuelvo a preguntarle si recuerda aquel incidente.

—¿Cuál? —pregunta extrañado.

Le menciono lo que llevo tanto tiempo deseando saber y sobre lo que prefiero no hacer ficción literaria.

—Recuerdo que hace mucho tiempo que lo olvidé, y prefiero que nadie vuelva a remover ese asunto mientras yo viva, ni tú ni nadie que se acuerde sólo de lo que le conviene.

—Igual que los dictadores.

—Lo mío es muy diferente, yo soy vástago del tronco más antiguo y fiel de Islandia —alega—. Yo recuerdo exactamente qué es lo que tengo olvidado, roto y tirado a la basura. —Hace una pausa, los párpados le tiemblan pero no abre los ojos, y añade—: En eso consiste el ser islandés.

Hago un sinfín de viajes para visitarle, mantenemos charlas interminables, a veces me paso una noche tras otra en el hotel para poder quedarme más tiempo y estar más tiempo en silencio, para escuchar o para hablar una vez que he conseguido animarle a conversar. Pero también hablo con él en mi mente, hablo con él en el autobús, a la ida y a la vuelta. En mi mente mantengo interminables conversaciones con él y con mi madre; no sé muy bien si ellos hablan a través de mí, si las palabras proceden de ellos o de mí, que en gran medida soy ellos.

«Así tiene que ser», pienso. «Tu origen está en todas partes y en ninguna, pero siempre puede encontrarse en la mente y en las palabras.»

Con ese propósito regresé a la casa de mis padres. He de agradecerse a la añoranza de mi padre por las tierras de su infancia. Esta vez he comprado el derecho a entrar por el norte y a subir la empinada y estrecha escalera.

Ahora estoy aquí y me dejo llevar a mi propia época. Así puedo penetrar a mi antojo en lo sucedido; por ejemplo, en cómo levantaron la casa las manos de mi padre, en cómo pensaba mi madre al revés, o en cómo llegué a ser artista cuando cierto día, en la primavera de 1935, mi padre me regaló un largo listón de madera, una especie de cetro, que había cortado con su sierra de un tablón sin desbistar, lleno de astillas.

## Construcción

Mis padres, Jóhanna Guðleif Vilhjálmsdóttir y Bergur Bjarnason, llevaron consigo a sus dos hijos, mi hermano mayor y yo, cuando cambiaron de residencia por segunda vez rumbo a lo desconocido, ahora pasando de las montañas al llano. No tenían casa donde alojarse y lo único que encontraron fue la escuela. Allí vivimos un breve tiempo con todos nuestros trastos dispuestos al lado de un colchón echado en el suelo. Mamá cocinaba en un aparatito de petróleo, y nosotros cogíamos el agua en la casa de al lado, aunque en ocasiones teníamos que ir bastante lejos con una lechera para traer un agua más bien salobre. Cuando llegó la siguiente temporada de pesca de invierno, papá tuvo la suerte de que lo contratasen como marinero en una trainera mientras mamá atendía la casa del armador y su mujer. Era lo que por entonces se denominaba «asistente de marca» y le permitían tener con ella a sus hijos. La casa se llamaba Höfn y la pareja tenía unos hijos de las mismas edades que mi hermano y yo. Se los conocía como «los chicos de Höfn», a pesar de que eran hermano y hermana, lo que nadie había tenido en cuenta al escoger el nombre, pues la lengua no lo permitía, y es que estaba en minoría aunque de hecho era ella quien mandaba. La casa Höfn estaba en la Punta y, en consecuencia, a considerable distancia de los demás edificios, las dieciséis casas que formaban el barrio de Þorkötlustaðir. Höfn había sido construida no demasiado lejos del muelle. Además, en la Punta había otras dos casas.

Hacia la primavera, al fin de la temporada de pesca de invierno, nos permitieron seguir viviendo en Höfn. Probablemente gracias a la bondad de los esposos, no tuvimos que volver a instalarnos en la escuela como albergue provisional, con el colchón, el edredón, una cacerola para cocer el pescado y las patatas, el barreño de lavar, la lechera, los cubiertos y dos orinales, aunque habría sido lo normal porque no estaba lejos del lugar donde mi padre había decidido fundar un hogar decente por tercera vez desde la boda, y donde había empezado a construirlo. Vivimos en Höfn

hasta el invierno siguiente, cuando terminó en aquel mismo barrio una casa de madera capaz de aguantar las inclemencias del tiempo, que venía a sumarse así a las que allí se encontraban, a bastante distancia del muelle y las barcas que, al acabar la temporada, se emplazaban en lo alto de la cresta formando una bonita fila, con la proa hacia poniente y la hélice hacia levante.

Mi madre le llevaba la comida a mi padre a mediodía. Mi hermano y yo solíamos acompañarla para presenciar cómo nuestra futura casa iba creciendo a partir de unos simples tablones hasta transformarse en un edificio como Dios manda, y para ver cómo algo informe adquiriría poco a poco una forma precisa y comprensible. Observábamos los gestos y los actos de papá con la esperanza de poder tocar algo, sobre todo los serruchos y los cepillos de carpintero, que se nos antojaban unos instrumentos muy peligrosos, con hojas y dientes afiladísimos. Ardíamos en deseos de hacerlo, porque se decía que con cualquiera de aquellas herramientas podías matarte o matar a los demás, lo que las convertía en unos objetos de especial atractivo para unos niños inocentes que suspiran siempre por conseguir armas y otros utensilios letales, no por nada en especial, sólo para matar lo feo, es decir, a los demás niños. En la mente del pequeño, la culpa es siempre de los demás. Los niños buenos no tienen más noble aspiración que poder separar la cabeza del tronco de los malos con cepillos de carpintero, serruchos, martillos, escoplos y mazas.

Pero papá era muy tacaño con los útiles de matar. Se limitaba a reírse de las naturales necesidades de sus hijos y nos instaba a aplazar aquello de matar hasta que fuéramos algo mayores.

Nos quedábamos de morros sin poder entender qué falta hacían la edad y el tamaño para realizar gestas justicieras.

—Primero tenéis que conocer el oficio —dijo, refiriéndose exclusivamente a la carpintería.

Mis deseos no se encaminaban hacia ese oficio. No tardé en darme cuenta de que mis manos eran demasiado hábiles para ello, y, seguramente desde mi infancia, nunca he sentido impulso alguno de hacer lo que soy capaz de hacer con facilidad, sino que he preferido cualquier cosa que precisara de un esfuerzo prolongado, algo que me resultara intrigante y que exigiera ingenio, que apelara a aquellas cosas para las que uno carece de talento; no hay que contentarse con lo más accesible, y con aquello para lo que bastan las dotes recibidas de Dios. Siempre he pensado que sólo un necio se contenta con aquello que le resulta fácil de hacer.

—Los dos seréis carpinteros —decía mi padre, aunque no soportaba tenernos cerca mientras trabajaba, excepto en el rato de la comida.

—¿Podemos tocar los dientes de la sierra? —preguntábamos con infantil astucia, convencidos de que así mostrábamos interés por nuestra futura profesión.

—Mal llegaréis a ser carpinteros si antes os matáis con los serruchos y los cepillos —respondía, con su lógica característica, y nos apartaba a un lado.

Mi padre prefería quedarse solo mientras trabajaba. Yo me di cuenta enseguida de

que, si tenía que trabajar con otros a su alrededor, se afanaba con tal vehemencia que se olvidaba de sí mismo y casi ni paraba para comer con sus compañeros. En el fondo, aquello no era, como pudiera pensarse, consecuencia de su laboriosidad natural, sino que se debía a que de ese modo podía sentirse a solas consigo mismo aun estando rodeado por otros; el trabajo bastaba para satisfacer su necesidad de compañía. Creo que gracias a todo esto he llegado al convencimiento de que la mejor compañía debería ser el conocimiento del arte de estar a solas con uno mismo mientras se trabaja, sin albergar sentimiento alguno de soledad ni deseos de destrucción. Además, era un hombre de una fuerza tremenda, de modo que no sé si lo que te empuja a la soledad son el vigor y la energía o si son la falta de fuerzas y de capacidad física, por no hablar de la fuerza y la energía que son más propias del alma y la sensibilidad; los forzudos son curiosamente blandos y fofos, rara vez tienen energía espiritual. La fuerza y el músculo son los únicos amigos del atleta y de quienes son anímicamente como él. Es lo que les sucede a casi todos los héroes.

Todo cuanto podíamos hacer era contemplar las herramientas mientras comía. Sin embargo, no perdía de vista lo que sucedía a su alrededor; por eso, apenas habíamos empezado a desear tocar algo cuando se daba cuenta y nos amenazaba con la cuchara.

Era evidente que aquellas herramientas eran sólo suyas, y no tardaba un segundo en confirmarlo con palabras:

—No toquéis mis herramientas, sacad las zarpas de ahí, no tenéis ni idea de carpintería y les vais a estropear el filo, tontos. Ya veo que nunca llegaréis a carpinteros.

Cambiaba de opinión con facilidad, mudaba el disfraz de sus deseos en un abrir y cerrar de ojos conviniéndolos en sus opuestos. No sabíamos cómo interpretar aquellos repentinos vuelcos de humor y nos manteníamos en una prudente quietud, sin atrevernos casi ni a movernos para evitar que se desafilaran las herramientas por culpa de nuestra desobediencia y de nuestros vandálicos anhelos; y entonces añadía, para reírse de nosotros y tomarnos el pelo:

—¿Qué creéis que van a saber de herramientas unos chicos como vosotros, que viven en un pueblucho como éste donde ni siquiera hay carpinteros aficionados?

Si fuera psicólogo, diría que ésa fue la razón de que poco a poco le fuese tomando aversión a la caja de herramientas, y sólo en rarísimas ocasiones me entraban ganas de subir a hurtadillas a la buhardilla, una vez terminada la construcción de la casa, para levantar la tapa con mucho cuidado y atisbar en su interior: estaba repleta de las más variadas, atrayentes y afiladas herramientas, que nadie podía tocar si quería seguir con vida. Quizás el deseo del niño no sea pasarse la vida contemplando con gran veneración la caja de herramientas de su padre, sino meterse dentro de ella para, de este modo, desobedecer a sus padres y, en consecuencia, perecer de forma terrible y con gran derramamiento de sangre, como víctima propiciatoria de una fuerza maligna, y poder volver entonces al seno de Dios, que está en los Cielos para sentarse a la diestra de nuestro Padre Benevolentísimo y Omnipotente y contemplar el mundo

desde el cielo, y castigar a sus padres por su perversidad y su incompreensión en este valle de lágrimas. «Vaya, lo entiendo, chico», decía Dios. «Si yo hubiera sido tu padre en la tierra, te habría dejado cepillar y aserrar todos los días, igual que Jesús en el taller de José, su Padre Putativo.» Y añadía, comprensivo: «¿Acaso crees que no te entiendo?». Le di las gracias a Dios mentalmente y empecé a creer en Él sin que me lo pidiera mi Padre del Cielo, pues, ya que Él era mejor que papá, esa fe tenía que resultarme muy beneficiosa.

En lugar de sentirme atraído por la caja de herramientas, empecé a estarlo por la lata de botones de mi madre, que, desde luego, era solamente suya, tanto como la caja de herramientas lo era de papá. La diferencia estribaba en que durante su niñez, había tenido que compartir todas sus cosas con sus muchos hermanos y hermanas y había aprendido muy pronto el arte de poseer las cosas más diversas sin disponer de derecho de propiedad absoluta sobre ellas. Pero, por lo general, lo que más me gustaba era andar al aire libre e ir examinando las maravillas del cuerpo y los milagros de la naturaleza, de modo que vivía más bien absorto o incluso sumido en el vacío, que era lo mejor de todo, lejos de los objetos, del hogar y de la gente. El gran pie de cabra de papá ejercía en verdad una atracción constante por su peculiar forma, su peso y lo extraño del material de que estaba hecho. Era un pie de hierro que debía haber pertenecido a alguna cabra desconocida. Por eso observaba con interés cuando sacrificaban las ovejas, que a fin de cuentas son iguales que las cabras, con la esperanza de descubrir dónde tenían un pie como aquél.

—No es más que una palabra —me explicó mamá—. Las cabras y las ovejas no tienen eso.

La expresión «pie de cabra» era ya suficientemente extraña de por sí y despertaba mi asombro, pero el pie de cabra como objeto era una herramienta que no sólo conservaba todo su valor a pesar de su nombre, sino que éste incluso aumentaba su misterio, que se ha mantenido intacto en mi mente hasta el presente. Por ejemplo, me asombro más al ver un pie de cabra que cuando constato, como me han demostrado aunque nunca hubiera querido creerlo (yo, un escritor con libros publicados en cuatro editoriales), que no hay mejores correctores de galeras que las mujeres, gracias a su meticulosidad. No obstante, siempre he deseado convertirme en un experto desafilador de pies de cabra para poder ser, con ello, una persona como otra cualquiera, si bien cada vez que he tenido que utilizar uno me he enfrentado a una experiencia mística: percibo una extraña levedad en el alma y en las manos. Pero mientras la mayoría de los muchachos soñaba con poseer un pie de cabra para llevarlo todos los días por ahí en la mano y mostrar su fuerza, del mismo modo que un bastón indica la debilidad de las piernas del anciano, a mí me parecía mucho más misterioso y divertido sentarme al pie de una pared y sentir la arena seca en mi puño cerrado mientras dejaba que se deslizara por la palma y entre los dedos; y notar cómo se derramaba por el borde de la mano, cada vez con mayor delicadeza a medida que se perfeccionaba la técnica, al tiempo que la palma parecía ir llenándose de vacío.

Con este sencillo juego cobre conciencia de que la plenitud y el vacío existen simultáneamente, aunque sólo en cierto sentido, claro está. En ello radican el equilibrio y el paralelismo de lo material y lo inmaterial, de lo palpable y lo que únicamente puede tocarse con la mente y la percepción: es la convergencia de forma y contenido. Podía pasarme horas allí tumbado, a veces incluso el día entero, dedicado a experimentar el placer de percibir lo material y lo inmaterial en mi mano y en la vida, y quizá también, al mismo tiempo, en el arte, la convergencia de forma y contenido en la realidad.

La constante proximidad del mar hechizaba la vista y provocaba la necesidad de derramarse como la arena, aquella vasta extensión llena de color, siempre distinta, que encontraba en mi interior cierto paralelo. En mis recuerdos tengo la impresión de haber visto, cuando le llevábamos la comida a mi padre, una especie de vapor blanquecino que se extendía sobre la superficie del mar y que el viento barría poco a poco, distinto de la neblina corriente, la niebla grisácea o los espumantes rompientes de primavera que el mar lanzaba sin cesar sobre el camino, cuando las grandes olas se internaban en las cuevas de la costa, se abrían paso por las grietas del acantilado y rompían en los negros farallones. El mar retumbaba enérgico y furioso y se derramaba luego sobre la tierra en altas columnas blanquísimas que se elevaban hacia el cielo. Llegaba entonces un silbido húmedo que podía verse a simple vista descargando en forma de fina lluvia y estrellándose en pesados chorros sobre los acantilados.

—No os acerquéis al mar —decía mamá.

Me he repetido en muchas ocasiones que aquel vapor no era sino el calor normal y corriente que se elevaba del mar, porque en mis recuerdos gira a mi alrededor sin asustarme. Sin embargo, con el tiempo he empezado a considerar aquel vapor como algo parecido a esa niebla que la mente gusta de buscar dentro de uno mismo para perderse en ella durante un feliz instante, pero de la que uno espera poder escapar más tarde sano y salvo y con la cabeza repleta de nuevos y fructíferos pensamientos que invitan a la reflexión, en los que las ilusiones de las palabras están ya listas para la poesía.

Por algún motivo, mamá siempre elegía el mismo camino pedregoso junto al mar, aunque desde Höfn había otro mucho más accesible, un sendero de piedra por el que incluso podían pasar los coches. Nunca íbamos por él. Atravesaba una zona fantasmagórica, no de lava sino de piedras sueltas que se amontonaban en rimeros irregulares, de manera que a la fantasía, ayudada por la necesidad de terror tan propia de los niños, le resultaba muy fácil imaginar figuras temibles.

A aquel lugar lo llamaban Los Reyes. Yo deseaba ir allí alguna vez a solas para observar lo que hacían «los reyes», pero mamá nos tenía prohibido corretear por aquel paraje. En lugar de elegir el camino más transitable, serpenteábamos por el estrecho sendero al borde del acantilado, al lado del mar, que se nos perdía de vista por un tiempo cuando llegábamos a la parte más baja, aunque seguía escuchándose

nítidamente el murmullo que producían los guijarros grandes al ser arrastrados por el agua. Mi hermano, que era más valiente que yo, corría hacia la orilla, perseguido con menos bríos por mí, para provocar al mar tirándole piedras. Pero aquello no estaba permitido y mamá advertía con enojo:

—No toquéis el mar, dejadlo en paz.

—¿Por qué? —respondíamos nosotros, sujetando con los brazos levantados los proyectiles que habían de matar a golpes las olas que caían sobre las piedras sumergidas de la orilla.

—No hay que molestar a nadie, ni al mar ni a las vacas, porque las dos cosas pueden sernos de provecho.

La mera idea de molestar o provocar sacaba a mi madre de sus casillas, aunque muchas veces ese juego era la única diversión posible cuando no había ninguna otra cosa que hacer. Parecía que «un hombre es el gozo de otro»<sup>[2]</sup> solamente para la mutua provocación; un hombre puede provocar a otro y humillarlo siempre que éste lo consienta y no haya ningún otro a quien hacérselo primero. En cambio, las mujeres se entretenían alabándose unas a otras, contándose sus enfermedades, dedicándose halagos y calumnias que siempre se tenían a mano para servirse de ellos sin pensar y formarse sus propias opiniones sobre los asuntos más complicados, hasta sobre la política. En realidad, esas ideas prefabricadas eran básicamente, y siguen siéndolo, una forma de disfrazar la necesidad de fastidiar a los demás que sienten algunos hombres y algunas mujeres. Así, ellas se permitían reñir a los demás, en especial a sus maridos y sus hijos, de acuerdo con sus particulares concepciones de la justicia, mientras que algunas otras gozaban de la posesión de esa verdad sagrada que se concreta en la bronca.

Como de costumbre, y en este asunto igual que en otros, mamá elegía siempre lo contrario de lo sencillo y de lo que hacían los demás. Nosotros no podíamos reñir al mar, ni siquiera mentirle, y en nuestros viajes cotidianos por aquel difícil camino bajábamos felices y contentos por la cuesta de la casa de Höfn en lo que nos parecía una arriesgada aventura. Llegábamos a una hoya bastante grande y llana en el fondo, aunque de paredes empinadas y difíciles de trepar. Después de saltar, bajábamos la siguiente cuesta, ya con las piernas un tanto debilitadas, pero era muy divertido. Después no sentíamos nada más que agotamiento. Era tremendo subir desde la hoya más baja, de cuyo extremo partía el sendero, frente a aquel mar al que ni siquiera nos dejaban tirar piedras.

El principal inconveniente de las hoyas es que, a pesar de que quizá sea divertido bajar a ellas de un salto, es difícil, aunque también necesario, volver a salir, pues a nadie le apetece pasarse la vida dentro de una hoya; era endiabladamente difícil salir de las que hay alrededor de Höfn. A esto hay que añadir que siempre que hacía mal tiempo nos obligaban a ponernos unos mamotretos de impermeables de color negro, unas prendas de abrigo imprescindibles pero caras que compraban varios números más grandes para evitar que se nos quedaran pequeñas enseguida. En primavera, si el

sol se dejaba ver y había cierta seguridad de que el cielo no iba a encapotarse ni a descargar un aguacero inesperado, embadurnaban el hule con un barniz amarillento para impermeabilizarlo. Luego colgaban los chubasqueros de una cuerda para que se secaran. Y allí quedaban colgados del cuello, al pálido sol y al vendaval, y se hinchaban o azotaban con el viento como unos ahorcados. Al volver a ponérselos, tan pronto crujían como dejaban escapar un sonido pastoso cuando el hule, embadurnado y medio seco, intentaba pegarse a la piel con tanta fuerza que casi no había forma de quitarnos los impermeables y moriríamos ahogados por ellos igual que Hércules cuando cometió la estupidez de ponerse aquella dichosa túnica. Las historias que oíamos adquirían su justo valor cuando se experimentaban en carne propia. Pero el impermeable olía bien, y nos sentíamos extrañamente felices al aspirar bien hondo el aroma de los chubasqueros amarillos recién barnizados.

Siempre había que andar con el impermeable puesto, o por lo menos llevarlo en el brazo.

—Puede caer un chaparrón cuando menos se espera —decía mamá.

O podía empezar a llover muy en serio, nadie podía saber cuándo, ni en qué momento se pondría a soplar el viento del sudeste. Obedecíamos, porque teníamos claro que era más cómodo andar con el impermeable que con gruesas y pesadas prendas de lana, molestas cuando quedaban empapadas. Durante todos los años de mi infancia llevé encima una especie de pellejo de hule barnizado.

Veo ahora con toda claridad mi primer impermeable negro, cubierto de humedad o chorreando agua. No porque hubiera descargado un aguacero mientras llevábamos la comida, sino porque en mis recuerdos, siempre está lloviendo, hasta que estalló la guerra mundial que trajo la luz del sol a los pobres en forma de dinero contante y sonante, así como el conocimiento de un mundo mejor que combatía más allá de nuestro apacible aunque innavigable mar. Con la llegada de los soldados ingleses, los niños descubrieron además que en el mundo había adultos que no tenían como única diversión regañar a los chicos, pellizcarles, tirarles de las orejas, darles pescozones, tortas o capones, o soltarles un puntapié en el culo al tiempo que les espetaban: «¿Podría el señorito hacerme el gran favor de largarse un rato con su madre, vamos, si no le importa?».

Lo extraño, lo que le dejaba a uno perplejo a veces, era la contradicción de que aquellos recién llegados de tan buen corazón fueran soldados que tan sólo servían para matar con sus armas a otros soldados. En ese sentido era un hombre el gozo de otro en todas las guerras que había permanentemente en el extranjero, y en comparación con ellas las constantes regañinas de los islandeses eran un pecadillo venial. Eso es lo que solía pensar la gente sobre el ejército de ocupación. Y en la mente de los niños despertó esta pregunta:

Si los soldados eran tan generosos con el chocolate, y tan amables, ¿cómo serían los que en lugar de ir al frente vivían pacíficamente en su país sin más obligación que cepillarse los zapatos con fragante betún, ponerse reluciente brillantina en el pelo y

salir luego un rato de sus tiendas verdes para fumarse unos cigarrillos, también de estupendo olor, aprovechando la tranquilidad del atardecer?

A buen seguro, semejantes hombres nunca se divertirían meándose encima de los niños para hacerles sentir lo salada, simpática, fuerte y templada que era la orina de su virilidad.

Algo que antes había sido sólo una oscura conjetura sobre el mundo se transformó en la certidumbre de que al otro lado del mar, el mismo mar al que deseábamos regañar cuando éramos niños, tenían sus hogares otras personas, hogares mucho mejores que aquellos tan pacíficos en los que vivíamos nosotros, aunque allí se libraba una contienda. Lo demostraban los convoyes de barcos de guerra que pasaban por el horizonte, al sur de la Punta.

Yo iba muchas veces a la playa, frente a los rompientes, a buscar algún objeto abandonado y desconocido. Escarbaba con un palo entre los montones de algas para ver si habían llegado a tierra valiosos objetos desde aquellos hogares misteriosos, aunque no fuera más que una botella que dejara escapar una pizca de aroma maravilloso nada más quitarle el extraño tapón. O tal vez daría con una bombilla que ni siquiera sabría lo que era, o una lata de betún, o quizá tendría la suerte de que hubiera explotado algún barco de guerra y varios de los objetos que llevaba hubieran llegado a la costa. Por lo general, lo único que se encontraba era un lumpo macho, que al menos servía de compensación para la boca cuando no había nada más.

Habría de pasar mucho tiempo antes de que se hiciera en la ensenada que se abría debajo del sendero. Los prados seguían tal y como habían sido desde el inicio de los tiempos, cubiertos de hierba rala y dura junto al arenoso camino de tierra. No se escuchaba ruido alguno aparte de los sonidos de la naturaleza, el rumor del mar y los chillidos de los pájaros, ningún estruendo de motores rompía el silencio. En el extremo del terraplén, caminábamos con mucho cuidado por el borde del acantilado y llegábamos a una depresión arenosa y estrecha llena de madera de raques, carcomida por los gusanos y el mar, unos trozos grandes y otros menudos que, con ayuda de nuestra imaginación, olían a tierras remotas. Aquellas maderas blancas no habían sido arrastradas por el mar hasta aquel lugar para acabar sus días en una cocina normal y corriente como la nuestra, sino que pertenecían a los dueños de las tierras, que lo eran también de todo cuanto el mar arrojaba a ellas. Justo enfrente había unas cuevas pedregosas de altas paredes sobre las que se abatían incesantes las olas. Con un rugido tremendo, éstas arrojaban espuma sobre quienes osaban arriesgarse a dejar que les golpeará aquellos impermeables, tan anchos que podía uno sacárselos por la cabeza y sentarse en cuclillas dentro de ellos como si fueran tiendas de campaña, a fin de escuchar con los pies secos cómo resonaba el mar contra el hule.

Pero cuando estábamos con mamá no podíamos hacer «travesuras», como llamaban a nuestros juegos. A ella no le gustaban nada nuestras maldades, porque en cierto modo nunca había sido niña. Tan pronto como llegó a la edad en la que se podía obtener algún provecho de ella, su madre la convirtió en una persona

responsable, en una especie de madre para sus hermanos. Los niños no eran por aquellos tiempos mucho más que unos parásitos inútiles para sus padres hasta que se les podía sacar algún provecho.

Mi madre solía decir, con la cara roja de arrepentimiento y sentimiento de culpa por albergar semejantes ideas acerca de personas tan sacrosantas como los propios padres, en especial la madre:

—Mamá prefería trabajar fuera de casa. Siempre estaba embarazada y me endosaba los chicos a mí, además de las tareas domésticas. —Sus palabras no estaban exentas de amargura. Al final agitaba las trenzas con un fuerte movimiento de la cabeza y se quedaba sin respiración, y a veces hasta tenía que sentarse. A sus ojos parecía aflorar una duda muy dolorosa, y tenía que respirar hondo para poder continuar—: Por eso, en realidad nunca supe quién era yo. Excepto que no era una niña. —Tras decir esto callaba, quizá para poder comprobar si Dios la fulminaría con un rayo y detendría de ese modo su corazón desagradecido, que albergaba de su madre una idea tan perversa. Pero como no sucedía nada, añadía para reafirmar su existencia—: Lo único que me dejaban hacer era trabajar, y estaba siempre agotada.

Después, aún con el ahogo, se iba a la cocina para escuchar la agitación de su corazón, que le oprimía el pecho, mientras uno se quedaba escuchando el silencio de la casa.

Cuando los abuelos se separaron, su madre optó por quedársela a ella en vez de a los más pequeños, para así poder encargarse, como era habitual, el cuidado de sus hermanastros y del hogar. Había cumplido diez años. En esto como en todas las demás cosas, lo que primaba era el provecho, pues las relaciones entre las personas se parecían más a los tratos comerciales que a los personales. En cambio, aquél parecía estar completamente ausente de la vida sentimental, pues nadie vive sólo de lo provechoso, aún menos que de lo espiritual, porque el beneficio y la ganancia, incluido lo referente a la riqueza de las naciones, había de hincar sus raíces en el humanismo y la consideración. Con estas dos cosas como norte, es posible usar la razón para que resulte casi factible que cada individuo haga aquello para lo que está autorizado y que es ventajoso para su vida. La idea de provecho, por sí sola, al igual que la de provecho ilimitado, conduce a la esclavitud tarde o temprano y en todas las épocas, aunque la de mis padres no se caracterizase precisamente por ello. También puede conducir a la opresión de una persona o un grupo de personas sobre los demás, independientemente de si se trata de parientes o de gente sin parentesco alguno entre sí, de empresas comerciales o de movimientos políticos. Y esto es así porque la idea de provecho procede de la autoridad de los padres y lleva su sello, en especial el de la mente de la madre y de todo lo que la naturaleza ha cargado sobre sus hombros: criar a los hijos para el mundo porque así lo establece su naturaleza, aunque no su voluntad.

Ya desde muy pequeña anduvo mamá acarreado niños, agobiada por el ajetreo que siempre los acompaña, mucho antes incluso de empezar a tener sus propios hijos

y convertirse en madre en sentido pleno, cuando menos desde el punto de vista físico. Pero debido a la educación que había recibido de su madre, y ésta de su propia madre, y esta de la suya y así indefinidamente, a menudo era incapaz de separar el interés de la idea de provecho, y creía que el hecho de que su madre hubiera sabido obtener algún beneficio de una hija ya crecida constituía una prueba de su amor y su preocupación por ella. A veces, sus sentimientos y su lengua parecían estar en desacuerdo entre sí, y cada uno sostenía una opinión distinta. Por eso decía:

—Mi madre me prefería a mí sobre todos los demás. Me encargaba que me ocupase de todo.

En ocasiones, cuando la conciencia de la simpatía empezaba a bullir en nuestro pecho, se nos antojaba extraño ser descendientes suyos, oír su acritud y sentir compasión por ella. También llegué a experimentar una extraña sensación de culpa, y con razón, pues lo que decía de su madre hacía que me sintiera como una auténtica carga para ella, una mujer aún joven que habría podido exigir por lo menos un trocito de su juventud perdida, que habría podido gozar de la vida y disfrutarla «si yo no hubiera nacido». Haber nacido se convirtió en una especie de pecado, en un delito contra el conjunto de las mujeres, y quizás el engendramiento y el nacimiento no sean más que un delito, un crimen de lesa majestad contra la naturaleza y la libertad de las mujeres.

Mi madre tenía un fuerte sentido del deber, que se manifestaba entre otras cosas en que la comida había de llegar caliente a la boca de su marido, sin enfriarse porque los chavales hubieran estado saliéndose del sendero para dar brincos sobre las rocas y para reñir a una fuerza mucho más poderosa que ellos mismos. Correteábamos por los arenales y las barranqueras, para lanzarnos luego a los pedregales que llamaban «De la Fuente», aunque allí no había fuente alguna, salvo aquella de la que manaba el miedo al amenazante agujero sin fondo, el abismo que en nuestra imaginación se abría de repente bajo nuestros pies haciendo que la tierra nos engullera eméritos. Aunque en realidad no había ni fuente ni agujero, así que en este asunto, como en tantos otros, teníamos que contentarnos con fantasías estimulantes pero vacías. Yo lo hacía sin límites, por necesidad, no de emoción sino de magia, hasta que llegábamos ya exhaustos al lugar donde estaban la futura casa y el padre de familia, y lo veíamos a él en medio de un montón de astillas, con las manos y la cara cubiertas de serrín. Lo mirábamos con aquel horrible aspecto, con su máscara de trabajo, y apenas lo reconocíamos.

—Venga, quedaos ahí mirando como bobos —decía entonces—. Así es como tienen que ser los padres de verdad.

Asentíamos con la cabeza.

Creo que aquellas palabras suyas eran absolutamente ciertas. Después de sacudirse el serrín, sentarse a comer con la tartera entre las rodillas y apresar con el tenedor el pescado que contenía, ya no era un papá sino un individuo corriente, hambriento, que intentaba comer hasta saciarse, como cualquier otro. En ese instante

era idéntico al señor de Höfn, que comía en la mesa de la cocina y a veces pinchaba a sus hijos con el tenedor si trataban de arrebatarle los bocados más sabrosos. A nosotros ni se nos pasaba por la cabeza intentar algo parecido. Papá comía solo con su tartera mientras nosotros lo mirábamos.

—¿Por qué los mayores siempre os quedáis con lo mejor? —preguntábamos, envidiosos.

—Porque estamos casados —respondía papá.

Oír la palabra «casados» nos provocaba vergüenza y timidez.

—No podréis tomar los bocados más sabrosos, el pecho y los ojos de los corderos, hasta que estéis casados, fletéis una barca de pesca y tengáis mujer y críos, eso es lo que manda la costumbre.

Éramos conscientes de que tendríamos que esperar durante largo tiempo y hacer muchísimas cosas antes de conseguir semejantes privilegios, y pensábamos que si realmente era cierto que el pecho de cordero costaba nada menos que un matrimonio, quizá sería mejor olvidarse de él y de los ojos de cordero y seguir siendo libres e independientes comiendo sólo pescado.

Mientras comía, discutíamos sobre si cada uno de nosotros tenía o no derecho a la comida. Mamá intervenía en las discusiones. Una vez se sentó en una piedra y dijo:

—A mí nunca me dejaban comer nada más que las sobras cuando estaba en Reikiavik, al servicio de gente tan fina como el director del YMCA. Su mujer siempre me decía: «Que te aproveche. Y reza tus oraciones en la cocina antes de comer, pero deja algo de la cola o de la raspa para el gato». —Papá se echó a reír por tan cristiana costumbre, pero mamá continuó—: Era una señora con mucho estilo, que usaba delantal blanco con puntilla todos los días y cuando iba a salir a la calle calentaba las tenacillas de hierro en el fogón y se hacía unos tirabuzones que le caían sobre las mejillas. «Querida, cuando dejes el servicio doméstico tienes que comprarte unas tenacillas», me decía. «Los tirabuzones no ofenden a Dios, pero sí lo hace esa otra forma de peinarse que dentro de nada habrá dejado de estar de moda, la permanente.» Y, recortándome un poquito el sueldo, me regaló las tenacillas como un extra.

Mamá guardaba siempre algo de pescado para el gato, y la raspa se la quedaba ella. Una de las hijas se divertía con el juego de adivinar raspas: las levantaba en alto por un instante y decía qué pescado era o cuántas espinas tenía.

—Era listísima —dijo mamá.

—¿No habría preferido la raspa? —preguntó papá.

—Yo era feliz a mi manera —repuso mamá, aparentando no haberse enterado—. Si una servía en casa de unos comerciantes que lo más caro que vendían era, por ejemplo, cordones de zapatos, el peor sitio en el que te hacían dormir era en la habitación del sótano, al lado del lavadero. A mi hermana, que trabajó en casa de gente finísima, como los hermanos Thors, Bjarni, el del cine, y Snæbjörn, el de la librería inglesa, y lo hacía porque le gustaba todo lo fino, la ponían a dormir en la

habitación sin ventanas que había al lado del secadero; y por las noches tenía que pasar agachada por debajo de la colada que había estado lavando todo el día, y se metía en la cama con la espalda casi chorreando.

—Se lo tenía bien merecido, por esnob —opinó papá.

—No lo era —protestó mamá—. Quería aprender las costumbres más finas.

—¿Durmiendo todas las noches con el culo empapado, cayéndole encima el chorreo de los calzoncillos del tío ese del cine y de los demás Thors? —preguntó papá.

—A mí lo único que me caía encima era la palabra de Dios —continuó mamá—. Mis señores pertenecían a dos de las más grandes familias de sacerdotes del país, y estaban siempre hablando de sacerdotes y de viajes pastorales. A mí no me parecía que hubiera nada de fino en las casas de mi hermana. En realidad somos dos personas muy diferentes.

Así se iniciaban en nuestro hogar las discusiones constantes, el contraste de actitudes y de gustos, el choque de temperamentos y el conflicto entre experiencias tan distintas que pugnaban por defender su propio derecho a la palabra, las peleas causadas por las opiniones, la confrontación, todo ello mucho antes de que estuviera acabada la casa.

Ese año la primavera llegó tarde, cargada de lluvias, pero ganó terreno con un ritmo tan marcado como el que las manos de mi padre imprimían a la construcción de la casa en el solar. Había terminado los cimientos de hormigón y ya había comenzado a levantar el armazón. Iba a ser una casa de madera revestida con metal ondulado por fuera. Las planchas grises amontonadas centelleaban a la luz del sol, y percibíamos el olor dulzón de las tablas y de la madera sin desbistar desde mucho antes de llegar al final del sendero.

La hediondez de la chapa ondulada galvanizada, el olor de las virutas de madera recién salidas de las tablas machihembradas o sólo aserradas y el suave aroma del serrín dominaban sobre la fragancia de la tierra pedregosa, el acre hedor del barro y la fetidez de las algas de la playa, y, lejos de desaparecer, después de las lluvias de primavera exhalaban aun con mayor fuerza sus fragancias en el aire templado. Las aves migratorias, que desde entonces han habitado en mi mente como coloridas flores extranjeras, sobrevolaban en pequeños grupos, uno tras otro, trinando o gorjeando, este pobre país de gente más mísera aún, y, tras posarse instintivamente sobre los pedregales, caminaban dando ligeros pasos con sus largas patas y saltaban para huir de nosotros. Algunas semejabán ancianos encorvados, o parecían estar encogidas y cansadas por el largo vuelo. Algo se agitaba en mí al verlas:

«¿Por qué vienen aquí estos hermosos pájaros de colores?

»Por ninguna razón en particular. No es más que su propia naturaleza. Todo lo hermoso no es hermoso por razón alguna, sino que su misma naturaleza es ser hermoso.

»¿Hay algún pájaro que tenga un canto tan bonito como el de las aves

migratorias?

»No. Sólo pueden cantar bien las que han viajado por el mundo. Las aves que viven entre nosotros en los pedregales durante todo el año sólo saben graznar o chillar.

»Algunas gorjean.

»O graznan, chillan y gorjean, todo a la vez.

»¿Y por qué vienen las aves cantoras, entonces?

»Parece que vienen sólo para desovar en verano y demostrar que son lo bastante listas como para volver a marcharse a su debido tiempo, en otoño, y evitar así el largo invierno.

»¿No pueden desovar en otro sitio?

»No.

»¿Por qué no?

»La pena arrastra muy lejos a algunos pájaros. Yo también haría un largo viaje para parir si tuviera alas».

En cierto modo, podía percibir esta especie de conversación entre las dos partes de mi naturaleza, gracias a la experiencia de haber viajado una y otra vez acompañando a mi madre por los pedregales, los arenales y el borde del acantilado, en el largo camino que llevaba hasta nuestro futuro hogar.

Perseguíamos a los pájaros para intentar atraparlos. Escapaban corriendo delante de nosotros, se detenían, piaban, y de pronto volvían la cabeza a un lado para comprobar que seguíamos acosándolos. En cuanto veían que nos acercábamos, extendían las alas, golpeaban el suelo con ellas y chillaban. Así comprobábamos que habían anidado y dejábamos de perseguirlos, aunque seguían piando enfadados y caminando entre las piedras y las hierbas.

Nos habían dicho que las aves migratorias eran unos animales muy experimentados que sabían que el ser humano es ladrón por naturaleza, y que utilizaban los más diversos trucos para despistarnos y alejarnos de los nidos y sus huevos, y más tarde de los polluelos. Los huevos eran del mismo color que la tierra y rara vez conseguíamos encontrarlos aunque todo estuviera rebosante de pájaros.

Nuestro futuro vecino venía de vez en cuando a la obra desde su recién edificada casa para observar en silencio a qué ritmo iba creciendo la nuestra, y luego, con voz pausada, decía:

—Hay quien entiende de estas cosas; no es ninguna chapuza.

Papá le había construido la casa durante la primavera y el verano anteriores, mientras nosotros nos congelábamos en la escuela. Algunas veces nos dejaba sentarnos a mi hermano y a mí en las escaleras para sentir el vértigo de las alturas y el marco. Yo era el pequeño y corría más riesgo de caerme. El vecino me sostenía en lo más alto del empinado pasamanos y, al final, me cogía en brazos y decía:

—Ay, mi muchachito.

No solía decir mucho más; y su mujer hablaba aún menos. El vello le asomaba en

las orejas y la nariz, y tenía por costumbre caminar por los llanos, no totalmente encorvado, pero sí como si estuviera siempre buscando cosas por el suelo, corderitos enanos, por ejemplo, aunque nunca los encontraba. Llevaba en la cabeza una gorra de visera, siempre la misma, con unas orejeras que le caían por las mejillas; jamás se la quitaba, excepto en los entierros. Parecía que tenía media frente blanca como la cal y un reborde rojo por debajo, e incluso se diría que la coronilla se había curvado para adaptarse a la gorra.

¿Tanto pesaba aquella gorra?

Papá le hablaba en voz muy alta para que sus palabras lograran abrirse paso entre los martillazos y el pelo de las orejas. Por lo demás, rara vez levantaba la vista del trabajo y no nos dispensaba una bienvenida demasiado calurosa cuando llegábamos con la comida. Sin duda, a sus ojos no éramos nada más que unos inútiles que sólo servían para llevarle el condumio.

—No, yo sé hacerlo mucho mejor, y lo encontraré antes que tú —nos decía si intentábamos buscarle una tabla determinada para acercársela y así crecer en su consideración.

Si a pesar de todo insistíamos en hacerlo, nos apartaba de su lado en silencio, con suavidad pero también con determinación, moviendo de una forma especial el canto de la mano en un ademán habitual que venía a significar: «No os acerquéis a mí, no toquéis nada; éste es mi trabajo».

No necesitaba peones, se las apañaba él solo para hacer todo el trabajo sin ninguna ayuda. Así no tenía que darle las gracias a nadie al final, sólo a sí mismo, ni había nadie que pudiera decir: «Vaya, yo también he tenido mi parte en esto». Era muy celoso de sus derechos de autor sobre todo cuanto hacía. A ningún otro tenía por qué interesarle su trabajo excepto a él mismo mientras estaba haciéndolo, pero, una vez terminadas las obras, éstas se le volvían como ajenas, casi molestas, en cuanto pasaban a manos de otras personas, aunque todo aquel tiempo hubiera estado trabajando precisamente para ellas. Le daba igual lo que pensara la gente: lo hacía todo lo mejor que sabía. Hay cierta similitud con la forma de ser de los artistas, siempre distantes, siempre a lo suyo. Saben que nadie puede hacer nada por ellos, de modo que si se sostienen o se caen es por su propio talento y por sus propias obras. De ahí que los artistas estén siempre solos pero sin sufrir de soledad. No necesitan la ayuda de nadie ni su apoyo, a diferencia de lo que le sucede al resto de seres humanos.

Mi madre solía quedarse aparte durante la comida, esperando. Permanecía allí, a cubierto, seguramente temerosa de que el pescado se enfriara y la salsa se solidificara antes de que su marido se dignara dejar las herramientas, se frotase las manos despacio, como si le supusiera un gran esfuerzo, para quitarse la suciedad de encima y empezara por fin a comer con la cuchara y el tenedor en lo que había sido en tiempos una simple lata de pintura. En la niñez le habían enseñado que aunque tuviera poco o casi nada a lo que hincar el diente, e independientemente de donde se

encontrase, tenía que sentarse a la mesa con educación, comer con cuidado y masticar como si fuese uno de los comensales del rey en su palacio y estuviese degustando faisán servido en bandeja de oro.

Aquello carecía por completo de sentido para mamá, aunque en ocasiones no podía evitar preguntarle:

—¿No piensas comer antes de que se enfríe todo y la salsa se quede hecha una piedra?

No servía de nada. Él seguía con lo suyo. Igual que él, ella también era de natural solitario en todo lo relacionado con el trato con los demás. Criada en las montañas, prácticamente sin nadie alrededor, se bastaba a sí misma. Por eso nosotros, sus hijos, tenemos cierta necesidad de soledad, que antaño era la característica principal que distinguía a quienes se criaban en el campo o en el mar de quienes crecían entre una muchedumbre, algo que de todas formas no podía darse en sitio alguno de este país tan poco poblado. Todo el mundo se daba cuenta, saltaba a la vista aquel rasgo de carácter de la mayoría de la gente, de unas personas que están solas y que no encuentran en los demás mucha más ayuda de la que pueden proporcionarles las rocas.

«Mi compañía favorita es el trabajo», decía mi padre a veces.

Mi madre aprovechaba cualquier oportunidad, en las fiestas o los convites de cumpleaños, para soltar algo indecoroso, quizá precisamente cuando la alegría alcanzaba el punto culminante y las mujeres se dedicaban a hablar por los codos, criticando a otras mujeres que parecían haber perdido pie en la vida y se quitaban de encima los fetos a montones, mientras los hombres hablaban a gritos de las grandes capturas de pescado y de sus interminables guardias. Entonces, de repente, sentenciaba:

—El hogar es mi mundo.

La gente se quedaba boquiabierta, perdida en medio de las hazañas de sus historias. Por suerte, ella ya había entregado los regalos, de manera que podía dar las gracias sin demasiados problemas y despedirse. Nosotros, en cambio, seguíamos allí sentados, incómodos hasta lo indecible, contemplando a los invitados, que se sentían como si la única ama de casa auténtica de toda la reunión les hubiera propinado un bofetón. Era como si las mujeres hubieran acabado de tener un aborto, y los hombres miraban estupefactos sin lograr comprender a una persona tan poco sociable; las mujeres interpretaban aquellas palabras como una indirecta dirigida a ellas. «¿Es que a ésa no le importan los abortos ni la pesca?», parecían decir sus rostros por un momento. Pero todos conseguían recobrarle enseguida del golpe y volvían con idéntico brío a sus abortos espontáneos y sus grandes capturas, hasta que a todos les entraba el sopor y se quedaban sin nada que decir, entre eructos y bostezos.

Igual que sucede con los artistas y su trato con otras personas o con la sociedad, se fue abriendo una brecha invisible entre mi padre y nosotros. Sólo nos permitía salvarla cuando él mismo así lo ordenaba, o cuando estaba de buen humor. Solía

acompañar su ofrecimiento de reproches por lo perezosos que éramos; según él, no hacíamos absolutamente nada y nunca terminábamos lo que nos encargaba. Acostumbrábamos a recibir aquellos reproches en otoño, cuando regresaba después de haber estado trabajando de temporero y comprobaba si le habíamos obedecido bien durante su ausencia. Acatar las órdenes sin que tuviera que estar presente el que las había dado, ser el superior y el subordinado al mismo tiempo, aquélla era la más noble de las virtudes.

Una vez tras otra nos impuso la tarea de perder el verano sacando las piedras del prado y removiendo la tierra para poder convertir aquellos suelos en un patatal antes de que se llenara de hierbajos con la llegada de la primavera.

Los primeros días después de la marcha de papá subíamos al campo a pesar de la pereza y emprendíamos la tarea movidos por nuestro sentido del deber, aunque no nos apetecía demasiado ponernos a quitar piedras.

La lluvia azotaba el pedregal y hacía elevarse aquel extraño hedor de los guijarros. Intentábamos retirar todas las piedras que podíamos, pero al poco rato nos encontrábamos con que debajo de cada una había más piedras, no una sino el doble de las que arrancábamos, cada vez en mayor número y de mayor tamaño, sin que se viera el fin. El espesor del mantillo iba reduciéndose a medida que excavábamos. La tierra estaba repleta de ásperas rocas.

—¿Qué diantres es esto? —preguntó mi hermano mayor, y se detuvo.

Yo continué, porque era perfectamente capaz de decidir por mí mismo si las piedras eran grandes o pequeñas o si mi padre estaba presente o ausente.

Al final nos dimos cuenta de que era mejor sembrar las patatas en medio del picón cuando todo estuviera cubierto de algas en lugar de intentar encontrar mantillo debajo de las piedras. Cuando llegamos a esta conclusión, la pereza consiguió imponerse sobre las piedras y lo fuimos dejando poco a poco; de otro modo, habríamos acabado excavando cada vez más hondo y al llegar a viejos les habríamos visto las suelas de los zapatos a los chinos sin haber conseguido más mantillo para plantar patatas que el que se adhería a las paredes de la olla de hierro que mamá utilizaba para todo, pues en ella guardaba el pescado salado y le quitaba las branquias, y con ella fregaba el suelo, cocía las patatas, echaba el agua sucia y ponía nuestros calcetines en remojo.

—No valéis para nada y no seréis más que unos pordioseros —aseguraba papá cuando, a su regreso como temporero, se paseaba por el prado para comprobar cómo andaban las cosas y si habíamos retirado nuestra ración anual de piedras, que habrían de usarse para levantar una cerca en torno al sacrosanto huerto y a aquel patatal que tan indiferente me resultaba, antes de que se llenase de flores rosas o azules.

Mi padre no permitía que nos acercásemos a él ni física ni espiritualmente; siempre estaba lejos de casa ejerciendo alguno de sus duros trabajos, mientras lo que él quería que fuese la obra de su vida le entretenía en sus horas libres o entre un turno y el siguiente. Las obras de construcción constituían para él una especie de secreto.

Por eso no se le podía mostrar más que un pequeño fragmento de esa parte de nuestra vida sentimental que, absurdamente, está hecha sólo para uno mismo, y la única parte que podíamos enseñarle era esa otra que está ahí para regalársela a los demás. Esta porción, estrechamente trenzada con los deseos de compartir con otros las penas, las alegrías y las ideas, de malgastar vida y esfuerzo en compañía, es la búsqueda de alguna orientación, por ejemplo la guía de los padres, que representa la máxima aspiración de los niños. Los niños tienen sed de sus padres, pero cuando llegan el matrimonio y el momento de pensar en la descendencia, la pareja suele haber empezado a tener sed de alguna otra cosa.

En la niñez, el contacto con los parientes más cercanos acostumbra a no producir satisfacción física ni espiritual, sino un sentimiento de vacío mezclado con cierta carencia penosa e intransigente, un ansia y una sed insaciables que el niño intenta una y otra vez, ya mayor, apagar o calmar mediante el abuso de la bebida, por lo menos en este país. Cuando las personas empiezan a tener hijos y se convierten en padres, tienen demasiadas criaturas como para ser capaces ya de albergar sentimientos hacia sus descendientes, o bien son demasiado adultos y experimentados como para convertirse en guías o eventuales compañeros de sus hijos. Los padres están encerrados sin escapatoria posible en los círculos viciosos de la vida, y si al principio los hijos son unos juguetes divertidos y relativamente dóciles, los adultos se hartan de los juguetes en cuanto éstos crecen y pretenden decidir sobre sus propias vidas. Más tarde, esos mismos juguetes manifestarán un inexorable deseo de dominar a los jugueteros con sus exigencias. La voluntad de vivir le da la vuelta a la tortilla. Los juguetes intentan transformar a sus padres en herramientas que habrán de servirles para apoderarse de todo. Suele suceder también, incluso puede decirse que es ley, que el niño cala a sus padres hasta el fondo, porque está con ellos desde su nacimiento, mientras que los padres han alcanzado la edad adulta y la madurez al tener hijos, y esa madurez se ha vuelto egoísta y tiende a rechazar a los niños, pues todo el mundo está obsesionado con sus propios problemas.

La edad es la responsable de que los padres no puedan ponerse en el lugar del niño.

—Han crecido hasta dejar de ser niños y se les han endurecido los sentimientos —decía mi madre.

Los padres son, ante todo, una especie de sobras rancias de los hijos de sus propios padres, pero no son padres de sus propios hijos, y en su cabeza están más presentes sus propios padres que los sentimientos hacia sus propios hijos.

La naturaleza y el carácter de las personas han conformado al ser humano de tal modo que la distancia entre padres e hijos es casi insalvable excepto en nuestros deseos.

La distante cercanía y el exotismo de mi padre nos resultaban atractivos, de modo que lo veíamos como una persona deseable, aunque él no se sintiera atraído por nuestra forma de pensar, que le parecía ridícula o, por decirlo suavemente, demasiado

estúpida y grosera. Pero uno siempre andaba dándole vueltas en la cabeza a la pregunta de quien era él, y por eso surgía de inmediato la sana cuestión, imprescindible para la maduración espiritual y la autonomía del niño en momentos posteriores de su vida:

«Pero ¿quién es mi padre?».

«¿Quién es mi madre?»

Si quiero encontrar mi propio camino necesito saber algo de ellos, sin miedo a hollar el terreno sagrado del mito de los padres.

—Lo normal es que los niños no se pregunten esas cosas —decía mi madre.

Muchos padres ni siquiera incitan a sus hijos a que se hagan preguntas. Esto se debe bien a que los niños carecen de imaginación y calor emocional o bien a que sus padres son lo que suele denominarse «mediocres» y no despiertan inquietud espiritual alguna. Esos niños no piensan en cómo pueden ser sus padres. Y a veces no lo hacen porque los padres han despertado en sus hijos ciertas necesidades y después las han satisfecho a su antojo para, más tarde, en algún momento futuro, separarse de ellos en los senderos de la vida, en lugar de haber reflexionado con ellos acerca de los problemas de madurar, un proceso que a los niños les resulta muy difícil afrontar.

Podría pensarse que los padres son la principal causa de la timidez de sus hijos, o incluso de que, ya adultos, esos niños den las gracias secretamente cuando sus padres mueren, sirviéndose de esa frase tan hipócrita y perversa: «Creo que papá se alegrará de poder descansar al fin».

En la vejez, a medida que la mente va perdiendo facultades, despierta por regla general una osadía creciente que se pone de manifiesto en esta pregunta: «¿Quiénes eran mis padres?». Para entonces, ya es tarde. Los niños no encuentran respuesta, no llegan a conclusión alguna y el remordimiento les abrasa la mente. Pero los niños osados, inteligentes, anímicamente independientes, se lo preguntan casi desde que alcanzan el uso de razón, y entonces añaden: «¿Quién soy yo, sobre todo en tanto que descendiente de mis padres?».

Las personas tienen más miedo a reflexionar sobre su madre que sobre su padre y se niegan a pensar en todo aquello que puede haber derivado de la desazón que producía el trato con ella. Nunca se atreven a plantearse la pregunta «¿Quién es mi madre?».

Se puede pensar que la madre es un delito o una palabra que basta con poder usarse como muletilla.

Casi todo el mundo huye de ella como de la peste, se la quitan de encima a toda prisa afirmando con relativa buena conciencia, que siempre fue muy cariñosa, guapa y bondadosa.

Las discusiones sobre las madres proporcionan de ellas, si no una imagen falsificada, sí una caricatura repugnante y vacía. Es posible que la madre se lo merezca. Casi desde el primer momento exige a sus descendientes, con su trato, que hagan sitio en sus mentes para la falta de armonía de todo cuanto les proporcionan la

experiencia y la percepción, es decir, por un lado su madre como ser humano corriente, y por otro la imagen de la que es preciso hablar, la de una persona especialísima y a la que tenemos que referirnos escogiendo muy bien las palabras. De ahí el miedo del niño hacia su madre, y el temor que él le inspira a ella. El niño cree que su comportamiento es el adecuado para navegar en semejante contradicción, mientras la madre considera que no ha impulsado suficientemente en él su imagen falsa.

La madre es el verdadero origen del miedo.

La vergüenza asomaba al rostro de mi padre cuando le recordaba aquellas cosas.

—No te comprendo —replicaba—. Mamá siempre decía que yo era el mejor de sus hijos.

Todos temen a sus madres de algún modo. Sufren remordimientos por haberles arrebatado la libertad al nacer, pero no entienden por qué ellas andan siempre tratando de encontrar la mejor manera de librarse de sus hijos. La madre quiere gozar de derecho absoluto sobre su propio cuerpo para procrear o no, pero, una vez que lo ha hecho, lo que le preocupa es cómo encasquetarle los niños a alguien, excepto un rato por las noches a lo sumo.

Las madres sufren también remordimientos por ser capaces de sentirse alegres cuando por fin expulsan al niño de su útero. Tal vez su conciencia les dice que una auténtica madre debe vivir en un embarazo permanente que no concluye en el parto y evita así arrojar a los hijos a este mundo perverso. En la religión cristiana, la madre parece considerar a su propio cuerpo como un mundo aparte, y tiene la obligación de llevar en él a su único hijo durante toda la vida, o hasta que las leyes de la naturaleza la obliguen a parirlo muerto. A cambio, alcanzarán la vida eterna en el seno de Dios, el único Padre de verdad, quien fecundó a ese gran ejemplo de las madres, la Virgen María, a través de un ángel desprovisto de materia o de sexo, su propia imagen, enviado por Él desde el cielo con la finalidad de convertirla en la elegida, superior al hombre, al que ella verá más tarde como mero Padre Putativo en comparación con el Padre Supremo, que está en los Cielos.

## Éste era mi padre

Sus hermanos apenas habían dado unos pocos pasos cuando su madre les ordenó entrar, pero les advirtió que no se alejaran mucho de la casa. Hacía buen tiempo y los mayores eran bastante obedientes. Sólo a él le permitieron quedarse dentro. Le

pareció extraño, pero no dijo nada porque era obediente y le tenía mucho apego a su madre. Por eso permaneció mucho rato junto a la ventana, aunque sintió algo extraño en su interior al pasar los ojos por la solitaria montaña que se alzaba junto al fiordo, o por las altas y empinadas laderas de los montes que se elevaban en el interior. Era aún por la mañana temprano. De repente vio a su tío a contraluz. La luz era muy brillante. Se acercaba caminando lentamente desde el otro lado de la cresta, y llegó hasta el prado sin mirar hacia la casa, contra su costumbre. La madre no prestaba atención. Por eso él se apartó de la ventana y se dispuso a correr al encuentro de su tío. Pero, sin duda, su madre lo vigilaba desde algún lugar de la casa.

—No vayas a ningún sitio —dijo, y lo llamó para que fuera junto a ella a la habitación en penumbra.

Lo detuvo a medio camino con un torrente de palabras.

—Quédate ahí —le ordenó después.

Obedeció y ella salió, poniéndose una mano sobre los ojos para mirar hacia los prados. Después volvió a entrar. Así transcurrió la mañana.

A mediodía, el tío volvió a casa cruzando la cresta después de la comida y continuó segando la hierba.

El muchacho tomó un bocado con sus hermanos pero no le dejaron salir como de costumbre. Se inquietó e intentó escaparse. La madre parecía estar en guardia, permanentemente en guardia. Debía de tener ojos en el cogote, pues dijo con firmeza, sin darse la vuelta:

—¡Estate quieto!

Habló con aquella voz áspera que bastaba para hacerse obedecer. El niño acató su mandato, pero dirigió sus ojos hacia el prado, y así fue transcurriendo poco a poco aquella larga jornada. La calma, más que la noche, empezó a extender su manto. El sol estaba ya a medio camino en el límpido cielo de poniente, pero brillaba de alguna forma dentro mismo de la tierra. Sus rayos lamían la hierba y la cubrían de un resplandor que transformaba el suelo en verde oro líquido. Al verlo no pudo quedarse quieto y se escabulló afuera para contemplar aquel verdor dorado que se extendía frente a la ventana iluminada en el lado oeste de la casa, y para deslizar las manos por los frescos tallos; era como si estuviera tocando alguna melodía. Su madre se dio cuenta de que se había escapado y lo llamó.

—¡Eh, tú! —gritó con aspereza.

Dejó de interpretar la historia del resplandor y volvió en silencio a las tinieblas.

Estuvo esperando durante un rato que el canto penetrara en la casa.

Escuchó, pero era la sombra del canto, no el canto mismo, de modo que se acercó a la ventana.

—Ven —ordenó su madre señalándolo con el dedo.

Fue hacia ella, que lo fue vistiéndolo en silencio con sus mejores ropas y le frotó las manos varias veces con un paño húmedo.

—Ahora ponte de pie un momento encima de la silla mientras te seco —le instó

con voz muy aguda.

Sintió que se le calmaba el corazón con la anticipación de poder demostrarle a su madre que ya sabía mantener el equilibrio.

Pero todo fue demasiado rápido, sin tiempo para nada; su madre lo levantó con un movimiento ágil y lo colocó encima del asiento de la silla torcida que había delante de la vieja mesa de cocina. Desde aquella posición elevada alcanzó a ver que sobre un lado de la mesa había un hatillo de tela de cuadros, y como la puerta de la casa estaba abierta percibió los últimos restos del aroma del atardecer que llegaba del heno recién puesto a secar. Vio también a su tío, inclinado en el prado, donde el luminoso sol poniente seguía brillando en el cielo y sobre la tierra, bañando la hierba con sus rayos.

Su madre acabó de lavarlo con cuidado y le restregó con fuerza los labios.

—Ya estás limpito —dijo.

El agua aún le cosquilleaba en el rostro al secarse cuando su tío hincó el mango de la guadaña en la tierra y se encaminó hacia la casa.

—Baja de la silla tú solito, yo no te ayudo; pero ten cuidado —advirtió su madre, más tranquila de lo normal, sin darle la mano ni intentar ayudarle—. No dejaré que te caigas, venga, ahora —le animó.

Esta vez no obedeció de inmediato, y siguió contemplando desde la penumbra de la cocina el resplandor rectangular que se divisaba por la puerta abierta. En el resplandor se recortaba la silueta del tío, que se acercaba cada vez más. En su forma de andar había algo que le hizo sentir miedo, casi ni se atrevía a respirar y menos aún a moverse para que la silla no se rompiera. Sabía que debajo de sus pies estaba el asiento en el que los niños tenían que aprender a quedarse sentados quietecitos para que no se les metieran gusanos por el culo.

—Venga —dijo la madre, animándole de nuevo.

Le llegaron las voces de sus hermanos desde delante de la casa, los agudos gemidos lastimeros de las hermanas más pequeñas mezclados con las órdenes tajantes del hermano mayor, mientras el tío avanzaba muy, muy despacio y como con esfuerzo, subiendo la cuesta dentro siempre de aquel resplandor cuadrado. Y entonces relacionó la pesadez de sus pasos con el hatillo de la mesa, y reaccionó. Estaba descolgándose torpemente cuando entró el tío, lo cogió en brazos y agarró el hatillo con la misma mano, sin pronunciar una sola palabra.

La madre le acarició el rostro y, tras darle un beso suave y fugaz en la mejilla, dijo:

—Tienes que ser un buen chico durante toda la vida, porque tu papá se está muriendo.

Acto seguido se tapó la cara con las manos, pero él no respondió. El tío se removió inquieto.

—Así que ya —dijo.

La madre apartó la vista, pero luego se acercó al niño.

—Hijo mío, no puedo seguir teniéndote a mi lado. Primero te irás tú a casa de un padre adoptivo, y a los demás chicos iremos enviándolos poco a poco a casa de otras personas que no son parientes nuestros —explicó mientras le metía el jersey por la cabeza; luego estiró la blusa para ajustársela bien debajo del jersey—. Ahora ve a despedirte de tu padre.

Obedeció y entró en la habitación en tinieblas donde yacía su padre acostado en la cama, inconsciente desde hacía mucho tiempo. No se atrevió a acercarse a él, porque en una ocasión había visto, aterrado, cómo abría la boca y de ella brotaba algo espeso y marrón que caía sobre la almohada y el edredón. Su madre había entrado entonces, consternada, y su padre, con un gesto de su sucia mano, le indicó a él que se alejara. Era como si lo hubiera rechazado.

Después de quedarse un breve rato delante de su padre sin despedirse de él, pues en su inconsciencia el hombre ni siquiera parecía darse cuenta de la proximidad de su hijo, se puso a no escuchar nada, aunque oyó el espeso murmullo del silencio. Permanecería para siempre en su memoria. Volvió entonces junto a su madre. Ella no le preguntó nada. Hasta ese momento, el tío no había abierto la boca, pero ahora respiró profundamente y se despidió a toda prisa.

—Bueno, Þorbjörg, adiós —dijo, y se agachó para salir por la puerta con el muchacho en brazos.

El tío lo sostenía apretado contra su pecho, sujetándolo por debajo del trasero para que pudiera ver a la madre por encima de su hombro, hasta que se perdieron de vista ella y la casa. El niño se removió un poco en los brazos. Sus hermanos desaparecieron también de la vista; continuaban sus juegos delante de la casa y no miraban en su dirección. Él lo observaba todo mientras se rebullía en brazos de su tío. Por un instante vio a su madre delante de la puerta, y a los hermanos, que entraban con ella, ya muy lejos. Volvió a divisar la casa, pero ya no había movimiento ni asomaban rostros por las ventanas.

Habían bajado hasta el prado, y allí estaba la guadaña de pie, firmemente sujeta al duro suelo, resaltando contra el sol del atardecer. El tío la desclavó de un manotazo y se la echó sobre el otro hombro, de tal modo que la hoja sobresalía al lado de su cuello. Había un poco de hierba seca en el filo y en el lomo; lo vio porque la hoja se movía al compás de los pasos, y a veces llegaba casi a rozarle. El sol hacía brillar el filo y reseca la hierba, que se iba desprendiendo poco a poco. El tío caminaba pesadamente por el suelo irregular y no dijo nada hasta que llegaron al arroyo. Una vez allí, se plantó en mitad del agua e inclinó la cabeza.

—Mira, rapaz —le instó—, allí hay una trucha escondida.

El muchacho miró hacia abajo, al agua, y se sintió marcado.

—Algún día la pescarás —dijo el tío—. ¿Verdad que sí?

El niño no respondió, pero, después de estar un rato con la boca encima del hombro de su tío, paseó la mirada a su alrededor. El mareo disminuyó y entonces empezó a ver, no el río sino el estanque de detrás, donde había unas sombras que a

veces daban un respingo muy rápido y desaparecían bajo la turba que colgaba en el borde. Miró tímidamente aquellas sombras de rápidos movimientos a las que el tío asustaba con la hoja de la guadaña.

—¡Mira, rapaz, mira! —repitió el tío, feliz.

El filo y el lomo salieron del agua chorreando, y los últimos restos de hierba seca se desprendieron de la hoja y se alejaron flotando en el arroyo. Cuando el tío continuó la marcha y se echó la guadaña al hombro, el muchacho reparó en lo fría que era el agua que recorría la hoja y goteaba por la punta a un lado del cuello. Caía parcialmente sobre el chaquetón, pero el tío no parecía sentir las gotas, que no tardaban en extenderse por la espalda. El niño se acurrucó sobre su hombro sin apartar los ojos de la guadaña y las húmedas manchas oscuras que iban creciendo con rapidez.

Llegaron a la casa y entraron por un oscuro corredor que parecía no acabar jamás. Finalmente se abrió a la claridad. El tío lo dejó entonces en el suelo y le hizo sentarse junto a una mesa debajo de la ventana del cuarto que daba al oeste. Se podía oír que en aquella casa no había niños, pues el silencio era absoluto. Había allí dos desconocidos, una anciana y un anciano que no dejaba de secarse las manos en la pernera de los pantalones; el tío era mucho más joven que los otros dos. Ahora el pequeño volvía a estar solo junto a una ventana, y, acostumbrado a obedecer, permaneció largo rato sentado en la silla, sin decir palabra. La anciana se le acercó y le ofreció una morcilla fría. El día había empezado a declinar. A su alrededor todo era desconocido y silencioso. El sol rojizo avanzaba hacia el horizonte mientras la quietud crecía. Al final, como un resplandor de despedida, envió por la ventana un rayo que cayó sobre una de sus manos; seguía allí inmóvil, sentado al lado de la mesa. Notó el cálido roce del sol y, cuando volvió la mano y puso la palma hacia arriba con los dedos un poco doblados, vio que la copa que así había formado se llenaba de claridad. El resplandor lo hechizaba. Se sacudió de la palma de la mano el pálido rayo de sol, apartó de un empujón el plato y los cubiertos y echó a correr soltando un chillido.

La mujer intentó alcanzarlo por el pasillo, pero él siguió corriendo y llorando, dando vueltas a la casa. El tío se presentó de inmediato, y después llegó la anciana, justo detrás. Lo alcanzaron enseguida pero no había forma de calmarlo, gemía en el silencio y el resplandor del atardecer, dentro de su propio vacío, y sentía cómo ese vacío se iba extendiendo hacia la noche que se acercaba desde la lejanía.

—Ya está —dijo la mujer, alarmada pero con dulzura.

El llanto era tan violento que desaparecieron las montañas, las casas y el fiordo, y en el mundo sólo existió el llanto.

Al final le entró un fuerte hipo. Como no podía hipar y llorar a la vez, palideció y dejó de llorar, y se limitó a hipar. Así se rompió el vacío de su mente.

—Que se tome unos sorbos de agua fría para que se le pase el hipo —le sugirió la mujer al tío.

El tío no se movió; se limitó a contemplarlo, absorto.

—Venga —instó ella, alcanzándole un vaso con agua.

Mientras había estado fuera, el tío había conseguido aproximarse al muchacho con astucia, atravesando su dolor.

—Mira, rapaz, mira —dijo alegremente, agitando ante sus ojos un palito y una navaja—. Primero quítate esa ropa mojada, luego ponte a tallar la maderita y prométeme que nunca en tu vida volverás a llorar. Si tallas mucho, no tendrás que hacerlo. —El niño levantó los ojos hacia su tío, que añadió—: Te llamas Bergur y serás muy fuerte. —Le acercó la hoja de la navaja casi hasta la cara. Luego le entregó la navaja y el palo, depositando ambas cosas en sus manos, y le susurró al oído—: Hazlo así. Talla, muchacho, talla... así...

—Yo sé solito —protestó el pequeño con obstinación.

Cuando echó mano del regalo e hincó torpemente la afilada navaja en el palo, vio cómo el filo se hundía de inmediato en la dura madera y algo salía volando de la hoja, como unas plumitas.

—Mira, un pájaro volando —señaló el tío—. Parece un chorlito.

Con aquello se calmó del todo, y permitió que su tía volviera a cogerlo en brazos y lo llevara por el largo corredor, que ya no encontró tan oscuro como antes. Cuando entraron en el cuarto de estar, la mujer le hizo sentarse en el suelo de tierra al lado de la cama, y al poco empezó a tallar tranquilamente. Aquella navaja era suya, como lo era también el palo, y no tenía que compartir nada con nadie.

Era en verdad un huérfano entregado en adopción, pero también el hijo único de aquella casa, el único dueño de todo lo suyo, aunque no fuera dueño de sí mismo en absoluto, salvo de un trocito de su mente. Ya no añoraba su casa; allí no era más que uno entre muchos hermanos y tenía que compartirlo todo con los demás, aunque en realidad el más bruto era el que se quedaba siempre con lo mejor. Ahora todo se había borrado de su mente excepto la navaja y el palo. Se hallaba, y sigue hallándose sumido en una mezcla de olvido y de recuerdos, tallando el mismo palo que a sus ojos era siempre un palo nuevo.

Éste era mi padre a sus cinco años en sus recuerdos y sus siete en la realidad, acogido como huérfano en casa de su padre adoptivo.

Quince años después volvió a encontrarse con su madre tras mucho buscar, aunque dio con ella casi por casualidad. Para entonces había estado viviendo con su padre adoptivo hasta cumplir los veinte, cuando pudo seguir por fin su propio camino, después de trabajar para él aquí y allá, en el campo y en el mar, sin ver un solo céntimo: todas sus ganancias habían servido para pagar al padre adoptivo su crianza. Un día se topó con su madre en el sótano de una casa desconocida, donde ella y su hermana menor, a la que apenas conocía, vivían a oscuras y medio muertas de hambre. Decidió sacar a su madre de la mendicidad, convertirse en un hijo obediente y construir una casa para las dos en un lugar llamado Chozas. Pensaba y sabía que aquello era lo correcto, porque de pronto se había hecho la luz en su mente,

en la oscuridad de aquel sótano en el que había encontrado por fin el sentido de su vida, y decidió sufragar los gastos de su madre y de su hermana trabajando aún más, ahora que era libre por entero y podía enrolarse en uno de los arrastreros de la costa sur. Sería el dueño de lo que ganara con su trabajo. Así consiguió un poco de dinero para él y también para su madre y su hermana, lo que significaba mucho para un joven.

—Te llevaré conmigo —le dijo a su madre, inclinándose ante ella.

—Claro, niño mío —respondió ella.

## Continúa la construcción

La construcción de la estructura de madera y la distribución de la casa que habría de cobijarnos de las inclemencias del otoño y el invierno avanzaron con lentitud una vez que el revestimiento hubo encerrado el armazón creando lo que en algún momento tendrían que ser habitaciones. Mi padre parecía aprovechar para gozar de la paz y la tranquilidad entreteniéndose con pequeños trabajos de ebanistería en vez de concluir alguna de aquellas tareas antes de dejar las herramientas para marchar de temporero, algo que de todos modos, esta vez decidió no hacer.

—Ya saldremos adelante de alguna forma —dijo.

—Si te conozco bien, no tendréis mucho de qué preocuparos —afirmó el armador de Höfn durante la cena.

—Eso pienso yo —coincidió su mujer.

Así pues, acordaron que podríamos seguir allí todo el verano y el otoño siguiente, o hasta que acabara la construcción.

—Antes de las navidades sólo podré tener terminada la cocina —advirtió mi padre.

—Imagino que todo saldrá a pedir de boca, estaréis tan ricamente —aseguró la señora de Höfn.

—No te quedes ahí escuchando sin hacer nada —me dijo mamá.

—Este chico va a pasarse la vida debajo de las faldas de su madre —observó la señora de la casa, y añadió que sería más saludable que saliese a caminar al aire libre.

Oí que los demás chicos cantaban canciones guarras en las escaleras aprovechando el buen tiempo y salí para unirme a ellos, y compuse una estupidez que aún recuerdo y que debía de referirse a una vecina, que no nos había hecho nada malo:

Ese loro de Árnarhvol  
que dice «esta boca es mía»,  
está zurciendo su ropa,  
está zurciendo su tropa,  
en su hijos caga y mea  
y en el orinal los tira.

Los chicos de Höfn se quedaron sin palabras, el poema los había dejado pasmados, y no digamos a la hermana. Aunque comprendían el contenido, no eran eruditos en literatura y por lo tanto no tenían ni idea de que algún complejo había hecho fermentar en mi subconsciente la respuesta a las palabras de su madre y que lo único que estaba haciendo en realidad era quitarme de encima a la mía mediante una pulcra guarrería acerca de una mujer estupenda. Una mujer a la que admiraba porque en su casa, que a mis ojos era un palacio, la entrada de la sala terminaba en un arco del que colgaba una cortina de terciopelo rojo que se sujetaba con abrazaderas a unos postes de madera y que hacía las veces de puerta; la cortina se podía correr con un movimiento brusco para abrir o cerrar el vano, momento en el que se escuchaba una música celestial que surgía de las anillas, aunque otros opinaban que no era más que un chirrido. Así de distintas pueden parecer las cosas. No a todos les entusiasmó el poema por igual, y aún menos a mi madre.

—Es una porquería —opinó mi padre—. Tienes que aplicarte más.

Claro que también él tenía que aplicarse más en la construcción si quería ser considerado maestro constructor, aunque no hubiera estudiado el oficio ni fuera un aprendiz ni un chapuzas. Gracias a su laboriosidad, un arquitecto de Reikiavik, que años atrás se había percatado de sus buenas cualidades mientras estuvo ayudándole a terminar una obra en la que habían surgido complicaciones (mi padre trabajaba para él haciendo las mezclas del cemento), le dio una carta de recomendación y lo animó a solicitar la licencia oficial de carpintero. Así lo hizo, y al poco le entregaron un diploma que hizo enmarcar en negro, aunque no lo colgó de la pared hasta que pudo añadirle un tapetito de flores. En la parte superior del certificado, debajo del cristal, aparecían las palabras DIPLOMA DE CARPINTERO en letras negras y finas pero ligeramente inclinadas. Detrás venía el texto.

El diploma le concedía autorización para «practicar el oficio en taller propio, de acuerdo con la ley 18 de 31 de mayo de 1927». Pero abajo del todo figuraba esta frase, sarcástica y ejemplar: «Concedido según dispensa especial válida hasta el 1 de julio de 1937, referente a los no residentes en esta ciudad».

El llamado «Diploma de Carpintero» estaba firmado con muchas fiorituras de oficio por el entonces gobernador civil de la provincia en Hafnarfjörður, a 28 de junio de 1937. De acuerdo con esto, mi padre apenas habría tenido tiempo de poner manos a la obra, sólo tres días, a menos que se tratara de una errata, lo que suele llamarse un *lapsus calami* del funcionario que aquella mañana habría llegado a la oficina

malhumorado o borracho y sin la menor noción del lugar ni del tiempo, y desde luego ni la más remota idea sobre el año en que estaban.

En Islandia, la mala fe de los funcionarios en el trato con el público se considera algo completamente natural, y se ve incluso como una broma o como algo que se le hace a la víctima a fin de que pueda contárselo a otros para romper la monotonía y el aburrimiento de la vida cotidiana. Por eso siempre se les perdona que cometan cualquier clase de error en el ejercicio de sus funciones, con la excusa de que no se debe a la mala fe ni a la ignorancia, sino a la bebida, y que el abuso de poder obedece exclusivamente a una interpretación equivocada o a un *lapsus calami* de los subordinados. La bebida lo disculpa todo en una sociedad donde domina la unanimidad en la idea de que nadie es mejor que ningún otro, aunque los individuos gocen de distinta valoración social en la comunidad. Por eso es habitual defenderse de las acusaciones argumentando: «Estaba borracho. No recuerdo nada, y mi falta de memoria me hace inocente». En el caso de mi padre, el *lapsus calami* pudo haberse producido de modo intencionado o tratarse de una simple broma típica del gobernador civil, o bien de su represalia contra un «no residente en la ciudad», porque un hombre es el gozo de otro en el sentido de que el poderoso puede transformar a quien tiene por debajo en un juguete con el que romper el aburrimiento de la oficina.

En esa época, y de hecho todavía hoy en día, buena parte del placer de las gentes de la cultura y la política consiste en considerar todo lo que queda fuera de Reikiavik como un infinito desierto inanimado, o como pastizales habitados por unos campesinos tan estúpidos que son incapaces hasta de mudarse a la capital.

Sea como fuere, sospecho que las «erratas» le pasaron por completo inadvertidas a mi padre, y por eso la broma no dio en el blanco. Es propio de la gente corriente no intentar enmendar nada en casos parecidos. El trabajador no tiene tiempo para esas cosas. La gente de a pie comparte ese rasgo con los juristas, que siempre son remisos y dejados en el terreno de la justicia.

Pero gracias a ese diploma mi padre, antaño marinero de pesca de bajura, se transformó en un abrir y cerrar de ojos en constructor de casas, y bien que disfrutó del cambio, pues había una gran diferencia entre manipular pescado en alta mar y poner en tierra firme las manos sobre la seca y tibia madera de construcción. Sin embargo, necesitó muchos años para despedirse de sus contramaestres y del mar y convencerse plenamente de que era constructor, y siguió embarcándose en invierno; pero en primavera se dedicaba a construir y reparar casas, mientras que en verano se empleaba como temporero en el campo y en otoño recogía patatas, de tal forma que siempre podía vender en la cooperativa agrícola estatal tres sacos enteros y otro más de nabos e incrementar de ese modo los ingresos familiares.

El diploma de maestro carpintero también le otorgaba el derecho de cobrar salario de maestro, pero él se negó.

—¿Por qué no? —le pregunté una vez.

—Porque habría tenido que cobrar un salario más alto del que habrían podido pagar los pobres, y por eso preferí ejercer de oficial y no estudiar para maestro —respondió—. Haber estudiado me habría obligado a ser injusto. Siempre fui un buen carpintero, con estudios o sin estudios, aunque sin estudios fui más justo.

Esto encajaba con el espíritu de la lógica de la que al parecer se habían imbuido instintivamente mis padres. Esta llegaba al extremo de que en Nochebuena mi padre nos enviaba siempre con un regalo, dinero en un sobre, para su antiguo armador, aunque su familia no era más numerosa que la nuestra y sin duda tenían mayores ingresos; pero, o no sabía administrar su dinero, o no quería hacerlo aunque siempre anduviera quejándose.

Aquellos paseos de Nochebuena cuando faltaba poco para las seis de la tarde, justo antes de que empezaran las celebraciones, me resultaban bastante extraños porque los chicos del armador ya habían recibido sus regalos sin tener que esperar siquiera a «la fiesta propiamente dicha» y el suelo estaba lleno del papel de envolver los regalos de Navidad y otras muchas maravillas, mucho más numerosas en aquella casa que en la nuestra.

Por eso siempre he tenido la sensación de que sólo se quejan los que saben lamentarse para obtener algún beneficio y son capaces de conseguir que el truco les salga bien. Sólo protestan por necesidad psicológica o por avaricia. En cambio, los que tienen auténticos motivos para quejarse suelen guardar silencio, porque no consiguen nada, como siempre ha sucedido, ni siquiera la ocasión de quejarse o de sacar algo en claro de sus lamentaciones haciéndose oír.

—¿Por qué le enviabas regalos a tu jefe todas las navidades? —le pregunté.

—Para asegurarme de que no vendría con reproches en cuanto llegara febrero, haciéndome perder tiempo y horas de trabajo escuchándole —respondió mi padre—. Pero también para no tener que sentir compasión al oír sus lamentaciones en marzo, entonces sobre todo por las cosas de su mujer y de sus hijos. Así que por eso siempre fui generoso con los regalos.

—La miseria procede en gran parte del interior de uno mismo, y por regla general no es culpa de nada ni de nadie —afirmó mi madre.

Como he heredado esta forma de ser, nunca me ha agradado la gente que sale adelante a base de quejas, ni siquiera los artistas. Casi todo el arte contemporáneo está montado, no sobre el talento artístico, sino sobre la capacidad que pueda tener la gente para andarse con ese constante lloriqueo. Todo el mundo lo considera natural, aunque a los artistas sólo les sirve por un breve tiempo a lo largo de su carrera, y puede llegar a hacerlos famosos pero no interesantes ni reconocidos. Antes, el artista rugía como un león; ahora participa en el habitual coro de lamentaciones y de este modo consigue el aplauso de su madre y una buena subvención que le impide ir por ahí con el culo al aire.

La casa era algo así como un juguete, lo que podría denominarse una creación personal, un trabajo concienzudo y de extraordinaria minuciosidad destinado a

albergar a una familia. Por eso era obvio que mi padre no aceptaría una separación definitiva de ella y que jamás terminaría la construcción, del mismo modo que un artista nunca termina del todo su obra, sino que se limita a dejar de trabajar en ella, en sentido literal y figurado; un buen día se cansa, se despide de la obra y pierde interés por lo que hasta entonces había sido lo más importante para él.

Igualmente, mi padre no concluyó la casa hasta sesenta años después, cuando se despidió de Reykjanes y volvió a Snæfellsnes. Durante todo ese tiempo había sido un forastero en un lugar lejano. En el exilio no había tenido nunca más hogar que su sentido del deber y sus obras.

Creo que he ido comprendiendo esta vida anímica poco a poco; según las circunstancias, mi yo, mi voluntad y la vida han ido penetrando en mí mientras buceaba en mi interior tratando de conocerme a mí mismo. Creo que en cierto modo me traen sin cuidado los comentarios y los juicios de los demás, pero no quiero que nadie pueda decir de mí: «Has recorrido el mismo camino de mentiras que la mayoría de la gente recorre a lo largo de su vida hasta llegar a la tumba».

En esta búsqueda venía a darme de bruces enseguida con mi padre, que estaba dentro de mí por todas partes y en distintas formas. También encontraba en mi forma de ser muchos rasgos de mi madre, rasgos que yo había visto y de los que había participado. Descubrí en mí mismo mucho más que la idea de que lo que se encuentra en el núcleo mismo de las pasiones procede en su mayor parte de los demás, de toda aquella gente que ha ido desapareciendo a lo largo de los años pero que pervive en mi forma de trabajar, en mi inclinación a enfrentarme a las ideas y las cosas, y también en las formas y los contenidos, en el vacío y la plenitud, en cómo intento enaltecer mi relación con las cosas, y en que las cosas no significan nada para mí en sí mismas o en su utilidad habitual, sino en el hecho de que se las pueda usar para, de alguna manera, poder conservar la vida; algo que siempre he procurado evitar.

Pregunté a mi hombre interior mientras escuchaba a mi padre: «Me pregunto si alguien puede ser alguien por sí mismo, por mucho que se haya esforzado en llegar a ser algo sin ayuda de nadie». Entonces me vino a la cabeza de pronto un suceso insignificante, quizá nimio, que sucedió por mera casualidad un día en que papá estaba trabajando todavía para hacer mínimamente habitable la casa. Apenas lo recordaba, pues no había tenido relevancia para mí hasta que me vino de improviso a la memoria. Entonces lo interpreté a mi manera, le atribuí un significado y recordé las palabras de mi padre. De algún modo se hizo la luz en mi mente y en mi capacidad para comprender que la cosa más simple puede ofrecernos grandes posibilidades si la elaboramos con nuestro entendimiento. Si dejamos que sean otros quienes decidan sobre nuestras acciones, el resultado puede ser terrible.

—¿Es la falta de humanidad lo mejor para lograr hacer algo?

—Sí, en ciertos terrenos —respondió mi padre.

—¿En cuáles?

—Por ejemplo, en el terreno del poder.

Cuando una persona ha dejado que una ocasión se le escape de las manos, todo seguirá igual que antes de que despertara su imaginación, o de que alguna otra cosa, que quizás habitaba en otra persona, llegara a él por arte de magia.

En esta ocasión, la varita mágica fue un regalo que mi padre nos entregó por su propia voluntad.

## Los artistas

En las tierras que rodeaban Höfn, más abajo de la colina en la que habían construido la casa para poder ver el mar desde casi todas las ventanas y comprobar si se podría salir a la mar por la mañana o cuándo arribaban a tierra las barcas por la tarde, había una charca de lo más peculiar con un nombre muy misterioso y una forma harto extraña. La conducta del agua no era menos peculiar. La charca no aumentaba y disminuía en función de la lluvia o la sequía, sino que se llenaba todos los días, pero unas veces se la veía llena y otras el agua había desaparecido dejando solamente un fondo lodoso. Esto sucedía con periodicidad fija. En ocasiones podía estar vacía por la tarde y llena a rebosar por la mañana; además, el agua seguía siendo tremendamente salada por mucho que lloviera. La charca recibía el nombre de El Rabo, porque tenía una forma parecida a la de algún animal desconocido dotado de una cola bastante larga que se encogía y se estiraba apuntando hacia la orilla del mar. Sus caprichos eran tan intrigantes como el agua misma, porque la vida de la charca dependía de las mareas y no de las precipitaciones. El agua, a nuestros ojos, era cosa de fantasmas. En el momento en que empezaba a bajar la marea, el mar tiraba de El Rabo y le sacaba el agua, chupando la charca poco a poco a través del negro fondo de lava cubierto de lodo hasta que salía a la orilla del mar. Con la pleamar volvía a inyectar agua de nuevo.

Puede decirse que la charca era fértil, porque en algunos lugares crecía una hierba rala, baja y dura. Verdeaba en primavera, incluso mucho antes de que empezaran a brotar el resto de la vegetación silvestre y los huertos. Durante la pleamar se veían bajo la superficie como unas gotas; era como si las hierbas estuvieran ahogándose y derramaran lágrimas, pero no se trataba sino de burbujas de aire que subían a la superficie al aumentar la presión sobre los tallos. La hierba lloraba ante el cielo. A veces pensábamos que en verdad se ahogaba, y si se escuchaba con atención se alcanzaba a oír una especie de borboteo que llegaba desde el fondo. La tierra y todo cuanto había en ella, hombres y bestias, piedras y hierbas, la naturaleza por entero,

poseían una vida interior que no desmerecía la vida espiritual del ser humano y cuyo valor aún teníamos que reconocer. Todo estaba lleno de espíritus, no enanos o duendes, sino existencia viviente.

Los chicos de Höfn se habían construido unos barcos con láminas metálicas de unas latas de aceite que les regalaba su padre después de verter el contenido en el motor de la barca de pesca. Como patrón y armador, pretendía acostumar a sus hijos a la náutica desde el primer momento, de manera que era muy generoso con las latas. Papá no era más que uno de los marineros de su barco, y por eso nosotros carecíamos de derecho natural a poseer latas de aceite vacías para construir un barco con ellas y con la ayuda de nuestro padre, que era mejor artesano que el otro papá. De modo que teníamos que sentir hacia ellos esa envidia natural y dolorosa de los que están por debajo, aunque no dijéramos nada. Por esa razón no había en Höfn nada que pudiera despertar en mi hermano o en mí el deseo de trabajar en el mar y dedicarnos a la pesca, ni nada que nos hiciera aspirar a convertirnos en patronos de barco. Pero estábamos en una colina a bastante distancia del mar, mirando con las manos vacías cómo los chicos de Höfn hacían navegar sus barcos en el agua de El Rabo, y lo único que teníamos nosotros era esa sensación justiciera que caracteriza a la envidia. No recuerdo si alguna vez dejamos que saliera a la luz con palabras o protestas o si no nos atrevimos nunca, pero lo más probable es que la escondiéramos con mucho dolor de corazón, aunque a decir verdad aquellos chicos poseían la generosidad propia de quienes tienen tanto que a veces incluso permiten a otros compartir algo con ellos, como, por ejemplo, el entusiasmo por su propia capacidad y por la satisfacción derivada de la posesión de valiosos bienes. Por eso, de vez en cuando se nos permitía, sin tener siquiera que pelear por ello, estar a su lado en las orillas de El Rabo para admirar los barcos y contemplar asombrados cómo las ráfagas de viento mecían las embarcaciones y las empujaban hasta que embarrancaban en las piedras que sobresalían del agua. O para ver cómo flotaban en la superficie sin poder moverse, atrapadas por la calma chicha, pues la cresta de la orilla resguardaba el lugar, y a veces no había forma de hacerlas volver a tierra ni de desembarrancarlas por muchas piedras que tirásemos cerca de donde se hallaban para agitar el agua y que se formaran olas que las fueran empujando poco a poco hacia la orilla. Con frecuencia había que esperar varias horas hasta que llegaba la bajamar y el estanque se vaciaba, momento en el que podíamos ir andando por el barro a recuperar los barcos. Dueños y espectadores estaban indefensos y desamparados por igual cuando las embarcaciones sufrían tales accidentes. A mi hermano y a mí no nos dominaba nunca la misma santa ira justiciera que a los dueños contra las inclemencias de la naturaleza, en especial contra el viento, sino que nos alegrábamos un poco cuando las barcas embarrancaban y ese día ya no había forma de seguir haciéndolas navegar a toda vela. Si por mí hubiera sido, todos ellos se habrían pasado la vida sentados encima de una piedra para que sólo fuera Dios, como suele ser, quien decidiera si la luna tenía que seguir rigiendo las mareas; así vengaba la pena que nos producía nuestra carencia

de barcos.

En cierta ocasión, cuando le llevamos la comida a mi padre nos encontramos con que estaba atareado aserrando tablas, y no levantó la vista ni nos miró hasta que hubo terminado la tarea. Esta vez no estaba aserrando el extremo de una viga o una tabla, labor que no dejaba tras de sí más que algunos trozos de madera, sino el borde largo de dos tablas sin desbastar, que había juntado para trabajar con más comodidad. Veíamos cómo el borde iba separándose poco a poco de la tabla y surgían de él dos largos listones, como por arte de magia. Sentimos un ferviente deseo de ser sus dueños en cuanto los vimos crecer a cada pase de la sierra de mi padre. Eran más largos que nosotros. Aquellos apetitosos listones podían convertirnos en hombres hechos y derechos, mayores de lo que éramos en realidad, y además a papá aquellos listones estrechos e inútiles no podían servirle para nada, ni siquiera para leña, pues aún no teníamos cocina de leña, así que no le quedaba más remedio que regalarnos aquellos magníficos tesoros. Papá no sólo era muy hábil con la madera, e insuperable descabezando pescado con un cuchillo encima del caballete, sino que tenía una mente y una lengua muy ágiles; sabía usar la ironía y podía llegar incluso al sarcasmo, en especial cuando no le oía nadie que no fuera de la familia o algunos otros pocos elegidos, porque no era un orador ni le gustaba andar por ahí contando chistes o soltando discursos innecesarios. Además, nunca discutía, por mucho que las disputas constantes sean algo natural en el trato personal; o quizá fuera que no le interesaban en lo más mínimo las peleas verbales excepto cuando él mismo o alguna otra persona era objeto de alguna afrenta inmerecida, pues en tal caso se defendía con intervenciones tan sarcásticas que todo el mundo se quedaba en silencio. Pero rara vez tomaba partido por alguien o defendía una causa ajena, a menos que, como suele decirse, llegase a «enrojecer de ira». En ese tipo de conflicto salía siempre triunfante. Creo que, probablemente, más por la terrible mirada de sus ojos que porque el culpable, que había afrentado a alguien o había atentado contra su decencia, aceptara sus argumentos y comprendiera lo injusto de su proceder. La mente de mi padre y su forma de hablar tenían más profundidad de la que podía captar cualquier persona injusta normal y corriente, pero los injustos y los idiotas no comprenden el significado de las palabras, sólo entienden su sonido cuando, además, ven el gesto de la persona que está hablando. Por lo tanto, lo único que son capaces de entender es la combinación de sonido y gesto. A mi padre le venía muy bien además que la gente supiera de su fuerza y su resistencia físicas. En realidad nunca vencía por sus sentimientos de justicia, que sabía envolver en palabras bien escogidas, sino por la seguridad de unos puños que nunca lanzaba contra otros, a menos que se lo pidieran, como, por ejemplo, cuando los hombres agarraban una buena cogorza en su casa y empezaban a romperlo y destrozarlo todo. Sus esposas venían entonces a nuestra casa a todo correr, o enviaban a los chicos, para pedirle a papá que fuera de inmediato a socorrerlas manteniendo a raya a aquellos rufianes mientras se les pasaban, al menos en parte, la borrachera y la furia.

—Oye, Bergur, mamá te pide por favor que vayas a casa para sujetar a papá —decían atropelladamente.

—¿Qué pasa? —preguntaba él.

—Se ha puesto como loco y ha empezado a romperlo todo, hasta lo del cuarto fino —explicaban sin aliento los chicos, que habían llegado corriendo acompañados del perro, no menos cansado que ellos.

Cuando llegaba uno de aquellos curiosos mensajes, mamá adoptaba una expresión rara y se quedaba más somnolienta de lo habitual, mientras seguía restregando con fuerza la mesa de la cocina con la bayeta. Aquellos hombres y sus mujeres solían ser conocidos nuestros.

Papá no se ponía en marcha de inmediato. No decía nada, pero reunía fuerzas, los labios le palidecían y la punta de la nariz se le ponía blanca casi por completo mientras disponía el ánimo para el enfrentamiento a fin de estar en condiciones de dominar a la bestia.

—¿Podemos ir nosotros también? —preguntábamos ansiosos.

Ni mamá ni él respondían. Por lo general nos permitían acompañarle, y también otros chicos se sumaban a nosotros y nos seguían en fila india para presenciar cómo tiraba al suelo del salón, como a un guiñapo, a un armador o, quizás, a algún antiguo patrón suyo, cómo éste se quedaba allí bufando, y cómo el polvo que solían levantar los pies salía ahora de las esquinas mientras de la boca del rufián manaba espuma que se derramaba sobre la alfombra al tiempo que su esposa, que estaba allí al lado, le espetaba:

—¡Vaya, ahora ya no romperás el marco del retrato de tu abuela, mal bicho!

Yo no sentía especial entusiasmo ni admiración por mi padre cuando lo veía prepararse para la pelea. A buen seguro, pensaba para mis adentros que los hombres valientes no necesitan disponer el ánimo de ningún modo especial para obedecer una necesidad interior o para atender alguna petición de ayuda de los demás, porque acuden tan tranquilos. O, como mucho, dejan que se les dibuje en los labios una sonrisa diabólica llena de ironía hacia ellos mismos y hacia los demás, porque no hay nada más estúpido que tener que justificar los propios derechos o los derechos de los demás; la justicia es algo tan natural que se convierte en simple cuestión de cultura.

Todo solía estar ya hecho añicos y no quedaba nada que romper en aquellos misteriosos accesos de furia que afectaban incluso a quienes en el trato diario eran hombres irreprochables.

¿Por qué se encolerizaban de aquella forma sin motivo alguno?

Papá los mantenía sujetos boca abajo en el suelo hasta que resultaba evidente que los ángeles habían disipado su furor y sus ganas de pelea, mientras se les entibiaba el ánimo entre estornudos y toses. El polvo y la pelusa del suelo también reposaban ya, o habían dejado al menos de revolotear como de costumbre después de haber estado agitándose furiosos con la pelea, acompañados de la pluma de los edredones rotos. Parte de todo ello se les había metido en la nariz a los borrachos, que resoplaban y

suspiraban:

—¡Nunca volveré a dejar que me pase algo semejante!

—A ver si con los estornudos se le ha pasado ya lo peor de la cogorza —decían las mujeres, y le daban a papá una taza de café como pago por haber llevado la paz a su hogar, al menos por un instante, y con la esperanza de que las pesadillas no arrancaran a sus maridos del sueño antes de que se les hubiera pasado del todo y éstos volvieran a comportarse como buenos cristianos y se dedicaran a machacar pescado seco y cabezas de bacalao para la cena.

—Espera un momentito y bébete el café tranquilamente —sugerían—. Quizás ese bribón se despierte pronto y haya que volver a quitarle la sed.

Papá obedecía y se bebía a sorbitos el café hirviendo, un tanto deprimido porque era demasiado fuerte e inteligente para guardar cuentas pendientes con otros hombres o para castigarlos. Casi todo lo que solemos denominar «debilidades masculinas» quedaba por debajo de su concepto de dignidad. Él consideraba la debilidad como una estupidez, en especial la que se deriva de la falta de experiencia de la vida, como por ejemplo, el dejarse llevar y rendirse a las tentaciones.

—A fin de cuentas, las tentaciones lo que quieren es estar en paz con uno —solía decir.

A veces era como si su visión de la vida hubiera sido elaborada por un niño inocente a partir de la ideología de una biblia del ridículo y la vergüenza masculinas, aunque no de la Sagrada, porque ésta nunca la abría y en algunas cuestiones tenía auténtica aversión a la religión cristiana, como les sucede con frecuencia a los hombres fuertes. El caso es que la Sagrada Escritura ordena no preocuparse de uno mismo hasta haber terminado el trabajo cotidiano. Una vez concluido, hay que descansar hasta que llegue el día siguiente con sus problemas. En realidad, él era demasiado santo para creer en Dios, excepto las raras ocasiones en que las palabras que flotaban a la deriva por su mente le empujaban a ello, pues se enlazaban por sí solas y construían frases religiosas.

Los listones cayeron al suelo cuando hubo acabado de serrar. Los recogió al instante y nos los entregó, uno a cada uno, sin que tuviéramos necesidad de pedirselos. Echamos mano de ellos y le dimos las gracias, aunque apenas podíamos dar crédito a nuestros ojos.

Mi padre nos miró divertido y dijo:

—Bueno, chicos, coged las varitas mágicas.

Mucho más tarde, cuando aquel suceso me volvió de pronto a la memoria por ninguna razón en especial, fue como si hubiera tenido que olvidarlo a fin de poder concederle en mi subconsciente un significado preciso. Entonces empecé a verlo con más claridad, y acabé por comprender que venía a explicar lo que se necesita para mantener la autoridad en nuestra relación con los demás. Pero cuando papá nos regaló los listones de esta historia los agarramos sin hacernos de rogar, casi locos de alegría, y los blandimos listos para el combate. Claro que mamá nos advirtió:

—Tened cuidado, os vais a meter una astilla en el ojo, o se os clavará en una mano y os infectará la sangre.

La gente tenía mucho miedo de esas infecciones. Cuando papá vio lo grandes que nos creíamos, intentó, como siempre, desanimarnos, rebajar sus palabras de aliento o retirarlas, y hacer que se esfumara la nefasta alegría causada por la invencibilidad que nos proporcionaban nuestras armas. Sonrió con una sonrisa ambigua y dijo:

—Ahora se puede decir que ya sois muy listos, unos verdaderos artistas.

De alguna manera, comprendí el doble sentido de las palabras. Cuando menos, se me quedaron grabadas en lo más profundo mientras estaba allí erguido, empuñando las armas de la victoria.

Me sentí avergonzado al oír lo que acababa de decir mi padre, y desde entonces me he sentido deprimido siempre que utilizo la palabra «artista».

No añadió nada y jamás volvió a tocar el asunto, porque elegir bien las palabras era algo natural en él y estaba convencido de que éstas no estaban ahí para repetir las a todas horas. Esa clase de palabras sólo se dicen una vez, y cualquier otra cosa no es más que un vano intento de hacerse el ingenioso.

Mucho tiempo después de aquello, seguía resultándome difícil entender por qué un hombre tan inteligente y trabajador como él podía malgastar a veces su valioso tiempo prestando atención a la palabrería de otros, o revistiendo de un ropaje adecuado la falta de ideas de unos idiotas, a fin de ayudar a unos pobres hombres más cortos de entendederas y con más dificultades de expresión que él mismo y que no suelen tener más objetivo que salvarse de cualquier estupidez o ahorrar y enriquecerse, pues esa clase de gente se guía sobre todo por la fuerza de la avaricia. Él parecía no pensar siquiera en la posibilidad de obtener algo en provecho propio, igual que quienes no valoran otros honores que los que hallan en sus propias palabras. Llegué a comprender que uno de los motivos tenía que ser que le divertía más una idea corrupta que otra adecuada, pues aquélla es, en cierto modo, más artística, en especial si se tiene en cuenta que las ideas consideradas correctas y adecuadas en este país consisten sobre todo en clichés estereotipados sacados de los sermones de los curas más incultos. Jugar con las ideas es algo básicamente desconocido, excepto en su versión más perversa, cuando se hace con algún fin maligno, que por lo general es insultar o humillar. Su permanente buena disposición a ayudar a los demás poniéndoles las palabras en la boca servía asimismo para superar su propia condición de huérfano adoptado, que nunca le había permitido sostener opiniones independientes, contrarias o, mucho menos aún, divertidas, sobre cualquier tema o persona en presencia de su padre adoptivo o de unos desconocidos, pese a que en verdad tenía un gran sentido del humor; desde luego, no podía hacerlo cuando estaban charlando con comerciantes o propietarios de ovejas o barcos de pesca. Prácticamente hasta nuestros propios días, éstos eran los únicos hombres a los que había que mostrar algún respeto en los asuntos mundanos, donde la autoridad siempre tiene la razón.

Hasta mucho después de cumplir los veinte años, mi padre no pudo decir nada que surgiera de él mismo, nada que no hiera la expresión de su acuerdo con los demás, de manera que, en posteriores etapas de su vida, llegó a tener una fe inquebrantable en esa forma de educación, pues no conocía otra mejor, y la reflexión independiente sólo le parecía permisible como mero juego. Cuando exteriorizaba una idea, las palabras expresaban algo distinto o diametralmente opuesto a lo que él creía. Dominaba el juego del lenguaje y estaba decidido a dispensar a sus hijos una educación tan decente como la que él mismo había recibido y que consideraba propia de las virtudes patrias de quienes trabajaban en el campo o en la mar. Por eso, una vez que él hubo fundado una familia, cuando algún desconocido visitaba nuestro hogar, nosotros teníamos que guardar silencio y desaparecer lo antes posible; no se nos permitía quedarnos allí delante, ni siquiera cerca, para evitar que acabáramos haciendo tonterías y nos entrometiéramos en la conversación o que el huésped pudiera oírnos. Y, desde luego, de ninguna manera podíamos ver comer a las visitas. En realidad, todo el mundo tenía que quedarse fuera de la habitación ese rato, o esconderse para evitar que el huésped pensara que no podía comer todo cuanto le apeteciera y que el anfitrión estaba calculando cuánto tragaba. Era una costumbre del pueblo llano y una muestra de cortesía por parte de los pobres. También a mi padre lo echaban del comedor durante su niñez, hasta que llegó a la edad en que se le autorizó a escuchar a los huéspedes. En todas estas cosas no era un padre sino una especie de responsabilísimo «padre adoptivo» de sus propios hijos.

Lo más terrible sucedió una vez que dije algo que un huésped nuestro alcanzó a oír, y me aplicaron un castigo que había de ser aún más ejemplar por aplicarse en presencia del visitante. El invitado tenía que comprobar que los niños recibíamos una educación estricta, y yo «me había cubierto de vergüenza mucho más de lo permisible», como solía decirse. Por supuesto, deseé que la tierra me tragara, que se abriera un agujero en el suelo y me engullera, que la tierra hiciera por una fracción de segundo el favor de devorarme. Pero lo que aquella forma de educación acabó por conseguir fue que me escondiera debajo de la mesa de la cocina, protegido por el largo mantel de hule que la cubría. Así que ahí estaba yo, sin hacer nada ni atreverme a dejarme ver. El huésped tardaba más de lo normal en marcharse. Esperé buena parte del día; mi vejiga estaba a punto de reventar, pero procuré contenerme haciendo fuerza, como correspondía a un niño cristiano a quien no se le puede ni pasar por la cabeza hacerse pis en los pantalones. Cuando la presión en la vejiga y la cabeza se hizo insostenible, y Dios seguía sin aparecer con un orinal, me dio lo que se llamaba un «ataque de nervios»: me lancé contra las piernas del huésped y le mordí en la pantorrilla soltando un chillido. Él se llevó un susto tremendo, se apartó de la mesa dando un respingo y miró debajo del hule. Lo que vio bastó para hacer que se encaminara hacia la puerta, escandalizado por tan humillante trato, y yo me gané una azotaina doble. La primera, por morder al huésped; y la segunda, por hacerme pis encima mientras se me sometía a un justo castigo, con lo que eché a perder la

influencia correctora que los azotes habían de ejercer sobre mí. Durante este conflicto educativo debió de cruzárame algo por la parte perversa de mi mente, quizá también mientras estaba en el suelo, mojado y con el culo dolorido, porque cuando me levanté me vengué de forma terrible dando rienda suelta a mis sentimientos y arrojando sobre mis padres palabras espantosas. En lugar de defenderse se quedaron atónitos, sin comprender mi transformación, creyendo ver en mí una encarnación del demonio. Después de aquello nunca volvieron a ponerme las manos encima, y cuando lo intentaban tenían que vérselas con mis palabras, así que decidieron que yo mismo tendría que ocuparme de mi propia educación y decidir en cada ocasión qué era lo bueno y qué lo malo, qué lo apropiado y qué lo inapropiado. Fue una idea estupenda, y siempre la he puesto en práctica desde que, cuando debía de tener unos seis años, y con la vejiga a punto de reventar, le clavé los dientes a aquel huésped que no se iba nunca.

Debajo de la mesa de la cocina me di cuenta de que quien calla y se deja dominar no puede contar con más ayuda que la que procede de su propia inteligencia y de su propia pericia verbal, habilidades de cuya existencia nadie se ha percatado hasta que empieza uno a utilizarlas cuando ya están tan alteradas por la explosión de unos sentimientos que se abren camino a dentelladas en el pleno sentido de la palabra, aunque no sea mordiendo la pierna de algún huésped. Pero lo que sucede en la mayoría de los casos es que la autoestima rara vez se ve tan maltratada como para que semejantes talentos salgan a la luz de forma natural, de modo que se carecerá del valor y la práctica necesarios para poder utilizarlos con esa naturalidad. Nunca consigues la madurez natural como individuo a menos que te rebeles, sobre todo contra tu padre, y, aun en la niñez, logres ver sus defectos e incluso descubras plenamente a tu madre. Y no por eso has de perderles el respeto, sino que pasarás a considerarlos el origen de lo que tú mismo atesoras en lo más profundo de tu ser. Probablemente no sucedió eso con mi padre y su vida anímica. Algo parecido puede decirse de la mayoría de la gente, y por eso las personas autoritarias, con su prepotencia, se imponen con facilidad a las naciones. La gente común no suele tener opinión acerca de nada, a no ser de lo más inmediato, como, por ejemplo, si han conseguido hacer una buena compra, ajustada a sus deseos y sus capacidades; pero cuando contraen matrimonio adquieren una especie de conciencia de sí mismos, sobre todo al fundar una familia, y descubren entonces opiniones que expresan en el seno del hogar, por regla general con intransigencia, y sólo cuando se enfurecen son capaces de hacerlo delante de otras personas. Esto no era exactamente aplicable a mi padre; él no se casó para disponer de un punto de vista distinto al suyo, que en rarísimas ocasiones dejaba salir a la luz y que atesoraba siempre en su fuero interno excepto en casa a las horas de comer. Pero en mi niñez, cuando aprendí a distinguir entre la valentía calculada y la generada exclusivamente por la furia, advertí asimismo que las victorias de la furia son conquistas efímeras; mi padre también lo sabía. Él no alborotaba nunca en casa, pero sí que era irónico y ambiguo, como

cuando nos dijo:

—Id con cuidado, chicos, sed juiciosos y no os pongáis nerviosos. Si rompéis esos listones dejaréis de ser listos.

No le prestamos mucha más atención que el día anterior. Los largos listones de madera y las posibilidades que veíamos en ellos, con sus afiladas puntas que se alzaban por encima de nosotros y destacaban contra el cielo, nos tenían nublado el juicio. Además, junto con ellos habíamos recibido un apodo que sólo comprendíamos a medias pero que, precisamente por ello, causaba aún mayor impresión y despertaba nuestra fantasía, como sucede con todo lo que no entendemos con demasiada claridad. Ese modo de comprender es el que mayor impacto ejerce sobre la vida anímica.

Dejamos de acatar las órdenes. Desobedecimos y nos alejamos de mamá a toda carrera, fuimos por el borde del acantilado sin tener ningún cuidado, y en un santiamén estábamos corriendo con los listones en ristre, levantándolos todo lo alto que podíamos, aunque nos deteníamos una y otra vez locos de felicidad, no para arremeter contra nada en especial, sino sólo para apuntar con ellos hacia el cielo al tiempo que chillábamos. Así llegamos hasta el sendero, listos para el combate, sin preocuparnos de que nuestros zapatos y calcetines pudieran estropearse con las piedras, y subimos sofocados las cuestas y bajamos a las hondonadas y volamos por nuevas hoyas. Ya estaba bastante avanzada la primavera; se habían ido sucediendo las nieblas, que llegaban desde el mar cargadas de una tibia humedad que se transformaba en bochorno, y por la arena habían empezado a asomar las hierbas que luego yo llamaría «flor del pis», pues sus flores diminutas despedían un agresivo olor acre, penetrante e imposible de ignorar. Pese a todo, nos dábamos cuenta de que no podíamos quitarnos los impermeables a pesar del buen tiempo, pues a buen seguro caería algún chaparrón en el camino en cuanto llegáramos a los prados, sobre todo al lado del mar; además, sabíamos que sin ellos no tendríamos un aspecto tan fiero. Esta vez llegamos a Höfn empapados de sudor en vez de lluvia y trepamos exhaustos y dando traspiés por el terraplén de la granja, desde donde nos llegaba el habitual griterío de los niños. Llevaban un rato haciendo navegar sus barcos, inmovilizados ya por la calma y el buen tiempo a pesar de las piedras que tiraban al agua para levantar olas que los empujaran.

—¡Mirad, chicos! —gritamos.

Interrumpieron las labores de salvamento, nos miraron boquiabiertos y se olvidaron de sus barcos en cuanto nos vieron bajar colina abajo como una exhalación, con nuestros impermeables de hule ondeando al viento y los listones de madera en alto. El sol parecía arder sobre las puntas. Los chicos se quedaron en silencio, quietos, verdes de envidia, medio asustados y sin saber qué iba a pasar. Todos ellos conocían a la perfección a quienes enarbolaban aquellos cetros. Eran dos chicos que hasta entonces no habían sido más que unos enanos, pero que no sólo habían crecido y se habían puesto a la altura de los reyes, sino que habían visto reforzada su

dignidad, vestidos de guerreros, armados con unos listones de madera que eran todo menos vulgares, y que corrían demostrando que eran invencibles. El sol brillaba sobre la tierra árida y arrancaba un bello resplandor de la hierba que respiraba casi ahogada, mientras las burbujas de aire salían a la superficie. Vimos los navíos flotando inertes, varados por las piedras o la quietud del agua, y supimos que no se liberarían hasta que bajara la marea al cabo de muchas horas. Porque la pleamar estaba sólo mediada, y no había duda de que los chicos se morirían de impaciencia si no acudíamos en su ayuda.

—¡Tranquilos! —gritamos para calmarlos.

Gracias a lo que llevábamos en nuestras manos, no hacía falta ya seguir buscando más trucos raros; nos dimos perfecta cuenta de la utilidad de nuestros listones y apuntamos sus extremos hacia los muchachos que nos observaban. Jamás habían visto herramientas como aquéllas y advirtieron de inmediato que podían servir para navegar pero también para la guerra, y todos comprendieron perfectamente que a partir de entonces seríamos nosotros quienes llevaríamos la voz cantante en la navegación por El Rabo. Podíamos hundir barcos, salvarlos o ambas cosas a la vez, éramos capaces de todo lo que caracteriza a la autoridad absoluta, pero además habíamos salido victoriosos de la guerra sin necesidad de haber trabado una feroz batalla. De modo que éramos los vencedores y además teníamos una alianza, éramos dos hermanos que habíamos estado mucho tiempo a la defensiva y que de pronto nos habíamos alzado con el poder. Todo esto exigía a gritos enfados, venganza y justas medidas punitivas.

—¿Qué es eso? —preguntaron los chicos, recelosos de nuestras armas, que podían ser inofensivas pero también amenazadoras, y que podían usarse para el bien pero también para el mal.

—¡Listones de madera! —respondimos.

No había forma de saber lo que estarían pensando aquellos muchachos, pero nos miraban embobados.

—¡Ahora somos unos artistas muy listos! —afirmamos.

—Artistas listos —repitieron los chicos como un eco, aunque sin atreverse a exclamar.

Bufaron un poco y sacudieron la cabeza, porque no confiaban demasiado en los artistas, a los que se solía considerar unos idiotas que se peinaban el pelo a lo paje y que no eran más que unos vagos.

—Pues sí, lo somos —insistimos nosotros, confiados en el buen criterio de papa cuando nos dio ese nombre.

—Venga, traed esos palos —dijeron de pronto, evitando detenerse a discutir pequeñeces.

Cuando llegamos a la orilla, los listones demostraron su utilidad para las labores pacíficas, aunque habríamos podido atravesar a aquellos chicos de parte a parte y apoderarnos de su flotilla. Eran suficientemente largos como para alcanzar las piedras

con la punta y liberar así las barcas embarrancadas; después podía uno empujarlas por el agua casi hasta donde quisiera. De un plumazo, como por arte de magia, se nos habían alargado los brazos y habían evolucionado la ciencia de la náutica y las leyes marítimas.

Ahora sí era evidente que los listones nos habían transformado en artistas en el pleno sentido de la palabra. Nadie podía llegar tan lejos como nosotros por todo El Rabo para liberar los barcos casi con la mano y conducirlos después a lugar seguro. Habíamos conseguido aunar la necesidad y la habilidad necesarias para satisfacer cualquier deseo y conseguir que el instrumento que utiliza el artista para su obra, tanto si es el pincel como la pluma, sea capaz de producir las formas precisas. Sin duda habría resultado factible liberar los barcos con los bicheros del padre de los chicos, pero éste, aunque era siempre muy complaciente con sus hijos, nunca habría consentido tal cosa, pues su sentido práctico no le permitía prestar nunca nada que perteneciera a su barco. Además, los bicheros eran tan pesados que probablemente habrían hundido los barcos.

—¿De dónde los habéis sacado? —preguntaron todos, agrupándose asombrados a nuestro alrededor.

La pregunta tenía ese tono de fastidio que se detecta en las personas envidiosas cuando tratan con los artistas, pues se percatan de la superioridad de éstos y parecen decir malhumorados: «¿A qué viene eso de creerse superiores a los demás por algo que cualquiera podría hacer si se decidiera a dar rienda suelta a su propio talento, porque a fin de cuentas todos somos artistas?». Sin embargo, se necesita algo más: imaginación suficiente para apreciar lo que en verdad está a la vista de todos, lo que cualquiera podría ver si mirase hacia sí mismo y se contemplara el ombligo en vez de tener siempre la mente puesta en lo exterior.

—¡Nos los dio papá! —respondimos orgullosos, aunque con un poco de remordimiento, pues quienes hasta entonces lo habían tenido todo no tenían siquiera unos listones; era un derecho natural de aquellos chicos poseer cosas y más cosas, sin límite, hasta que llegaran a tener tantas que la abundancia misma los empujara a regalar algo, dado que los propietarios no pueden acabar ahogándose en sus propiedades.

Gracias a semejante generosidad, con sus excedentes se habrían ganado las alabanzas de los pobres y su completa justificación.

Lo que más ansían los de abajo resulta ser siempre poder alabar, servir y regalar cosas a los ricos y poderosos, incluso en las poquísimas ocasiones en las que consiguen liberarse ellos solos, y encima obteniendo provecho de ello.

Estuvimos tentados de retirar nuestras palabras y mentir, como tienen por costumbre los artistas, diciendo que aquellos listones los habíamos conseguido nosotros solos, que éramos listísimos y que habíamos realizado aquel acto de magia mediante conjuros practicados sobre unos vulgares tablones.

Nuestros bienes despertaban profundo respeto, pero más aún el hecho de que a

unos muchachos que no tenían ni un solo barco y cuyo padre ni siquiera era contramaestre se les hubiera ocurrido utilizar sus estupendos regalos para desembarrancar las propiedades de otros chicos. Así las cosas, nadie tenía que seguir dependiendo de las mareas, ni esperar el ritmo de la marcha de la naturaleza; los listones habían hecho más de lo que conseguía la realidad, de modo que nos vimos cubiertos de halagos y pudimos bañarnos en nuestra nueva popularidad, convencidos de que a partir de aquel momento tendríamos abiertos todos los caminos. Ya esa misma tarde nos regalaron una lata de aceite vacía para que construyéramos nuestra propia embarcación y la echáramos a navegar junto a las demás.

Al día siguiente casi todo les estaba permitido a los artistas, y bien que disfrutamos de nuestros privilegios; nada parecía más fácil que alcanzar el poder y conservarlo. Para ello había bastado con dos estrechos listones de madera. Pilotábamos nuestro barco por el estanque, lo rescatábamos cuando embarrancaba y de paso liberábamos generosamente los demás. La prosperidad y la singladura de la flotilla dependían de nuestra magnanimidad.

Entonces, de pronto, la obsesión por la justicia se les metió en la cabeza a los chicos de Höfn, lo que era natural, porque hasta entonces la flotilla había sido sólo suya, así como el derecho a navegar, y no querían renunciar ni a una cosa ni a la otra.

Puede demostrarse que este tipo de exigencias es característico de los grupos de poder más intransigentes, y que repugna a la idea de justicia igualitaria, aunque, en este caso, los chicos percibían de forma natural en su infantil inocencia lo que era justo y lo que no. Es algo parecido a lo que antes se afirmaba acerca de los de abajo. Al igual que éstos, aquellos muchachos sentían que la existencia de un derecho idéntico para todos conduce a que quienes están por debajo dejen de aceptar con agrado la generosidad de los otros en cuanto ellos mismos empiezan a poseer algo por sus propios medios. Y esto es inadmisibles para los poderosos. A veces les parece apropiado, desde luego, que los inferiores sean dueños de ciertas cosas, pero ciertamente sólo con ayuda de quienes gozan de mejor posición. De modo que los chicos reconocieron que nosotros deberíamos poseer al menos un barco, que ellos nos regalarían; tenían tantos que de vez en cuando podían desprenderse de alguno. Quizá por eso oyeron en su interior el eco de la voz y de la justicia divinas, que no pretende ser tan radical en su magnanimidad como para que unos muchachitos cristianos se ahoguen en latas de aceite mientras otros se mueren de envidia.

De pronto, los chicos de Höfn se dirigieron a mi hermano, que estaba en la orilla de El Rabo, y dijeron en un tono de lo más juicioso y persuasivo:

—Oye, ¿qué hacéis vosotros, que no tenéis más que un barco, con dos listones, cuando uno os bastaría para pilotarlo y rescatarlo si embarranca?

Vi entonces cierta sensación de duda en el gesto de mi hermano, que se hizo más patente cuando continuaron acumulando argumentos:

—¿No sería más lógico y más justo que nosotros, que no tenemos listón pero sí muchos barcos, nos quedemos el otro?

Ahora yo también empezaba a tener mis dudas. Aquello parecía de lo más razonable. Entonces dieron el golpe de gracia añadiendo:

—Porque ¿quién os dio la única barca que tenéis? ¿No perderíamos nosotros mucho más si todos nuestros barcos embarrancaran y zozobraran que si eso mismo le pasara al único que tenéis vosotros?

La interesante perspectiva de la economía política de aquellos muchachos, tan propia del sentimiento justiciero de los niños, nos caló hondo. Pero los chicos sacaron de inmediato los pies del tiesto, enseñaron las uñas y espetaron:

—Dánoslo por las buenas y no nos obligues a tirarte piedras para enseñarte lo que es la justicia.

—Yo no pienso daros el mío —respondió mi hermano, que se aferraba con fuerza a todo lo suyo, por poco que fuera, aunque en verdad comprendía que los chicos tenían razón.

Gracias a la educación que había recibido, ni siquiera tenía que pensarlo. Llevaba en la sangre el impulso de ceder ante los demás, pero pese a todo siguió allí quieto, con la boca abierta.

—¿Qué dices? —preguntaron los chicos, concediéndole un plazo para que se rindiera por las buenas.

A quienes no hayan recibido desde la cuna el don natural de hallar siempre la respuesta justa, sobre todo en lo tocante a las cuestiones que atañen a sus bienes y sus derechos de propiedad, les resultaría extraordinariamente difícil contestar a preguntas tan inocentes como aquélla. Era obvio que a unos niños que tenían un solo barco de nada les servían dos listones, y era injusto por naturaleza que los poseyeran. De manera que a quienes no disponían de ninguno los amparaba, por lógica, el derecho a tener uno, si no los dos, habida cuenta del número de barcos. Eso lo sabe cualquier chaval, porque todos son juristas innatos.

—Responde ahora mismo, porque estamos en nuestro derecho —insistieron los chicos.

Mi hermano calló.

A casi todos los que poseen algo por primera vez les resulta difícil desprenderse de ello, en especial cuando los fuertes presentan sus justas reclamaciones tras haberse visto obligados a ceder por culpa de la astucia del débil, hacia quien habían mostrado una indebida generosidad. El que había sido la parte más débil se da cuenta no sólo de que la parte más fuerte tiene derecho a obtener algo a cambio, sino de que siente compasión por el vencido, así como cierta vergüenza ante la propia victoria, y parece pensar: «¿Por qué yo, un pobre desgraciado, he de vencer a personas más grandes y honorables que yo?». Pues quien apenas ha conocido otra cosa que una derrota tras otra sabe mejor que nadie lo doloroso que es no poseer nada, y ve con la razón de la experiencia que mucho peor ha de ser perder una pequeña parte de unos bienes abundantes que la totalidad de casi nada.

Nadie excepto el poseedor reconoce por propia experiencia qué es perder lo que

se posee, y, en consecuencia, sólo él es capaz de saber verdaderamente lo que significa.

Algunos no comprenden estas cosas, y eso es lo que nos pasó a nosotros al principio. De haber tenido nuestras respectivas latas de aceite cada uno de nosotros habría poseído su propio barco, y entonces sí que habríamos podido comprender algo tan simple como aquello. Entonces habríamos necesitado los dos listones sin ningún género de dudas, y no habríamos tenido que regalar ninguno, a menos que hubiéramos sido derrotados en un combate a pedradas. Pero para conseguir otra lata habrían tenido que darse ciertas condiciones especiales, pues no era imaginable que los otros chicos estuvieran dispuestos a hacer gala de alguna forma de generosidad unilateral. Nosotros deberíamos hacer un esfuerzo parecido, que en este caso consistiría en darles un listón a cambio de una lata.

No estábamos acostumbrados a dar, y mucho menos aún a ser generosos: ¿cómo puede pedirle nadie un regalo a quien tiene algo por primera vez?

Entonces nos acometió la duda, como suele sucederles a los artistas deseosos de conservar lo que es suyo y de seguir pilotando su propio navío aunque a otros les moleste que lo hagan navegar contra el viento.

—Creo que no es demasiado pedir que vosotros también deis algo de lo vuestro —dijo tan contenta la mamá de los muchachos al oír los gimoteos y lamentaciones de sus hijos.

Los chicos tienen tan pocos escrúpulos como las chicas a la hora de usar las lágrimas para lo que se creen con el derecho a exigir, y encima lo hacen bien. Si no lo consiguen con las lágrimas utilizan la justicia de la fuerza física, aunque esto es mucho más raro en las mujeres.

Cuando nuestra madre oyó aquel argumento de justicia materna de la madre de los chicos, y vio que estaba ya harta de lloriqueos, apoyó con energía el ruego de la señora, ofreciendo así un ejemplo de la complicidad que reina siempre entre las madres, y nos miró largo rato con gesto maternal. Con aquello bastó y, sin necesidad de que nadie nos lo pidiera, prometimos que permitiríamos a nuestros compañeros de juegos usar uno de los listones, por lo menos de vez en cuando.

Ya habíamos comprendido cómo se manifiesta la naturaleza del poder: se muestra generoso si gracias a ello el menesteroso puede mensurar la magnitud del regalo y, a su vez, él mismo concede acceso ilimitado a sus propias míseras pertenencias. Cuando llega el momento, se le arrebató todo sin el menor remordimiento.

Un día que un barco había embarrancado en un sitio muy malo, uno de los chicos nos pidió que le prestáramos un listón para sacarlo. Recordamos entonces las palabras de nuestras madres y, claro está, satisfacimos su deseo. Hizo entonces como cuando alguien tiene un objeto de gran valor y, por algún motivo, un día se ve obligado a pedir que le dejen usar otro parecido pero que pertenece a alguna otra persona: no muestra el menor aprecio por el objeto prestado e incluso considera que es justo demostrar su absoluta falta de valor rompiéndolo. El chico manipuló el listón con

tanta fuerza y tal descuido que lo partió.

—¡Bah, menuda mierda os ha dado vuestro padre! —dijo, lleno de desprecio. Después, arrojó los pedazos al agua y ordenó—: ¡Trae el otro, a ver si es un poco mejor!

Teníamos que demostrar lo hábil que era nuestro padre y no podíamos negarnos después de haberle prestado el que se había roto, así que le dimos el otro.

De ese modo pudieron comprender aquellos chicos que el poder absoluto sobre cualquier cosa, incluidos los listones, es mucho más débil de lo que puede hacer creer el miedo que solemos tenerle. La dictadura no se va desgastando poco a poco como la democracia, no se va astillando durante un largo periodo de tiempo, sino que se desmorona con rapidez, por regla general de forma inesperada y sin que nadie alcance a entender cuál es la causa de su caída. La gente se limita a quedarse mirando boquiabierta y pensando: «¿Es posible que la dictadura fuera tan débil?». Y además la dictadura no deja nada tras de sí, lo que seguramente es aún más asombroso.

El chico agarró el segundo listón con gran alegría y corrió a la charca, pero, en lugar de empujar el barco presionó contra las rocas en las que éste había quedado embarrancado. En cuanto fue puesto a prueba, aquel listón resultó no ser mejor que el otro, y le sucedió más o menos como al primero. Ambos estaban rotos, y en un santiamén habíamos perdido nuestra autoridad sobre la navegación en El Rabo. Los pedazos que quedaban apenas eran más largos que el brazo de un niño armado con un palo normal y corriente. Así pues, no sólo mi hermano y yo volvíamos a no tener nada una vez más, sino que quedamos como unos desgraciados de los que se compadecen los chicos buenos, que saben que los otros son incapaces hasta de limpiarse el culo sin ayuda.

Aunque, en favor de los chicos de Höfn, hay que decir que nos permitieron quedarnos con el barco cuando nos proponíamos devolvérselo.

—No somos tan bestias como para quitarles los regalos a los demás —replicaron con el generoso orgullo del ganador.

Para el vencedor es natural llevarse siempre la mejor parte aunque a veces pueda parecer que sale derrotado, si a Dios le da por susurrarle al oído la orden de que practique la generosidad fragmentaria hacia quien se encuentra en desventaja. El que vence sabe que al final estará muy por encima del vencido si, tras la caída, le muestra la debida magnanimidad, rebajándolo así un poquitín más con su generosidad.

Unos días después intentamos camelar a papá para hacernos con unos listones nuevos y mucho más fuertes, a fin de poder demostrar así nuestra propia valía y también la suya, pero nos dijo, en tono de burla:

—No hay más.

—¿Por qué no? —preguntamos.

—Habéis demostrado que no estáis preparados para ser artistas, no habéis sabido usar la razón ni el talento para cuidar lo que se os pone en las manos.

No comprendimos aquellas razones, pero tuvimos que aguantarnos. Papá había

avanzado tanto en la primera fase de construcción de la casa que ya no tenía que aserrar tablas largas. Ahora le había llegado el momento a la ebanistería, en la que no se utiliza nada que se parezca a un tablón largo, y mi padre no tenía la menor intención de ponerse a serrar unos nuevos con el objeto de no perder ni un ápice de su dignidad ni del respeto de sus propios hijos, quienes podrían llegar a la misma conclusión que sus adversarios: que en realidad no sabían hacer nada bien; y si nosotros llegábamos a compartir aquella opinión, no cabía duda de que todo el mundo estaría de acuerdo y la vergüenza caería exclusivamente sobre su cabeza.

¿Es que papá no era capaz de advertir semejante peligro?

No. Siguió con su trabajo y ni por un momento se le ocurrió pensar que podía haber perdido parte de la consideración en que le teníamos.

¿Qué era más noble, buscar el favor de aquellos muchachos o intentar hacer justicia a nuestro padre y, con ello, demostrar su talento?

Teníamos que elegir entre dos opciones, algo que desagrada a los niños. En cierto modo era más apetecible ponernos del lado de los otros chicos, pues en realidad teníamos más en común con ellos que con nuestro padre en lo referente a nuestra actitud ante las cosas, porque jugábamos juntos y, en el juego, el niño se ve moldeado por los demás niños. Pero aún no habíamos llegado a esa edad en la que los críos se avergüenzan de sus padres, y seguíamos confiando en que el serrucho nos proporcionaría unos listones nuevos cuando estuviéramos a punto de marcharnos. Sin embargo, no fue así.

—Pedidle a Dios unos listones nuevos —sugirió mamá—. El siempre escucha las oraciones de los niños.

Nos convencimos entonces de que lloverían del cielo los listones de madera, enviados desde allí por nuestro Padre. No nos cabía duda de que, aunque papá tenía la habilidad de ponerle nombre a todo, ignoraba por completo lo que aquello implicaba. Quien alcanza el poder está obligado a conservarlo mediante razonamientos, actos, trucos o engaños, porque, de otro modo, se le respetará tan poco como a los que no son nadie.

¿Quizá las palabras de mi padre eran elocuentes pero vacías?

¿De qué servía tanta elocuencia?

¿Era mejor emplear la violencia para conseguir resultados, en lugar de palabras cuidadosamente elegidas?

Era obvio que elocuencia y energía no tenían por qué ir unidas. Un hombre taciturno y torpe de expresión, como el papá de aquellos muchachos, solía ser más generoso y productivo que nuestro locuaz padre. Aquél tenía un barco y encima iba a comprarse una camioneta. Pese a todo, yo me daba perfecta cuenta de que debería haber sido más cuidadoso con el listón. De haber tenido claro desde el principio que cada uno de nosotros tenía su propio listón y carecía de derecho alguno sobre el otro, habría procurado no abusar del mío por mucho que mi hermano hubiera hecho con el suyo lo que le hubiera venido en gana. En ningún caso tenía que habérselo prestado a

nadie, ni permitir que lo usaran. Debería haber sido un déspota, como todos los artistas. Por eso fui yo mismo en realidad quien arrancó el poder de mis propias manos, aunque no lo hiciera rompiendo directamente con ellas el objeto que lo avalaba. Dejé que fuera otro quien lo rompiera, lo que era peor todavía, un chico corriente, un atolondrado que no sabía ni cómo usar un listón con prudencia y destreza. A quienes no son listos por naturaleza nunca se les debe permitir que toquen un solo listón, aunque se les puede dejar que se acerquen para admirar las hazañas que se realizan con él, para aprender y envidiar a quien ha conseguido tal objeto o se ha construido uno por sus propios medios. Un artista listo de verdad es inmune a los halagos, y jamás abandonará su listón aunque se lo pidan con lágrimas en los ojos. Los listones son raros; cuando se consigue uno hay que conservarlo como si fuera un cetro, o morir a su lado, abatido por los propios errores, aunque en tal caso sólo pueda uno culparse a sí mismo.

Papá había perdido la confianza en nuestro talento y los chicos en el de él, y nos quedamos enfadados y cargados de dudas sobre la posición que habríamos de adoptar ante uno y otros.

Entonces tomé la determinación de aprender de la experiencia, sin preguntarme, como un imbécil cualquiera: «¿Qué clase de padre tenemos? ¿Es posible que no esté a la altura de las circunstancias?».

En algún lugar del alma se agitaban las incertidumbres y los interrogantes. Teníamos un referente para la comparación y podíamos estudiar cómo se comportaban dos padres distintos en asuntos similares, y comprobamos que cuando los barcos de los chicos se hundían o se rompían su papá les proporcionaba una lata nueva, sin decir ni pío ni montar un número, para que construyeran otro. Así sus hijos podían ir renovando la flota, y su poderío naval en El Rabo no sufría la más leve modificación. Llamamos la atención de nuestro padre sobre este particular, insistimos intentando usar el mismo método sin desfallecer hasta conseguir unos listones nuevos, pero se enfadó y dijo:

—¡Tenéis que ser unos hombres hechos y derechos para haceros vuestros propios listones, a menos que queráis ser unos zoquetes como esos chicos!

Es probable que me diera cuenta entonces de que ser artista no es sólo cuestión de una necesidad interna que genera un determinado talento y que empuja a utilizarlo como si se tratara de algún don mágico, algo que está vedado a los demás, sino que esa necesidad es también un deseo de superioridad, de conseguir poder y de convertirse en un tirano del arte, aunque no sea el arte mismo sino su espíritu lo que garantice una permanencia en el poder. El artista no puede esperar ayuda ni de su padre para conseguirlo. Un artista tiene que haberse aserrado su propio listón artístico para constituirse en artista, él solo y sin ayuda de nadie, a partir de un material fragmentario que proporcionaría un sinnúmero de listones y que seguirá existiendo después de habérselos cortado, quizá para uso de otros, nunca se sabe.

Ésa puede ser la respuesta a la pregunta de por qué los artistas suelen sentir

inclinación por toda clase de dictaduras y al final acaban mal, sobre todo cuando optan por participar en asuntos de gobierno y afirman su interés «por las cuestiones cotidianas que tanto interesan a la gente». Un artista nato que se preocupa por su propia naturaleza nunca vive los acontecimientos que afectan al momento presente, sino que tiene los ojos puestos en lo atemporal.

En la cuestión a la que nos referíamos, el poder ya había sido restituido, y por eso no cambió nuestra forma de mirar embobados el serrucho. Poco a poco se puso de manifiesto que nunca volveríamos a ser artistas del listón con ayuda de nuestro padre. En este asunto, de él no sacaríamos nada. Para él lo fundamental era que la construcción siguiera progresando. Terminó la parte exterior de la casa, y también la de dentro, y ambas quedaron separadas cuando acabó de cerrar las paredes exteriores y la casa dejó de ser una especie de esqueleto de madera basta. El revestimiento externo del entramado formaba un cajón dividido por dentro en cuatro zonas de igual tamaño, que olían a tablones, cepillados o sin desbistar según se hablara de habitaciones o de espacios. La casa era idéntica a las que otros hombres mañosos construían por sí mismos, según la misma estructura, con los tabiques interiores formando una cruz y uniéndose en el centro, en el tubo de la chimenea. Así, el calor de ésta y de la cocina pasaba por unos agujeros a través del aislamiento de las paredes, formado por virutas, que conservaba algo del calor. Era la única calefacción. Mi padre compró la viruta en pacas, en vez de usar musgo corriente, como era habitual.

Las costumbres consagradas estipulaban que la disposición de las habitaciones tenía que hacerse de tal forma que la cocina y el salón dieran al norte y los dormitorios se abrieran al sur. En éstas sólo había una ventana principal y otra más pequeña, igual de alta pero más estrecha, que daban al oeste y el este. La disposición de las ventanas era la misma en todas partes excepto en la cocina, donde no había ventana hacia el oeste.

Pudimos seguir viviendo en Höfn no sólo hasta la primavera sino durante todo el verano y hasta mediados de diciembre, momento en el que nos mudamos, justo antes de Navidad, sin que ningún listón se hubiera desprendido de una tabla para solucionar las cosas. Y, claro, tampoco nos los dieron como regalo de Navidad. En cambio, mamá tuvo el primero de sus «ataques» anuales poco después de las cinco de la tarde del día de Nochebuena, sembrando así el miedo a todo lo que hay de inexplicable en el carácter de los padres, un miedo que se clava en el alma de los niños y puede llegar a destruir lo que llamamos expectativas o ilusiones.

No fue hasta mucho más tarde, después de que hubiera muerto, cuando comprendí en toda su trascendencia el terrible suceso responsable de que tuviera un «ataque» justo a esa hora, aproximadamente las cinco de la tarde del día de Nochebuena, una crisis que arruinó por un tiempo su vida anímica. Fue como si se hundiera de pronto en una especie de oleaje helado en el mar interior de su existencia, zarandeada acá y allá en medio de un océano tempestuoso, en medio de una masa de

algas que se le iban enredando y que parecían aliarse con las corrientes para arrastrarla hasta el fondo. Pero de algún modo, consiguió ir abriéndose paso lentamente, nadando con todas sus fuerzas, como por ese azar que determina siempre la vida de las personas, y por fin consiguió llegar a tierra, aterida, exhausta y casi congelada. Luego, entrando poco a poco en calor inmersa en el inquietante silencio, fue recuperándose y probablemente vio algo de luz a lo lejos. No se puso sus mejores ropas como hacían los demás, y nunca dijo «Feliz Navidad».

## En la casa nueva

Cuando nos habíamos mudado ya a la casa nueva, mi padre, cansado, se sentaba a veces después del trabajo en un taburete y nos mandaba a mi hermano y a mí que le peináramos el flequillo que le caía en punta sobre la frente. Quería que lo hiciésemos cada uno con su propio peine negro, pero ni había bastante pelo ni la cabeza tenía el tamaño suficiente como para que pudieran trabajar dos personas a la vez. Así que uno peinaba mientras el otro esperaba con el peine en ristre y sólo conseguía meter baza de vez en cuando. Como yo era el más pequeño, al igual que mi peine, nunca conseguía nada, y después de suplicar durante tanto tiempo que al final se me entumecía la muñeca, me negué a peinarle. Desde entonces nunca me dio permiso para hacerlo, y en consecuencia no pude gozar de su favor ni de su estima.

—Eres muy poco atento con tu padre —me decía a veces, pero a mí me daba igual la opinión que pudiera tener de mí.

Mi hermano era mucho más obediente.

—Llevas el mismo nombre que mi padre, tu abuelo, y serás carpintero como nosotros —le decía mi padre, y mi hermano chasqueaba la lengua con satisfacción.

Papá se miraba en un espejito que sostenía en la mano mientras dejaba que le peinaran, y mi hermano le quitaba la caspa con el peine y la echaba al suelo o encima de un periódico.

Aquella ceremonia parecía tener un efecto relajante, pues, al hacer que le peinasen, mi padre se quitaba de encima el cansancio y la tensión. Desaparecía por un instante su constante afición a tomar el pelo a los demás y era evidente que se sentía bien cuando la caspa iba a parar al espejo, como una extraña nevada, ligera y blanca, que se multiplicaba al reflejarse en el cristal.

—Ya me gustaría a mí que el pelo se me multiplicase igual —dijo sonriendo a la caspa y a su propia imagen en el espejo.

Mamá le replicó entonces que fue una estupidez aquella ocurrencia de ir al Parlamento en 1930, y que lo único que había sacado de aquella tontería fueron la caspa y unas buenas entradas.

—Recuerdo que antes no tenías ni caspa ni entradas —agregó, decepcionada por los resultados de las grandes festividades que conmemoraban el milenario del Parlamento islandés.

Papá rió.

—A nadie le vienen la caspa ni las entradas por ir a una fiesta nacional —respondió—, al margen de la calvicie mental de algunos políticos.

Luego añadió que los marinos empezaban a tener caspa y entradas por el cansancio de las guardias, como había podido comprobar en sus propias carnes.

—Yo tenía bastante caspa cuando estaba de marinero en el *Imperialist* porque en los arrastreros no había ninguna reglamentación sobre las guardias. Sin embargo, al menos hay que decir que la comida era tan mala que los marineros conseguían descansar mientras estaban cagando, que era todo el tiempo.

Aquello nos resultaba muy divertido, como también eso de que la caca nunca echaba la siesta dentro del culo aunque los marineros durmieran y roncaran por el agujero de arriba.

—Cuando el patrón se enteró, mejoró la alimentación y todo el mundo tuvo que trabajar mientras era capaz de mantenerse en pie, así que los marineros dejaron de derrumbarse en medio del montón de pescado y echar allí la diarrea —añadía—. La caspa desapareció cuando tuve el vómito de sangre y me mandaron al sanatorio, donde me permitían estar acostado sobre una pila de almohadones y por fin pude descansar.

Había una foto suya de cuando estaba en el sanatorio, echado sobre un costado, guiñando los ojos un poco a causa del sol, vestido con chaqueta y corbata y cuello duro, tan arreglado que daban ganas de enfermarse de tisis para poder ir así de elegante.

«La vida en el sanatorio era pura gandulería, y allí nadie tenía caspa», aducía a veces fríamente. «Pero mucha gente le tenía un miedo inútil a la muerte, aunque a nadie le sale caspa por eso.»

—¿No piensas peinarme como tu hermano? —preguntaba a veces para comprobar si yo seguía de morros.

—No —respondía yo.

—Chico con malas pulgas —decía él—. Que seas hijo mío, cuando yo estoy siempre de buen humor...

—Yo no soy hijo tuyo —le respondí.

—¿Y de quién eres, entonces?

—Una tormenta me arrojó a la tierra —respondí.

Me miró y se le congeló la mirada por la tensión nerviosa, pero se calmó y replicó:

—La vida te deparará muchos problemas si no eres capaz siquiera de peinar a tu

papá sin rechistar.

En general yo hacía lo que me mandaban, no tanto por obediencia sino porque me parecía necesario. Sin embargo, estaba convencido de que si yo era hijo suyo no era para peinarle; eso podía hacerlo él solo.

En cierta ocasión le afectó tanto mi impertinencia que me arreó un puñetazo. No lo hizo con todas sus fuerzas, porque era muy robusto y me habría abierto la cabeza, pero fue más que suficiente para quien, como decía él, apenas era un mequetrefe. En el instante en que el puño aterrizó sobre mí, me caí para atrás y la cabeza salió por el cristal de la ventana de la cocina y se quedó presa en el agujero. Tardaron un buen rato en sacarme la cabeza sin dañarla y hubo que ir con mucho cuidado. Durante todo el proceso, y por mucho tiempo después de aquello, sentí un extraño placer al pensar que el vidrio se había hecho añicos y ya no servía, de manera que papá no tendría más remedio que comprar otro. Pero ni se le pasó por la cabeza semejante cosa, y gracias a su inventiva encontró una forma de reparar el agujero. Volvió a encajar los trozos, sacó de algún sitio un pedazo grande de cristal, lo colocó en la ventana por fuera y lo aseguró con clavos.

—Tienes la cabeza bien sujeta —afirmó.

Durante mucho tiempo me gustaba pasar las yemas de los dedos por los bordes del parche y pensar con orgullo y cierto estremecimiento: «Mi cabeza atravesó este cristal sin que se me cayera».

Tan pronto como pensaba aquello dejaba que la cabeza se me cayera mentalmente al suelo, ensangrentada, pero de inmediato metía el dedo índice por las arterias abiertas del cuello para que la sangre no escapase por todas partes en chorros rojos, como cuando se sacrifica a los corderos y se les corta el cuello encima de un barreño blanco esmaltado.

Mi hermano no pudo disfrutar de este placer; él se dedicaba a peinarle con su peinecillo y a estar encantado con su nombre de pila y con el honor del oficio que le esperaba, aunque gruñía un poco fastidiado si se le recordaban las obligaciones que recaían sobre los hombros del primogénito y oficial de peluquería, como cuando papá le preguntaba:

—Puesto que ya de niño te has hecho tan buen peluquero, ahora vas a seguir ocupándote de mí y me vas a servir un buen plato de gachas de avena con pasas, canela, azúcar y leche fría, ¿verdad?

Mi hermano gruñía malhumorado pero no se atrevía a arrojar el peine por miedo a perder la consideración de que gozaba por parte de quienes le prodigaban tantos halagos, pues nunca podía saberse el rumbo que tomarían los acontecimientos y él era muy sensible con respecto a sus cosas. En cambio, yo no tenía ante mí obligaciones que acarrear sobre los hombros a causa de mi nombre, y las ironías me dejaban indiferente. De modo que mi hermano se pasaba la vida cargando con una gran responsabilidad o intentando defenderse de sus futuras obligaciones a base de peinar a nuestro padre con una frecuencia innecesaria: existía el convencimiento de que eso

no era nada bueno para el pelo. Quizá deseara sacarle el cerebro a papá con el peine y arrojarlo a la tumba antes de tener que cargar con él. Pero, aparte de eso, envidiaba a su padre el flequillo que, aunque más bien ralo, le caía por la frente más allá de las entradas y llegaba casi hasta la nariz. Él mismo empezó enseguida a dejarse crecer el flequillo, como los demás chicos de su edad, lo que despertaba la admiración de las señoras.

—Vaya si se te da bien eso de dejarte flequillo —decían—. Pronto se te darán igual de bien el dinero y las mujeres. ¿No has pensado en hacerte chófer, para llevarte a todas las mujeres a la cama desde el asiento del conductor?

En esa época, el mayor sueño de las mujeres del pueblo era encontrar un conductor de autobús con zapatos de charol y calcetines negros de seda, o un taxista de Reikiavik que hiciera dinero vendiendo bebidas alcohólicas en los bailes y que se casara con ellas para poner la guinda a sus millones; y el colmo sería cazar a un camionero que las considerara un buen partido y las dejara sentarse junto a él delante después de la jornada laboral y se las llevara luego a la oscura caja del camión para columpiarse al unísono encima de la rueda de repuesto.

Mi hermano se alegró al oír el futuro que le esperaba. El flequillo le llegaba hasta la punta de la nariz si estiraba de él y le ponía encima la palma de la mano. Esto era ya una buena medida, pero naturalmente el objetivo era lograr que el flequillo cayera hasta la boca sin necesidad de ayuda, para poder presumir mordiendo el extremo. Cuando lo consiguiera pasaría a formar parte del grupo de los que se dedicaban a «sujetar las paredes». Podía juntarse con los demás grandullones y apoyarse en los muros de las casas mientras se pasaba el rato empujando y molestando a los más pequeños poniéndoles la zancadilla, mordién dose orgulloso el flequillo y mascando ruidosamente, sin darse prisa por contestar a la pregunta:

—¿Crees que conseguirás que te llegue a la barbilla?

«Nunca se sabe de lo que son capaces esos chicos», se respondía la gente para sus adentros.

También había conseguido tener el pelo untuoso y reluciente e intentaba doblegarlo con una cinta de punto de dos colores, amarillo y verde, que le cruzaba la frente y pasaba por detrás hasta la coronilla.

Aparte de dejarse peinar por sus hijos papá solía pasarse más tiempo sentado en su silla dedicado a otros menesteres; y se quedaba allí, inclinado junto a la ventana de la cocina, afilando sierras, en especial la grande. Cuando los días se hacían más largos y claros, se entregaba durante más tiempo a esta tarea, hasta la medianoche, en la estancia de la casa que con el tiempo habría de convertirse en una cocina completa con fogón de carbón en vez de un simple infiernillo. Sujetaba la reluciente hoja de sierra entre las rodillas e iba pasando la lima por los dientes, arriba y abajo. Aquel insoportable chirrido le perforaba a uno hasta lo más hondo del alma; nos daba una dentera espantosa cuando frotaba la lima con rapidez.

Yo había oído decir en cierta ocasión que había hombres que sabían hacer música

con una sierra, para lo que era necesario un gran virtuosismo, porque el sonido de la sierra tenía que estar lleno de dulzura y en nada se parecía a lo que hacía mi padre. Para poder tocar había que doblar la hoja de la sierra entre la mano izquierda y la rodilla derecha a fin de formar un arco en forma de «ese». Me apetecía oír algún sonido que no fuera aquel tan horrible que taladraba los oídos. Por eso le pedí que tensara la sierra, pues era suficientemente fuerte para hacerlo, y que tocara la mágica melodía que, según dijo un día, había oído tantas veces en el gramófono de Hafnarfjörður, durante la época que trabajó en el *Seagull* o el *Imperialist*. Mientras descargaban, a él le dejaban echarse a dormir sobre un colchón puesto en el suelo, en casa de un señor que pegaba suelas y arreglaba botas de marino, oficio que le reportaba tan buenos ingresos, que se había casado y tenía hijas, además de un gramófono y un disco; de todas formas, debía trabajar muchísimo, claro está. Papá hablaba menudo del gramófono, que era un gran lujo en este país, y de cómo se despertaba completamente recuperado, en su colchón colocado sobre el suelo. Las hijas veían que estaba despierto y se asomaban a mirar, soltaban unas risitas y desaparecían. También acudió la señora, que le preguntó con voz alegre: «Pero hombre, ¿acabas de despertarte? ¿Te apetece tomar unas gachas de avena?». Al poco regresaron las chicas, con sus vestidos de lino almidonados. Reían con timidez, y traían una caja. Se quedó mirándolas. «¿Sabes qué es un gramófono?», le preguntaron. Él no respondió, y ellas pusieron en funcionamiento el aparato. A ratos cantaba él mismo a voz en cuello con el disco puesto, y no quiso salir de la cama hasta que se aprendió a la perfección la canción de la condesa que viajaba por el Rin junto a su amado a la luz de la luna.

Ese día le pedí que tocara aquella conmovedora melodía con todas sus sierras.

—¡Hacer música con una sierra! —exclamó mi padre, extrañado de tener un hijo capaz de albergar semejante deseo.

—Dicen que hay gente que sabe hacerlo —aseguré yo.

—Eso sólo lo hacen los tontos y los vagos —replicó mi padre, irritado—. Las sierras están para usarlas como Dios manda, aserrando madera. Toca los dientes.

Estaban afilados como cuchillas. Al afilarlos, un polvillo grisáceo caía sobre la rodilla de mi padre, y parte de él acababa en el suelo. Mi madre lo limpiaba enseguida con un trapo. Lo hacía de una forma de lo más peculiar, dando un pasito adelante con un pie mientras dejaba el otro atrás. Se levantaba toda hinchada y colorada, y con la nariz un poco azul. Luego parecía enfadarse y se apartaba bruscamente las trenzas de la cara con el dorso de la mano. Me asaltaban los remordimientos, pues pensaba que aquello debería hacerlo yo en lugar de ella para que no tuviera necesidad de inclinarse. Papá hacía como si no pasara nada. No era un trabajo excesivo para ella ir limpiando detrás de él, que siempre estaba convencido de sus propios motivos y decía al acabar el trabajo:

—Tocad los dientes ahora, veréis lo afilados que están.

Se me clavaron en las yemas de los dedos y di un respingo.

Le tomé manía a las sierras y me entró un vago deseo de dedicarme a cualquier oficio que no fuese el de carpintero de construcción, un deseo que se debía a que consideraba estúpido convertirse en algo para lo que se posee un talento natural y que no exige un especial esfuerzo.

Mi padre soltó una risotada burlona, puso la sierra a un lado y dijo:

—Así son las sierras cuando están afiladas del todo como Dios manda.

Esto había que entenderlo en el sentido de que el filo de una sierra es un símbolo de su dueño. Cada vez que yo veía una sierra le tocaba los dientes, y podía comprobar que nadie usaba ni conocía las sierras tan bien como mi padre; el filo de la herramienta que utiliza uno es siempre lo más importante, trátese de una sierra de carpintería, de una idea o de una palabra.

Un día de principios de verano preparó a toda prisa una funda de tela de saco para guardar sus sierras, se fue a Reikiavik y subió al coche de línea que enlazaba Biskupstungi con Skálholt. Según contó luego, se apeó en Spóastaðir, entre ladridos de perros. Aunque era temporero y estaba contratado para la siega del heno, también le habían encargado reparar el viejo establo. Antes de marcharse a las nueve de la mañana, después de tomarse unas gachas de avena y un trago de aceite de hígado de bacalao, había colocado muy ordenadamente los útiles de carpintero en la caja de herramientas y nos permitió contemplar la elegancia con que las había dispuesto, cada una en su sitio, no todas amontonadas. Admiramos las herramientas inertes, reposando de su actividad, todas bellamente pulidas, pero no nos dejó tocar nada. En verdad no yacían allí como inútiles cadáveres, y se llevó algunas porque sabía que en el campo las sierras están herrumbrosas y desafiladas.

Concluida la cuidadosa selección, cerró la caja con un candado, y luego nos dejó con mamá y la casa a medio terminar. Antes de despedirse suspiró hondo, como si tratara de retenerlo todo en su mente, satisfecho de la aromática residencia que tenía intención de adecentar a su regreso en otoño; o, por lo menos, compraría una cocina de carbón para que pudiéramos hacer la comida de Navidad, la del día después y la del otro: tasajo de carne ahumada al musgo hecha con una pata del cordero que Jörundur, el diputado del distrito de la antigua sede episcopal de Skálholt, le había dado al contratarlo como temporero. Además tomaríamos pan de centeno; ya teníamos el molde, que clamaba por una masa y un buen horno de carbón.

Cuando mis padres se casaron, mi madre aportó como dote una rueca y un baúl, que a veces llaman «arcón», construido por su padre, además de un molde pintado y redondo para hacer pan de centeno y de un cordero que papá le había dado a mi madre. Había una foto en la que aparecía ella, con barriga y cara de cansada, junto a la pared de una casa bastante destartada, y también estaba allí el cordero, con la cabeza levantada, como si tratase de morderle el delantal. En cuanto a papá, había llegado al matrimonio sin más aportación que él mismo y su laboriosidad.

Dentro de la casa inacabada no tardé en descubrir el vacío, esa amplitud caótica, encantadora, necesaria, sana y buena que los niños han de llenar de entusiasmo en los

veranos, en realidad durante todo el año. Estuviera arriba o abajo, siempre tenía la sensación de vivir en la alegre búsqueda de algo, de eso que nunca encontramos y que tampoco pretendemos encontrar, algo que apenas sospechamos que existe. Pasado un tiempo, el otoño y el invierno demostraron ser épocas más adecuadas para la búsqueda y para jugar al escondite. La penumbra era lo mejor, porque yo comprendía que no somos claridad u oscuridad, sino que somos penumbra material o inmaterial alternativamente.

Es más o menos de esta forma como posee una magia especial lo que está a medio acabar y no se ha cerrado aún por completo. En el fondo, lo que sucede es que ves terminado el armazón de madera de lo que en un futuro estará concluido, y atisbas al mismo tiempo el velo que debe ocultarlo para que todo desaparezca en el exterior. Si se trata de una casa, es quizá porque en ese futuro desconocido lucirá con espléndidos colores. Tendrá un revestimiento de metal ondulado, papel de flores pegado con cola blanca en las paredes interiores y puertas lacadas que dejarán entrar o salir a la gente de las habitaciones; y en la cocina habrá armarios que guardarán platos y tazas. Pero quizá la casa no llegue a terminarse nunca, o quizá progresará sólo hasta un cierto punto y el niño comprenderá que en la misma casa existe diferencia entre lo que ya se considera concluido y todo lo demás, que será mucho más misterioso y atrayente: siempre llegará a ese cierto punto, si tal punto existe de verdad, igual que sucede con nuestra voluntad y con nosotros mismos a lo largo de la vida. Así pues, la vida no se caracteriza por lo que ya está vacío y terminado, sino por las posibilidades que cabe imaginarse. Por lo que respecta a las viviendas humanas, lo principal es poder dormir en ellas por las noches, con más o menos seguridad, en una cama o quizás en el suelo, y que en la cocina haya un fogón de carbón decente. Éste no había llegado todavía y la casa apenas era habitable, incluso en verano. Así que mamá cocinaba en el infiernillo de gas, que tenía dos fuegos, un recipiente ancho por debajo para el queroseno y una puertecita en el quemador para poder encenderlo con una ventana de cristal de mica a través de la cual se veía la oblonga llama azul.

Cuando papá volvió del campo al final del verano se trajo de Reikiavik madera pulida para cubrir el suelo de la cocina de pared a pared, aunque no estaba todavía completamente seca, con lo que al tiempo que ahorra conseguía que los tablones cubrieran la mayor superficie posible, de pared a pared. También se trajo una cocina de carbón. Sin embargo, el frío del suelo era tremendo y supimos perfectamente lo que son los sabañones en los dedos de los pies, por culpa de la mala calidad de nuestros zapatos, el pésimo aislamiento de la casa, y la delgadez del piso. Mamá cortaba sebo y llenaba con aquella masa gris las grietas que se nos abrían a causa del frío en los dedos de los pies. Frotaba el sebo con mucho cuidado y luego hacía que nos sentásemos un rato delante de la cocina de carbón, con la puerta del fogón abierta, para que se calmara un poco el dolor y fuera formándose callo por encima de la grieta lo antes posible, de modo que se creara una dureza que nos sirviese de protección contra el frío.

—Si se os calientan demasiado los dedos, estiradlos y encogedlos para que se enfríen y se os alivien —decía.

## La cocina

—Uno no está instalado en su hogar hasta que ha podido mudarse con su familia por lo menos a la mitad de la casa, la cocina —afirmó mi padre.

Nos quedamos mirándolo e intentando adivinar qué significaba aquello. Era muy suyo eso de decir las cosas a medias. También era en cierta manera sólo medio hombre en casi todo, aunque nunca estuviera ni siquiera medio borracho; no bebía, pues de otro modo quizá le hubiera ocurrido lo que solía decirse de algunos que andaban siempre borrachos de espíritu: que cuando se embriagaban se les despejaba la cabeza. Sin embargo, a veces daba la sensación de que iba a estallar en el momento más insospechado, o de que al mover una mano aparecería algo que habría de dejarle a uno pasmado y a la espera de lo que habría de venir después; pero de pronto empezaba a hablar como antes, volvía a entrar en vereda y uno se quedaba medio atontado, sin comprender nada. La mente de mi padre estaba repleta de manantiales.

¿Tanto vivía en el interior de su mundo mental?

¿Quizás el monólogo se hacía oír a veces de modo inesperado, como quien piensa en voz alta pero se da cuenta a tiempo y calla antes de desvelar sus secretos más ocultos?

Tal vez por eso hubiera podido pensarse que no andaba completamente bien de la cabeza, aunque en realidad no es más que una característica del hombre dubitativo, que en cualquier asunto considera al mismo tiempo un sinnúmero de posibilidades. Él veía muchas facetas de las cosas con una sola mirada, los pros y los contras de cada cuestión, lo bueno y lo malo, o el mismo Dios en todos los dioses, y creía a la vez en todos y en ninguno. Su fe, por lo tanto, no dependía de si un cierto Dios era, por ejemplo, verdadero o falso, o ni siquiera de si existía, sino del estado de ánimo en que se encontrara él mismo en cada momento. Todo era más bien oscuro y variable, excepto el recuerdo. De él no podía esperarse certeza ni convicción alguna. La naturaleza no tenía ninguna finalidad especial y no le otorgábamos ninguna, sino que la utilizábamos en provecho propio, sin más; pero todo cuanto hacíamos, todas nuestras acciones, poseían alguna finalidad, aunque una misma cosa podía tener finalidades muy diversas, como sucede con el significado de algunas palabras. Uno vive en la significación más bien imprecisa de las cosas y las palabras. El único

medio de controlar algo era hacerse una idea de cuál podría ser su utilidad, pero muchas cosas servían para muchos quehaceres diferentes y el único medio de controlarlas era asignarles una utilidad específica, a fin de librarnos de su embrujo al menos por un rato. Lo único que se puede controlar es lo que hace uno mismo; casi todo lo demás es incontrolable.

Esto era asimismo válido tanto para las herramientas de carpintería que mi padre se llevó consigo como para las que dejó durmiendo con sus misterios encerradas en una especie de ataúd que sólo podía abrirse con una única llave, que también se llevó. Todas tenían una determinada finalidad, la sierra serraba, el martillo clavaba clavos, y prestaban servicio a mi padre cuando se usaban de modo apropiado. En el pensamiento regían otras leyes. Era posible clavar clavos con una sierra, y serrar con un martillo. El pensamiento manejaba bastante bien las herramientas como para poder alterar sus usos principales si el juego lo precisaba. Pero la realidad y la imaginación jamás se confundían.

Antes de irse como temporero durante el verano con un baúl grande y pesado, tenía por costumbre llenar hasta la mitad con moneda fraccionaria un pequeño frasco de cristal, un tarro de jalea de frutas. Elegía las monedas con sumo cuidado, ni demasiadas ni demasiado pocas, y, cuando encontraba la proporción debida entre las fraccionarias y las de corona, las ponía todas en un montón sobre la palma de la mano y las echaba en el frasco, colocando una capa en el fondo, otra más arriba, una tercera y una última. Hecho esto, enroscaba la tapa del tarro y lo colocaba en la balda más alta del armario de la cocina. Las monedas estaban dispuestas en capas de diferente espesor, de modo que las de un céntimo quedaban arriba del todo, luego venían las de dos chelines, después las de cinco y otras monedas pequeñas, un valor debajo del otro, hasta llegar a las relucientes piezas de una corona en el fondo. Las monedas de dos coronas, de reciente acuñación, las dejaba escondidas a fin de evitar la tentación de escarbar para cogerlas y acabar malgastándolas mientras él estaba fuera. Ese dinero estaba allí para que lo usáramos, y había de bastarnos durante el verano; con él compraríamos bacaladillas o platijas para el puchero a los hombres que permanecían en el pueblo y salían de pesca.

Cada vez que se abría el armario veíamos cuánto dinero quedaba; el montón iba menguando al tiempo que las capas se entremezclaban según pasaba el verano. El tarro era transparente, de modo que sabíamos exactamente con qué contábamos, y aprendimos a tener una visión general de los medios económicos puestos a nuestra disposición a plazo fijo, a fin de que más adelante en nuestras vidas pudiéramos calcular las necesidades monetarias para alimentación y otros menesteres del alma y del cuerpo y evitar que nos durmiéramos y nos encontráramos de repente con una situación económica desesperada. Como el estómago es incapaz de cualquier moderación, la barriga es incontrolable y puede dilatarse según las necesidades de la glotonería. Las cosas no mejoran en lo que se refiere a otras necesidades, pues no conocen límites, y podemos llegar a desear el mundo entero.

—Apoderarse del mundo entero es el objetivo máximo de la avaricia, por eso los pequeños intentan a veces que les crezca la barriga más de lo que son capaces de aguantar —comentaba con ironía.

Para uso de nuestra imaginación echábamos mano del rey Wamba, que, en consonancia con el significado de su nombre, llegó a tener una barriga tan grande cuando gobernaba el reino de España que sólo podía desplazarse transportándola en una carretilla.

—¿Os gustaría tener una boca tan grande que pudierais tragároslo todo si la abrieseis de par en par?

—Sí —respondimos; no teníamos objeción alguna.

—Entonces seríais como aquel que se comió dieciocho galletas con un solo diente —añadió.

Nos quedamos atónitos ante semejante comilona. Zamparse dieciocho galletas con un solo diente era una glotonería aún peor que querer tener la boca tan grande como para comerse el mundo entero. Empezamos a preguntarnos:

¿Cómo es posible que una boca con un solo diente se coma tantísimas galletas?

¿Hemos de comer, quizá, según el número de dientes que tengamos?

¿Qué nos dice el número de dientes acerca de las necesidades humanas?

¿Una persona con todos sus dientes tiene automáticamente derecho a más galletas que, por ejemplo, una persona desdentada?

¿Una persona sin dientes no puede comer galletas rellenas, sino sólo galletas maría?

Era fácil responder, si se pensaba con atención: «El arte de hincharse es también pensar en las necesidades de los demás».

—¿Cuándo volverás del campo? —le preguntamos a papá, molestos y fastidiados, aunque por ningún motivo en especial.

—Supongo que antes de que no quede más que el fondo del tarro —respondió.

Y se marchó a la mañana siguiente, con el sabor a aceite de hígado de bacalao en la boca.

Daba comienzo entonces esa estupenda época del año en que jugábamos a imaginar que el tarro se vaciaba en la misma medida en que mamá iba contando una historia tras otra sobre ella misma y otras personas. La primera ocupación por las mañanas era abrir el armario de la cocina para observar el contenido y comprobar si quedaba algo o si a mediodía estaríamos muriéndonos de hambre. Siempre había de sobra detrás del cristal y la etiqueta. En ésta aparecían apetitosas frutas con sus colores auténticos. Habíamos llegado un poco más abajo de la fresa y nos quedaban aún el albaricoque, las dos manzanas, la naranja, el melocotón y la pera. Así que mamá podía sentarse tranquila junto a la ventana de la cocina por las tardes y tener largas charlas con nosotros mientras esperábamos la puesta del sol, aunque por la mañana, al despertar, tuviera la sensación de que el tarro se iba vaciando en la misma medida en que ella desgranaba sus historias.

Te quedabas algo triste al ver que en lugar de morirte de hambre a mediodía comerías pescado cocido, pues aún había suficiente dinero en el frasco. Pero también te alegrabas porque el nivel iba bajando y cada vez faltaba menos tiempo para que papá volviera a casa con monedas suficientes para llenar otro tarro. En cuanto al contenido, había dos o tres formas de enfocar el asunto, como sucedía con tantas otras cosas. Si había mucho, podías comprar lo suficiente, pero nunca conseguirías lo que más deseabas. En cambio, aunque un tarro medio vacío era señal de que aumentaban las posibilidades de muerte por inanición, al mismo tiempo era motivo de alegría anticipada, pues significaba que papá estaba de vuelta y que aparecería en casa en el último momento, justo cuando estuviéramos exhalando el último suspiro, y la única forma de que siguiera en contacto con nosotros sería ir a la casa de al lado para hacer una sesión de espiritismo con la buena de la vecina y entrar en trance.

Cuando el verano tocaba a su fin el orden económico se trastocaba. El tarro se había transformado por completo. En el fondo sólo había un caos de monedas pequeñas, casi todas de un céntimo en lugar de las de dos coronas, así que en lo que había que fijarse cada tarde era en el coche de línea, no en la puesta de sol y las historias de mamá.

De pronto llegaba nuestro padre, a las ocho de alguna tarde, cuando empezaba a oscurecer. La tierra había comenzado a palidecer con las lluvias de otoño, y en el fondo no quedaban más que monedas de dos, uno y cinco céntimos. El tarro pasaba entonces a la historia y la caja roja con tapa ocupaba su lugar. A veces la abría delante de nosotros y decía:

—Venga, oled la cajita, notaréis el olor de los billetes de Jörundur, el diputado de Skálholt.

Aspirábamos por la nariz y sentíamos el acre aroma del dinero.

—¿Qué creéis, huele mucho, poco o regular? —preguntaba.

—Mucho —respondíamos para agradarle.

—¿Bien o mal?

—Bien.

—Me temo que el mundo no habrá progresado mucho cuando crezcáis, si el olor de unos pocos billetes después de un verano de esclavitud os parece suficientemente bueno —dijo.

Mi padre siempre tenía algo que hacer. Ya el día después de su vuelta empezó a trabajar en un aljibe para recoger el agua de lluvia del tejado. Hasta entonces habíamos dependido de la generosidad de los vecinos, que nos cedían parte de su agua dulce. Lo más divertido era ir por ella a la casa de al lado, como la primavera y el verano del primer año, cuando tuvimos la suerte de que nos permitieran alojarnos en la escuela. Entonces íbamos con la lechera amarilla una y otra vez, la vaciábamos en un barreño que había en la cocina y bebíamos de aquella agua, mientras que para los demás usos y para lavar sacábamos del pozo un agua medio salobre. Era un festín beber aquella deliciosa agua dulce que llamábamos «agua de Júlli», en honor del

hombre que nos la proporcionaba. Siempre decía:

—Venga, chiquillos, en mi casa podréis tomar tanta agua como queráis mientras quede una sola gota en mi cisterna.

Papá clavó unos canalones en el tejado para recoger nuestra propia agua, y nos pusimos a esperar la lluvia. Cuando empezó a llover subimos a la buhardilla y escuchamos atónitos cómo resonaba el eco en el aljibe medio vacío. El chorro, la reverberación y la oscuridad del aljibe hicieron que, por muy pequeño que fuera, nos imagináramos su interior como un espacio vastísimo. Hizo falta bastante tiempo para que el nivel del agua llegara hasta la tubería que llevaba a la cocina, aunque creíamos que aquello nunca sería posible con aquella infinita inmensidad.

Ese otoño experimenté el primer terror auténtico en toda mi niñez, un terror que sigue aturdiéndome aunque intento dominarlo. Y no puedo eliminarlo ni olvidarlo, porque creo que no surgió de dentro de mí mismo, sino que procedía del hecho de que uno puede ser muchísimas otras personas o tener herencias muy diversas.

Una mañana, al despertarme, vi que mi madre no estaba en ningún lugar de la casa y miré por la ventana buscándola. Habían sido días de intensas heladas, pero las temperaturas empezaban a recuperarse. Sin embargo, aún hacía frío. A mi madre no se la veía por ningún lado. Algo inexpresable me dominó, algo tan horrible que no procedía de mi propia vida anímica, sino que surgía de la realidad y penetraba en sus inmensas extensiones como si estuviera al mismo tiempo en ningún sitio y en todas partes. Salí corriendo, convencido de que mi madre había muerto o había decidido suicidarse. Soplaba un viento gélido, pero lo que me helaba no era el frío sino el hecho de que la inmensa pena que aquel presentimiento anunciaba no me haría romper a llorar, sino que me dejaría reseco y marchito. Así que me pasé un buen rato fuera de la casa con aquel tiempo tan horrible. De pronto llegó mi madre, caminando desde el pedregal con dos cántaros llenos de agua que acarreaba con esfuerzo. Como no había suficiente en la cisterna y se había deshelado algo de nieve, decidió ir a buscar agua a la gran charca que se formaba en una depresión del prado, no lejos de la pared este de la casa.

—Pero ¿qué estás haciendo ahí fuera en ropa interior? —preguntó en cuanto me vio.

No respondí.

—No debes dejarte ver tan ligero de ropa —añadió.

Probablemente vio en mí, o reconoció en sí misma, esa sequedad que no sabes que tienes dentro, pero que sale a la luz en situaciones como aquélla, porque echó agua en un cazo, me lo puso en los labios y me dio de beber. Me sobresalté y sentí frío, y bebí y noté en la lengua el sabor a tierra, no a polvo ni a hierba, sino a la paja seca de mi memoria, algo que sigue viviendo dentro de mí. El agua era amarilla, inolvidable, y mi estómago sigue recordándolo. Después de aquello, papá subió a la buhardilla, metió un cacharro de hierro en el aljibe y el agua pudo llegar por fin hasta la tubería que estaba conectada al grifo. Tenía cierto sabor a cemento, pero nos dimos

por satisfechos y ya no hubo necesidad de ir a buscar agua o de pedirla por favor, excepto cuando venían invitados.

—No puedo imaginarme dándole a ningún bicho viviente un café con sabor a cemento —alegó mamá.

Papá no dijo nada, pues era evidente a qué invitado se refería. Seguramente estaría esperando que Jörundur apareciera ese otoño, porque acababa de repararle el establo y no le iba demasiado trabajar como temporero en el interior, aunque lo hiciera porque en verano lo único que se podía hacer era abrirse de piernas en una ciénaga, lloviese o hiciese sol, a segar heno para los campesinos. Maldecía segar y preparar gavillas, labor que le dejaban a él por su gran fuerza física. Pero lo que de verdad le fastidiaba eran las bestias, y tener una vaca lechera le apetecía más en teoría que en la realidad. Yo solía soñar con vacas. Son los únicos animales que se me han aparecido en sueños, con un curioso mugido, a veces tan real que pensaba que el sueño ya se había materializado. Estaban en la esquina del lavadero, y yo no conseguía entender nunca aquella extraña afición suya. Pero papá no parecía tener interés alguno por convertir el sueño en realidad y poder tomar todo el tiempo gachas con leche, espolvoreadas con canela y mucho azúcar. En cambio, mi sueño era tan vivo que, aunque se desvanecía en cuanto despertaba, siempre creí que en algún momento podría agarrarlo del rabo (todos los sueños tienen rabo) para arrastrarlo a la realidad a través del estrecho anillo que separaba el sueño de la vigilia, igual que la bisabuela pasaba sus labores de punto por el anillo de boda. Para conseguirlo bastaba con ser capaz de ver el sueño con los ojos abiertos. Me parecía milagroso poder ver los sueños a pleno día, si bien eran diferentes a los sueños que se tienen durmiendo. De nada servía saltar de la cama a toda prisa para agarrar las vacas despierto; en la realidad nunca mugían en el mismo lugar que en los sueños, la esquina del lavadero, al lado del tendedero. Me costó mucho, pero al final conseguí entrar en razón, pensar con realismo y decirme a mí mismo: «Creo que el mejor sitio para guardar tus vacas es un sueño».

En el lado norte de la casa, un zaguán daba acceso a la cocina. También había un largo pasillo que dividía la casa en dos partes aunque sin atravesarla por completo. En el lado sur había un vestíbulo bastante estrecho y pequeño, mientras que el lado norte del pasillo daba a un armario empotrado. Una puerta con cristal opaco separaba el vestíbulo y el pasillo. Se podía cerrar con llave. El largo corredor doble era una especie de pasillo para las fiestas, y la puerta del sur era la «puerta fina».

Tal disposición, que tenía una finalidad más decorativa que utilitaria, era a buen seguro una innovación de mi padre. El doble pasillo probablemente respondía al orgullo de un hombre sin formación profesional que había demostrado, con talento en lugar de ciencia, que no sólo era capaz de construir una casa, sino que se permitía el lujo de tener dos puertas, algo propio de las casas de los buenos burgueses. Su esposa y su cuñada habían servido en esas casas a nobles viudas cuyos orígenes se remontaban a vikingos nórdicos y reyes guerreros de Noruega, mujeres que encima

pertenecían a la más ilustre familia de clérigos de todo el país y que, después de haber perdido a unos esposos estupendos, tenían que trabajar como fieras para sacar adelante una casa de comidas para hombres del estilo de sus maridos, con la esperanza de pescar alguno a base de sopas y filetes. También habían trabajado de asistentes y lavanderas en casa de unos hombres estupendos que hacían posible que sus futuras viudas vivieran muy bien mientras ellos siguieran con vida. En las casas de esa gente siempre había un largo pasillo en el medio y dos puertas de entrada, y a las criadas se las hacía entrar por el zaguán del lado norte, mientras que la puerta principal estaba destinada a los maridos y otros huéspedes igualmente distinguidos. En la casa de papá, la puerta sur había de cumplir la misma función, aunque sólo muy de cuando en cuando llegaba esa clase de huéspedes y no había motivo alguno para no tenerla cerrada con llave. En verano, mamá sacaba por allí la ropa de cama para airearla cuando hacía buen tiempo. Aquellos felices sueños corrían el riesgo de que las fuertes rachas del viento del norte los arrancara de los edredones. Excepto en los poquísimos días de buen tiempo que había en el año, la puerta estaba cerrada a cal y canto.

No nos visitaba ningún señor tan importante como para justificar su uso excepto en otoño, cuando Jörundur Brynjólfsson, diputado parlamentario por el distrito de Skálholt, nos hacía su visita anual. Mi padre había trabajado como temporero para él durante muchísimos años, pues era un operario muy codiciado, pero aunque su cabeza estaba en cualquier sitio menos en el campo, no sabía cómo decirle «no» a Jörundur desde que éste empezó a desviarse del camino, cuando iba al Parlamento todos los otoños, para traerle un regalo: una canal de cordero recién sacrificado. Jörundur llegaba en un coche con chófer en medio de la lluvia otoñal, se apeaba en el pedregal del lado este de la casa y avanzaba hacia la entrada, seguido a pocos pasos por el conductor con el liviano corderito sobre el hombro. En cuanto mamá se enteraba de su llegada nos enviaba a toda prisa con la lechera a traer agua de Júlli, para que el café no supiera a cemento. La visita de Jörundur solía ser tan inesperada que no había ni tiempo de hacernos salir a toda prisa por la puerta norte sin que nos cruzáramos con él y asistiésemos a la procesión del cordero. Y es que parecía imposible conseguir que Jörundur tuviera la amabilidad de entrar por la puerta sur cada vez que venía, aunque sí aceptaba salir por ella, y encima sin que hiciera falta pedírselo. Por eso pude presenciar las conversaciones y ver cómo el chófer dejaba solemnemente el cordero en el poyo de la cocina y le daba un cachetito en la paletilla para que comprobásemos por el chasquido que estaba recién sacrificado. Pero a mí el cordero muerto me parecía una humillación más que un regalo, pues no era sino un depósito a cuenta con el que Jörundur compraba a mi padre para la siega del verano siguiente. La contratación en sí no tenía lugar hasta después del café, cuando se estrechaban la mano. La visita no duraba mucho rato, apenas llegaba a una hora, pero Jörundur se quedaba pacientemente sentado tras servirse sus diez gotitas de una jarra de porcelana con rosas tiernas, bebiendo de una taza adornada con tiernas rosas

rosadas, a juego, que se entrelazaban con otras del mismo estilo, y comiendo panecillos de especias que mamá horneaba para pascua y guardaba en una lata de pinturas y que servía, con bastante cicatería, en una bandeja cuajada de rosas.

—Bueno, Bergur —decía Jörundur, siempre con voz cansina, como si al despedirse no estuviera hablando con nadie en especial—. Así pues, puedo contar contigo el verano que viene para construir la nueva vaquería.

—Supongo que sí —respondía papá sin especial entusiasmo, en lugar de negarse.

Te dabas cuenta de cómo se inclinaba, se humillaba, ante sí más que ante Jörundur o ante las condiciones de su vida, porque no hacía otra cosa que soñar despierto en trabajos de construcción que él mismo elegía. Sólo podía optar entre la humillación que le causaba su propio talento, pues éste motivaba que requiriesen sus servicios y el paro al que se veían abocados otros, que no lograban ningún empleo aunque se pasaran el tiempo buscando trabajo. Era la época de la Depresión.

Mi padre fingía que su respuesta era producto de su libre albedrío y de su buena disposición, pero evitaba pasar los ojos por la mesa para que el hombre no fuera a pensar que el acuerdo se debía al cordero y que se dejaba comprar movido por la necesidad. Jörundur siempre estaba dispuesto a salir por la puerta fina, y, mientras lo acompañaba hasta el coche con paso tranquilo, mi padre se iba convenciendo de que construir el establo nuevo incluso perfeccionaría sus habilidades, igual que había sucedido cuando reparó el antiguo. El nuevo sería una vaquería moderna, construida de acuerdo con la revolución en la ganadería del bovino, porque las vacas no podían seguir viviendo en sus cubículos sobre un basto suelo, sino encima de una rejilla de construcción especial.

—Los islandeses hacemos nuestras revoluciones en los establos, porque nos estamos convirtiendo en un pueblo virtuoso, inteligente y moderado —afirmó Jörundur.

—Sin duda, nuestras vacas se lo merecen —respondió papá muy serio.

Jörundur se echó a reír a carcajadas, y en sus ojos castaños y habitualmente tranquilos apareció un gesto vivaz y sonriente.

—Tú lo has dicho, amigo Bergur, las vacas merecen tener en el establo lo que nosotros no podemos tener en nuestras propias casas.

Papá esbozó una sonrisa de conejo. En Skálholt todo estaba cochambroso, según nos había dicho, menos los establos que él reparaba y construía; y además, se encargaba de su mantenimiento, para salvarlos de la ruina total que acechaba en la antigua sede episcopal.

En la futura vaquería no se necesitaría ningún mozo de cuadra que limpiara el suelo con una pala; las vacas cagarían a través de la rejilla y los excrementos caerían en el pozo para estiércol que habría debajo.

—¿Para qué querrá Jörundur tanto establo? —se preguntaba papá a veces, una vez que el diputado se había marchado.

—A lo mejor es para poder vivir en los viejos tiempos y en los nuevos a la vez —

respondía mamá.

—Sí, eso pueden hacerlo los del Partido del Progreso —respondía papá.

En aquel momento tomé la decisión de que me dejaría matar antes que votar por aquel partido cuando tuviera edad de votar en las elecciones.

En cuanto Jörundur se hubo marchado en su automóvil negro, mi padre cambió de humor y dejó caer algunas palabras bien elegidas sobre los paletos, aunque sin dar a entender nunca que Jörundur fuera uno de ellos, pues tanto éste como Þjóðbjörg, su mujer, habían sido maestros y además tenían unos hijos preciosos. La más pequeña destacaba entre otras cosas porque era de lo más risueña, y le encantaba pasarse el día entero en un macizo de flores debajo de la ventana sur de la cochambrosa vivienda, disfrutando de la magnífica vista que daba al río y los terrenos pantanosos bañados por el sol.

—Se pirra por el aciano, exactamente igual que el canciller Bismarck de Alemania —decía papá, que nunca se cansaba de cantar la belleza y la alegría de aquellas criaturas maravillosas y adorables—. Las chicas son auténticas maripositas.

Los niños, y sobre todo las chicas, parecían recordarle, por su aspecto y su comportamiento, las grandes comilonas de la fiesta cuando finalizaba la cosecha, en la que se servían montañas de tortitas y nata montada.

—Espero que vosotros, hijos míos, seáis algún día grandes hombres igual de trabajadores, y que merezcáis el honor de ver también unos niños tan preciosos —decía.

Yo me los imaginaba una y otra vez sentados en torno a la mesa del salón. Sobre una bandeja de flores había una pila de esponjosas tortitas recién horneadas, llenas de nata montada y con una gruesa capa de compota de fresas en el centro. Cuando por fin me atrevía a quitarme de encima la timidez y levantar un poco los ojos para mirar a los niños de reojo, veía que sus mejillas regordetas no eran más que tortillas llenas de nata, y los hoyuelos que adornaban las mejillas de las chicas, así como los de la barbilla de los chicos, lucían el rojo de la compota de ruibarbo.

A veces soñaba que en algún momento llegaba a ser digno de ver en la realidad a aquellas gentiles criaturas, en medio de un gran jardín lleno de flores. Por algún motivo siempre se colaba en el sueño un perro gris con un hueso en la boca, y cuando se ponía a mordisquearlo resultaba que había pertenecido a un obispo que yacía allí, enterrado en un cementerio que según papá estaba en un estado ruinoso y necesitaba un arreglo mucho más urgente que el establo. Sólo algunos años más tarde pude ver a los chicos con mis propios ojos, aunque yo nunca fui a trabajar al campo y prefería librarme yendo al este, a los marjales y los pantanos.

—Creo que me conformo con ver a esos chicos en mi imaginación —le decía a papá.

—Menudo eres, maldita sea, te crearás muy listo siendo tan idiota como para pensar que te pueda bastar con ver a esos niños modelo con la imaginación, cuando uno nunca se cansaría de verlos en la realidad —replicó.

—No creo que los chicos del campo tengan nada de especial, por lo menos no más que el resto de la gente —respondí.

Sus labios se contrajeron de pronto. Siempre que escuchaba despropósitos como aquél se encorvaban y desaparecían casi del todo dentro de su boca, o los recorrían pequeños espasmos que lentamente se iban desplazando hacia las comisuras. Tardaba un buen rato en recobrar la serenidad en los labios y tener la boca de nuevo en su sitio, pero por fin recuperó el habla y dijo:

—¡Que tenga que oír semejantes cosas de los hijos de un diputado, y encima dichas por mi propio hijo, que no es más que un mequetrefe! —Se quedó sin habla durante un rato, pero en cuanto la recuperó añadió—: Sinvergüenza, si sigues así te echarán de todas partes con cajas destempladas. Esas opiniones tuyas sobre lo que es más sagrado para todo el mundo y lo que todos consideran ejemplar conseguirán que te expulsen.

Me quedé mirándolo. Cuando consiguió dominar la saliva y tragársela, la visión había tomado el control y le había hecho olvidarse de que estaba en contra del Partido del Progreso.

—Y no sólo eso, es que hasta el diputado Eysteinn Jónsson, compañero de partido de Jörundur, va todos los años a la comilona del final de la siega —continuó—. Pero imagino que lo hace para poder mirar a las chicas mientras se come las tortitas. Y toma café en la larga mesa de comedor, que está reservada para los temporeros, sin que nadie se moleste porque se hable única y exclusivamente de los temas que interesan a las personas cultas de nuestra época.

Mamá dejó de secar la mesa de la cocina por un momento, le lanzó una mirada furtiva y preguntó:

—¿Y cuáles son?

—Faltaría más, quién fue el autor de la *Saga de Nial* y cómo será el futuro de las vaquerías islandesas —respondió mi padre—. Todos toman como punto de referencia el establo que me ha encargado construir en Skálholt de acuerdo con los planos aprobados por el Fondo de Construcciones Agrícolas.

Yo había dejado de escuchar pero me sentí avergonzado al oír la enorme admiración que revelaba su voz y percibir al mismo tiempo una especie de antipatía innata hacia esa gente, que me imaginaba muy distinta de como mi padre la describía. Parecían creerse los jefes de todo, aunque no les asistiera en realidad derecho alguno para ello. Mi padre continuó con entusiasmo, como si confiara en que la construcción de la vaquería conseguiría ligarlo a esa familia con fortísimos lazos:

—Las paredes tienen que ser dobles, y cada una de ellas debe tener un espesor de doce centímetros con cámara de aire en medio, para que las vacas no pasen frío. Esto mismo debe aplicarse a las viviendas de los campesinos que estén subvencionadas por el Fondo y se construyan de acuerdo con sus normas. —Mamá retrocedió con la bayeta de limpiar en la mano, esquivando aquel entusiasmo verbal y sin querer oír, dejando claro que aquello no le interesaba en absoluto y que no le importaban ni los

diputados ni la ganadería ni la revolución en la construcción de vaquerías en años de crisis; pero mi padre continuó, como embrujado—: Todas las casas subvencionadas por el Fondo han de tener dos puertas, una para la gente de la casa, la puerta que da al sur, y otra al norte para los temporeros. Así de importantes son los campesinos.

Nuestra puerta del norte era la principal, y la familia la atravesaba todos los días. En la ventana de la puerta del zaguán había unos cristales de colores bastante pequeños, seis en total, cada uno de un color distinto pero transparentes. Aquéllos eran casi los únicos colores artificiales que veíamos. Yo nunca me cansaba de mirar por los cristales y ver el mundo en bonitos colores, diferentes a los propios de la naturaleza; así la veías a ella, y al mundo entero, bajo una nueva luz, con una claridad distinta de la habitual, todo dependía del cristal que eligieras para dejarte dominar por la fascinación y ver lo que te rodeaba en un color diferente del auténtico. Me di cuenta de que la naturaleza era más bella en los colores de la ventana que con los que le eran propios. Cuando miraba a través de los cristales, se producía una asociación con mi estado de ánimo. Por eso nunca me cansaba de dejarme engañar por aquella belleza, y me imaginaba que el mundo había cambiado y de pronto se había vuelto rojo, azul, verde o amarillo y se había estilizado. Quedarse mirando por los cristales de la puerta era un método para embellecer las cosas, para dejarse engañar intencionadamente y para cambiar el mundo de acuerdo con los propios deseos. Abría la puerta de golpe para que el deseo no se escapara y poder gozar al otro lado del cristal; a simple vista daba igual con qué velocidad lo hiciera, todo volvía a su color habitual en cuanto miraba hacia fuera: el suelo de roca, el pedregal, el prado y las montañas peladas a lo lejos. Sin embargo, con el tiempo esos colores mortecinos se convirtieron en lo más bello que han visto nunca mis ojos.

El anhelo por captar la belleza en lo que no es casi nada me resulta más cercano que las leyes estéticas que han intentado descubrir los sabios, incluso yo mismo, con sus teorías sobre la auténtica esencia de la belleza, que las más de las veces se ve como algo mensurable supeditado a las proporciones. A mi entender, depende exclusivamente del estado de ánimo de cada uno en cada circunstancia. Y por eso no deja de ser tan mutable e inasible como aquél. Cada cosa en sí, todo, ha sido bello en algún momento de nuestra vida. La percepción y el gusto están en función de lo que sucede dentro de nosotros mismos y a nuestro alrededor.

Siempre sucedía algo en el pasillo sur, aparte de que Jörundur lo recorriese una vez al año, pero no era tan especial ni tan importante como el pobre zaguán del lado norte, al que el cristal de colores le daba una luz especial, sobre todo al vestíbulo. Que nadie pasara por el pasillo sur, excepto el diputado y la ropa de cama en verano, aumentaba quizá su valor, pero éste se incrementó muchísimo más con algo que sucedió una primavera, cuando el pintor Gunnlaugur Scheving llegó paseando desde el otro barrio en su constante deambular y se fijó en nuestra casa. Entonces la entrada sur, y más que nada el vestíbulo, quedó equiparada al frío zaguán.

Papá había revestido el frontón occidental de la casa casi hasta el caballete del

tejado con unas planchas de metal ondulado de diversos colores. Gunnlaugur lo vio y se detuvo, se quedó como pensativo, colocó la caja de pinturas y los demás trastos encima del terraplén que había delante de la casa, y se puso a pintar. En cuanto asomaba por allí no le quitábamos los ojos de encima, pero ese día nos acercamos a él. Era un hombre tranquilo que sonreía o simplemente se mostraba amable, pero como nunca decía nada habíamos llegado a perder el interés por él; sin embargo, en esa ocasión nos pusimos a su lado para ver cómo nuestra casa iba convirtiéndose poco a poco, sobre el papel, en otra diferente y con su imagen propia, ayudada por los colores de la caja de pinturas. Aquello nos alteraba los nervios, y la evolución de los colores nos inquietaba, pero nos tranquilizábamos dejando correr arena por los dedos. El sol lo iluminaba todo y nosotros casi nos comíamos el cuadro, que coloreaba con algo que sacaba de unos botes que iba abriendo y cerrando.

—No —dijo Gunnlaugur con tranquilidad, cuando la arena cayó sobre los colores y los hizo aún más materiales.

Retrocedimos ofendidos, pero seguimos observando el trabajo desde lejos. Yo fui comparando la casa que salía del pincel con la que había más abajo del terraplén. Había cierto parecido entre ellas, pero cada una tenía sus propias líneas y colores. A mis ojos, eran de un valor semejante, aunque cada una era valiosa a su modo: una casa se ofrecía exclusivamente a la vista, mientras que la otra era para nosotros, para vivir y dormir en ella. En cambio, se podía pensar en cualquiera de las dos. Al poco tiempo llegué a comprender que en realidad lo único que hacía Gunnlaugur era pintar su propio estado de ánimo con colores, aunque se sirviera de la casa como pretexto.

—Ya podéis mirar —invitó, solícito, al terminar el trabajo.

No me apetecía mirar la pintura, porque se me permitía hacerlo, así que me marché.

Que hubiera elegido nuestra casa aumentó el aprecio que sentíamos por ella. La casa creció a nuestros ojos, tenía suficiente valor como para ser plasmada en pintura, aunque no sabíamos si había que considerar alabanza o burla el que hubiera llamado al cuadro *Casa de colores*. No le preguntamos por qué había bautizado la casa de ese modo, ya que la respuesta podíamos dárnosla nosotros mismos: el nombre aludía a los multicolores trozos de metal desaparejados que papá había sacado de no sé dónde para utilizarlos como revestimiento.

¿Podía ser bello un cuadro al que había servido de modelo una casa que en realidad era pobre y fea y que evidenciaba en el exterior la falta de gusto de quienes vivían dentro?

Al atardecer, Scheving fue a casa con el cuadro y una caja de pinturas y le pidió a mamá que se los guardara. Ella le abrió la puerta del sur y dijo:

—Deja los trastos ahí, junto a la pared del vestíbulo.

Gunnlaugur no respondió. Con paso lento se acercó a las rocas planas del talud para recoger las demás cosas. Cuando volvió, apoyó el cuadro de cara a la pared con mucho cuidado y dejó la caja en otro sitio.

—Ahora sí que nos ha venido bien tener el pasillo, así podemos cerrar —dijo mamá cuando el pintor se hubo marchado, y cerró la puerta con llave.

Aunque estaba bien cerrado, un misterioso olor procedente de los óleos empezó a extenderse poco a poco por el ojo de la cerradura y se internó en el pasillo, así que intentábamos mirar por el agujero para ver la pintura, que estaba de cara a la pared, o acercábamos la nariz para sentir al menos el extraño aroma, tratando de ver el cuadro con ella. Así aprendí a captar lo hermoso sin verlo, a sentir con los sentidos lo imaginado y a percibir la forma de las cosas por medio del olfato. Es una habilidad que nunca he dejado de ejercitar.

Esto sucedió en primavera, y todos aquellos objetos se quedaron guardados en casa todo el verano. Hizo mucho sol y disfrutamos de un tiempo estupendo que habría permitido airear los edredones cada día, pero, a causa de la pintura del vestíbulo, mamá tenía que andar con ellos a cuestas por la puerta norte, dar la vuelta a la esquina, luchar contra el constante vendaval, pasar por la pared del este y doblar la esquina del sur para llegar a donde brillaba el sol. Nosotros éramos tan listos que le sugerimos:

—Tienes que abrir la puerta de siempre y salir por ella.

—No —respondió. Parecía honrar con el silencio un arte que ni siquiera entendía—. Nada puede compararse a lo bello, aunque no lo veamos directamente. No pienso abrir la puerta para estropearlo todo con los ojos.

A pesar de la pesadez que le suponía el embarazo, se impuso a sí misma aquel fastidio de los edredones hasta que Gunnlaugur volvió a buscar sus pertenencias, y el arte y la pintura permanecieron ya tan sólo en nuestra mente y en nuestra memoria, donde siguen aún, aunque yo nunca pude ver nada de lo que contenía aquel paquete.

Entrado el otoño, pues, llegó el diputado Jörundur como de costumbre, con su coche negro y su chófer caminando a su espalda con el corderito al hombro.

Aunque papá había trabajado muchas veces para él como temporero, Jörundur nunca accedía a entrar por la puerta fina pese a los amables ruegos de «si fuese usted tan amable de entrar en casa por la puerta sur». Tampoco en esa ocasión quiso hacerlo, porque allí habían estado guardadas las pinturas.

—Eres tan buen chico, amigo Bergur, que te deseo la mayor felicidad por haber conseguido poner un techo sobre tu cabeza, y con tu permiso entraré en tu casa por la cocina —alegó Jörundur, utilizando la misma puerta que la gente de la casa.

Esta vez me alegré de que no entrara por el sur, pues habría podido destruir el enigmático influjo del cuadro. Por la ventana vi a Jörundur enfrentándose al vendaval de la esquina; el chófer se paró en seco, cambió de postura, se protegió con el cordero y se quitó la gorra por si acaso, para evitar que se la llevara el viento. Debido al carácter campechano del diputado, resultó imposible impedir que nos viera a mi hermano y a mí cuando nos mandaron al ala norte para que no acabáramos poniéndonos en evidencia, a nosotros y a nuestros padres. Nos dimos de bruces con él. Entonces pudimos comprobar que papá no mentía al decir que se había vuelto aún

más campechano después de separarse de su esposa Þjóðbjörg, una mujer desagradecida que no solía prodigar la buena comida para sus trabajadores, y se había unido a la adorable Guðrún, a quien papá idolatraba.

—Todos los días lleva un delantal blanco y va por la casa como un sol. La carne nunca está podrida, y ya nadie se pone negro de piojos en Skálholt, porque ella se encarga regularmente de que los eliminen en cuanto ve las liendres —explicó el joven y fornido Jörundur, antes de levantarnos en sus brazotes y añadir—: Sin prisas, muchachos, aunque esté yo aquí. —Sonrió y nos acarició la cabeza con una mano gruesa y cálida. A mí me dejó enseguida en el suelo, pero, mirando los ojos castaños y bondadosos de mi hermano, dijo con autoridad y alegría a la vez—: Bergur, tienes unos hijos listos y trabajadores. Deberías traerte al mayor y más fuerte este verano; se lo pasará de lo lindo y se podrá divertir mirándoles el culo a las vacas por la mañana.

En realidad, con aquellas palabras acababa de contratarlo para el verano siguiente, sin pensar en que mi hermano fuera a hacer algo en especial, aparte de gastar los zapatos. No había forma de rechazar aquella orden. El chófer asintió con la cabeza sin decir nada. Se contentaba con caminar a la distancia adecuada guardando la compostura, siempre con el liviano cordero sobre el hombro derecho. No cabía duda de que estaba recién sacrificado y que no era como la carne podrida con que Þjóðbjörg alimentaba a los trabajadores, haciendo que todos anduvieran con la barriga suelta menos papá, que había decidido no probarla siquiera; en realidad la comida era mejor hasta en el *Imperialist*, y allí sólo comía patatas y gachas.

—Prefería pasar un poco de hambre los domingos, cuando ponían carne, que andar cagando y eructando toda la semana —decía—. La gente a la que le pasa eso pierde la dignidad y se convierten todos en unos desgraciados cagones.

El ciclo se repitió al año siguiente. Papá se fue al campo en primavera en cuanto terminó la temporada de pesca, con la diferencia de que esta vez se llevó a mi hermano y dejó muy pocas monedas de corona y menos calderilla, pero mamá aumentó el número de historias y éstas se hicieron más sinceras y más concretas, a medida que se iban enlazando para formar una cadena en mi mente, igual que en el frasco se mezclaban las monedas de distinto valor.

—El frasco sólo tiene que alimentar a dos bocas este verano —adujo papá tan contento, al vernos con la boca fruncida.

Y ahí me quedé yo, midiendo un día tras otro el amor de mi padre al abrir el armario y mirar el frasco, sin ganas ni de comprarme una canica de un céntimo. Cuando estaba mi hermano siempre me apetecía, pero él nunca se atrevió. Papá también dijo:

—No se te ocurra hacer gamberradas, las suelas de tus zapatos delatarán tu maldad. ¿Es que no sabes caminar por la hierba, aunque por aquí no la haya?

Después de decir eso le pidió a mi hermano que le enseñara los pies.

—Las suelas de los zapatos de Guðbergur duran tres veces más que las tuyas —corroboró mamá, aunque no tuviera por costumbre mostrarse de acuerdo con papá en

lo que a suelas de zapatos se refiere.

«Ahora no rompe tanto los zapatos porque lleva a las vacas por la hierba», pensé, convencido de que era muy distinto pasarse todo el verano en casa intentando cazar ratas.

—Pero es que él sale poco, y siempre le cuelgan los pies —replicó mi hermano.

En la cocina habían puesto una pequeña pileta de lavar, profunda, blanca y esmaltada, con una rejilla redonda que desaguaba por un tubo que salía a la pared oeste. Desaguaba sobre la tierra, pero no filtraba bien y se formaba un charco apestoso. Así que la tubería servía principalmente de alojamiento para las ratas, a las que yo intentaba cazar con caña, poniendo en el anzuelo un trocito de nervio de carne seca; pero las ratas son animales inteligentes: se comían la carne y dejaban el anzuelo.

En otoño volvían a casa, y al empezar el invierno solíamos sentarnos delante del fogón de la cocina a curarnos los sabañones y a contemplar el cubo del carbón. La cocina y el cubo descansaban sobre una placa de hierro ancha y lisa, para que no se produjera un incendio al saltar chispas sobre el suelo de madera, que era muy inflamable, y se nos quemara el techo; pero no desprendía suficiente calor para fundir el hielo de la ventana, porque sólo había un cristal, ya que entonces no se usaba otra cosa, y por eso los vidrios estaban casi siempre helados por dentro salvo en tiempo de deshielo. Sólo al principio prestábamos atención a las preciosas flores de hielo, cuando eran aún finas y sin filamentos, y arrancábamos el hielo con una cuchara y nos lo llevábamos a la boca, ansiosos de comer rosas de escarcha. Tenían un sabor delicioso, y además era todo un pasatiempo aquello de tomar sopa de escarcha antes de que se fundiera y desapareciera. Papá había hecho unos agujeros en el alféizar de la ventana para evitar que el agua que se formaba en los cristales al fundirse las rosas se escurriera por los bordes formando un charco en la pared y estropear la tela de las futuras alfombras. Esas medidas de precaución sirvieron de poco; la madera de los agujeros se hinchaba, éstos se obstruían y el agua no salía afuera sino que corría igual que antes. En tiempo frío, el hielo quedaba colgando de los agujeros y semejaba mocos de cristal que intentaran salir de unas narices y se hubieran congelado a medio camino. En cambio, el viento no paraba de meterse por los agujeros en cuanto deshela produciendo un repiqueteo constante en la ventana y formando burbujitas que reventaban. Era exactamente como si las ventanas y la casa entera estuvieran resfriadas, estornudaran y al respirar los mocos produjeran burbujas, pero la casa fuera incapaz de sonarse, por el mal estado en que estaba todo. Aún no había revestimiento interior de madera, excepto en una de las habitaciones que daban al sur; pero llegó el momento de entelar el futuro dormitorio, así que primero lo cubrimos de periódicos pegados con cola blanca y después colocamos la tela encima de ellos. Papá tenía la intención de ir completando la casa poco a poco en sus ratos libres entre las temporadas en que trabajaba para otros.

Una vez, a comienzos de la temporada de pesca, decidió mejorar la economía

prometiéndole a sus hijos setenta y cinco céntimos si el barco en el que trabajaba conseguía diez toneladas de pescado. Estaba seguro de que aquél era, sin duda, un buen método para incrementar las capturas. La fe en sus hijos no debía de tener como garantía tan sólo a Dios, que conduciría los bacalaos hacia las redes, sino también a los setenta y cinco céntimos, que no tenía la menor intención de pagar en efectivo sino que pensaba ingresar prudentemente en una libreta de ahorros del Landsbanki Íslands para que dicha cantidad fuera incrementándose con el tiempo y, gracias a la estabilidad de nuestro sistema financiero, acabara por transformarse en unos ahorros fabulosos, en constante crecimiento, que podrían retirarse al fin con magníficas rentas a nuestro favor incluso antes de que llegara el momento de guardar para la vejez.

—Creo que seré un viejo muy animado, porque mamá contaba que siempre estaba de buen humor cuando era niño —dijo, alegrándose ante la perspectiva de rejuvenecer e ir a comer a casa de los futuros titulares de nutridísimas cartillas de ahorro.

Tener hijos y cumplir las promesas hechas a la luz de una lámpara en medio de una tormenta, en la época más horrorosa del año, a mediados de enero, cuando empezaba la temporada de pesca, tenía que ser una inversión económica a largo plazo, y él mismo utilizaría parte de los beneficios obtenidos con aquellas inmensas capturas para terminar la habitación que el próximo otoño se convertiría en el dormitorio. Hasta entonces seguiríamos durmiendo todos juntos, amontonados sobre un colchón y cubiertos de gruesos edredones, en el gran espacio reservado para la cama debajo de las rosas de hielo de la ventana de la cocina; por la noche se nos congelaban los párpados, pero cuando hacía viento y deshelaba, el repiqueteo del agua al caer por el agujero nos arrullaba.

Durante todo ese invierno, los cristales estuvieron cubiertos de escarcha por las fuertes heladas, pero a pesar de todo nos sentíamos optimistas, confiados en el regalo prometido, y manteníamos siempre despejadas unas mirillas en la costra helada echándoles el aliento todas las mañanas y varias veces a lo largo del día con la boca pegada al hielo para poder mirar fuera en cualquier momento. Había que hacer mirillas para enterarse de lo que sucedía al norte de la casa, sobre todo en el camino, y ver adonde iba la gente, comprobar si llegaba el maestro abriéndose paso en medio de la ventisca, o si el autobús salía hacia Reikiavik a pesar de la gran cantidad de nieve caída.

En la habitación vacía que daba al sur había que mantener las mirillas abiertas por necesidad, para poder mirar hacia el mar y comprobar si los barcos volvían a tierra. Durante meses no había otra forma de ver lo que pasaba fuera de la casa. Estábamos encerrados en una cocina templada, rodeados por bocanadas de frío. La cocina siempre olía a calor a pesar de la helada, y se percibía en la estancia el crepitar del carbón ardiendo y el borboteo de la comida en el fogón. Nos sentábamos delante y oíamos, como si llegara desde muy lejos, el estrépito de la nieve helada que caía en avalancha por el tejado, o el del viento que golpeaba la ventana, o el retumbo del

granizo. Cuando conseguíamos calentarnos un poco entrábamos en la habitación vacía, glacial, para escuchar los misteriosos ruidos que llegaban desde el mar y mojábamos los dedos en el agua de la ventana; después regresábamos al calor y dejábamos que las gotas fueran cayendo desde las yemas de los dedos sobre el anillo del fogón para chisporrotear en una danza salvaje y desaparecer en el fuego con un gemido. La simplicidad de la vida aún existía entre la gente del pueblo. Lo que más asombro despertaba en nosotros era cuando mamá ponía la olla de las patatas sobre el fuego. Casi siempre había algo de humedad en el fondo y las gotitas la hacían moverse, con lo que las patatas se sobresaltaban y se agitaban del susto. Al final, el calor chupaba el fondo de la olla y la dejaba quieta hasta que empezaba a hervir.

—Antes, la gente creía que en el fuego vivían unos espíritus que hacían bailar los pucheros —decía mamá.

Ella no era supersticiosa, como tampoco lo era mi padre, de modo que siempre he tenido aversión a las supersticiones y he considerado la creencia en espíritus y demás cosas por el estilo como pura petulancia o como el intento, por parte de personas deshonestas y de escasa experiencia, de llamar la atención de una forma u otra. Quien conoce sus propios valores no necesita agarrarse a esa clase de patrañas; no se dedica a llamar la atención, pero es especial aunque nadie se dé cuenta. Mi madre tenía una sencilla fe particular, consistente en que cada persona tiene su fe para sí misma y que Dios está ahí para todos.

Esto me parecía bastante extraño, porque al parecer su madre creía en duendes y elfos, por ejemplo, quizá menos por necesidad religiosa que por necesidad de compañía. De este modo podía tener a su alrededor algo distinto de la rutina diaria, algo inesperado y maravilloso que hacía que los días en las montañas donde vivía, sometida al aislamiento con el constante estruendo de los rompientes en mar abierto, se le hicieran más cortos. A sus ojos, Dios estaba muy lejos y era demasiado impersonal, pero los espíritus de la tierra estaban por todas partes, y las elfinas le hacían trastadas unas veces y grandes favores en otros momentos, mucho más que Dios. En ocasiones le robaban las oxidadas agujas de punto y acostumbraban a dejarlas en una colina llena de hierba, tan limpias y brillantes como recién salidas de su caja en la tienda. Ni ella ni su madre iban a la iglesia excepto por obligación. En cambio, las dos sentían necesidad de protección durante el sueño, y consideraban que las oraciones eran una necesidad vital para los niños y que por lo menos los protegían del insomnio y las pesadillas. Así que la abuela acostumbraba a enseñarnos las oraciones en cuanto empezaba a anochecer, marcando el compás con una aguja de punto. Al hacerlo se le humedecían los ojos. En lugar de calmarse con las oraciones, por norma general empezaba a ponerse nerviosa y se despistaba, y a veces ni siquiera terminaba las frases ni acababa la oración. Cuando le preguntábamos «¿Qué viene ahora?», se recuperaba un poco del despiste y volvía al tema, no como si hubiese venido de pronto desde ningún sitio, sino como si llegara de un misterioso lugar no muy lejos de la casa. Se llamaba Cubil Nocturno, y en él vivían muchísimas elfinas.

Nos preguntaba, muy confusa:

—¿Qué pasa?

—¿Cómo acaba la oración? —replicaba uno, y ella decía:

—¡No irás a decirme que no eres capaz de acabarla tú solo!

Por eso, todas las oraciones que me enseñó están mal o sin terminar, y algunas parecen extrañas, surrealistas o incluso humorísticas. Aún sigo intentando saber cómo acaban. A veces llega un arranque de genio que sirve para explicar algo que ha resultado siempre incomprensible, y encuentro el hilo que recorre el misterio mismo. «¡De modo que esto es lo que significaba todo aquel lío de ángeles de que hablaba la abuela!», me digo entonces.

Le estoy agradecido por haber necesitado sesenta años para comprender algo tan simple como que tenía que «dejarme caer de la cama y hacer “recaer” mis intenciones en manos de alguien».

Mamá era más ordenada. Nos enseñaba las oraciones tumbándose delicadamente a nuestro lado por la noche, y le pedía a Dios que enviase un ejército de ángeles de la guarda con la orden de permanecer al lado de la cama hasta el día siguiente, sin moverse hasta el amanecer.

Mi padre era más disipado y carecía de fe, aunque tuviera cierta inclinación a la disciplina. La fe podía haberse vuelto cuestión de costumbre, sobre todo en verano, cuando se trabajaba reformando las cocinas de las señoras que obedecían a la reciente llamada de los tiempos sobre cómo había que organizarse y reparar las cosas que sus hijos hacían añicos mientras ellas se olvidaban de sí mismas con el teléfono recién instalado o leían las verdades en el misterioso movimiento del vaso de la ouija. Los hombres no hacían más que engañarlas, a ellas y a las otras, por algún rincón del país; las mujeres sufrían constantes crisis nerviosas y la gente joven se estaba echando a perder, de modo que el teléfono no hacía más que sonar y el vaso corría por la cartulina reportando noticias mientras papá arreglaba el suelo arrodillado sobre el linóleo. Una vez que hubo empezado a dedicarse de forma prioritaria a la construcción, volvía todas las noches con las ultimísimas verdades sobre Dios, y con el anuncio de que iban a conectarse todas las ouijas del mundo por medio del teléfono a fin de que una mujer pudiera enterarse instantáneamente en este país de si algún hombre iba a engañar a alguna mujer decente en la Patagonia.

—Es el último grito en estos momentos —decía.

Nos informaba además de que en los días laborables se servía a las mesas de las señoras muy metidas en asuntos religiosos lo que solía llamarse «otra comida», y cuando dejaban el vaso y se ponían el delantal de cocina, decían: «En la asociación de mujeres no consideran una comida digna de ese nombre a menos que vaya acompañada de una salsa marrón hecha a base de carne de vaca concentrada en forma de cubitos de sopa con la tecnología más actual, a la que se llama “caldo”».

Papá nunca fue temeroso de Dios excepto en lo referente a la buena gente que utilizaba salseras o ouijas y que dedicaban todo el tiempo que él estaba trabajando,

afanándose por mejorar la casa, a mantenerse al día llamando desde el salón para enterarse de los principales asuntos femeninos. Mamá sólo en raras ocasiones prestaba atención a esas cosas, y ni siquiera estaba de acuerdo con el resto cuando llegó de la Asociación de Mujeres la noticia de que el mostrador de la cocina tenía que estar a mayor altura a fin de evitar que las amas de casa tuvieran que agacharse o inclinarse flexionando el cuerpo sobre las caderas y pudieran mantenerse tías como estacas mientras usaban el majador de carne, pues de otro modo corrían el riesgo de pillar algo llamado «chepa del ama de casa», que les dejaría el cuello por siempre inclinado sobre el pecho como el de las yeguas, o como si estuvieran deshuesadas.

—Ninguna mujer quiere parecer deshuesada —decía papá con suficiencia, pues se había enterado a través de las integrantes de la Asociación de Mujeres.

Tenían problemas con la puerta del armario de debajo del fregadero, que se había hinchado y no les cerraba. Con este tipo de cosas, papá siempre encontraba trabajo durante los veranos. Dejó de ir a la finca de Jörundur y a cambio escuchaba que esto o aquello había sido demostrado científicamente y que las indisposiciones de las mujeres se debían a la baja altura de los mostradores de las cocinas. De repente, entre reparaciones y chapuzas diversas, el trabajo se incrementó de tal modo que decidió bajar sus tarifas, pues todos los veranos había buenas mujeres que no tenían medios para afrontar por entero el pago de sus servicios pero aun así querían contratarle para reformar la casa de arriba abajo. Decidió pedir una cantidad razonablemente baja porque disfrutaba con el trabajo, y a buen seguro también porque consideraba un juego o un acto de misericordia que cada uno tuviese lo suyo en todos los ámbitos de la vida, idea que había de agradecer a las mujeres progresistas, aunque fuera tan indeciso en su postura sobre todas las cosas como ellas con el vaso de la ouija. Un hombre trabajador y honrado que se dedicaba al trabajo por el trabajo no podía hacer otra cosa que renunciar a los derechos que le concedía la ley y ser fiel a sus convicciones. Lo mismo tendríamos que hacer también nosotros cuando creyéramos y tuviéramos que construir un armario para la cocina. Cuando acabó la temporada de pesca, sin embargo, no comprendió que le pidiera un cuaderno y un lápiz, precisamente yo, un niño que no tenía ninguna necesidad de semejantes cosas.

—¿Qué? —preguntó asombrado—. ¿Para qué demonios quieres eso? Ni siquiera has empezado a ir a la escuela.

No respondí, y él interpretó mal mi silencio. Significaba que me había prometido una cosa y ya no podía echarse atrás. No había forma de borrar todas aquellas toneladas, el pescado ya estaba salado, tenía que cumplir lo prometido, así que lo único que podía hacer era intentar engañarme. Para solucionar el asunto decidió que no me daría el dinero enseguida, sino que habría de esperar hasta que se me ocurriera alguna otra cosa en la que malgastar semejante capital, cuando tuviera más edad y fuera más maduro. De pronto se le había despertado el interés por los cambios en el valor del dinero.

—¿No prefieres guardar tus ahorros en vez de comprar algo, hasta que las cosas

empiecen a bajar de precio? —preguntó el muy astuto—. Porque entonces podrás comprar muchos más lápices y cuadernos por la misma cantidad, ¿sabes?

Creía sinceramente que los precios tendrían que empezar a bajar, de forma que no sólo podría comprar las cosas necesarias sino también las superfluas; pero la bajada se hacía de rogar. Así que había que aprender el arte de saber aguardar, de no andarse con exigencias, de no esperar nada nunca, igual que mamá, que conocía bien el arte de vivir en la carencia absoluta pero, al mismo tiempo, en su propio mundo. El saber reprimirse no era peor que el no saber controlarse. Se sacaba tanto de ahorrar como de tirar el dinero, sin necesidad de convertirse en un avaro. En ambos casos se producía tensión, pero ésta era en un caso sana y en el otro enfermiza. La tensión de tirar el dinero destrozaba tu sistema nervioso, mientras que la tensión de ahorrarlo mejoraba tu personalidad haciéndola cada vez más sana. Por eso, en cuanto bajaran los precios, comenzaría en casa la época de las vacas gordas, nadaríamos en la abundancia y en la estupidez sin freno. Pero esa época no acababa de llegar, o por lo menos no proporcionaba la felicidad que papá había vaticinado que habría de surgir en cuanto reinara la razón y las sierras y los cepillos de carpintero pudieran comprarse casi de balde, por no hablar de los cuadernos y los lápices. Por eso nos hicimos irrealistas, aunque quizá sólo en cierto sentido, porque nunca llegamos a convertirnos en simples soñadores, aunque sí lo bastante como para desarrollar, en momentos posteriores de nuestra vida, cierta inclinación por el socialismo y el comunismo teóricos, esos engaños inventados por los ricos de espíritu para uso de las capas honradas e indigentes de la sociedad. Sin embargo, ambas tendencias tenían que hacer frente a la más urgente de todas las tareas, liberar al pueblo de la opresión del cristianismo, que en su opinión era el opio del pueblo. Por eso mismo, el pueblo no se da más cuenta ahora que antes de la perversidad, las mentiras, la hipocresía y el egoísmo de unos dirigentes que desfiguran las raíces y convierten lo más noble en miserable y ridículo, provocan la desesperanza en aquellos a quienes sólo les quedaba la esperanza, y al final se ponen del lado de lo mismo contra lo que, en un principio, decían luchar con todas sus energías.

Pasaron los días, los meses, el año entero. Empezó una nueva temporada de pesca, pero esta vez mi padre decidió no prometer más cosas. El conocimiento de las leyes de la naturaleza había aumentado de tal forma que la mayoría de la gente, y no digamos ya los economistas de la religión cristiana, es decir, los curas, sabían y murmuraban en voz baja, gruñían o afirmaban que no era Dios quien empujaba el bacalao hacia los caladeros gracias a las oraciones de los pobres para saciar al pueblo hambriento, sino que el bacalao se limitaba a seguir al capelán año tras año impulsado por las corrientes marinas y por su voracidad instintiva.

Papá empezó a creer en la ciencia porque sus descubrimientos le convenían, pues ya no necesitaba prometer nada a sus hijos a fin de mejorar las capturas. También decidió por su cuenta y riesgo guardar la cantidad prometida en una libreta de ahorros del Landsbanki hasta que yo fuera mayor de edad, me casara y tuviera que mantener

una esposa que usara a diario una faja elástica marca Kóróna pero que en los días festivos se decantara por el famoso y duradero corsé Triumph. Este se cerraba con corchetes y se ataba por detrás, y las mujeres lo usaban en las grandes ocasiones para recuperar al menos la cintura y disponer de nuevo, por un breve tiempo, de una figura femenina de la que hacían gala en confirmaciones, bodas, entierros y bautizos. Fuera de esas celebraciones, se conformaban con seguir teniendo las barrigas flácidas. Pero moldear una figura corpulenta en otra más bella no se conseguía sin esfuerzo, y a veces era necesario un esposo de fuerza hercúlea. Tenía que situarse detrás de su esposa y apretar bien el corsé para poder enganchar los cornetes, mientras ella metía la barriga conteniendo la respiración. A veces llamaban a papá para que acudiese a casa de maridos enclenques y les pusiera el corsé a las más gordas, porque él tenía fuerza de sobra. En ocasiones hacía que lo acompañara para que fuera aprendiendo la técnica y comprobara lo bien que se le daba «manejar esos culos llenos de grasa», como decía él.

Mi padre me entregó la libreta de ahorros, pero no me permitió guardarla entre mis cosas, sino en su cajita roja con tapa.

—Tú no tienes la menor idea de cómo llevar los balances de una libreta de ahorros —adujo—. Pero puedo permitirte que huelas tu futuro capital.

Y eso es lo que hacía cuando miraba la caja él mismo. Yo le estaba muy agradecido de que me dejara olerlo. La caja despedía aroma a ingresos bancarios.

—Sí, es el buen olor de los ahorros —me decía.

Mucho tiempo después encontré la libreta de ahorros con su capital intacto. Me daba cierto apuro llevarla al Landsbanki, pero la curiosidad superó al reparo. Todo lo que conseguí fue poder ver la expresión de sorpresa del cajero, que dijo, mientras dejaba escapar una sonrisita: «Esta cuenta ya no existe, y la cartilla es un objeto de museo. La dirección del banco está autorizada a cancelar las libretas de ahorro, apropiándose del capital, cuando éstas son muy antiguas y no se han realizado movimientos durante quince años».

Las capturas de los barcos en que se embarcaba mi padre crecían sin parar, y una primavera empezó a revestir con periódicos el interior de la cocina. Para acelerar el secado de la cola dejaba el infiernillo de gas encendido en el suelo o junto a una pared. Todo se impregnó del olor dulzón de la cola blanca, y por todas partes, en el techo y en las paredes, se ofrecieron a mis ojos lecturas sugerentes.

Había aprendido muy pronto el arte de leer, a base de perseguir a mi madre sin cesar preguntándole las letras, cómo se llamaban y qué significaban, mientras ella atormentaba a mi hermano mayor haciendo lo mismo, provista con una aguja de hacer punto con la que iba señalando las letras. Entonces conocí por primera vez el mundo infinito de la lectura. Se abría ante mí de par en par en las paredes, y no desapareció enseguida debajo del papel pintado a pesar de los dos fuegos, porque el infiernillo necesitaba mucho tiempo para secar la cola y la arpillera mojada, que formaba bolsas. La llama azul era bastante penosa y los periódicos tardaban en

adherirse bien a la pared; la parte escrita se había esfumado con la humedad de la cola y se había vuelto invisible ya antes de que la bolsa desapareciera de la arpillera, pero las letras volvieron a surgir poco a poco, como por arte de magia, tanto más cuanto más se secaban los periódicos. Cuando aquello sucedía me llegaban noticias y propaganda, aunque lo que más me gustaba, con diferencia, eran las historias. Mi padre no entendía nada de aquello y pegó papel de flores por encima. A pesar de todo, conseguí devorar con los ojos un buen número de anuncios, y los nombres de las películas que mi tía materna decía que le rompían el corazón a cualquier mujer, porque muchísimos apuestos galanes se iban al otro mundo en los puentes del río de Londres si unas mujeres de lo más sacrificadas no conseguían encontrar el camino en medio de la niebla y los salvaban levantándose el velo de los sombreros y comprobando que acababa de llegar su último novio. Sin embargo, lo que con más fuerza se me quedó grabado en la memoria fue la foto de unos hombres en la guerra civil española.

—Esto se llama «ametralladora» —explicó mi padre, orgulloso, señalando unos hombres detrás de un tubo.

Toda aquella lectura había que agradecerse en gran parte a un comunista que decidió proporcionarle a mi padre un enorme montón de ejemplares del imperecedero diario *La Voluntad del Pueblo* y demostrarle así que era un periódico útil para todo, incluso para colocarlo debajo del papel de flores. «Tu hijo no comprenderá el mundo y el capitalismo si ahogas las noticias de sus maldades con esas rosas», protestó con voz aguda, y le pidió a papá que no empapelase hasta que se hubieran asegurado de que yo había leído suficiente para convertirme en un buen comunista. El regalo era a condición de que papá se suscribiera a la *Nueva Revista*, el suplemento de *La Voluntad del Pueblo*. Así lo hizo, pero la revista era tan aburrida que aún la recuerdo con horror.

Cuando las rosas se adueñaron de las paredes sustituyendo las noticias del mundo, nos encontramos con un dormitorio estupendo al lado de la cocina, por lo que ya no nos veíamos limitados a ésta.

—Ahora podéis ir a abrir la puerta para que entre el calor en el dormitorio antes de ir a dormir —decía mamá, cuando la tarde había dado ya paso a la noche invernal.

Cuando se abría la puerta que había entre la cocina y el dormitorio corría hacia nosotros una oscuridad fría y amenazadora que recordaba la tumba. Pero al poco rato empezaba a entrar el calor de la cocina de carbón, acompañado del mortecino resplandor de una lámpara de aceite. Finalmente, mamá venía a nuestro lado y nos quitaba el miedo para que pudiéramos dormirnos debajo del edredón susurrándonos oraciones que deberían encargarse de defendernos en cuanto conciliásemos el sueño. A pesar de todo, pensábamos que nadie podía confiar en la oscuridad y el frío de la noche, porque, pese a los ángeles, la muerte tenía que acabar encontrando algún pasadizo por la vida, y a lo mejor por la mañana uno se despertaba muerto. En cierto modo era un temor gratificante, pues albergaba cierta rebeldía contra todo lo que nos

protege. En mi conciencia despertó de inmediato la voluntad de renunciar a todo cuanto se considera inamovible dentro de uno mismo. La idea de que uno podía despertar a la vida tranquilamente muerto, debajo del edredón, en casa de sus padres, demostraba a mis ojos que cuando llegara el momento de nada habrían de servir los ángeles.

—Si puedes morirme aunque te estén vigilando, ¿sirven de algo los ángeles? — pregunté a mi madre.

—Aguarda siempre hasta la mañana para saber lo que te dice la oscuridad — respondió ella.

No entendí aquellas palabras. Nunca las he olvidado y siempre han sido para mí un enigma. Pero he olvidado, en cambio, la mayor parte de las cosas que comprendí con claridad.

Me corría un escalofrío por debajo de la piel y se me ponía la carne de gallina, pero percibía a la perfección el embrujo que entrañaba todo aquello que no se comprendía del todo. Resultaba aún más grande y lleno de significado que lo comprensible, por no hablar de aquello que se ha aprendido con facilidad. Esto último en parte me da hasta pena, y siempre he asociado lo fácilmente comprensible con lo que papá decía que hasta los más bobos podían entender.

Sesenta años después, cuando mi hermano pequeño, que compró la casa a medias conmigo, quitó el tabique de la cocina, aparecieron el tubo de la chimenea y el agujero redondo que se usaba como salida de humos del fogón. El agujero se tapió cuando dejaron de usarse las cocinas que quemaban carbón, musgo seco o madera y la chimenea pasó a ser un simple detalle en los dibujos de los niños.

Detrás del tabique había también restos de cartón amarillento sobre una arpillera que tenía la función de cortar el paso al viento. El cartón me pareció más amarillento de lo que recordaba, o quizás estaba oscurecido por el hollín de la lámpara de aceite. Solía echar humo cuando la llevábamos al dormitorio para leer la historia sagrada y aprendérmola de memoria, pero nos invadía el sopor o caíamos dormidos ante la llama resplandeciente, bien gracias a la paz que nos proporcionaba la religión cristiana o bien por el aburrimiento que se apoderaba de nosotros. Seguramente nos habríamos asfixiado con la carbonilla si mamá no hubiera tenido puestos los cinco sentidos en si se nos metían bien en la cabeza las desgracias de los israelíes, los mandamientos y las plagas, de modo que siempre llegaba en el último momento y pedía a Dios que la valiera, con un grito tan fuerte que nos despertábamos: «¡Jesús, María y José!».

Tras esta exclamación, que estaba de moda por entonces entre las mujeres, entraba en el dormitorio como una exhalación, abría la ventana de par en par y dejaba salir el humo. Luego rogaba a Dios que la ayudase y decía que habíamos perdido la conciencia por culpa del aire viciado por la carbonilla, que se metía en el cerebro.

Con la ventana abierta, el aire se limpiaba, la habitación se aclaraba, las piernas se ponían en movimiento gracias a las corrientes ligeras y limpias del aire exterior, y

sentía uno que se le aligeraba el pecho y que la cabeza se le iba despejando al ver el aire cargado de carbonilla salir por la ventana como un velo oscuro. Entonces despertaba de nuevo el interés por las maravillas del pueblo elegido de Israel y el asombro por el comportamiento del sol y su luz en Jericó.

—Si yo fuera una lámpara también me pondría a soltar humo al ver a unos chicos sanísimos ahí tumbados, leyendo esas tonterías de la historia sagrada —decía papá.

—La llama arde irregularmente en la mecha y la lámpara empieza a humear, sin que Jericó tenga nada que ver —replicaba mamá con el realismo que la caracterizaba.

A papá se le hacía muy difícil comprender que una misma llama pudiera arder de modos diferentes en la misma mecha.

—La novena plaga cayó sobre vosotros sin que las langostas la anunciaran —añadía.

«¿Qué plaga será ésa?», pensabas enfadado después del atontamiento producido por la carbonilla. «Supongo que será la oscuridad que al final lo cubre todo.»

Así pues, el lugar donde se encontraron los restos de cartón se había convertido en el sitio en el que se conservaba el pasado. Tuve la sensación de que mis padres habían decidido encerrar el pasado en cierto momento para que se pudiera volver a encontrar sesenta años después de haber sido contemporáneo nuestro. Por eso no hizo falta sino que alguien diera con un trozo viejo y olvidado de cartón para que del olvido surgiera el deseo de hallar algún recuerdo y restituirlo a su forma original, como sucede con el tiempo pasado que se convierte en permanencia. Pero lo que es y será no puede llegar a ser jamás lo que fue, excepto en cierta clase de poesía.

Este hermano mío, que aún no había nacido cuando la casa estaba siendo edificada, tomó un trozo de madera del tabique y dijo, como quien apenas recuerda del pasado más que lo que podría llamarse el tiempo de la pobreza:

—Qué mal construida está esta casa.

Resulta que el recuerdo está en el olvido y el olvido en el recuerdo, pero la incertidumbre se halla en todas partes, porque cada época tiene sólo una característica determinada, y quien cree recordar dos épocas y haber sido testigo de las transformaciones tiene una experiencia basada exclusivamente en el recuerdo. De manera que contesté:

—Ya me lo imaginaba.

Por supuesto, la casa estaba construida con tablas de cajón, aunque cuando mi padre la estaba edificando yo pensaba que la hacía con maderas preciosas, como si hubiera tenido la más mínima idea de qué podían ser esas maderas.

## Capítulo segundo

## Ruptura

Fue en algún momento a finales del primer decenio del siglo, probablemente en otoño, cuando a mi madre le permitieron acompañar a pie a mi abuela, Agnes Jónsdóttir, por el escabroso karst cubierto de musgo y lleno de hoyos y lomas y nieve medio deshelada que se extiende entre Grindavík y Keflavík. Debía de haber cumplido ya los diez años, pues nació el 28 de octubre del primer año del siglo.

El motivo del viaje era que su madre y futura abuela mía era mucho mejor que cualquier otra mujer en el oficio, muy apreciado pero tremendamente difícil, de la pantalonería masculina. Llevaba mucho tiempo entregada a este arte, que compaginaba con parir hijos y llevar la casa, tanto tiempo que con los beneficios obtenidos había adquirido una pequeña máquina de coser manual con un adorno dorado, parecido a un sinuoso dragón, entrelazado en la laca negra; la máquina tenía una lanzadera encima de la cabeza barnizada y de ella salían dos cuernecitos. Y por ese motivo los servicios de mi abuela eran requeridos sin cesar en toda la península de Reykjanes, y no tenía competencia hasta Hafnarfjörður. Haber comprado una máquina de coser, sin embargo, tenía la desventaja de que por eso mismo no podía dedicarse nunca a su trabajo con tranquilidad, según le apeteciera, y tampoco estaba en condiciones de transportar la máquina largas distancias por parajes desprovistos de buenos caminos.

Nunca oí decir que mi abuela hubiera poseído ningún otro talento artístico, en la cocina menos que en ningún otro terreno, pero era famosa por su gran eficiencia en el trabajo y por lo que la gente llamaba «energía». Se decía que tenía tanta que ni siquiera se concedía tiempo para acabar lo que estaba diciendo, aunque siempre se mostraba dispuesta a conversar incluso con completos desconocidos, pues en cierto modo era muy parlanchína, sociable y locuaz. Pero saltaba con facilidad de una cosa a otra y se contradecía con la mayor naturalidad; de repente soltaba una especie de gorjeo o lanzaba un «¿qué?» al vacío, sin que nadie hubiera preguntado nada, y divagaba de un tema a otro hasta acabar por perder enteramente el hilo sin ni siquiera haberse concedido a sí misma el tiempo necesario para formar nuevas frases. En cambio, sus cartas estaban bien redactadas, escritas con corrección, con una perfecta disposición de las ideas y una caligrafía primorosa, y nadie recordaba que jamás hubiera dejado una tarea sin terminar, siempre las dejaba rematadas a la perfección y dentro del plazo. Por ejemplo, nunca se ponía a limpiar el establo, a arrancar las malas hierbas del huerto o a dar de comer a las gallinas sólo un rato o sólo en parte. En esas cosas jamás se confundía.

Esa energía era lo único que papá alababa en la anciana, y en ese sentido consideraba que cualquier hombre se habría podido considerar afortunado de casarse con ella.

—Por otra parte —continuaba mamá, en defensa de su madre—, no importaba en absoluto el orden que pudieran seguir las mujeres al hacer sus tareas, si empezaban

por una o por otra, si trabajaban de forma alternada o en el orden correcto, si es que se podía hablar de orden correcto en las tareas del hogar.

—Bueno, entonces ¿qué pasa con las comidas del mediodía a sus horas? —preguntó papá.

—Si es por eso, en este país parece del todo posible que el mediodía dure hasta las tres —respondió ella.

Yo escuchaba a menudo, de boca de personas que no eran parientes nuestros, que las conversaciones de la abuela eran capítulo aparte, y nadie recordaba que a mediodía se les ofreciera pescado con patatas y crema de postre, sino que se les daba cualquier cosilla a cualquier hora del día, sin que bastara para quitarles el hambre. A veces llegaba incluso a alejarse de los huéspedes a toda prisa dejándolos a medias para hacer cualquier cosa antes de que su interlocutor hubiera conseguido intervenir o se le hubiera dado ocasión de acabar lo que estaba diciendo.

«Es tan activa» comentaban algunas mujeres. O bien: «Tu abuela es de lo más hospitalaria, pero cuando vas a visitarla a lo mejor te lleva al salón, deja pasteles y rosquillas encima de la mesa e insiste en ofrecértelos diciendo: “Querida, prueba estas chucherías”, y de pronto desaparece. Y para despedirte tienes que ir a buscarla fuera de la casa, y te la encuentras en los sitios más insospechados. Y entonces dice: “Querida, no te vayas, si es que soy una tonta”».

Si una invitada pelma e inoportuna se dedicaba a perseguir a la abuela por todas partes, de una tarea a otra, notaba, quizá mientras estaba en el altillo de la vaquería esperando respuesta, que la abuela ni siquiera se había enterado de la pregunta, y que incluso parecía no haber oído ni menos aún comprendido sus palabras, pues soltaba un prolongado suspiro: «¡Aaaah!».

—En cierto modo, me avergüenzo de esta mujer —decía papá, y alababa al marido de la abuela, porque si ella entraba donde él, que tenía una memoria prodigiosa, estaba charlando con algún huésped y, claro, lo interrumpía en mitad de una frase y se ponía a charlar por los codos mientras colocaba más pastelitos en la bandeja, él conseguía recobrar el hilo en cuanto la abuela se marchaba y desaparecía como alma que lleva el diablo.

Por eso, muchos pensaban que la abuela no prestaba atención a nada que no fuera lo que a ella le apetecía, de modo que era sorda cuando le convenía. Sin embargo, nadie dudaba de que oía las letras de las canciones y de que tenía buen ojo para la belleza. Tenía una especial disposición para apreciar la armonía de los colores de las flores y el delicioso aroma que exhalaban, y en verano se pasaba el día cuidando las plantas ornamentales de su jardín. Aunque había bastantes tareas de las que ocuparse, siempre sacaba tiempo para rehacer el jardín en primavera, por mucho que lo hubiesen maltratado a lo largo del invierno las destructivas tormentas enviadas por el mar, con sus implacables olas cargadas de salitre.

Pero en los primeros años del siglo no estaba casada con mi abuelo; convivía con un hombre y se dedicaba a hacer pantalones e hijos. Esto era mucho antes de que «la

vieja se volviera tan parlanchína que acabara convirtiéndose en un problema», como decía papá. Por entonces aún no había perdido el oído ni el control de la mandíbula, ni saltaba a todo correr de una cosa a otra «como si estuviera aventando paja mientras hablaba con alguien», como añadía papá con una frecuencia quizás excesiva, insistiendo machaconamente, además, en que a veces parecía ida, o «como si no tuviera paciencia ni tiempo ni ganas de escuchar a los demás». Le encantaba echar aún más leña al fuego hablando sin parar de la abuela y sus defectos, como cuando afirmaba que estaba poseída por aquellas inútiles flores suyas. «¿Tú también piensas montar el mismo número?», me preguntaba en plan de burla, y a continuación añadía: «A lo mejor crees que se puede vivir oliendo flores al lado de la vieja, ¿eh?», y estallaba en una carcajada, tan feliz con su ocurrencia. Yo me quedaba compungido y dolido a cuenta de mi abuela y de las flores, aunque lo que más temía era quedarme convertido en un mequetrefe para siempre, sin llegar jamás a desarrollar mis músculos. «Sólo las personas muy raras no entienden de libros ni de flores», replicaba mamá, extrañada por las observaciones de papá.

A mi abuela le gustaba sobre todo la exquisitez de los aromas y los colores. Aprendí muy pronto a amar esa permanencia inconstante que llamamos belleza, porque aunque nuestros sentidos puedan retener apenas un breve instante el color y el aroma de algo, ambas cosas pueden permanecer indefinidamente en la conciencia y en el alma. A veces nos sentábamos juntos «a oler las flores», como llamaba ella a aquella dulce pausa en sus trabajos. Yo siempre estaba dispuesto a acompañarla al jardín, a pasear por los senderos, a coger el tallo con suavidad, a acercar la nariz a la corola, aspirar el aroma y los colores y quedarme en silencio por un instante, justo mientras uno y otros se mezclaban en mi vida anímica y penetraban, de una forma que es imposible expresar, en mi personalidad.

Los tiempos fueron difíciles mucho antes de que comenzara aquella vida voluptuosa en el seno de las montañas, lejos de cualquier lugar habitado, y se consideraba que era obligación fundamental de las mujeres saber coser unos buenos pantalones de domingo para los hombres, aunque aún no hubieran empezado a usarse esas endemoniadas cremalleras en la bragueta. Sólo los más listos son capaces de utilizarlas, sobre todo sin que se clave en el prepucio o tire de cualquier otra cosa cuando se baja para hacer lo que nadie puede hacer por uno, «ni siquiera su mamá», como suele decirse; aunque el peligro es aún mayor al subirla.

Ciertamente, nadie puede decir que la abuela hubiera cosido jamás una cremallera. A lo más que llegó en ese arte era a colocar botones de hueso en la bragueta, y remataba tan bien los ojales, o los hacía tan estrechos, que muchos se veían en dificultades para desabrocharlos y después, por lo tanto, renunciaban a abrochárselos otra vez; de modo que los pantalones de la abuela debieron de ser bastante reconocibles una vez puestos. A papá le parecía de lo más extraño, y opinaba que aquello no decía nada bueno en favor de aquella mujer, o que había algo turbio en su forma de trabajar.

—Quizá lo que quería era que los tenderos de Keflavík tuvieran la tienda abierta en bodas y entierros, o que los chavales que sólo le llegan hasta la bragueta a los hombres pudieran matar el tiempo jugando a las canicas durante las misas aburridas.

Pero tanto daba, porque los botones que ponía no se caían nunca mientras duraban los pantalones, y jamás se quedaban enredados ni liados en los hilos sueltos, defecto muy común cuando los ojales no están debidamente rematados.

El arte de coser pantalones de caballero exigía además otro detalle no menos importante: la modista tenía que inventar un corte nuevo si no podía dar uno antiguo, porque no todos los hombres tienen las piernas igual de largas o igual de cortas, gordas o flacas, rectas o torcidas, ni de la misma forma, de manera que no se puede utilizar siempre el mismo patrón para todos. Y aún más difícil era que las carnes se quedaran quietas en los huesos, sobre todo en lo que a la barriga se refiere, para poder utilizar siempre los mismos pantalones de domingo. Esa era la razón de que hubiera que retocar los pantalones de un mismo señor, estrecharlos, ensancharlos, añadirles una pieza en el trasero, agrandar la entrepierna o arreglar las vueltas. Esto exigía conocimientos que no estaban en las manos ni en los dedos de cualquier mujer. Los sastres, por su parte, eran prácticamente desconocidos, excepto quizás en la capital, donde podían trabajar, como unos afeminados, con el alfiletero sujeto a una cinta que llevaban en la muñeca; en otros sitios más viriles todo eso quedaba en manos de las mujeres, aunque el oficio se denominase «sastrería».

Además, todas las modistas se servían de aguja e hilo para coser, pero no todas se tomaban la molestia de probarles los pantalones a los hombres, porque en la mayoría de ocasiones tenían que colocar una mano en lo más alto, en «las joyas de la familia», como decían ellas. Lo que más nerviosas las ponía era hacérselo al cura, quien, sin embargo, era el hombre que con más frecuencia les encargaba pantalones. Las modistas de verdad veían casi como un pecado probárselos, y una de ellas decía: «El trabajo de sastra no tiene nada de especial, pero una preferiría no tener que hacerles demasiadas pruebas a los hombres de Dios». Para evitarlo, se había construido un instrumento llamado «paleta de entrepierna», que sustituía a la mano en tan comprometido menester. Pero nadie tenía reparo alguno, en cambio, en probar cómo les quedaba la bragueta a los niños pequeños.

La abuela no tenía ningún escrúpulo con estas cosas. Consideraba el coser como cualquier otro trabajo por cuenta ajena, y parte de su popularidad se debía a que hasta las esposas más celosas admiraban la indiferencia con la que realizaba las pruebas.

Bastantes hombres casados y con posibles, sobre todo los de Keflavík, presumían de tener ciertas partes del cuerpo especialmente difíciles, y eran muy pocos los que conservaban sus carnes controladas más allá de la mediana edad, cuando empezaban a engordar. Después todos se hacían más anchos, se les formaban los llamados michelines, pero preferían seguir vistiendo los mismos pantalones. Cuando sus esposas se daban cuenta de los michelines y veían que los calzones parecían tripas de salchicha, decidían encargar unos nuevos. Claro está, había que buscar o inventar

algún corte diferente al de los pantalones antiguos. Las historias que circulaban demostraban que, por fortuna, la abuela siempre había sido tan hábil con la sastrería que los pantalones que ella cortaba parecían un poco más anchos pero no formaban arrugas en los muslos ni bolsas en el trasero. La magia estribaba en usar viejo papel de envolver o periódicos manoseados, y alisar arrugas y rayas con una plancha tibia. Luego los colocaba sobre las partes del cuerpo masculino que hay por debajo de la cintura, y utilizaba, para marcar la forma y el tamaño de los muslos y el trasero, un método parecido al que se estilaba en la antigua Italia, especialmente durante el Renacimiento, para pasar un dibujo desde un papel a una tela o una pared: hacía agujeritos en el papel con la punta del alfiler, tan cerca del cuerpo que a algunos les daba reparo, e incluso tenían más miedo al alfiler que a las olas. En mi niñez oí contar que ese método dejaba a los hombres inservibles para las mujeres, al menos por un tiempo. Los agujeros que hacía sobre el papel con el alfiler se copiaban luego en la tela pasando por ellos una tiza de sastrero, pues el color se metía por los agujeros; luego se unían los puntos en línea recta con la tiza del modo más profesional, y después se cortaba la tela con las tijeras.

Muchas veces oí decir que a la abuela no le costó adquirir esa habilidad con la aguja, el hilo y los ganchillos de croché. Su madre había sido muy mañosa, y es costumbre que una buena hija no quiera ir a la zaga de su madre sino que incluso desee ser más que ella, aunque sin hacerle sombra. Así era la abuela de joven, sin duda, aunque no todo fuera exactamente igual, porque a ella le gustaba coser y a veces tejer, pero no hacer croché. En cambio, su madre era buenísima con los ganchillos de croché y las agujas de punto pero no con las de coser, de modo que andaba siempre con aquéllas en las manos; también llevaba hilo y ovillos, aunque su fuerte era tejer. Todo lo que salía de sus manos, fuera ganchillo o croché, estaba hecho con tanta finura que a veces decía mi madre, con una mezcla de orgullo y veneración en la voz, que su abuela, mi bisabuela, era tan exquisita en sus labores que no le costaba ningún esfuerzo pasar a través de su anillo de boda, pese a la delgadez de sus dedos, las prendas de punto que tejía, incluso los calzoncillos y camisetas de su marido. Confeccionaba aquellas prendas con lana de sus propios borregos, que era de gran calidad, aunque añadía crines de potro para hacer los ovillos.

—Se diría que la reina de la casa era su marido en lugar de ella —decía papá, poniendo como testigos a personas que habían dicho lo mismo y que eran lo bastante mayores como para haber visto la ropa interior colgada a secar. Sin embargo, no hacía la colada con mucha frecuencia; se pasaba el tiempo dedicada a su croché, a tejer y hacer punto junto a la ventana del lado sur de la casa, con el gato a su lado.

Oía a mamá cantar las maravillas de su abuela, y se convirtió ésta enseguida en mi mente en una especie de personaje de leyenda popular, hasta el punto de que deseaba parecerme a ella. Pero no me atrevía a pedirle a Dios que me convirtiera en la «vieja», por miedo a que se descubriera que era tan tremendamente servil que respondía a aquella oración mientras hacía oídos sordos a otras. Pensé horrorizado:

«¿Qué diría la gente si me vieran como una vieja a la que yo mismo ni siquiera he llegado a conocer en persona?».

Papá no se sentía demasiado entusiasmado ante tanta alabanza y tanto hablar de aquella vieja, y consideraba que no era nada sano para los niños oír semejantes cosas. Sin embargo, la charla continuaba y ponía de manifiesto la auténtica ralea de la bisabuela: prefería estar sentada en vez de dedicarse a las labores del hogar, y por eso todo el mundo pensaba que la limpieza de la casa no era impecable, aunque todo estuviera donde le correspondía. Era lo que se puede decir una «guarra limpia», que casi nunca barría, y no digamos ya eso de echarse de rodillas para fregar el suelo a fondo, aunque se excusaba con unas razones peculiares aunque también ingenuas, como que el suelo se ensuciaba muchísimo más si se fregaba demasiado pero que no se notaba la diferencia si se dejaba la porquería tranquila suficiente tiempo antes de pasar la bayeta.

—Eso dice bastante sobre el personaje —concluía papá.

En lugar de estar continuamente arrodillada en el suelo, solía tumbarse, debajo del edredón o encima de él, según se le antojara.

Además, la mujer era famosa por sus retrasos con la comida y por servir siempre las mismas gachas. Así que los dedos no se le hinchaban de trabajar y su anillo de boda seguía siendo pequeño y estrecho. Eso bastaría para demostrar de modo incontrovertible su habilidad en los trabajos manuales. Por regla general, cuando no estaba tumbada estaba sentada en la cama, indolente, y descansaba silbando y pasando labores de aguja de distintos tipos a través de su anillo de boda. La gente mencionaba este particular en algunas conversaciones, señalando que se lo quitaba del dedo con una frecuencia impropia de una mujer casada, y que solía decir como quien no quiere la cosa, pero para que otros la oyeran: «He tenido dos maridos y he enviudado una vez, pero en realidad sólo he estado casada con mis labores. Soy mañosa con ellas, pero como esposa soy un auténtico desastre». Y a renglón seguido se ponía a acariciar a su ronroneante gato, para calmar la inquietud de su pecho.

—Me fastidian esas tipas que se emocionan tanto con los gatos —decía papá—. Siempre están meándose de miedo.

Si hay que hacer caso de estas historias, no era mucho el tiempo que el anillo de bodas pasaba en su mano; y cuando así era raras veces se lo veía en el anular. En cambio, solía estar en algún sitio a la vista de todos o en la cama, perdido entre las sábanas, aunque al final el gato siempre daba con él antes de que llegaran los invitados, porque ella nunca quería saludar a nadie sin llevar puesto el anillo. Le bastaba con decir: «Misi, misi, tráeme el anillo», y el gato se lo encontraba.

—¿Nunca cogió del rabo a ese gato suyo para pasarlo por el anillo? —preguntaba papá con sorna.

Se divertía muchísimo con las fantásticas historias que corrían acerca de aquella mujer incomparable, cuyo primer marido, un campesino acomodado que además tenía una barca de pesca, la había sacado del campo, en la región occidental del país,

y, para su desgracia, se la había traído a caballo con él, tan emperifollada con ropas llenas de bordados y encajes que a ella casi ni se la veía. Este marido falleció al poco, y ella contrató entonces a un imbécil para que llevara la administración, se casó con él, se tumbó en la cama a toda prisa y le dejó que se las apañara él solo con todo lo que había que hacer.

—A veces haces preguntas propias de un niño, pero no se te pueden dar las contestaciones que se le dan a los niños, porque es evidente que eres un adulto —replicaba mamá, quino consideraba dignas de respuesta ciertas preguntas estúpidas sobre su abuela.

Papá se cabreaba mucho, como un niño, y seguía dando la vara:

—¿O es que no habría podido intentar, con un poco de voluntad y decisión, pasar ella misma por el anillo para quitarse de encima la memez y dejarla al otro lado?

—Te habría necesitado a ti para que la ayudaras —replicó mamá.

—Naturalmente, su estupidez era tanta que jamás se habría arriesgado a pasar por el anillo, porque de hacerlo podía haber acabado arreglándosele la cabeza —continuó mi padre, que nunca permitía que nadie le dijera nada, sino que nos convertía en meros testimonios de sus ideas acerca de la higiene mental de las mujeres, así como del modo en que había de moldearle a uno la dignidad.

—No pienso responder a semejante tontería —insistió mamá, harta ya de él.

Pero papá nunca dejaba que otro dijera la última palabra, y por eso se respondió a sí mismo:

—No hay duda de que nunca fue un ama de casa lo bastante buena como para limpiar la puerta de la chabola que era su propia alma.

En las historias que corrían sobre la bisabuela, ella estaba siempre tejiendo sin parar y no se preocupaba lo más mínimo por la comida, y a las horas de comer les decía a los chicos y a su hambriento marido recién llegado del mar:

—Id a la cocina, creo que en la cacerola quedan unas pocas gachas.

—No hace falta que nos lo digas, mamá, la encontraríamos a oscuras aunque sólo fuera por el olor —cuentan que replicaban los muchachos.

El bisabuelo nunca decía nada. Se limitaba, según la costumbre de la época, a poner la yema del dedo índice de la mano derecha sobre la aleta derecha de la nariz y echar al Huelo de un soplido el moco que pudiera tener en el lado izquierdo.

Las palabras de los chicos o el soplido de mocos no tenían por objeto de ninguna de las maneras criticar a la esposa y madre, sino sólo a las gachas, que nunca podían guardarse más de quince días sin que se agriaran. Pero ella se lo tomaba como una cuestión personal y respondía a gritos:

—No tengo la menor intención de andar haciendo gachas un día sí y otro también. ¿Acaso hacen las demás mujeres una ropa interior más fina para sus maridos, que hasta pueden pasarse los calzoncillos por el anillo de boda como si fueran agua, y encima salen del cajón oliendo a tomillo?

Eso cuentan que decía la vieja, y además con la conciencia bien tranquila, así que

es obvio que debió de ser una gran artista aunque no supiera expresarse sino mediante unas labores de punto que al lavarse encogían y perdían su bonita forma quedándose flácidas. No tuve que llegar a viejo para comprender la tragedia de mi bisabuela y sus implicaciones sociales.

Desgraciadamente, no existe nada impreso sobre esta experta tejedora y maestra del croché, ni alabanzas ni críticas, ni se conserva prenda alguna de las que ella tejió. En la memoria de sus descendientes, ni siquiera se habían transmitido explicaciones verosímiles y lo que se contaba de ella no solía ser nada razonable, sino una especie de cotilleo privado. Sin embargo, en las cocinas se murmuraban a veces cosas de lo más variopinto acerca de ella, aunque en los salones siempre se le dedicaban alabanzas por lo mañosa que era, a pesar de que nadie conservara ni una hebra de ninguna de sus labores.

Poco a poco se te iba llenando la cabeza de recuerdos, a todas luces reelaborados; incluso llegué a oír cosas nuevas tiempo después. Mamá la admiraba y la respetaba mucho, pero a papá le fastidiaba y se divertía con la idea que se había hecho de ella; no podía olvidar lo que para él encerraba el mayor misterio, y repetía una y otra vez que la vieja le masticaba la comida al gato. No comprendía cómo demonios podía ser que «cierta vieja» que se pasaba los días metida en la cama bien tapadita, eso sí, más por bondad que por malhumor o avaricia, saliera de la piltra para matar el tiempo masticándole la comida al gato, una esposa y madre que nunca estaba dispuesta a cocer patatas o pescado para sus hijos y su marido, quienes, por otra parte, se lo tenían bien ganado al volver del mar con una barbaridad de pescado o con las manos vacías.

Te enterabas de que en esos casos era inútil preguntar: «Bueno, Jón, ¿cómo ha ido?».

La respuesta era siempre la misma: «Siempre igual, o una barbaridad, o nada en absoluto».

El principal problema de un contraamaestre radicaba en las rencillas y discordias tan habituales entre los islandeses; por eso perdió primero el cargo de contraamaestre y luego el barco, que seguramente había heredado del primer marido de su mujer. Al final hubo de quedarse tan sólo con la vieja loca. Está claro que las rencillas y las discordias lo perseguían por todas partes, tanto en sus asuntos personales como en la generosidad del mar, en el hogar y el matrimonio. A papá le parecía una muestra de la misericordia divina el que los chicos y todos los demás descendientes no hubieran salido peores o más tontos de lo que ya eran. La extremosidad se consideraba más comprensible en el varón que en la mujer; a nadie se le pasaba por la cabeza que el buen hombre hubiera podido controlar los caladeros o el mar para tener siempre bacalao y merluza de sobra en las bodegas. Pero la bisabuela sí que habría podido frenar sus extravagancias; por ejemplo, tranquilizándose para poder comportarse decentemente y no masticarle la comida al gato, quizá con la excepción de los días festivos o en privado, a fin de evitar que sus terribles defectos e imperfecciones

resultaran tan visibles que todos se rieran de ellos, algo que a todo el mundo le parecía de lo más natural.

Pero lo que sí sabía hacer la mar de bien era quedarse acostada en casa llorando en vez de andar por ahí armando gresca y gimoteando en público o lloriqueando como una tonta en el patatal, que es donde los chavales suelen encontrarse con las tipas locas.

Oí decir que nunca había tenido apego por hombre alguno. Es falso. Vivió con sus dos maridos hasta que fallecieron, y no permitió que la muerte de su primer esposo le afectara demasiado a pesar de que fue, al parecer, la persona a quien más amó en toda su vida. Pero seguro que esto es del todo incierto; muestra del desorden que reinaba en lo más profundo de su personalidad es que, por lo visto, dejó a su gato fuera de casa durante dos noches sin dejarle entrar. Luego se agenció otro hombre, el que sería mi bisabuelo, después de haberlo tenido trabajando para ella como administrador, aunque no parece que lo quisiera mucho. Se casó solamente para poder pasarse los días tumbada en la cama y vivir una vida desdichada en soledad, con más pena y sufrimiento como esposa que si hubiera seguido viuda hasta el fin de los tiempos sin volver a unirse a nadie. Por eso debería ser evidente el tipo de labor de aguja que dominaba su vida sentimental, y el hecho de que su trenza del amor fuese más larga de lo que es normal en otras personas. Después de lo que se decía «casarse por los hijos», acabó recompensando a su último marido por el aguante que mostró hacia sus constantes muestras de desamor, muriendo con él casi el mismo día. Pero en su alma debía de reinar tal confusión que, con este viaje hacia la muerte en compañía, no intentaba demostrarse nada a sí misma, sino que quería pedirle a Dios que Él decidiera con cuál de los dos tendría que vivir el resto de la eternidad; porque allí arriba la bigamia no existe, y nadie que haya estado casado una sola vez en la tierra, por no hablar de quienes han pasado por dos matrimonios, puede recobrar la soltería en el Reino de los Cielos. No se llegó a saber nada en absoluto de la decisión divina. A buen seguro, Dios debía de preferir no decirle nada a nadie que se lo preguntara desde la tierra, indicando con prudencia: «No soy tan tonto como para ponerme a contestar todas las preguntas que me hace la gente con la ouija».

El carácter extremo de esta esposa por dos veces daba pie a que papá afirmase que aquella afición que la mujer tenía por los lloros demostraba que era lo que se llama una débil mental.

—¿A qué podría deberse que se entristeciera tan a menudo y se quejara de los malditos gusanos que tenía en el corazón sino a la debilidad mental? —preguntaba.

—Vaya, ¿y eso es ser débil mental? —replicaba mamá irritada, como quien conoce mucho mejor el estado mental de las personas.

No es de extrañar, pues, que las historias cuenten que la bisabuela no solamente tenía los ojos siempre húmedos, sino que el rostro se le llenaba de lágrimas y los regueros caían y se le encharcaban en el cuello.

Por eso, papá no albergaba la menor duda de que el poeta Hallgrímur Pétursson se

habría frotado las manos y habría encontrado muchísimo material en ella para sus *Salmos de la Pasión*, como cuando escribe: «... el cuerpo del Señor se tiñó de su sangre, se vertió en la tierra el sudor rojizo, el dolor de Jesús era tan grande...».

Al parecer, los suspiros de la bisabuela nunca debían de callar en su boca, excepto cuando sucedía alguna auténtica catástrofe. Entonces se le aclaraba la mente, sin que se oyera nada, ni un suspiro ni una tos, y solucionaba el problema ella sola, sin temor alguno; pero en cuanto había pasado todo, desaparecía de nuevo bajo el edredón, se tapaba la cabeza y empezaba a gimotear otra vez. No hacía falta esperar mucho para que volviera a asomar el rostro bañado en lágrimas.

Estas anécdotas las oí a menudo de labios de mi padre, el gran experto. No hay modo de saber de dónde había sacado tanto conocimiento. A veces se habría podido pensar que no había hecho otra cosa en la vida que investigar la vida de mi bisabuela, o que se había casado con mi madre para poder afirmar: «Jamás he escuchado atrocidades tan grandes, y eso que tengo oídas más de una cosa y más de dos sobre las mujeres del oeste de Islandia». Antes había muchas mujeres así por todo el país, que no podían limpiar su propia mente ni sacudirse la estupidez de encima con algún trabajo interesante en el mar, como hacían los hombres. Los viajes y el esfuerzo físico eran la mejor medicina contra las depresiones, alejaba sus obsesiones y les hacía distinguir lo que era la mente y lo que era la persona en su conjunto. Así que yo creía que no se podían desechar sin más las ideas de mi padre tildándolas de absurdas. Sin órdenes que cumplir ni olas a las que enfrentarse, las gentes de este país no se habrían convertido en débiles mentales sino en auténticos perturbados, como esas personas incorpóreas nutridas por el bienestar que intentan recuperar los músculos con inútiles ejercicios gimnásticos, cuando resulta que con éstos se obtiene un cuerpo que nada tiene que ver con las bellas formas moldeadas por el trabajo físico, que duran la vida entera.

Yo escuchaba las conversaciones y me imaginaba a la bisabuela haciendo pasar a través de su anillo toda clase de enseres propios del hogar, como el delantal, la sopera y las cortinas. Sentía alivio en el corazón y la admiraba por haber hecho algo parecido a lo que podíamos lograr nosotros cuando aún éramos dueños de nuestros listones.

«Eso sólo pueden hacerlo los artistas», pensé.

Cuanto había de extraño en los relatos parecía brotar del tejado de mi mente e irse acumulando en el aljibe, donde yo atesoraba todo lo raro y también el eco, dentro de una angosta vastedad semejante a la que percibía cuando en plena sequía estival me mandaban a comprobar cuánta agua quedaba en la cisterna. Entonces, un tanto asustado, gritaba al vasto espacio medio vacío llamándome a mí mismo, y notaba la locura de ser como todos aquellos hombres desconocidos que hay en el aljibe donde habita el alma. Al poco tiempo ya no deseaba nada con tanto fervor como tener un gato para hacerlo pasar todos los días, agarrado del rabo, por el anillo de bodas y masticarle la comida mientras yo tenía hambre. Deseaba morir y sacrificarme por un

gato. Me veía a mí mismo crucificado por mi fe en el gato, que maullaba piadosamente debajo de la cruz. No deseaba ser como la gente corriente, como esos que lloran cuando hay que llorar porque ha sucedido algo muy triste o porque están borrachos como cubas, o en los entierros, o quizá cuando comen pescado seco y no consiguen morderlo bien por falta de dientes, pero que en las demás circunstancias no se dejan amilanar por las dificultades y siguen adelante por la vida, animosos, con los párpados bien secos. Yo podía comprender que el más noble de los llantos surge de la propia experiencia interna, al margen de lo que suceda en la vida cotidiana. Ese llanto noble surge inesperadamente, no brota por nada en particular, mana de su propio mar y de la lluvia del alma. Tu propia pena no tiene otro objetivo que impedir que los sentimientos se te resequen en el pecho.

Una vez pregunté, en un ataque de realismo y argumentación cotidiana:

—¿Y no podría ser que el gato fuera viejo y no tuviera dientes, y por eso había que darle la comida masticada?

A buen seguro, en ese momento destruí temporalmente el pensamiento infantil, siempre inclinado a la aventura, y deseé hallar en algún lugar una razón convincente para la locura de la bisabuela, harto ya de conjeturas y de ir planteando una alternativa tras otra. Era probable que la explicación de su conducta se hallara en el estado físico del gato, pues sería lo más natural: ella tenía el gato desde hacía mucho tiempo, lo había criado con muchísimo cariño, y cuando el animal se quedó sin dientes empezó a masticarle la comida por compasión de anciana. Seguramente se la habría masticado también a su marido y a sus hijos en circunstancias semejantes. Desde la infancia, siempre he sido capaz de establecer la distinción entre literatura y realidad, y he mantenido ambas cosas bien separadas y a idéntico nivel. Porque ambas son necesarias para nuestro sustento intelectual, sin que ninguna de las dos resulte dominante, o pierda su valor, o se hipertrofie como fuente de la alegría de la vida. La literatura hipertrofiada es igual de dañina que la realidad hipertrofiada. Mi madre era en el día a día lo que suele denominarse realidad hipertrofiada, con una ancha vena por la que corría la necesidad de algo espiritual, mientras que en papá literatura y realidad dependían de las conveniencias del momento y de si era mejor tener una u otra, o las dos adobadas con la ironía, que se construye sobre la diversa verosimilitud de lo relatado.

—Se habría podido pensar que aquella loca lo único que quería era un gato desdentado, y encima quizás hasta calvo —dijo mi padre, que había perdido sin duda el contacto con la realidad y se había rendido feliz y contento a la ironía y los vuelos de una fantasía que a veces resultaba hiriente; y preguntó—: ¿Por qué no le tejíó también un bisoñé con su propio pelo?

La madre de mi madre, mi abuela, no sólo llevaba en la sangre la destreza manual, sino que con seguridad había recibido en herencia cierto tipo de extraña labor de punto mental, manifiesta en la forma de razonar de su madre, a base de lazos, puntadas, vueltas, los inevitables enredos y un ovillo demasiado fuerte o

demasiado suelto en la lengua. Por eso había decidido, contra el deseo de su propio padre pero gracias a la despreocupación de su madre, establecer relaciones con mi abuelo y vivir con él sin pasar por la iglesia. Era un hombre rechoncho y bajito, divorciado no hacía mucho, que no era conocido precisamente por su cariño en el trato que dispensaba a su esposa repudiada. Además, recibía ciertos calificativos dudosos relativos a su relación con el alcohol. Tenía escaso interés por la náutica, poco menos que por la carpintería, y se pasaba la vida metido en los libros. Se cuenta que fundó una biblioteca y dicen, sin duda para burlarse de él, que ésta contenía un libro nada más que solamente leía él, única compañía posible de quien consideraba a la mayoría de la gente demasiado estúpida para leer libros. Cuando se hartó de su libro, lo untó de grasa de carne seca y se lo dio a las ratas como regalo de Reyes; se lo comieron sin dejar ni una migaja. A la abuela, acostumbrada a ese género de cosas, parece que sus rarezas le resultaban indiferentes, las toleraba y se sentía muy unida a su amante, a pesar de que él no le ofreció matrimonio ni una sola vez.

—Estoy harto de las mujeres, pero desde luego no hay forma de librarse de ellas bebiendo como un hombre —dijo el abuelo cuando se fue a vivir con la abuela, según cuentan.

A ella le gustaba esta actitud. Quizá se veía a sí misma, el vivir juntos y el amor como algunos novelistas ven sus propias obras; a sus ojos, el arte no es innato en el ser humano, ni tampoco necesario, sino que se vuelve inevitable por la relación entre arte y pueblo, en lo que se denomina la forma y el contenido de las obras. Por eso papá no era del todo justo cuando decía que la abuela tenía que haberse dado con un canto en los dientes por haber podido escapar de su propia madre y del gato, aunque aquello fuera huir del fuego y dar en las brasas. No lo sé, pero ella no se sentía atada por nada; consideraba al abuelo un gran artesano, aunque su trabajo en ese oficio no fuera gran cosa en un país en el que las casas se construían con turba, por lo que el buen hombre rara vez hacía otra cosa que reparar fondos de boya. Así que enseguida empezaron a echar hijos al mundo para horror de las hermanas de ella, pues los niños eran ilegítimos, en tanto que nacidos en el pecado y fuera de los lazos del matrimonio. Era tal la admiración de la abuela por su marido y por sus habilidades como carpintero que cuentan las historias que nunca perdía ocasión de preguntarle a los demás hombres si ellos eran tan buenos carpinteros como él. Si tardaban en responder, pues no entendían bien si aquello iba con segundas, no les preguntaba «Pues ¿qué, ni siquiera sabéis hacer chapuzas de carpintería?», sino que se daba una palmada en el muslo y, asombradísima, añadía:

—¿Y para qué sirve un hombre que no sabe carpintería?

En cambio, consideraba natural, según parece, que no todas las mujeres supiesen hacer pantalones para sus maridos. Nunca he oído decir que preguntara alguna vez: «¿Para qué vale una mujer que no sabe hacerle pantalones al marido?».

Su fama se había extendido tanto que llegaba más allá del rugoso karst y la solicitaban desde aldeas lejanas. Siempre a pie, con el hilo enhebrado y el dedal en el

índice, acudía donde la llamaban para aumentar los ingresos familiares.

Aquel día, pues, volvía a casa desde Keflavík y los pies se le hundían en el musgo esponjoso, que estaba grisáceo porque hacía mucho que no llovía. Mi madre contaba que el sol bañaba aquel precioso paisaje de otoño en tan funesto día de ruptura y dolor.

Era la primera vez que la abuela llevaba consigo a su hija; hasta entonces la había dejado siempre en casa para que se ocupara de sus hermanos mientras ella se libraba del hogar y la familia. En su queridísimo oficio encontraba la libertad, pero ya no podía seguir yendo sola para gozar de la fama de que la hacían merecedora su dedicación y su destreza, a veces envidiada por algunas esposas pero alabada sin medida por los hombres, que disfrutarían de sus pantalones nuevecitos de grueso y oloroso percal después de que ella hubiera colocado el patrón encima de sus cuerpos al tiempo que decía: «Vaya por Dios, parece que me has engordado por todas partes».

La compra de aquella máquina de coser le había aligerado el trabajo, aunque éste crecía a la par, pues con las propiedades sucede que siempre proporcionan a su dueño inconvenientes y dificultades a la vez, facilitándoles el trabajo y aumentándoselo al mismo tiempo, de manera que al final todo se complica. Eso es lo que pasó con la abuela: no podía ir arrastrando la pesada máquina de coser todo el largo trayecto, de modo que tuvo que hacerse acompañar por mi madre, y así, de paso, la sacaba de casa, con el riesgo de que allí todo acabara patas arriba. Por suerte, la chica que la seguía en edad era ya bastante crecida, aunque no tan despierta, y podía encargarse de las principales tareas de su hermana. Por si fuera poco, la abuela había dejado guisados, siguiendo la costumbre de su madre, dos calderos enteros de gachas, en las que el abuelo y los chicos podían meter la cuchara y comérselas, frías o recalentadas, para acompañar unas morcillas de cordero. Seguramente diría, como hacía su madre: «Vais a la despensa si os entra hambre, allí tenéis gachas de sobra en el puchero». Sin duda, la abuela se despreocupaba por completo; tenía sus ideas y, como era habitual en la época, pensaba de su esposo: «Bueno, si aburre las gachas mientras estoy fuera, siempre puede zamparse algo de pescado seco para matar el hambre. Además, quedan bastantes cabezas de bacalao».

Sabía además que su marido y los chicos podían ir a sacarle algo a su hermana, que vivía en la casa de al lado, brosmio salado por ejemplo, si acaso se morían de hambre y no eran capaces de pasarse todo el tiempo con las mismas gachas. Era muy corriente en esa época que a los niños les entrara el denominado «hastío de gachas». Parece que se trataba de una antiquísima sensación profundamente islandesa de pesadumbre, un estado anímico característico porque en realidad no iba acompañado de apatía, aunque la pena empujara a la gente a meterse en la cama, sino que producía una maldad constante, una permanente perversidad, o una densa y espesa melancolía. Los hombres que padecían de hastío de gachas estaban siempre echando chispas hasta que se metían en la cama; se pasaban semanas enteras encamados, incluso se negaban a dejarse ayudar, aunque sí permitían que sus mujeres vaciasen el orinal.

Papá hablaba muchas veces del hombre aquel que llegó del mar, aquí en el oeste, agotado de cansancio, y le ofrecieron unas gachas, pero arrugó violentamente la nariz, se metió en la cama y se pasó allí veinte años; un día saltó del catre de repente como enloquecido, echó a correr hacia el mar como alma que lleva el diablo, como si todo aquel tiempo no hubiera estado haciendo otra cosa que remar, pero desde entonces ya nunca se pudo hablar con él porque no decía nada o soltaba un galimatías ininteligible. Después de aquello nadie se atrevió a ofrecerle nada de comer que no fuera jarea de carne, hasta que un día se le reventó el diafragma y dijo, al exhalar su último suspiro:

—Bueno, ahora las tripas dejarán de darme alaridos.

Estos eran los síntomas del hastío de gachas en los adultos. A algunos se les notaba mucho, y entonces les ofrecían, a lo mejor, brosmio salado, porque se pensaba que la viscosa piel de este pescado tenía una vitamina; así que, por si había que aliviar el estado de ánimo de sus maridos, rara vez faltaba en las casas de aquellas mujeres que se habían percatado del carácter endémico del hastío de gachas. El brosmio se consideraba un pez alegre, se agitaba más fuerte y por más tiempo que los otros peces, y se dice que algunos brosmios incluso seguían agitándose dentro del estómago de los hombres una vez guisados y comidos, y que incluso podían seguir agitándose cuando abandonaban sus cuerpos.

La abuela imprimió en su hija el sentido del deber que consideraba inherente a la condición de ama de casa. No era propio de ella mimar y acariciar a los hijos, sino que les enseñaba a ser trabajadores para que pudieran ayudarla. Así se libraba, además, de lo que le resultaba más fastidioso, el estar atada a las peores consecuencias de lo que la gente considera precisamente lo mejor de las relaciones entre hombre y mujer: muchos niños llorando y pidiendo cosas. Nadie en su sano juicio ha podido entender jamás cómo demonios algo tan aburrido como los niños puede ser el resultado de una vida sexual feliz y sin represiones.

De Grindavík a Keflavík había una caminata bastante larga, un trayecto difícil de varias horas, con calzado inadecuado, además, por un sendero apenas señalado aquí y allá con unos murillos de piedra a fin de que la gente se perdiera un poco menos en la niebla, la nieve o la oscuridad. Y para que pudiera evitar a los fantasmas que llevaban la cabeza bajo el brazo. A veces éstos agarraban a los viajeros que se despistaban y se salían del camino en la oscuridad; sobre todo, claro está, a las mujeres, a las que conducían hasta los hoyos donde yacían durante un rato medio muertas de miedo con ellos encima. Después, en lugar de al menos darles las gracias, tenían por costumbre cortarles la cabeza, quitarse la propia, pegarse la otra al cuello, colocar la propia debajo del brazo y soltar una carcajada. Se sabía que por aquel camino había una auténtica barbaridad de fantasmas que no sólo tenían una cabeza de repuesto, sino muchas, para elegir, y que algunos se cambiaban de cabeza todos los días. Esos fantasmas no se encuentran en ningún otro sitio, sólo en este camino, y son todos masculinos, aunque con una cabeza de mujer sobre los hombros y una de hombre

debajo del brazo a modo de recambio.

Con esa clase de historias en mente, el viaje no resultaba muy deseable ni para modistas ni para niñas, pero madre e hija habían escogido el camino de los Cincuenta Fantasma porque era el menos peligroso; por otra parte, era un día muy claro y hacía mucho sol. Mi madre ya estaba crecida y era muy ágil de piernas, por eso consiguió conservar la cabeza pese a todos aquellos trasgos, y además era capaz de llevar cargas pesadas. Se podía confiar en ella para un trabajo más útil que pasarse el día sentada al cuidado de unos niños mojados de pis, mezclando patatas y nabos para la papilla de los más pequeños y yendo a buscar agua a la fuente el resto del tiempo. También saltaba a la vista que podía acarrear la máquina de coser para ayudar a su madre, aunque pesaba tanto que, avanzado el día, ya no podían con ella y tenían que pararse a reposar cada poco. Mientras estaban sentadas sobre un mullido montón de musgo, recordaron los sucesos divertidos que habían tenido lugar durante su expedición pantalonera, y que tenían mucho que ver con el hecho de que a las dos les apetecería decir adiós a todas sus demás labores y ocupaciones para convertirse en modistas ambulantes. Se entretenían con estas cosas y recordaban su estancia en Keflavík.

La abuela había cosido una buena cantidad de pantalones de domingo en cheviot, paño o percal, y en esa ocasión le habían pagado al contado. Con aquel dinero compraron varias cosas en la tienda: tela para vestidos y chucherías para los chicos, algunos comestibles, incluso café y almidón. Guardaron las compras en un hatillo que llevaban a la espalda, pero prefirieron no abrirlo para mirar lo que habían comprado. En vez de eso estuvieron un buen rato contemplando la máquina de coser que descansaba encima de la carretilla.

—Nunca he visto un trasto más bonito —contaba mi madre—. Era como un juguete útil. Así que no pude quedarme quieta y lo saqué de su caja, y el lacado y los adornos resplandecieron al sol.

Madre e hija no tardaron en volver a ponerse en camino y siguieron con exactitud y precaución el sendero que atravesaba el malpaís, que visto desde lejos parecía llano; sin embargo, la inmensidad de una llanura no tiene nada que ver con la infinitud de un karst, en todos los sentidos, pero sobre todo en lo que se refiere a los pies, porque no es llano en absoluto, sino que está repleto de agujeros y hoyos y es mil veces más largo de lo que parece. Es gris cuando el cielo está azul, pero cambia de color, igual que algunos animales, y se torna verde bajo la lluvia y el cielo plomizo. El karst también puede tener varios colores. A veces, después de que haya llovido, aparecen manchas verdosas en algunos sitios, mientras que los lugares secos siguen grises. Por eso el karst no se muestra nunca igual a los sentidos; los ojos captan en él mil imágenes distintas, y el pie lo encuentra unos ratos duro y otros mullido, o lleno de trampas. Hay profundas fosas que no se ven y que están ocultas bajo los pies, que pueden acabar hundiéndose en un hondo agujero cubierto de un musgo que se quiebra al pisarlo, como sucede con lo que parecen matas sólidas de musgo, pero que se hunden al pisarlas.

Madre e hija prosiguieron la marcha con paso decidido por el inacabable malpaís, empujando su cargamento.

La abuela era una mujer de elevada estatura, fortalecida por tanto trabajo pero también vigorosa por naturaleza, con huesos grandes, pero más bien flaca y casi demacrada, increíblemente ligera de piernas, obstinada y con enorme aguante pese a su anemia pertinaz. Sin embargo, no era una «mujer de rompe y rasga». Su hija, mi madre, había heredado idénticas características excepto la estatura, pues no era muy alta, y tenía los huesos delicados más que pequeños. Las dos eran obstinadas y trabajadoras, si bien tenían cierta tendencia a tomarse el trabajo como una manía compulsiva más que como una simple actividad necesaria. Quizás este rasgo de su carácter reflejaba la necesidad de soledad, de aislarse y tener siempre la cabeza en alguna otra cosa, de vivir en una permanente ensoñación pero realizando al mismo tiempo una labor manual, con pericia y rapidez.

Así son los soñadores maniáticos del trabajo; ellos se bastan a sí mismos, llenos como están de ricos sentimientos que les producen más placer que el trato con otras personas. Muchos confunden esto con lo que se suele llamar «alcoholismo laboral», pero no es así; el trabajo produce ensoñaciones sanas y armonía de mente y manos, de manera que estos maniáticos son auténticos soñadores.

Al atardecer madre e hija llegaron al barrio de Þorkötlustaðir, donde vivían, agotadas y contentas de poder abandonar por fin su carga, sin saber que aún tendrían que volver a levantarla para continuar. Confiaban en que la familia acudiría feliz a recibir las a su regreso, y la felicidad aumentaría cuando los demás cargaran con los bultos. Para cobrar mayor conciencia de su alegría y comprobar si alguien las veía desde la casa y corría hacia ellas, decidieron sentarse a descansar no muy lejos. Sudorosas pero contentas, descargaron las gruesas pañoletas azuladas que llevaban sobre los hombros, y seguramente eligieron dos piedras o dos matojos o el altillo cubierto de hierba verde con una piedra plana a modo de asiento, que se encuentra a escasa distancia del herrumbroso secadero de pescado, en el lado oeste de la casa. El sol estaba ya muy bajo. Había empezado a hacer frío, pero mi madre percibía en su imaginación el aroma de las tortitas que ella misma iba a preparar con la harina que habían comprado para celebrar su cumpleaños con los chicos. Madre e hija contemplaban la casa delante de ellas, el destino deseado desde hacía tanto tiempo, estiraban las piernas y dejaban que el cansancio fuera escapando de ellas. No se veía movimiento, ninguno de sus hermanos venía corriendo. La tarde estaba llena del murmullo del mar, que había perdido su colorido de verano y se había vuelto gris.

Muchas veces oí a mi madre contar esta historia; y no hace demasiado tiempo, como cuando era niño, me entretuve en buscar, procurando que no se notara, las piedras o las matas donde se habían sentado a descansar aquella tarde, pero no encontré un solo lugar donde pudiera haber sido. Siempre he creído que la tragedia que se cernía sobre ellas y que estalló después de que hubieran pasado un rato allí sentadas, colmadas de expectativas y de ilusión, tendría que haber dejado alguna

huella permanente. No era así, claro está. Se dice que los líderes religiosos dejaron huellas de sus pies descalzos en las rocas, y que las piedras votivas se erigieron en recuerdo de ellos y de los caudillos, pero los parias nunca han dejado marcas imborrables de sus posaderas fatigadas, ni de sus pies, y menos aún se han erigido monumentos imperecederos en los lugares donde tuvieron lugar las tragedias de sus vidas. Sé que no se debe a la indiferencia ni a la mala fe de los escultores, sino al espíritu de ahorro, al ansia de economizar y a otros rasgos tan propios del pueblo llano y de sus autoridades, y ello en todas las épocas: no habría forma de dar un paso por el mundo con tanta piedra votiva si tan sólo una ínfima parte de las tragedias que asolan la vida de las personas vulgares hubiera dado pie a la erección de un monumento de tamaño no mayor que un alfiler, cabeza incluida, y con su misma forma.

Al final, la búsqueda del lugar era única y exclusivamente la búsqueda de algo que estaba en mi propia mente más que de algo en verdad existente. Lo que existía en la realidad misma y que se perdió por sus sendas está perdido por los siglos de los siglos, pero en el mundo sin sendas de la mente es posible encontrar y recuperar lo perdido y asignarle ricos significados. Madre e hija estaban sentadas en el altozano que hay no muy lejos del secadero. Cuando yo era niño, éste se hallaba todavía al oeste de la casa. Ahora, esta disposición de las cosas no es más que mi propia racionalización, destinada a ordenar el tiempo en una obra literaria; no se puede armonizar con lo que señala el reloj y con lo que indica el almanaque, y aquí carece de importancia. Porque lo que aún ha de suceder deberá cobrar su existencia solamente a través de las palabras.

Dicho todo esto, vuelvo a mi madre, sentada en silencio al lado de su madre, un poco inclinada hacia delante.

Desde donde estaba veía con nitidez, por entre las barras del secadero, cómo el reseco pescado jareado que colgaba de los travesaños se agitaba con la suave brisa. Sintió el olor dulzón del pescado y de inmediato le entró hambre, de modo que se puso en pie de un salto y avanzó con intención de tomar un bocado. Al ir a abrir la puerta se topó de sopetón con su padre, y la abuela se levantó, se sacudió a toda prisa el polvo y la hierba para disponerse a saludar a su marido y levantó los brazos para colocarse la pañoleta. Cuando él la vio y advirtió que estaba a punto de ponerse en movimiento, miró hacia ella y dijo:

—Quédate ahí.

—Ya he descansado —replicó ella, confusa, y bajó del altozano hacia donde se encontraban su marido y la casa.

Él no hizo gesto alguno que pudiera dar a entender que iba a saludarla o a darle la bienvenida, sino que preguntó con voz tenebrosa:

—¿Adónde crees que vas?

—A mi casa —respondió ella, un tanto perpleja al oír aquella insólita pregunta.

Pero dudó. Algo inesperado parecía estar a punto de suceder. Se detuvo para

serenarse, pensando que seguramente su hombre había estado allí dentro metiéndose en el cuerpo unos buenos tragos de leche de troj, de una botella que tenía escondida entre los sacos. Así que olfateó el aire que llegaba desde donde él estaba. No. El hombre parecía completamente sobrio, aunque extrañado por las reacciones de su mujer, que no tenía ni la menor idea de lo que estaba sucediendo.

—¿Dónde piensas vivir tú ahora, buena mujer? —añadió de repente, dejando bien claro de qué se trataba.

Había algo inapropiado en el énfasis de «tú» y «buena mujer», pero no tenía cara de burla, de modo que la abuela se quedó aún más desconcertada.

—Pues aquí, claro —respondió con alegría, intentando no dejar traslucir su asombro; tenía que tratarse de un juego, algo a lo que se entregaba la gente después de un periodo de separación, aunque no haya sido largo, para aproximarse uno al otro aún más en el reencuentro.

—Ya, que te crees tú eso —replicó él, con un dejo de indiferencia en la voz.

—Pues no es que me lo crea, es que estoy bien segura, imagino que tendría que saberlo —dijo ella con disgusto.

—Pues te tendrá que bastar con creértelo —repitió él, muy despacio.

Ante estas palabras, decidió que debía de haberse metido en el cuerpo más de un trago de leche de troj aunque no se le notase. No se dejó impresionar demasiado por su reacción y su recibimiento, convencida de que la leche se le habría subido a la cabeza y le habría producido ese malhumor que afecta siempre a los hombres cuando no tienen nada mejor que hacer. El efecto se le pasaría durmiendo y al día siguiente estaría como siempre. Así acabarían las cosas. Sin embargo, prefirió obrar con prudencia; sin responder y mostrándose sumisa, fue en busca de su hija y con un movimiento de cabeza le ordenó que entrara en casa a buscar a los niños para meter la máquina de coser. No hizo falta más, la hija comprendió y se fueron caminando de costado como los cangrejos para esquivar a su padre. Él las siguió con la mirada hasta que estuvieron a punto de alcanzar la puerta. Entonces soltó un tremendo grito:

—¡Tú ya no vives aquí!

Mi madre tembló de espanto. Su infancia terminó en el mismo instante en que escuchó aquellas palabras. Lo percibió en su interior, de algún modo. Las dos se quedaron inmóviles y en silencio, esperando, casi hundidas por el peso de la máquina de coser.

—Tú ya no vives aquí —repitió él, esta vez bajando un poco la voz y mirando a la abuela con serenidad.

Ella no respondió, pero él se marchó sin concederles ni una mirada a ninguna de las dos.

—Pero bueno, ¿qué pasa? —preguntó la abuela al vacío.

—No sé —respondió mi madre, como si la pregunta estuviera dirigida a ella.

La abuela se dio cuenta de que había dejado de existir para su hombre, y mi madre se dio cuenta de que ella había dejado de existir para su padre y para su madre.

Sus hermanos ni siquiera asomaron la cabeza. Sin duda, tampoco existía para ellos ni para el mundo, y se hundió en su propia sima como hacen los niños para intentar protegerse, braceando en la conmoción de sus sentimientos. No esperan nada de los demás.

Por muchas veces que mamá contara estas cosas, el color parecía desaparecer de sus ojos y te sentías absorbido con ella hacia la soledad y el vacío del desamparo, cuya semilla se planta en la vida sentimental de los hijos por obra y gracia de los padres. Lo hacen sin querer, parece, más por instinto que por una decisión consciente, como si el ciclo natural de la vida fuera impensable de otro modo. Por regla general, esa siembra se produce a la edad en que el adulto ha olvidado la soledad de la infancia y su propio desamparo, así como la sensación de vacío que se apoderó de él cuando sus padres realizaron esa misma siembra eterna, siempre exactamente igual, en el alma de sus hijos. Es como si una ley imposibilitara que las personas consigamos alguna vez aprender de la propia experiencia para oponernos a las huellas de la herencia en lugar de seguirlas, pues aprender de la experiencia parece ir en contra de la naturaleza humana.

Pese a las numerosas repeticiones, nunca me quedó claro el motivo por el que al final el abuelo no acompañó de hechos sus palabras; una vez que se hubo alejado, madre e hija entraron en la casa sin impedimento alguno, con los bultos, las pañoletas y la máquina de coser. A la abuela no la habían puesto de patitas en la calle en el mismo momento y sin más, ni la habían obligado a irse a casa de sus padres. Quizás el motivo fuera que todo lo que les ocurre a las personas tiene que guardar un cierto orden establecido, de manera que lo que sucedió más tarde tenía que ocurrir justo entonces. O quizá las decisiones del abuelo no habían sido tomadas con la cabeza despejada, sino que eran producto de la leche de troj. Sin embargo, es imaginable que él no fuera de esos que toman una decisión y luego actúan ateniéndose a ella, sino de los que toman una decisión pero siguen llenos de dudas. Es como una situación confusa, que va desarrollándose al albur de las circunstancias. Las primeras reacciones surgieron de la furia que se adueñaba de él cuando estaba de cierto «humor» y que lo ablandaba cuando se le pasaba, dejándolo confuso y casi abúlico.

La historia continuó con los duros enfrentamientos verbales en que los abuelos se enzarzaron, probablemente esa misma noche; él no tocó la comida, pero se echó al colete unos tragos más de leche de troj, decidido a que esa vez las cosas no quedaran en simples palabras. La riña tuvo su colofón cuando abrió la trampilla que había en el suelo de la cocina, de la que salían unos escalones que iban a dar al sótano, y tiró por allí primero a su mujer y luego la máquina de coser. Por suerte para la abuela, pues quizá fuera eso lo que le salvó la vida, cuando los hombres dominados por una justa ira arrojan a sus esposas por las escaleras, éstas no caen en línea recta para morir al golpearse con los escalones, sino que se van deslizando por un lado de la escalera, si ésta carece de pasamanos, y acaban encima de unos sacos de patatas relativamente blandos.

Las máquinas de coser no solían tener igual fortuna en las disputas matrimoniales cuando los maridos las arrojaban detrás de sus mujeres, pues, como eran muy pesadas, bajaban en línea recta y se hacían pedazos aunque fueran a dar en el suelo de tierra, y las lanzaderas y los carretes salían disparados en todas direcciones. Debido al distinto comportamiento de mujeres y objetos al precipitarse, la abuela se libró de que la máquina de coser le cayera encima y le rompiera la cabeza. Enseguida se levantó, en medio de los sacos de patatas, y escapó ilesa por la puerta del sótano. En vez de echar a correr destrozada hacia la casa de sus padres, buscó refugio en la de al lado, la de su hermana, que en cierto modo había sido más afortunada que ella en el matrimonio, pues había logrado mantener a su marido bien lejos a base de hablar sin parar y lo obligaba a arreglárselas él solo en el sótano en vez de andar importunándola cuando no podía salir a la mar porque había galerna. Allí pasaba el rato reparando cacerolas. No le permitía subir a la cocina excepto a las horas de comer, y entonces charlaba por los codos, con tal verborrea que él se daba toda la prisa del mundo en largarse para ponerse a cubierto en el silencio del sótano. Daba gracias a su buena estrella por poder estar allí dedicado a sus chapuzas, tapando los agujeros de las cacerolas, en vez de tener que enfrentarse a una esposa llena de agujeros que derramaban palabras y más palabras.

Pese a su locuacidad, aquella mujer se mostraba muy comprensiva con las que no sabían mantener a sus maridos lo bastante lejos de día o de noche a base de proferir sin parar barbaridades, exclamaciones, maldiciones y palabrotas, o súplicas, o quejándose de dolores por todo el cuerpo. Sin embargo, lo que estaba mejor visto en el matrimonio era que los dos sufrieran de hernia, que hacía que el aire se acumulara debajo del diafragma y a veces buscara un escape por el agujero, lo que provocaba hipo. Esta presión del aire era fácil de curar, o cuando menos se podía sacar el aire con las llamadas «gotas analgésicas y antimeteóricas», un compuesto a base de morfina en dosis muy pequeñas. Eran muy populares entre las mujeres. Incluso los hombres más difíciles no necesitaban más que unas gotas en un terrón de azúcar por las noches para dormirse en cuanto ponían su ilusa cabeza sobre la almohada, y se olvidaban del mundo, de su mujer y de su posible potencia sexual. Los hombres que tomaban aquellas gotas no se ponían pelmas por las noches debajo de las sábanas.

A nadie se le ocurrió nunca pensar que ingerir aquella medicina para conciliar el sueño y dormir con placidez, mucho mejor que si hubieran rezado mil oraciones y Dios hubiera puesto sobre ellos «su poderoso muro de ángeles antes de que el sueño conciliemos», tuviera la menor relación con el consumo de drogas. La gente tan sólo reparaba en que se despertaba con cierta lasitud, que iba disminuyendo después del desayuno para desaparecer a primeras horas de la tarde. Entonces volvía el maldito hipo y el dolor del diafragma, mezclados con la alegría anticipada de tomar las gotas analgésicas y antimeteóricas antes de meterse en la cama y evitarse así más líos.

Los niños siempre prefieren ponerse del lado de su madre en lugar del de su padre cuando hay una discusión entre ellos, pero mi madre estaba, más que nada, confusa;

no entendía nada de lo que pasaba, y confundía la hinchazón de los ojos de su madre con las huellas naturales de la pena por una injusticia que había de deberse a algún malentendido por parte de su padre.

—Mamá tenía unas grandes ojeras por la pena —decía, pensando que su madre siempre había estado en inferioridad porque nunca se defendía de los ataques, no contraatacaba gritando ni tirando sillas, ni usaba la violencia física.

La parte agresora, y con esto solemos referirnos únicamente a la agresión física, suele considerarse casi siempre como la parte culpable, a diferencia de la consideración que merece la que utiliza métodos psicológicos quizá bastante más arteros y mucho más dañinos, pues esta clase de agresión no deja huellas en forma de moretones. Por eso, ella no creía que su madre pudiera tener culpa alguna, sino que estaba convencida de que era ella quien tenía la razón y quien llevaba todas las de perder, pues su padre estaba intentando echar de casa a su madre de forma violenta, aunque hasta aquel instante había sido siempre ella la que llevaba la voz cantante en el hogar, o al menos eso parecía. En ese momento se hizo evidente que, a pesar de la aparente autoridad de su madre, en el fondo era su padre quien mandaba en la casa y en todo lo que había en ella, mujer e hijos incluidos, incluso aunque nunca estuviera allí.

Pero ¿cómo podían ser así las cosas?

Sin que el niño lo sepa, en esta delicada etapa de su vida su madre lo compara consigo misma y con la debilidad de su propia posición respecto a los demás; no hay sitio para el razonamiento, sólo para la compasión natural, la simpatía y su señal primera, que es la autocompasión, además de ese sentimiento irresponsable según el cual uno tiene que ser siempre inocente, incluso un ángel bendito, y que todo lo que se sale de los debidos cauces en la propia vida es por culpa de los demás.

Cuando la máquina de coser desapareció en la oscuridad, imagino que mi madre quiso echar a correr para ayudar a mi abuela; quizá deseaba compartir su destino, puede que incluso inmolarse para morir junto a su madre, fundida con ella en un abrazo hasta la llegada de la suprema oscuridad, y poder gozar así del feliz día de la muerte concedida por el padre terrenal, pero también por el otro que está en los Cielos, aunque éste por lo menos llama al alma a su lado y le permite vivir junto a Él por toda la eternidad. Toda la culpa es del padre. Sin embargo, cuando el padre la vio abalanzarse enloquecida, cerró la trampilla de golpe para impedir el sacrificio y evitar que la hija siguiera el mismo camino que la máquina de coser. Tal vez no fue así, sino que se limitó a cerrar la trampilla de golpe con la idea de ponerse encima e impedir que su esposa volviera a la cocina, con lo que tendría que pasarse allá abajo toda la noche; pero mi madre ya se había agachado y tenía una mano metida en la abertura, y la trampilla cayó inmisericorde sobre el dedo corazón de su mano derecha. Lanzó un alarido, no tanto porque sintiera dolor, ya que el dedo debió de adormecerse, sino porque salió sangre y porque una parte de la uña y de la última falange habían desaparecido, de modo que se quedó con una uña y un dedo deformes que le

recordarían hasta el último día de su vida de qué forma tan absurda había recibido el bautismo que daba acceso al mundo de las pasiones adultas. No podría alejar de sí aquel recuerdo, aunque seguramente habría deseado arrojarlo a la fosa del olvido; estaba obligada a vivir con aquella marca visible de lo sucedido.

—Lloré mucho —decía, sacudiendo la cabeza.

«¿Por qué motivo concreto lloraba?», me preguntaba yo.

Era imposible saberlo. Es probable que llorase por llorar, por los muchos y diversos dolores que padecía pero que era incapaz de analizar, aunque quizás algo daba a entender que moviese su dedo deformado, lo encogiese y se lo frotase con otro dedo mientras contaba todo esto.

El lacerante dolor de la herida borró de su mente a su madre y su tragedia, se rindió sin resistencia a la autoridad de su propio sufrimiento y retrocedió hacia la mesa que había junto a la ventana. Por lo visto el abuelo se sosegó al ver la sangre. Le abandonó la furia, la justa ira y la valentía adquirida con la leche de troj que llevaba en el estómago desaparecieron al unísono, y en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en un padre solícito que le vendaba las heridas.

—Ven —le dijo, rasgando en estrechas tiras la manga de una camisa vieja.

Los hermanos se abalanzaron llenos de curiosidad para ver la herida y tocar la sangre. Mi madre fue objeto de una compasión y una atención que no eran nada habituales, y aquello tuvo el perverso efecto de relegar a un plano secundario el destino de su madre.

—Hice lo que nunca debería haber hecho —decía—, me olvidé de mi madre y pensé que papá era bueno.

Aquella atención tan poco frecuente y la forma en que su padre consiguió aliviarle el dolor atroz la confundieron aún más, porque cuando necesitaba ayuda nunca estaba con él, sino siempre a solas con su madre. Y ahora era su padre quien acudía a ayudarla en vez de su madre, siempre tan atenta, aunque no lograba comprender cómo había podido comportarse con tanta violencia y destruir algo tan valioso como una máquina de coser. Ésta debía de haberse hecho pedazos en el mismo instante en que su destructor se transformaba en un ser misericordioso. En la vida anímica de mi madre debió de despertar, como consecuencia de todo aquello, una pregunta que ella misma no llegó a comprender jamás pero que estuvo siempre planeando ante sus ojos. Por eso adquirió la mala costumbre de levantar de repente la mano tullida mientras trabajaba y darle la vuelta de pronto, como si quisiera estudiarse la palma o el dorso. Es probable que no viese ni una cosa ni la otra, sino solamente el pasado, aunque no estuviera recordando nada especial en aquel momento. Lo hacía sobre todo cuando lavaba la ropa. Aquel brusco movimiento de la mano se te antojaba misterioso, pero callabas para no molestarla. Aun así, le pregunté:

—¿Qué estás mirando?

La pregunta le cayó encima como una losa; apartó la vista, sacudió la cabeza,

volvió en sí y respondió con voz apagada:

—Nada, nada.

Después siguió restregando con el cepillo empapado en el agua jabonosa.

No mucho después de aquel incidente, la abuela había vuelto a ocupar su puesto en la familia, aunque parecía que el abuelo la había hecho volver sólo para seguir machacando sobre lo mismo con ella delante, y para que los críos se enteraran de que cuando naciera lo que ella llevaba en sus entrañas él no tenía la menor intención de reconocer su paternidad. «Claro que haré venir al cura para bautizarlo, pero cuando pregunte “¿De quién es este niño?” no pienso abrir la boca, así tendrás que responder tú y decir la verdad delante de Dios», argumentaba, anticipando con placer aquel momento.

—¿Cómo va entender una niña de diez años que unos padres que viven juntos no sean los padres de todos sus hermanos? —preguntaba mi madre.

—Tampoco debías de ser tan mayor. Una niña de diez años que ya ha visto ovejas y perros dale que te dale, ¿cómo no iba a entender que la pelea era porque los dos se engañaban el uno al otro? —objetó mi padre, molesto.

Mi madre no hizo ningún comentario y cambió de tema, negándose a pensar en nada o a reflexionar en voz alta sobre asuntos privados que no había forma humana de comprender, pues de otro modo no habrían sido tan privados. Así de simple es lo que está más cerca del corazón. Uno ni siquiera comprende sus propios asuntos personales, no digamos los de otros.

La abuela estaba embarazada cuando fue a Keflavík, y el abuelo acababa de regresar después de una larga ausencia, de modo que estaba convencido de que él no podía ser el padre. Pero las fechas se situaban justo en el límite, porque su ausencia y el momento de la concepción no coincidían con exactitud. Por lo tanto, bien habría podido engendrar él al niño.

—En asuntos como éste todo depende de lo lista que sea la mujer —argumentaba papá—. En cuanto el marido desaparece por la puerta, ella echa a correr para meterse en la cama con otro, al que quizá no quiera volver a ver nunca más, por lealtad al hombre al que engañó. Y para ella el colmo de la felicidad es quedarse embarazada de su aventura y recibir a su marido tan contenta cuando vuelve a casa. Luego vive en suspenso durante nueve meses, con la emoción de si acabarán pillándola, porque las mujeres suelen considerar su propio cuerpo y su propia conducta como si se tratara de una emocionante novela rosa o policiaca, o una de espías.

Mamá se limitó a pasar la bayeta por la mesa sin contestar.

En lo referente a los abuelos, seguramente él no se atrevió, por su honor o por el embarazo, a poner a su mujer de patitas en la calle de inmediato, no digamos para siempre; una madre cargada de muchos hijos que él había engendrado ilícitamente no tenía a donde ir. En semejante tesitura, todos los días juraba y perjuraba que cuando llegara el momento negaría ser el padre de aquello.

—No se te ocurra mentirle al cura, aunque a mí estés siempre contándome trolas

—advirtió con cara de perversidad, satisfecho de la artimaña que se le acababa de ocurrir.

La abuela echó mano de sus argucias femeninas. Siempre evadía la cuestión en vez de responder al hombre con el que convivía, como si sus exigencias de que hablara bajo juramento no fueran con ella. Con ella, que toda la vida había estado viendo cómo los hombres juraban una cosa y otra a las mujeres y luego, en cuanto había que asumir la responsabilidad, si te he visto no me acuerdo. Y sanseacabó.

Papá alegaba que para los hombres no era tan fundamental saber de quién eran los niños; a un hombre trabajador no le importaba demasiado currar como un esclavo para una mujer y unos críos, fueran suyos o no, con tal de que ella lo tuviera bien atendido en ese otro asunto.

—Tampoco es que sean demasiado buenas en eso, si se les deja alguna escapatoria —añadió.

Era obvio que a veces el abuelo se tranquilizaba si la abuela se mostraba atenta con él, pero recurría al troj con cierta frecuencia, volvía hecho un basilisco y decía, apesadumbrado unas veces, insolente otras:

—Yo no tengo nada que ver con esa criatura tuya del demonio.

La abuela nunca dejó de insistir en que no tenía ni idea de adonde quería ir a parar su marido con sus inútiles protestas. Pero como éste no paraba de proclamar aquello a los cuatro vientos, e incluso iba endureciendo aquellas acusaciones que apestaban a leche de troj, ella advirtió por enésima vez:

—No puedo pasarme la vida escuchando más reproches de deslealtad. Así que me tiraré al mar antes que seguir soportando esas acusaciones.

El abuelo sabía que una cosa es que alguien no escuche o finja no oír, y otra muy distinta que oiga perfectamente, sabiendo que no se pueden evitar las cosas fastidiosas por mucha sordera que se quiera fingir.

—Pues tendrás que enterarte de lo que digo, quieras o no —replicó—, y me oirás a menos que decidas hacerte la sorda.

Ella respondió con un vehemente «bah», dando a entender que aquellas palabras no tenían efecto alguno sobre ella, y replicó de manera muy femenina:

—¡Que me aspen si te reconozco! ¡Creo que ya no estás en tus cabales!

El abuelo tenía pocas respuestas para semejante comentario doble como aquél, o para razones de peso como aquéllas, aunque era sobre todo el tono de las palabras lo que le dejaba a él sin las suyas. Ella se dio cuenta y se atrevió a preguntarle, aunque no exactamente como hace una madre con su hijo:

—¿Te has vuelto idiota? ¿A que sólo te comportas así conmigo? —No necesitaba ni preguntarlo; notaba lo indefenso que se quedaba, y entonces añadía, con más dureza aún—: Sé que no eres como puede hacer pensar tu forma de comportarte, o como quieres aparentar, sé que pese a todo sigues siendo un gran hombre, Vilhjálmur Jónsson.

—No empieces con esas estupideces —replicaba el abuelo.

—Mira que... Yo debería conocerte mejor que nadie, pero ya casi ni te reconozco.

Ella nunca debería haber dicho algo así, porque los esposos, y menos aún los hombres con los que se vive sin haberse casado, no entienden que las mujeres a las que se han unido, con las que han tenido hijos y formado un hogar, puedan creer que ya ni siquiera los reconocen. Por eso, el abuelo buscó en su propio interior una idea parecida a la de ella pero aún más cargada de indirectas:

—Pues en cambio yo sí que reconozco a todas las personas de mi familia —respondió con gran énfasis, como acostumbra a hacer el campesino que se cree conocedor de su familia y su mujer y sospecha que, mientras estaba lejos trabajando, han urdido una conspiración contra él; al regresar percibe, o cree percibir, cierto olor a hombre en su covacha, y enseguida nota que, de alguna manera, no sólo ha perdido la autoridad, sino que todos se le han puesto en contra y quieren hacer de él un miserable paria.

El abuelo no tenía intención de permitir que le sucediera nada parecido. Pensaba imponerse para conseguir expulsar de su casa a todos los conspiradores.

—¿Cómo vas a conocer a las personas de tu familia precisamente tú, que casi nunca estás en casa? —preguntó la abuela—. Tendrías que pasar más tiempo aquí para ocuparte de nosotros. —Sabía perfectamente lo que había sucedido, como lo saben siempre las señoras, y se encontraba en mejor situación que nadie para un combate en el que sólo se dispone de una sospecha de la verdad; la insolencia del abuelo, por tanto, no se debía al convencimiento de su indefensión frente a los sentimientos de la mujer, sus funciones corporales y sus deseos—. Puf —añadió.

Lo mejor para ella era eludir la cuestión todo el tiempo que fuera posible, a fin de poder apaciguarle los ánimos cuando le viniera bien, o armar gresca, o disimular, pues tarde o temprano el hombre tendría que rendirse y aceptar los hechos consumados. No podía atacar frontalmente como habría deseado, decir la verdad, quedarse tan contenta y triunfar en toda la línea, porque aún no tenía asegurado su futuro con otro hombre. Sabía que nadie crea su propio destino. Todo se apoya en otros, sobre todo el destino, en otros y en otros más, incluso en otros que quizás estén ocultos dentro de uno mismo, en una serie infinita de otros. Nadie está completo, y no existe la plenitud.

En aquellos tiempos, las condiciones de vida eran difíciles. En una sola habitación dormían muchas personas, cabezas con pies, y la vida seguía su curso con el telón levantado. Por eso, casi todos se veían obligados a aprender desde muy pronto el arte de cerrar los ojos en cuanto veían lo que su instinto les decía que no era apropiado ver en otros. La gente tenía que decidirse y preguntarse: «¿Quiero saber lo que sé y he visto con mis propios ojos?».

De ellos dependía. Nada en la vida de la gente era absoluto, ni absolutamente perfecto ni absolutamente imperfecto, sino sólo como era, a su modo. Los adultos no podían refugiarse, no más entonces que ahora, en su hipocresía, y los niños se

convertían enseguida en una especie de espectadores y testigos de casi todo. Veían entre líneas en las palabras y los actos de sus madres. Se convertían en testigos de casi todo lo que conforma en la naturaleza humana, mucho antes de ser capaces de comprenderla o de convertirse en personas hechas y derechas. Todo ello reforzaba la madurez de su alma y su vida interior. Los niños se convertían no sólo en promesas de adulto, sino en lo que entendemos por adultos e incluso, en cierto sentido, en viejos.

Mi madre oía discutir a sus padres; estaban siempre a la greña durante todo el día, pero por la noche se les calentaban los ánimos. Las parejas creen que en la oscuridad no se ve nada, que las peleas y las disputas no se oyen, gracias a la brujería de las tinieblas, y que pueden enzarzarse en ellas sin ningún peligro. Por si fuera poco, la oscuridad vuelve a la gente mucho más atrevida. Ni siquiera se ven las caras el uno al otro, lo que aumenta el vigor de sus bocas, como sucede con el teléfono. Mi madre oía a su padre decir que él no había podido estar con ella, refiriéndose a la abuela, pero ella no lo comprendía hasta que la oscuridad la iluminó, haciéndole ver con claridad a qué se refería: a aquellos nueve meses justitos que permaneció fuera trabajando en una obra en el norte. La abuela seguía en sus trece, defendiéndose con bufidos en lugar de replicar con argumentos; el desprecio es lo que mejor resultado les da a las mujeres. Gruñía, bufaba e invocaba a Dios con vehemencia, y decía que no podían dejar que los niños se despertaran y los oyeran. Repetía una y otra vez que aquello había ido demasiado lejos.

—Pero ¿qué te has creído que soy? —preguntó al final.

—Ni tú misma puedes responder ya a eso, así que fíjate yo —respondió el abuelo secamente.

Nadie sabía ya nada en aquella casa, excepto si tenían hambre o no, si hacía frío, si nevaba, si el cielo estaba encapotado o despejado, si llovía. En esa época del año, cuando los días son más cortos, el sol casi no se dejaba ver.

La criatura nació en el mes más oscuro del año. Era una niña silenciosa, aunque a ratos lloraba. A pesar de la alegría por el nacimiento, las navidades no fueron la fiesta de la luz. Diciembre nunca ha sido un buen mes para nacer, porque el alma no está de buen humor, y sobre la familia se cernía una sombra mayor y más espesa que la reinante en aquellos días de tinieblas.

Llegó el momento de bautizar a la niña. El cura llegó de visita inesperadamente un poco antes, abriéndose camino a través de la nieve. Mi madre estaba sentada esta vez en una silla junto a la ventana. Ya no le ordenaban marcharse en cuanto llegaban invitados finos, de modo que se pasó un largo rato escuchando la discusión que el cura y su padre mantenían en la cocina. Los dos bebían leche de troj, primero en un vaso, luego echándosela en el café. Finalmente, a gollete. Estuvieron bebiendo hasta bien entrada la tarde. Entretanto, la abuela salió a atar pescado en manojos. Todo esto sucedía cuando las tripulaciones estaban en tierra después de haber salido unos días de pesca y cuando, a buen seguro, después de varios días de mal tiempo, así que

había que aprovechar la oportunidad y bautizar a la niña entonces. La abuela regresó por fin; tenía frío y fue a calentarse junto al fogón. Callaba. Había empezado a oscurecer. Desde donde estaba sentada, mi madre veía por la puertecilla de la Cocina cómo el resplandor rojizo del fogón lamía los pliegues del vestido de su madre. Su padre estaba furibundo y daba puñetazos en la mesa, hecho un basilisco por culpa del rapé marrón que se metía en la nariz y que a mamá le parecía caca.

—Yo no tengo nada que ver con esa niña —afirmó con mayor énfasis aún al ver a su mujer frotarse las manos ateridas delante del resplandor.

—Tómame otro trago, así podremos discutir esto de forma un poco más racional —sugirió el cura por centésima vez.

Mamá miró a su madre, que se acercó aún más al calor del fuego.

—¿Y de quién es, entonces? Supongo que no será sólo de su madre —preguntó el cura con una sonrisita; no le parecía bien que un hombre en su sano juicio, que ni siquiera se había casado con su compañera, se anduviera con discursos morales delante de un cura como si hubiera contraído el sacramento del sagrado matrimonio—. No puedes andar diciendo semejantes tonterías, cuando resulta que empezaste a tener relaciones con ella justo después de haberte quitado de encima a tu esposa legítima, y encima con un niño pequeño —agregó, arremetiendo contra el abuelo—. Te quedaste con ésta pero ni se te pasó por la cabeza casarte con ella.

—Creo que eso es un asunto privado —respondió el abuelo.

Se justificó alegando que a causa de sus malas experiencias no había querido volver a contraer matrimonio con ésta, y ahora ya le tenía echado el ojo a una tercera mujer, una viuda joven con un niño, y había decidido quedarse con ella y el niño y casarse.

—¿Ah, síííí? —preguntó el cura, alargando la vocal.

—Creo que ya no es ningún secreto —continuó el abuelo—. Me he comprometido con esa mujer. De modo que ésta puede hacer lo que le apetezca.

—¿Me estás diciendo que has empujado a tu compañera a los brazos de otro hombre para poder librarte de ella sin perder la buena conciencia y así buscarte otra? —preguntó el cura, nada habituado a toparse con semejante cosa—. Pero ¿tú te crees que vives en Turquía?

—De eso no sé, lo único que sé es que yo ya no vivo con esta mujer —contestó el abuelo.

—¿De quién es la niña? —inquirió el cura con curiosidad.

—Supongo que lo mejor será preguntárselo a ella —respondió el abuelo tan tranquilo, mirando a la abuela.

—¿Quieres un poco de pescado, que ya es la hora de cenar? —preguntó la abuela.

—Por esta vez renuncio a lo sólido, me basta con un poco de grasilla —respondió el cura con sarcasmo; después levantó el codo y se echó un buen trago de leche de troj, sin molestarse siquiera en echarla en el café.

La abuela dijo entonces que no estaba dispuesta a seguir escuchando aquellas

cosas. El cura ni se dignó mirarla, como si no estuviera allí, de modo que ella se ofendió y una expresión de tristeza le cubrió el rostro mientras el cura seguía machacando al abuelo sin llegar a ninguna parte.

—Esta niña no será más legítima que los demás críos vuestros, pero nació mientras vivíais juntos, de modo que tienes que apechugar con ella, y tuya es toda la responsabilidad, como ha de ser —sentenció el cura.

El abuelo refunfuñó, pero no se atrevió a replicar ante unos argumentos que no comprendía bien, o quizá porque el cura le había intimidado con su indirecta de que había cedido ante la abuela y ahora tenía que pagar por tamaña estupidez.

—Un marido que engaña a su mujer no puede tenerla a raya para evitar que ella también le engañe, especialmente mientras él está con la otra —alegó el cura—. Porque ha creado un vacío, y siempre hay muchos que están encantados de llenar el hueco.

—Ya lo sé, ya lo sé —replicó el abuelo.

—No hace falta ser una lumbrera para darse cuenta de que no hay nadie al quite que pueda ir a avisar —dijo el cura—. Pero el que está lejos baja la guardia a veces y no se entera si llega otro a meterse en su garita, ¿o no? —preguntó el cura.

—Me da igual, aunque, claro... —empezó el abuelo. Cuando se presentó el meollo de la cuestión de una forma tan clara y racional, y con las palabras justas, se le empantanó el entendimiento. Sacudió la cabeza, puso cara de ofendido y repitió—: Me da igual, pero, claro...

—En un caso así, el niño es exclusivamente de quien asume la responsabilidad —prosiguió el cura, con el énfasis de quien sabe que está logrando la victoria.

Al abuelo le entró la risa tonta. Se pasó la mano por la nariz y se la manchó con el tabaco. A mamá le dio asco. Luego se calló, se quedó pensativo y respondió, con voz pausada:

—Así que uno de los marineros le ha arreglado el culo a la boya mientras el patrón andaba trabajando con otros carpinteros aún mejores que él, lejos de la barca.

Mi madre se puso rígida pero no se movió de la silla.

El cura se percató entonces de su presencia. La observó con tranquilidad, estudiándola con la mirada, pero no le ordenó salir mientras solucionaban aquel asuntillo. A los niños se les permitía verlo y oírlo todo en la oscuridad, pero no a plena luz del día; se limitó a taladrarla con la mirada. Al abuelo se le había puesto cara de rendición, y ya estaba tocado cuando dijo:

—De modo que por eso andaba por ahí preguntándole a los hombres si sabían carpintería. —Rió con frialdad, y añadió—: Supongo que también saben empotrarles niños a las tías.

La abuela refunfuñó unas cuantas veces, cada vez con más fuerza.

—Pues sí, hay carpinteros y carpinteros —dijo el cura—, pero no le vas a hacer a esa mujer la barbaridad de escaquearte del asunto después de haber vivido juntos tantos años sin la bendición del Señor, lo que, por cierto, hace quino me extraña nada

que la convivencia termine así.

—También ella quería que las cosas siguieran igual, tenerme bien atado con los hijos y luego andar por ahí a rienda suelta —respondió el abuelo, y repitió que no estaba dispuesto a mover un dedo.

—Ya veremos qué triunfa, la voluntad, la verdad o el deber —replicó el cura, disgustado.

Por fin se despidió, tras tomarse otro café y charlar de otros asuntos más interesantes; discutieron con vehemencia si podía ser verdad eso de que el sol se detuvo en el cielo en Jericó, propiciando así la espléndida victoria de Israel sobre los pecadores; y si efectivamente fue así, durante cuánto tiempo. Ahora era el abuelo en lugar de la abuela, quien refunfuñaba escéptico ante semejante absurdo. En cambio, la abuela participó en el juego, se animó y se mostró de acuerdo con el cura en que Dios es capaz de detenerlo todo con la gracia de su mano omnipotente, puede dejar los astros del cielo en sus órbitas o hacer que los soles se desplomen sobre las cabezas de los injustos y que les destrocen el cráneo las estrellas, si le daba por exterminar a la raza humana.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó el cura.

Al abuelo, la venganza le parecía justa y natural, de modo que contestó:

—Por mí, como si a Dios le da por destruir todos los planetas. ¿Acaso no son suyos?

El cura expresó su satisfacción por el gran paso que había dado el abuelo en dirección a la verdadera fe, considerando aquellas palabras como una señal de que también acabaría por entrar en razón cuando llegara la hora del bautizo. Se fijó el día. El bautizo se celebraría en casa y sólo asistirían los familiares y algunos allegados de confianza. Mientras, el abuelo musitaba un «Ya veremos».

—Yo tenía mucho miedo de lo que pudiera decir papá —admitió mi madre, y añadió que había vivido en suspenso hasta que llegó el día del bautizo.

Ya le habían puesto a la niña el faldón de cristianar y el babero en el cuello. Luego le dieron un chupete con una bolita de papilla dulce de avena para que se relajara chupando algo y no llorara demasiado.

—Los chicos estaban en suspenso, y yo hecha un manojo de nervios, todos en torno a la mesa de la cocina, con la palangana de agua bendita —contaba mi madre—. Estaba esperando a que el cura hiciese la pregunta. Ni papá ni él habían bebido leche y apenas habían hablado.

Intentaba mantener los ojos cerrados, aunque los entreabría o los abría del todo de vez en cuando para comprobar lo que iba pasando. Aquello la calmaba un poco. Pero, pese a todo, parecía que el corazón iba a explotarle y sus palpitaciones se dejaban sentir por todo el cuerpo. La espera la paralizaba, un malestar la recorría por dentro como un río, y tenía unas persistentes ganas de orinar. Por fin se oyó al sacerdote preguntar:

—¿De quién es la niña que va a recibir el sagrado bautismo?

Siguió un largo silencio y mi madre creyó que iba a estallar. Con el corazón acelerado, abrió los ojos del todo para dejar salir la sangre de su alma y ver a sus padres desaparecer en la riada.

«No, no», se repetía, no quería morir con los ojos cerrados. Todo empezó a hundirse, pero por fin su padre respondió a regañadientes:

—De Vilhjálmur Jónsson.

El cura se inclinó hacia delante. La abuela sacó el chupete de la boca de la niña a toda prisa. El cura formó un cuenco con la palma de la mano y la acercó poco a poco al borde de la palangana, la introdujo en el agua y salpicó con ella la cabeza de la criatura, que hizo unos gorgoritos. Le dio en el bautismo el nombre de la más bella flor de la tierra, y su aroma imaginado, lleno de paz, se extendió por toda la estancia.

—Siempre me ha encantado el lirio, un símbolo de inocencia que el ángel o el Espíritu Santo le entregó a la Virgen María el día de la Anunciación —decía la abuela, y la piedad le humedecía los ojos.

Dios parecía haber apagado por un rato los soles de la ira y haberlos hundido en el mar, que siempre estaba cerca. Así que concluyó la ceremonia y ya no quedó sino esperar el luminoso futuro de amor y relaciones sexuales entre los padres, que estaban cada uno donde tenía que estar, el padre fuera y la madre dentro, y con toda la familia reunida en la casa donde cada uno sabía el papel que le correspondía.

—Bueno, ya ves cómo Dios sí que detuvo el sol en Jericó cuando Israel derrotó al obstinado ejército de mentirosos —dijo el cura.

—Ya lo veo —concedió el abuelo, mostrándose de lo más pacífico.

La abuela había retirado ya la palangana de la mesa y había utilizado el agua bendita para llenar la jarra, porque el agua fresca no sobraba. Allí no había más agua que la de los pozos, medio salobre, pues el agua dulce que se recogía del tejado y se iba acumulando en un barril en la esquina de la casa estaba completamente congelada.

El abuelo y el cura se sentaron a la mesa de la cocina un rato, para beber en paz y concordia el café del bautizo.

—En Grindavík hay cosas que serían impensables en Biskupstungi —afirmó el abuelo de sopetón.

Su familia era de allí. Su madre había sido algo así como una especie de comadrona hecha a todo, que sabía ayudar a quitarse de encima, siempre que era menester, niños, amor, mujeres, moral, maridos y matrimonios. El hijo, en cambio, no había aprendido de la experiencia de su madre otra cosa que lo que resultaba útil para su propia conveniencia.

—Supongo que la fe es mejor cuando se acomoda a la conveniencia de cada cual —dijo.

—El café está más rico cuando se hace en la jarra del agua bendita —rió el cura —. Sienta de maravilla al estómago y acelera las ideas y las cosas.

Estaba contento por el café, pero muy especialmente una vez que le hubieron

pagado en dinero contante y sonante, por ningún motivo en especial.

Cuando el abuelo se quedó solo con la abuela y los chicos, se puso de manifiesto que no había cambiado lo más mínimo. Se exaltó como de costumbre, y espetó:

—Me importa un comino lo que diga el acta de bautismo, y lo que yo mismo me vi obligado a decir. Yo no tengo nada que ver con esta niña, aparte de haberle dado mi nombre.

Dicho esto, expulsó del hogar a la abuela de forma definitiva.

Mi madre recordaba cómo la abuela se fue a casa de sus padres con la pequeñina en brazos y los demás en fila india detrás de ella, lloriqueando.

No vivieron allí mucho tiempo, las tradiciones también mandaban en estas cosas. La abuela empezó como ama de llaves, pero luego se fue a vivir con el hombre que el abuelo creía que era el padre de la niña, y con quien acabaría por casarse. Después de pasar él unos años como campesino en tierras arrendadas, se mudó con la abuela a las montañas, y allí tuvo ella tantos hijos con él como con su anterior compañero. Ella no hacía distinciones entre un hombre y otro en esas cuestiones, pero vivió con su esposo legítimo en paz y armonía hasta el día de su muerte. También el abuelo se quedó tan contento con su tercera mujer. Los dos vivieron casi hasta los cien años y gozaron de buena salud de mente y de cuerpo hasta que fallecieron.

Mi madre decía que en su infancia había rezado, y durante toda la vida esperó que se cumpliera su ruego, para que el aspecto de la niña revelara su paternidad pareciéndose a alguien, a su padre, al padrastro o a algún otro, porque los rasgos de la cara mienten menos que la boca. En un examen minucioso, la niña resultaba parecerse unas veces a uno, otras veces a otro, y lo más habitual era que se pareciera a varios a la vez. Era lo que se dice una mezcla: la boca de su madre, pero los ojos de sus tíos; la voz no indicaba nada, todos la tenían bastante chillona; la nariz, ni gorda ni fina; los ojos, grises y corrientes; y el color del pelo era el típico de toda la familia. Nunca llegó a ser la imagen viva del padre de mi madre, y a lo mejor ni siquiera se parecía a él, pero tampoco recordaba a su padrastro. Por eso no había forma de llegar a ninguna conclusión a ciencia cierta, y hubo que contentarse con suposiciones. Cuando creció, lo único que podía decirse era que la niña «tenía el físico» de su madre, incluidas las piernas, más bien flacas. Con todo, mi madre siempre sospechó que era hija del hombre con el que la abuela acabó casándose. Cuando empezaron en la granja y tuvieron hijos, a mi madre le resultó asombroso que su hermanastra no se pareciera a su propio padre más que al padre de ella, excepto en el color del pelo. La única explicación para semejante indefinición en los rasgos de familia era la incertidumbre que le llenaba la mente en los días de su infancia y que le provocaba espejismos, aunque sólo en su interior, porque nadie más se daba cuenta. El aspecto externo de la niña, como el de otras criaturas, era como el clima islandés, siempre variable, hasta que llegó a adulta. Su vida se asemejó a ella misma; todo dependía del ángulo desde el que se la mirara. Por eso procuró que mi madre no viese a su madre como una mentirosa, aunque siempre tuvo una relación ambigua con sus padres; se

mostraba tímida con ellos y procuraba evitarlos a ambos, dentro de unos límites razonables.

Nunca quedó claro si el abuelo había reconocido a la niña para evitarle a su compañera la «vergüenza» de haberse quedado embarazada del hombre con el que acabaría por casarse o si lo había hecho para castigarse a sí mismo por no haberla vigilado bien y por mantener relaciones íntimas con otra. ¿O lo hizo para ceder a los deseos del cura y mostrar su respeto por los valores morales de la religión y su representante? Al obligarlo a cargar con la paternidad, el cura había situado las apariencias y el disimulo por delante de la verdad y de los impulsos humanos naturales, tanto de los hombres como de las mujeres, aunque sin duda conocía la verdad y habría debido comprender sus debilidades. También podría ser que hubiera aceptado a la niña con la intención de calmar el pavor de los demás hijos, aunque a pesar de todo introdujo en sus mentes la semilla de la duda sobre la decencia de su madre; para los niños, lo que ella haga es siempre mucho más importante que lo que pueda hacer su padre, en asuntos del mismo género. A él se le perdona con más facilidad que a ella, porque no tiene que cargar durante nueve meses con las huellas del delito, ni acaba trayendo al mundo las consecuencias de su crimen: un problema encarnado en una criatura inmadura y llorona, con el que además hay que cargar toda la vida. Probablemente, la cuestión de lo que llamamos honestidad y sinceridad hizo reflexionar a mi madre mucho más que a su hermana menor. En aquel entonces existía la norma de que, si una pareja rompía la convivencia, las madres se quedaban con el hijo más pequeño y con el mayor, no por amor sino por necesidad y conveniencia, pues no había muchas personas, al margen de los parientes, dispuestas a acoger a una criatura recién nacida, y el primogénito solía ser ya útil o lo sería en poco tiempo. Matrimonios, familias e incluso parejas de hecho acostumbraban a aplazar la ruptura hasta que se hubieran cerrado todas las vías del amor. Solían terminar después de que el amor hubiera estado diez años languideciendo, a menos que muriera uno de los dos, pues en tal caso se transformaba en un amor eterno.

Así pues, mi madre siguió con su madre, y era ella la que se ocupaba de la niña, que, cuando la abuela se fue a vivir con su nuevo marido, le recordaba día tras día aquel suceso. En un primer momento se desplazaron apenas un trecho desde su casa anterior, un poquito al este del grupo de viviendas que constituía el barrio donde mi madre había nacido y donde siempre había vivido.

—Lo cierto es que creo no equivocarme si digo que los mejores años de mi niñez fueron los que vivimos en Hraun —solía decir mi madre con añoranza.

Lo decía sobre todo en verano, cuando la senda del sol era más alta y nos sentábamos alrededor de la mesa de la cocina hasta muy tarde, esperando el momento en que nos incorporábamos para contemplar el ocaso antes de irnos a dormir. También acostumbraba a decirlo cuando, en otoño, llegaban los primeros días en los que oscurecía de verdad. La voz adquiría entonces un tono diferente. Se quedaba pensativa, pero añadía, con un poco de amargura, o como si estuviera hablando desde una inmensa lejanía:

—Y eso que me daba miedo la oscuridad y me asustaba aquel largo pasillo de paredes de adobe. —Luego recordaba cómo el rumor del mar y el incesante golpeteo de las olas que se estrellaban contra los acantilados día tras día, y sobre todo durante la negra noche, acrecentaban su miedo—. En Hraun, pese a todo, me entraba por las noches un deseo enorme de morir; siempre estaba exhausta, pero no sabía por qué.

Esto explicaba mi madre mientras la noche nos traía calma y un mar de colores desde el cielo luminoso del norte. Ya faltaba poco para que la puesta de sol tiñera del color rojo del atardecer el pie de la montaña y alejara con su belleza los recuerdos tristes para llevarnos a un territorio que habría de convertirse en refugio tranquilizador, sin que para ello importara en absoluto lo que hubiera sucedido en la vida real. Enseguida te veías imbuido del talento de apartar la mirada de la realidad y contemplar la claridad de la noche.

A los hijos de Vilhjálmur los mandaron a cada uno a un sitio.

Había llegado la medianoche y el cielo, de color verdemar, ofrecía leves indicios de que se acercaba el alba.

—Casi todos se fueron a vivir con personas que no eran parientes nuestros, menos Fríða, que se quedó con papá. Yo era la mayor, así que mamá me llevó con ella para que me encargase de las labores del hogar. —El rojo empezaba a encender el cielo del norte, pero mi madre no nos dijo «¡Mirad qué fulgor!», porque a veces se le olvidaba, sino que continuó con sus recuerdos—: Mamá quizá quería compensar la pérdida recuperando el tiempo perdido y teniendo por lo menos tantos hijos con su segundo marido como los que había tenido con papá, y quizás incluso más. En eso consiste la justicia.

Yo veía mentalmente, cuando el rojo de la tarde se unía al rojo de la mañana, cómo su madre consiguió transformarse a sí misma con su destreza materna y se liberó de todo yugo, excepto del que la madre naturaleza puede imponer a una mujer cuando se acuesta con un hombre y queda encinta. Porque, después del nacimiento, una buena madre puede zafarse de las obligaciones del hogar y descargar las suyas propias sobre los hombros del mayor de sus hijos sirviéndose tan sólo de palabras amables. Así empujó a su hija, siempre tan bien dispuesta, a cumplir con sus futuras obligaciones y a aprender ya de niña las tareas de las que habría de encargarse más tarde por obligación, de modo que fuese capaz de hacer todo cuanto adorna a la mujer

cuando llega la hora de su matrimonio. Así, la abuela convirtió a su hija en una especie de madre de sus hermanos, modo de proceder universal entre las madres pobres, que trataban de habituar a sus hijas a las costumbres y los hábitos reinantes entonces y, de paso, quitarse de encima la responsabilidad de la crianza de su nutrida prole. Convertían a sus hijas en seres responsables y sumisos para poder gozar ellas de un poquitín de libertad tras haber sido durante largos años las víctimas de las contradicciones de la vida, llevando a su hijo en su propia cárcel y luego viviendo en la cárcel de sus propios hijos, al menos hasta la Sagrada Confirmación. Por esa razón, la madre es a la vez carcelera y cárcel, la salvadora que trae la luz y al mismo tiempo la que tortura. La vida y sus leyes son así, por regla general.

Se hacen interminables en la memoria aquellos ratos junto a la ventana, a última hora de la tarde, en primavera o a principios de verano, aunque los mejores eran a mediados de agosto, cuando se acercaba el otoño y la espera y la expectativa se aliaban con la melancolía. Toda la naturaleza parecía decir: «Pronto llegará al cielo el rojo que esperáis, el presagio del ocaso del último sol que brillará en vuestra vida. Sois seres humanos, y por eso queréis que el ocaso se convierta en la bella ancianidad del día».

En primavera sabíamos que aquel color rojo indicaba que al poco amanecería y que tendríamos que irnos a dormir antes de que el nuevo día llegara, todos amontonados debajo de un grueso y pesado edredón de plumas que nos aplastaba contra el colchón de rayas colocado encima del duro tablero de la cama. Entonces descubríamos que el pelo de mamá cuando dormía olía de forma parecida a la pluma del edredón, de modo que me atreví a pensar: «¿Tendrá mamá cabeza de gallina?», para que luego me entraran los remordimientos por pensar mal de ella. Cerré entonces los ojos un ratito y me dispuse a dejar que Dios, el mayor asesino del mundo, pues al final nos mata a todos, me matara. Pero Dios no lo hizo. Me dormí y ni siquiera fui castigado con horribles pesadillas, sino que desperté vivo y coleando con el resplandor del sol, que solía desaparecer antes de que nos levantáramos, cuando empezaba a llover. Luego llegaban atardeceres y más atardeceres, siempre nuevos, y estábamos siempre esperando la luz mientras mi madre hablaba en cierto modo consigo misma en la claridad de la noche, aunque nos hablara a nosotros, muchas veces con la punta de un cuchillo de mesa entre los labios. Siento enormes deseos de tener un gato y entrar en la eternidad cabalgando sobre sus lomos.

—Nadie está tan loco como para cabalgar en un gato —dijo mamá.

Lo trenzaba todo en un tiempo interminable y múltiple, el tiempo del relato, durante la larga espera hasta que el sol descendía arrastrándose por la falda de la montaña. Contaba que cuando la abuela y su marido levantaron la casa y volvieron a mudarse, esta vez mucho más lejos, en medio de las montañas, lejos de cualquier otra casa, ella había cumplido los dieciséis. Sucedió a finales de primavera o principios de verano.

—Yo echaba mucho de menos la vida en Hraun, con toda aquella gente —dijo—,

cuando bailábamos y hacíamos que alguien con buena voz cantara para el baile, o que hiciera música con un peine si no conseguíamos pillar al que tenía la armónica. Aquello ya no era posible allí. Nadie baila con el ruido del viento o el murmullo del mar.

Allí en las montañas no había canciones, no había bailes. Allí ni siquiera se veía cómo el ocaso se descolgaba por la falda de la montaña. Lo primero que le dijeron en su nueva casa fue que se pusiera a limpiar para quitar los restos de nieve, pues aquellas tierras habían estado desocupadas tanto tiempo que todo se había llenado de la suciedad de la nieve vieja. Ya era mayor, hasta el punto de que en una ocasión hizo las veces de partera para ayudar a nacer a un hermano suyo, porque era muy difícil conseguir que alguien recorriera todo aquel largo camino hasta la granja; además, ya había empezado el otoño.

Mi madre explicaba con todo lujo de detalles los preparativos, cómo estaba tumbada la abuela, cómo eran la barriga y la cama. Sucedió a mediados de octubre, el mes de los nacimientos. La escuchabas con la respiración en suspenso a finales de verano, con aquella extraña claridad. Fuera, todo estaba tranquilo y nublado, pero probablemente el viento del norte peinaría los nubarrones antes de medianoche, o quizá más tarde, para que pudiéramos ver el color rojo. Todo coincidía en el tiempo del relato, un tiempo que existe en verdad.

—Espera tranquilo —decía mi madre—. Seguro que hoy habrá una bonita puesta de sol.

La abuela estaba medio incorporada en la cama, con los labios azulados; casi no podía hablar, pero le iba explicando a su hija lo que tenía que hacer en cada momento porque ella estaba ya demasiado débil para recibir a su propio hijo, y lo que más deseaba era morir.

Mi madre siguió con sus explicaciones, y a duras penas logró llegar hasta el final.

—Tenía en los brazos a mi hermano —dijo.

De alguna forma, su gesto delataba que en aquel momento le asqueaba su hermano, y también su madre, la vida, e incluso ella misma, y que ahora se avergonzaba de sus sentimientos de entonces.

—Ve a lavar al niño —instó la abuela, ya sin fuerzas.

Mi madre ya había atado el cordón y había lavado al niño en una palangana, y fue a dárselo a su madre. Entonces vio con pavor que algo asomaba por el lugar por donde había hecho salir al niño, y se dispuso a arrancarlo o a cortarlo como hiciera con el cordón.

—¿Qué es esto? —preguntó antes, sin embargo, temerosa de que a su madre se le estuvieran saliendo las tripas y que aquello no fuera más que el principio.

Su madre, medio hundida en el sopor, la tranquilizó.

—No es nada, sólo la placenta, déjala.

—¿La saco también? —preguntó ella.

—No se puede —respondió su madre, espabilándose de pronto.

Mi madre no sabía qué hacer, desconocía aquella parte del cuerpo de la mujer, así que preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque me matarías.

Mi madre se sentó en el borde de la cama, desfallecida, y el niño se echó a llorar.

—Cuando llegue el momento se irá sola —dijo la parturienta—. Tarda más en desaparecer en las mujeres que en las ovejas.

Tras decir esto se quedó adormilada.

Yo escuchaba sentado en la oscuridad del crepúsculo mientras mi madre recuperaba historias de su infancia y de su juventud, despacito, desde el fondo de sus tinieblas, de sus tiempos, en el orden que ella misma decidía para su relato. A veces eran fragmentos que tenía que hilvanar por tu cuenta. Tenía las mejillas sonrosadas. El rojo del sol poniente parecía surgir de dentro del malpaís; la tierra se movía poco a poco con la claridad, desde el oeste hacia el norte. Seguro que podías contemplar, tanto en las historias de mamá como mirando por la ventana, la naturaleza, el recuerdo de los días pasados que al poco rato reaparecerían desde la infinitud en una nueva imagen, y así eternamente, el viejo día que llega desde el este camino del oeste y del norte en una repetición inacabable de la vida y del sol. Pero hasta que aquello sucediera, el sol producía en el cielo, detrás de las montañas, una claridad colmada de misterio.

A veces las palabras hacían que me sintiera un poco avergonzado, pero muy pronto dejé de ver como algo vergonzoso incluso las partes más recónditas de la vida. Todo es a un tiempo verdadero y natural en cierto modo, y aunque conozcas los aspectos más secretos de la vida, éstos no pierden su misterio. El conocimiento no tiene por qué destruir la aventura; puede aumentarla. A mí no me parecía inapropiado que una madre hablara de esas cosas. Todo era una parte inevitable de la vida, inseparable de ella, y aunque las historias llegaban a veces amontonadas, cada pormenor aparecía, sin embargo, con su individualidad propia y sus rasgos peculiares, igual que nosotros, que dormíamos todos apiñados debajo del edredón. No se vive otra cosa que la vida, y todos quieren vivirla para no perderse nada. Unas cosas se ven, otras no; la vida no se le muestra a uno en su totalidad y de un solo golpe, sino sobre todo a través de palabras que forman un relato. Vivir es juntar retazos. Las palabras permiten ver escalones desconocidos que la mayoría de las personas esconde con su silencio. La conducta de mi madre tenía que proporcionar a nuestro conocimiento tolerancia, madurez y auténtica comprensión. Quien no oye ni escucha las palabras de su madre cuando es niño, nunca aprende a mirar el mundo o a narrar lo que sucede en él; y sin esa facultad irá perdiendo poco a poco el relato consustancial al ser humano; perderá la esencia del relato, surgida del murmullo y la disolución, pero también el talento de escuchar y enlazar después, tranquilamente, una cosa con otra; así es el tiempo del relato y la condensación de los sucesos en la tensión interna de la tragedia. Todo esto se obtiene sólo de la madre, porque sin su

murmullo el contenido se vacía y no queda nada salvo la capa superficial de nada. Quien en su infancia recibe suficiente de su madre, conseguirá en su vida tal saciedad que nunca volverá a tener hambre; y aunque tenga apetito de algo, su apetito también se verá saciado.

El verano tocaba a su fin y avanzaba ya la oscuridad del otoño, cuando a mi madre le entraban ganas de contar historias. Las noches con fuego en el cielo invitaban a las apariciones fantasmales en las personas y en la naturaleza; sus palabras resonaban, y los ruidos atravesaban la ventana.

—Si yo hubiera sido de natural atolondrado, o si me hubieran entrado las prisas y hubiera tirado de aquello, habría matado a mi madre —continuó.

Fue como si una misteriosa corriente de agua hubiera cruzado el espacio y un escalofrío nos hubiera atravesado la mente y los pies, porque los contrastes de vida y muerte se desplegaron ante nuestra fantasía y se disfrazaron de dos formas de ser que, aunque casi idénticas, presentaban semejanzas y diferencias al mismo tiempo: ser un individuo atolondrado o ser juicioso. Y quizá también de la crueldad del relato. Mi madre habría podido matar a su propia madre con sólo mover la mano, tras haber sacado de su vientre a su propio hermano y de haberle proporcionado el hálito de vida.

¿Lo habría hecho involuntariamente? ¿Inconscientemente? ¿Quizás intencionadamente?

¿Acaso no desea todo el mundo, alguna vez, matar a su madre para hacerse con unos remordimientos que le duren toda la vida, algo más duradero que la madre misma?

Durante mucho tiempo, yo había albergado deseos de poner en peligro la vida para conseguir algo tan permanente como el dolor de haber nacido.

Esperé ansioso la continuación, aunque sabía que la historia acababa con estas palabras:

—Por supuesto, obedecí a mi madre.

Llegan varios ocasos, uno tras otro, una serie interminable de ocasos con crepúsculos suficientes para alimentar la reflexión. Siempre nos sentamos al lado de la misma ventana.

—¿Y después? —pregunté.

No se oyó respuesta alguna.

Le eché una mirada furtiva y vi que su rostro había adoptado su habitual expresión apagada tan característica, aquella inexpresividad que yo imaginaba surgida de las sombras, o que era la sombra misma que cada uno guarda en su interior y que a veces se hace visible en la sinceridad del atardecer, y en la confianza, cuando la madre se siembra en la mente de los hijos para que surjan unas flores incomprensibles que se abrirán cuando menos se espere. Esa sombra es la muralla que tantas veces se menciona en los cuentos, una muralla que sólo el pájaro volador puede cruzar. Lo mismo sucede en el alma, cuando ya no recorre el mismo camino

que los demás en la historia de la vida. Una muralla invisible se había elevado en la vida de mis abuelos.

Yo escuchaba.

«Empieza tú, ahora te toca a ti», dijo el silencio.

Mi madre callaba. Ahora, cada uno tenía que seguir su propio camino y recorrer como pudiera la senda que atraviesa los pensamientos y las reflexiones.

Sentí en la oscuridad lo extraño que debió de resultar el ser a la vez hija, comadrona y hermana, en medio de las montañas, además, lejos de cualquier lugar habitado, y escuchar los quejidos de su madre mientras la guiaba entre un dolor y el siguiente para que el niño pudiera salir con vida del interior de su vientre.

Quizá sucedió en una noche oscura, mientras desde la lejanía llegaba el pesado rumor del mar que llenaba las tinieblas con el constante batir de las olas en sus embestidas sobre el acantilado, y cuando se calmó por fin, su madre musitó:

—Ay, Jóa, habría tenido que tirarme al mar a su debido tiempo.

El misterioso espíritu de libertad de nuestra herencia espiritual voló por el aire con un zumbido, la buena nueva de saber que cada persona puede decidir por sí misma su propia muerte, ser superior a Dios, a la vida, y a la decadencia y la enfermedad del cuerpo, desaparecer cuando uno lo desee. En realidad, el individuo no tiene ningún deseo plenamente absoluto, excepto el de decidir su propia muerte. Pero no puede decidir su propia vida, porque nadie se hace nacer a sí mismo de su propio cuerpo y nadie ha deseado nunca nacer, pues la voluntad no existe antes de la vida. Una bocanada de atardecer penetró por la ventana. Nos privamos precisamente de lo que más nos ilusionaba. La experiencia de la vida lleva a que nos sean más queridas las contradicciones de lo que tenemos sin haberlo pedido.

—Yo también habría debido arrojarme al mar a su debido tiempo.

Esta frase suena una y otra vez a lo largo de mi historia, con palabras diferentes pero siempre con el mismo significado, en el pasado y en el presente, repitiéndose eternamente en el futuro con las mismas palabras. Los sentimientos deben resonar por siempre en la quietud de la noche igual que el chorro al caer en el aljibe y las paredes de la oscuridad.

Un ocaso tras otro, la claridad volvía al norte, detrás de las montañas, y mi madre no se levantaba. Se quedaba quieta hasta que recorría la cortina y anunciaba:

—Bueno, ya ha llegado el fuego. —Nosotros también nos poníamos en pie de un salto y colocábamos la frente sobre el frío cristal. Ella proseguía—: La vida en Hraun era especialmente terrible en invierno, porque había muertos.

Añadió que no se trataba de que hubiera un cementerio corriente o un osario, sino que en cierto lugar del huerto crecían las patatas sobre los restos de los muertos. Unos marinos extranjeros se habían ahogado hacía mucho tiempo en la playa del karst, donde la lava se interna en el agua formando unos escollos puntiagudos hasta muy dentro del mar, lejos de la orilla. Cuando fueron arrojados a tierra, enterraron los cadáveres en el huerto porque así no hacía falta recorrer un largo camino para

transportarlos, y además no había manera de excavar las fosas en la lava y el único lugar con tierra lo bastante profundo era el huerto. Es probable que aquellos ahogados fueran marinos franceses, de tez oscura, y sus rasgos hoscos despertarían más miedo que si hubieran sido blancos y se les hubiera podido ver desde lejos. Los fantasmas oscuros apenas se ven en la oscuridad. Allí no había un cementerio en el sentido corriente, sino tierra consagrada, sobre todo en la zona inmediata a las paredes del aprisco, una tierra que podía quitarte las verrugas de la mano si enterrabas una cartita en la que detallabas en qué lugar preciso de la piel estaban y cuántas había. Yo lo hice una vez de niño, al igual que los demás. La carta tenía que ser solemne para que la tierra prestara oídos a la petición, porque había que apelar a la tierra consagrada e indirectamente a Dios al mismo tiempo, y la mía rezaba así:

«Yo, Guðbergur Bergsson, tengo diez verrugas en las manos, las más de ellas en los nudillos. Dos se encuentran en la parte frontal del dedo índice de la mano derecha, una crece en la parte posterior del dedo corazón de la misma mano, tres en el dorso de la mano izquierda y cuatro en el dedo pulgar de ésta. Ahora te suplico, cristiana tierra consagrada, tú que haces desaparecer de la tumba la carne de los muertos, que me quites las verrugas, solamente éstas, y que conserves el resto de la carne unida a sus huesos hasta que Dios, en su eterna sabiduría, decida llamar a su seno a este su siervo, mas no el cuerpo sino el alma y el espíritu; y a ti te dejará, tierra sagrada, que devores hasta la última brizna de carne del cadáver, guardando para ti todo lo material. El espíritu vivirá entonces al lado de Dios».

La carta acababa con mi firma llena de fiorituras. Mamá dijo que había que besar la carta con un corazón sincero, y explicó qué lugar era el mejor para enterrarla, el sitio donde el efecto de la tierra consagrada era tan fuerte que ni uno solo de los franceses había conseguido salir para convertirse en fantasma, de forma que la tierra no tenía ya nada mejor que hacer que dedicarse a quitarle las verrugas a la gente; y parecía no haber mejor abono, pues en ningún sitio crecían las patatas tan bien como bajo las paredes junto a las cuales se te desprendían de la mano mientras dormías. Esto era absolutamente cierto, ni te enterabas de que se te estaban curando. Una mañana te despertabas tan descansado, te mirabas los dedos y veías unas manos blanquísimas e impolutas de comadrona, en lugar de aquellas tan estropeadas de antes.

En esa época se creía que las verrugas desaparecían cuando se pudría la carta con la oración. Así era. Para salir de dudas y comprobar si era cierto, fui paseando a Hraun, donde estaban las tumbas, cuando se me pusieron manos de comadrona. No encontré rastro alguno de la carta y desde entonces no volví a tener verrugas. Me apetecía probar aún más el poder de la tierra consagrada, tentarla. Por ejemplo, escribiendo que me quitara la cabeza, pero no me atreví y opté por conservarla sobre mis hombros en vez de lograr el pleno convencimiento de la verdad, que se habría

quedado pegada al cuello en su lugar. No albergaba duda alguna acerca de la efectividad de la tierra consagrada hasta que, hace poco, una científica, especialista en verrugas, me dijo que aquello no era más que una vulgar superstición. Me puse en plan islandés de pura cepa y probé suerte en representación de la nación entera:

—Pues lo cierto es que las verrugas desaparecían.

La verrugóloga no se amilanó, y replicó:

—No dudo de que desaparecieran, pero no por la cartita enterrada en sagrado, sino porque la vida de las verrugas es limitada.

—Todo lo vivo tiene sus límites —repuse.

—No hay ninguna verruga que no se muera o desaparezca después de cierto tiempo, excepto si son cancerígenas —dijo ella—. Mírate las verrugas por la noche y por la mañana y hazte examinar la piel por un especialista al menos una vez al año. Todo depende del signo del zodiaco al que pertenezcas. Pero ninguna verruga sana dura toda la vida.

Mi madre habría sacudido la cabeza ante la idea de que para librarse de las verrugas fuera necesaria la ciencia. «¿Y la gente estudia durante años para hacerse especialista en una cosa que cualquier cementerio soluciona gratis?», habría preguntado, sin duda.

Ahora rasga el silencio en mi mente, tras haber estado pensativa un instante para que yo reflexionara y valorase el poder curativo de la tierra. Volvemos a estar sentados al lado de la ventana, y ella continúa, diciendo:

—Por la noche, cuando traía el agua para las ovejas al establo, corría a casa con la muerte y los fantasmas pisándomelos talones, pero en cuanto llegaba todavía me quedaba lo peor, aquel largo y oscuro pasillo lleno de espectros.

Su infancia parecía haber estado caracterizada por el miedo. Muchas veces sacudía la cabeza en silencio, probablemente agitada por los recuerdos, y se le dibujaba en el rostro un gesto difuso, que yo interpretaba como las lágrimas invisibles que llora quien se encuentra demasiado pronto ante el dolor de la vida. Una pena profunda nunca es ruidosa ni va acompañada de un mar de lágrimas. Los ojos no se humedecen como cuando uno rompe a gemir por simples minucias y lo que busca es que se compadezcan de él. En el sufrimiento, la sombra interior sube hasta el rostro y dibuja en él un gesto apenas esbozado. Si mi madre recordaba algo que le despertaba alguna herida, se echaba por encima aquel manto y sus palabras se convertían en una adivinanza, porque ella no las pronunciaba con un significado claro que permitiera su correcta interpretación.

Yo no conozco los llamados «viejos tiempos», la vida cotidiana de este país, excepto a partir de los recuerdos de mi madre, y me los imagino como unas terroríficas carreras por las tinieblas del pasillo, que cuando llovía se llenaba de agua y había que colocar piedras sobre el suelo de tierra para ir saltando por ellas y mantener los pies secos. Yo creía percibir el olor a tierra y la alegría que debía de sentir cuando llegaba, ya sin resuello, a la cocina, donde ardía el fuego en una cocina

de carbón o alguna clase de fogón.

—Aterrorizada, gimoteé muchas veces en verano mientras vigilaba el prado, y hundía la cabeza en el pelo del perro. —Estaba sentada de nuevo en la silla y sacudía la cabeza. Calló por un rato, y luego añadió, algo avergonzada y vacilante—: Se lo contaba todo al perro.

Ahora la observo en mi memoria; está callada. Se me pone gesto perruno, las orejas gachas, pero ella se limita a sonreír.

El pasado regresa involuntariamente al relato. De nada sirve intentar transformarlo en presente. Yo no soy el perro que se ha ganado su confianza.

—Lo más fácil es confiar en algún desconocido, sobre todo en los animales, para contarles lo más profundo de ti mismo —dijo mi madre—. También es bueno hablar con el mar, el viento y las piedras. Pero no creo que se pueda creer en duendes, que supuestamente viven dentro de las rocas sólo porque decimos que existen.

## El Húsafell

—Las montañas que has contemplado desde pequeño no solamente te son más queridas que cualesquiera otras montañas, sino que también te parecen más bellas —decía mamá—, y por eso el Húsafell, por ejemplo, es a mis ojos más bello que el Þorbjörn.

Nos pasábamos el rato mirando por las ventanas, que están hechas para que la luz del mundo penetre y alumbre a quienes viven en la casa. Pero nadie puede permanecer demasiado tiempo en la ventana espiando lo que hacen los demás; puede ser una grosería.

—No te estés demasiado en la ventana —instaba mamá—, y no mires más que las montañas.

En los pueblos pequeños no pasan muchas cosas, te aburre la monotonía. Pero el cielo, el mar y la tierra, aunque no la gente, cambian de color sin cesar, y hay colores que cambian la existencia junto con la forma de las cosas, pero no las ideas de la gente del pueblo.

El Þorbjörn es sin duda una montaña más bella que el Húsafell, si miras las montañas con objetividad, pensaba yo. El sol le hace tener colores constantemente variables, y además por su forma recuerda a una babosa gigante. Es fácil para un niño imaginarse a esa montaña saliendo del páramo hace muchísimo tiempo con la

intención de irse al mar. Nunca alcanzó su objetivo, como les pasa a las personas en sus propias vidas, y se convirtió en piedra no muy lejos del lugar donde había empezado su viaje, igual que las ogresas de los cuentos. La avaricia, lo malo y lo monstruoso nunca pueden alcanzar su meta, pues la naturaleza de la vida y las leyes de la naturaleza lo transforman en piedra mucho antes.

—Lo entenderás cuando leas cuentos —decía mamá.

En cambio, el Húsafell no se puede comparar con nada, por mucho que uno lo intente, ni con animales ni con ninguna otra cosa, aunque se trate de algo imaginado. Ni siquiera tiene nombre de monte, a pesar de que en realidad no es más pequeño que el Þorbjörn, y por su forma parece como si hubiera salido de debajo de la tierra, como si lo hubiera hecho Dios o se hubiera hecho él solo a lo largo de los siglos, o como si hubiera sido moldeado por la furia de las tormentas, la lluvia y los vientos. Por esa razón el Húsafell es un monte que sólo cambia de aspecto en función del lugar desde el que se mira, o de si está cerca o lejos, o de cómo y dónde brilla la luz en sus laderas, o del tiempo que haga. Por supuesto, exactamente lo mismo podría decirse de toda la naturaleza, y también del Þorbjörn, pero como el Húsafell es el monte del barrio de Þorkötlustaðir, quienes crecieron allí lo prefieren al Þorbjörn y lo consideran más bello; al menos ése es mi caso, y despierta en mí unos sentimientos más cálidos y me incita más a la reflexión que los demás montes que he visto con mis propios ojos. El Húsafell también provoca un amor que hiere al tiempo que alegra. Saberlo trae una profunda tristeza a los ojos, y probablemente también a las simas del llanto que nunca se llora. Los sentimientos se atemperan en los ojos que se cierran o se abren de par en par por la emoción. Pero es suficiente, porque los sentimientos son los ojos de todo aquello a lo que aplicamos el común término de ilusión.

Noto cómo obtengo la visión y los ojos de los sentimientos contemplando el Húsafell. Ese monte es un auténtico placer para la vista.

El Húsafell y el Þorbjörn tienen unos manchones de hierba verde bastante grandes sobre sus estériles laderas. Por lo demás, ambos son unos macizos de tierra desnuda y yerma, con pardas superficies terrosas. Desde la ventana de la cocina de casa se divisaban los dos, uno hacia el nordeste, el otro al noroeste, aunque no se veían igual de bien.

La belleza del Þorbjörn se acrecentaba aún más porque el sol se ponía detrás de él. Nunca se ve sol alguno a espaldas del Húsafell bañando el cielo con llamaradas que broten de sus hombros, y ni siquiera se alza allí para barrer el aire con la nueva luz del día, pues sale por el este. A menudo, al atardecer, el Þorbjörn alzaba orgulloso la cabeza ante las rojas nubes de fuego o metía la nariz o la coronilla por el último rayo de sol que sin duda había desaparecido en el mar, muy por detrás de él; nosotros no veíamos aquel mar y nunca nos habíamos alejado tanto de casa como para hacernos una idea de lo grande que es el mundo más allá de ciertas montañas, por no hablar del mar abierto y su inmensidad.

Mamá nos llamó a la ventana para aguzar nuestros sentimientos e instruirnos en la

belleza:

—¡Venid a mirar, deprisa! ¡Menuda puesta de sol!

Lo dijo excitada, como si su vida dependiera de ello, porque sabía que la principal característica de la belleza era que se dejaba ver sólo en raras ocasiones y no se mostraba ante los ojos de todos. Una belleza vulgar no es una belleza que valga demasiado la pena; siempre está en todas partes, a nuestro alrededor, y es evidente. La belleza infrecuente no es así sino de otro estilo; es perecedera, como suele decirse, y quizá sólo con ella puede uno hartarse de belleza, así que se esconde y te permite descansar de ella. La belleza constante no existe. Lo más parecido es lo que nunca deja tranquilos al ojo y a la mente. Esa belleza es intranquila, agresiva, irrita y calma al mismo tiempo; así renueva sin cesar los sentimientos que albergamos hacia ella.

Nos dispusimos a subir las escaleras para verla mejor.

—No, habrá desaparecido ya —dijo mamá deteniéndonos.

Entonces corrimos hacia la ventana. La cortina estaba abierta y contemplamos pasmados el fulgor del cielo. La belleza estaba a una distancia inmensa y desaparecía del cielo y la tierra, de todo menos de la mente; allí permanece aún, y yo conservo aquellos rojos gusanos en medio del cielo azul oscuro, mezclados con una conciencia tan imprecisa como los orígenes del ser humano.

Además de la puesta de sol, había otra cosa que distinguía al Þorbjörn: se le mencionaba en una canción con una melodía muy popular, que cantaban con frecuencia los coros de hombres. En ella se saludaba a todos los habitantes de la aldea como si fueran un solo hombre, diciendo: «Buenos días, gentes de Grindavík, el tiempo es hermoso, está en calma la mar...».

Con esas palabras demostraba quien las escribió una ignorancia absoluta, pues aquí no hay nadie que sea igual que los demás. Hay que saludar individualmente a cada uno, y casi nunca hace buen tiempo y el mar está siempre agitado. Sin embargo, se iba extendiendo entre la gente una tímida alegría que ocultaba en su interior una pizca de hastío, mientras el coro se esforzaba con una canción un tanto empalagosa. Te avergonzabas por dejarte influir por la canción y su tema, pero sobre todo por la carne de gallina que se te ponía, y te alegrabas de estar vestido porque así no se notaba; era bueno no tener que estar desnudo para escuchar las canciones del coro. A mí me parecía imposible darle los buenos días a alguien del pueblo con una referencia a una realidad evidente: el Þorbjörn era un monte del atardecer y el ocaso. En cambio, habría sido del todo correcto saludar al nuevo día con alguna alabanza al Húsafell, que se alzaba más bien hacia el este; pero nunca se ha compuesto canción alguna sobre el Húsafell ni sobre la aldea en la que nací, el barrio de Þorkötlustaðir, ni sus habitantes han recibido jamás un digno saludo: «Buenos días, torcatitos...» como llamaban a los que vivíamos en el barrio de Þorkötlustaðir. Eramos «gatitos» en comparación con... ¿con qué? ¿La gran gata montesa del otro barrio?

No, semejante alocución sonaría simplemente absurda. Los poetas escrupulosos no escriben hasta que identifican con frialdad su tema, para conseguir que la razón

domine sobre las emociones, no la razón por sí sola, pero menos aún, sobre todo, la pura efervescencia de los sentimientos.

No tengo ni idea de cómo podría ser la continuación, ni de cómo se podría componer algo con esa melodía, pero estoy convencido de que algún espantoso coro de hombres estaría encantado de entonar la *Oda al Barrio de Þorkötlustaðir* e incluso de hacer los besos que fueran necesarios, los suficientes para acabar con cualquiera.

El sol salía por el este, al lado de la montaña, que a menudo estaba bañada por una claridad límpida, pero nunca había resplandor aunque la luna arrojara sus rayos sobre ella. En otoño parecía una pared negra que se erguía contra el cielo. Nunca he visto una montaña tan negra. Pensaba que trepar a la cumbre y mirar el paisaje tendría que ser como contemplar el mundo entero, pero, claro está, tan sólo se veían los lugares de la infancia, opresivos y monótonos, los míos y los de cuantos vivían en el barrio. Pero no es del todo cierto, como pasa con otras cosas que decimos. Cuando hacía buen tiempo se veía a una distancia considerable, más allá de las tierras de mi niñez; por ejemplo, incluso hasta la isla de Eldey, que parecía un inaccesible pegote de tierra en medio del mar. Mamá solía decir, con la voz cargada de añoranza:

—En Nochevieja se encendían hogueras en lo más alto de la cumbre del Húsafell, y me gustaba contemplar las llamas en el cielo negro como el carbón, cuando era una chavalina y vivíamos en Hraun. Allá lejos estaban quemando el año viejo y alumbrando el nuevo para nosotros.

Una sensación especial debía nacer en su corazón cuando estaba en el llano contemplando pasmada las llamaradas de la cima. Veía cómo las rojas lenguas de fuego creaban una apoteosis de luz en el vacío, mientras el año se iba quemando en un fuego silencioso al que no se oía chisporrotear pero que quizás hacía palidecer las estrellas en el cielo. La oscuridad impedía ver nada, no había tierra, no había montaña, no había mar, y a buen seguro la llama parecía surgir sola del firmamento; y así desaparecía el año, entre fuegos y añoranzas.

Una neblina lechosa llenaba los ojos de los que habían encendido la hoguera y bailaban a su alrededor entonando cantos a la luna. Naturalmente, ésta no estaba en el cielo, ni pálida ni grisácea, allí sólo estaba la sólida oscuridad. Los ojos casi no veían por culpa de la neblina, era difícil descender de la alta montaña.

¿Y cómo bajaban?

De alguna forma conseguían ir deslizándose en una absoluta ceguera.

Mi madre estaba en medio de la helada, allá abajo, rodeada de sus hermanos, viendo cómo se iba enfriando la pira hasta que su mísero brillo se extinguía. No podían ver a la gente patinar por las duras superficies heladas o deslizarse por los barrancos en cuclillas con una duela de tonel en el trasero haciendo las veces de trineo.

En muchas ocasiones he recordado a la gente de la hoguera, cómo caminaban en la oscuridad al terminar la fiesta de fin de año, en medio de las negras sombras, descendiendo por la montaña cubierta de nieve, ya suficientemente intransitable en

pleno día y en verano. Sin duda, debían de temer la oscuridad, tendrían miedo de caer y romperse una pierna, les amedrentarían las piedras y el amenazador estruendo que llegaba desde el mar, a lo lejos, y que no se veía pero del que se elevaban la humedad y el olor a salitre en una especie de violento soplido que caía sobre sus rostros. Todo debía de mezclarse en la añoranza del fuego que iba desapareciendo igual que el año, convirtiéndose en brasa moribunda en lo más alto de la cima de los días después de haber vivido durante trescientos sesenta y cinco sin esperanza alguna de inflamarse en el año nuevo. Tampoco el fuego puede volver a arder, igual que aquellas personas que sentían su propia hoguera, su alegría y su pena, y que no podían ver en la oscuridad. Me parece más que probable que alguien del grupo mirara hacia la cima varias veces por encima del hombro y dijera: «Anda, queda un poquillo de resplandor todavía». Y otro añadiría: «Seguro que es un trozo de brea, es lo que arde más tiempo». Cuando, tras avanzar paso a paso, llegaran al llano, la llama y el año se habrían marchado al seno de los tiempos.

Estoy seguro de que la gente de Hraun pasaría los ojos por la montaña todos los días del año pensando en cómo la coronaría el fuego con las hogueras de la próxima Nochevieja, porque mi madre solía decir:

—Guardo muchos buenos recuerdos de cuando estaba a los pies de la montaña.

—¿No tienen que ver con las hogueras? —pregunté.

No respondió.

Ahora que ha muerto voy a encender una hoguera en su honor, en lo más alto de la cumbre. El mundo está sumido en una espesa oscuridad, negra como el carbón, tal como ella decía, aunque se refería sólo al mundo del interior de la casa o de un poco a su alrededor. A sus ojos, el mundo estaba en cualquier sitio donde nos encontráramos, y no tan sólo en lo más grande; por ejemplo está también en zurcir los tomates de los calcetines.

—Mira —le digo a mi madre en su tumba.

De pronto se enciende, y un resplandor golpea el llano. La montaña empieza a despedir llamaradas. No cabe duda, la Nochevieja ha venido a llevársela al seno de los tiempos.

Ahora la hago levantarse y situarse al pie de la montaña en medio de las tinieblas, no con su grupo de hermanos y hermanas, sino junto al peludo perro que también mira embobado hacia la hoguera. Pero el perro se pone a ladrar enseguida.

—Chis —dice ella, al tiempo que lo agarra con una mano por el frío hocico, y los dos contemplan en silencio las llamas que se alzan a lo lejos.

El año está quemándose, igual que la vida de mi madre se consumió hace trece años. De pronto se escucha un sonido fuerte y agudo. Se produce un estallido en la hoguera, y un barril en llamas se precipita ladera abajo, despidiendo una lluvia de chispas y brasas cada vez que topa con una piedra. De vez en cuando se suelta algo al caer y se precipita por la vasta oscuridad. Cuando salta en el aire, las llamaradas arrastran la claridad curva, pero luego es como si algo tirase de ellas y se sueltan,

flotan en el vacío por un instante y vuelven después al barril creando nuevas llamaradas en medio de la oscuridad. El tonel no se deshace, las duelas no se separan, porque fue nada menos que mi abuelo quien les clavó los aros metálicos. Todo en el mundo es fuego y oscuridad al mismo tiempo, así que más vale concluir diciendo que el barril en llamas aterriza a los pies de mamá y junto a las patas del perro fiel, en el que ella confiaba en su adolescencia para todo aquello que los niños rara vez, o nunca, cuentan a los adultos; y el perro la consuela también en mis palabras, quedándose quieto y dejando que se incline sobre él para llorar, aunque no tenga la menor idea de lo que puede estar haciendo aquella niña con la cara hundida en su pelo, o por qué no es él nada más que un perro corriente que aúlla. En cambio, yo tengo una sospecha de cuál puede ser el motivo, pero me lo guardaré y no lo contaré, aunque nunca me haya confiado ella verdad alguna ni me haya dicho nunca, con un susurro: «Sé que guardarás silencio sobre lo que te voy a contar, y que nunca desvelarás a nadie la verdad, sino que les dirás cualquier otra cosa, aunque pueda tener alguna relación con ella».

## **El dedo corazón**

La muerte del cuerpo es inevitable. Es el mayor ultraje al que has de enfrentarte nunca. La muerte no es digna de la vida. Morir es la mayor humillación a la que te puedes ver sometido en la vida. Además de para la persona que muere, la muerte es una humillación no menor para los parientes y amigos del fallecido, una burla para quienes sobreviven al difunto. Sus pensamientos y sus actos pierden todo su valor, confunde sus sentimientos y hace ver fantasmas o, directamente, crea auténticos fantasmas.

Cuando la hora final de algún pariente cercano se aproxima, lo visitas en su lecho de muerte siempre que tienes ocasión, por sentido del deber y para interesarte por él. Cuando parece que queda poco para que exhale su último suspiro, las visitas se multiplican, aumenta la superficialidad y crece la sensación de futilidad, pero disminuyen los temas de conversación.

¿De qué se puede hablar con un moribundo?

¿Hay que aparentar que no pasa nada, jugar al escondite, mostrarse alegre, optimista, hablar de algo más entretenido que de lo que todos saben y de lo que todos son conscientes?

En esas horas se manifiesta en su totalidad la carencia de significado de las palabras; nunca te sientes tan herido por la cortedad de los sentimientos, embudidos en su disfraz, como cuando ya no queda nada que decirle al que está a punto de morir.

¿Haces un pacto con el silencio y contigo mismo?

No.

Continúas.

Lo peor es cuando los queridos temas de conversación cotidianos sobre nada en especial se agotan y el enlace natural entre lengua y pensamiento precede en la muerte a la persona querida.

Al final, y resulta un alivio, el moribundo prácticamente ha abandonado ya este mundo, o crees que es así, pero te preguntas si aún oírás lo que dices, lo llamas sin esperanza alguna, le susurras monosílabos al oído. La humillación llega en oleadas y lo que más deseas es estar en el lugar de quien yace en su lecho de muerte. Quizá no oye, ya está a medias en lo que crees que es el silencio del que nunca saldrá y en el que nadie está vivo, y pese a todo los parientes piensan que no deben ocultarle nada de lo que está sucediendo en la vida a su alrededor. Así pues, crees que es posible mostrar confianza hasta el último instante, él sigue existiendo y forma parte de la vida de la familia, al menos hasta que el corazón cesa de latir. No puedes engañarle, e incluso te parecería natural acompañarlo a la tumba.

«¿Qué está sucediendo dentro de mí?», te preguntas con sobresalto.

La proximidad de la muerte humilla a los parientes más cercanos de muchas formas, pero al mismo tiempo les proporciona la que quizá sea su mejor oportunidad de conocerse a sí mismos durante la agonía del padre o de la madre, o al pensar en cosas enormemente desagradables. Intentan ocultarse con extremo cuidado, al tiempo que se abren de par en par para hacer examen de conciencia. Pugnan por mostrar un comportamiento digno, pero les parece lamentable que salgan a relucir los asuntos molestos de la familia y procuran evitarlo. Nada de escándalos, nada de engaños, ni abortos ni divorcios; los trapos sucios se lavan en casa, o ni eso. Cualquier otra cosa podría hacerle la vida desagradable al moribundo, poniéndole difíciles sus últimas horas, aunque todo el mundo sepa que cuando se declara una enfermedad grave, en especial las que conducen a la muerte del padre o de la madre, la vida de la familia queda patas arriba. Es como si el demonio se hubiera soltado y se hubiera metido en ella, apareciendo a plena luz del día, complicándolo todo, haciendo que despierten las historias. Puede suceder cualquier cosa, por mucho que cada uno intente ir con exquisito cuidado, como si caminara sobre huevos, al menos por un tiempo. Así son los efectos de la muerte, incluso en las personas más vigorosas y resistentes. Despierta visiones espectrales en lo más hondo de cada uno, y la predisposición a que desde lo más profundo del parentesco se alcen con furia las rompientes, en oleadas crecientes, como cuando estalla una guerra civil en un país; explotan entonces las disputas que todos habían olvidado o que ya casi nadie tenía ni la más mínima idea de que pudieran despertar, excepto en quien se atreve a mirar a la vida a los ojos y sabe

que no respeta al hombre en el sentido habitual de la expresión; tampoco el hombre la respeta a ella. Nunca en la historia del mundo ha tenido nadie una muerte gloriosa. Eso sólo sucede en las historias escritas como propaganda de los líderes religiosos y los generales en campaña; en lo que llamamos realidad, todos mueren miserables y humillados. De ahí que en esos momentos se haga el balance de los asuntos propios, justo cuando menos debería hacerse, quizás.

A todo esto se añade que los sanos intentan esquivar la muerte, como si fuera un asesinato, procurando no mentar siquiera esta circunstancia inevitable en la vida de todo el mundo, o como si no existiera, excepto como palabra tabú. Hay que añadir, asimismo, que la gente desea confesarse en el lecho de muerte de su pariente, hablar con él de todo lo que jamás se ha dicho, de todo lo que se ha mantenido oculto. Se trata de la última oportunidad para mostrarle nuestra devoción y hacer patente nuestro aprecio, sin ocultarle nada en absoluto. El tiempo escasea. Quién sabe, como está a punto de partir quizá pueda interceder por nosotros ante Dios, aprovechando que llegará el primero; de este modo habrá alguien esperándonos cuando llegue el momento, el pariente difunto preparará el terreno para el resto de la familia en el reino de la muerte. Lo mejor es ser creyente por un tiempo.

No.

De nada sirve ponerse a creer en Dios en el último instante. No hay duda de que ve lo que eres en tu interior, y seguramente ninguno de los difuntos pierde el tiempo recomendando a los que aún viven.

Pero ¿para qué tiene uno que morir?

Esta pregunta me la planteé, más o menos literalmente, cuando la muerte de mi madre se aproximaba.

Una vez se me ocurrió la idea de que tenía que cortarle las uñas, más por hacer algo mientras estaba de visita que porque en verdad fuera necesario. Sabía lo absurdo e inútil de aquella actividad en unas circunstancias como aquéllas, pero eso parecía menos malo que la dolorosa obligación de permanecer sentado en una silla desesperándose por encontrar algún tema de conversación que no resultara forzado, después de que ella hubiera dicho, sin venir a cuento, estas palabras misteriosas:

—Ya está. Todo quedó perfectamente hablado hace mucho tiempo.

Yo sabía que aquello era verdad en cierto sentido, pero también falso; nada queda nunca perfectamente hablado entre padres e hijos. Iba a decir que no era así cuando ella preguntó:

—¿Ha habido mar alguna vez en algún sitio donde ahora hay tierra?

—En algunos —respondí.

—Vaya —exclamó, y se quedó amodorrada.

Yo pensaba que la mayor parte de las cosas quedarían sin hablarse del todo aunque nunca terminaran las horas de visita. Estaba convencido de que quien va a un hospital lo hace para mostrar su comprensión por las dificultades de los parientes y librarlos de una pesada carga. Cuando la memoria empieza como a marearse, es que

ya se ha hecho demasiado tarde para discutir. En mi caso no era que me apeteciese mostrarle a mi madre moribunda una devoción por completo fuera de lugar, menos aún practicar el sentimentalismo. Ni siquiera ansiaba tocar sus manos, como se dice en cierta novela rosa. Sabíamos que aquello no serviría de nada, y ella tenía la sensación de que el tiempo transcurría con demasiada lentitud. El fin estaba claro desde el principio. Cuando la ingresaron, llegaron para examinarla varios médicos acompañados de estudiantes en prácticas, y una chica del grupo hizo un comentario sin darse cuenta. Uno de los médicos le susurró algo al oído, pero mi madre le dijo, para defenderla:

—No vale la pena andarse con susurros ni cuchicheos cuando se dice la verdad. Tengo tan mal oído que ni siquiera les he sentido decir que lo que tengo sea mortal.

A la espera de que suceda lo que todos deseábamos que sucediese lo antes posible, todo carece de sentido. Hace mucho que se nos pasó la inquietud que precede a cualquier viaje. Mi madre me había dicho en los albores de su última dolencia:

—Me estoy muriendo.

No lo dijo lamentándose ni lloriqueando, sino igual que cuando se te mete una idea en la cabeza, o cuando ves de pronto una mosca negra que entra por la ventana y exclamas, un tanto extrañado: «¡Anda, pero si es la misma mosca de siempre!».

Me pareció tremendo que pronunciara la palabra tabú. Reaccioné, pero no me sirvió de mucho alivio. Por eso contesté, de modo un tanto estúpido, como una evasiva de la razón en vez de como muestra de simpatía:

—Todos vamos muriéndonos desde que nacemos.

—¿Ah, sí? —preguntó ella indiferente, aunque no sin cierto dejo de lástima ante semejante genialidad.

Después de esto, nunca volvió a mencionar la muerte. Se limitó a despedirse diciendo:

—Ya se ha ido la belleza.

Sumida en una espera sin objeto, extendió entonces la mano; yo se la cogí y empecé a cortar primero la uña del meñique. Mientras iba arreglándole las manos, muy despacio, ella empezó a quejarse de lo largos que se hacían los días en el hospital, en el que reinaba tal quietud que el tiempo parecía no existir.

No respondí, pero comprendí su deseo de que la espera acabara.

—La hora parece no llegar nunca —continuó.

—Cada persona percibe el tiempo de una forma diferente —repliqué yo.

—Recuerdo que el diente de león no huele —dijo ella—. Tampoco el botón de oro.

—Seguramente —respondí.

—Excepto, quizá, cuando les da el sol —prosiguió—. Entonces olerán a sol.

—Sí —asentí.

Cuando había acabado de cortarle todas las uñas menos una, me di cuenta de que me había olvidado del dedo corazón de la mano derecha. Me sobresalté, pero ella

recogió la mano y sonrió.

—¿No te la corto? —pregunté, dominando mi creciente malestar.

—No, no importa —respondió ella.

Tras decir esto repitió el mismo gesto maniático de siempre: movió la mano, la agitó haciéndola girar, como si estuviera mirándose el dorso o la palma, y encogió los dedos. Aparenté no darme cuenta. De pronto, se detuvo. La mano cayó; ella se quedó pensativa mirando el dorso y extendió el retorcido dedo corazón sobre el borde de la cama, sin decir nada. No necesitaba mirar el dedo para saber que estaba mutilado, pero pasé los ojos por la yema amputada, a fin de fijarla en mi memoria. No era tanto una deformidad como un recuerdo visible de su infancia. Estuve a punto de hablar, pero callé. La magia de mi alma me hizo pensar en cómo sería tener que cargar toda la vida con un cuerpo marcado por la señal indeleble de una pelea de los padres, y tener que pasarse casi todo el tiempo dándole vueltas en la cabeza una y otra vez, tratando de averiguar cuál había sido el motivo, para volver a tenerlo todo ante los ojos justo antes de la muerte, transformándose en el último pensamiento y el último recuerdo de la vida de uno. La miré a los ojos. Ella me devolvió la mirada, pero la apartó después.

La mano quedó allí como algo inservible, encogida, y empezó a ponerse azul. Mi madre se sumió en un profundo sopor. De súbito, despertó completamente y dijo, antes de volver a adormecerse:

—Ya he tenido a todas mis hijas.

Eso era de un cuento. Lo busqué a tientas en mi mente pero no pude encontrarlo. Me puse en pie para irme, ya que mi madre parecía tranquila en la quietud del agua que devora el corazón.

Cuando iba por el pasillo empecé, como tantas otras veces, a pensar a mi manera, sin seguir la línea recta en que se ensartaban como en los relatos de mi madre. Pensé en el arduo viaje que hizo en compañía de su madre con la máquina de coser a cuestras, de Keflavík a Grindavík, en el primer decenio del siglo. Vi en aquello algo remoto e inverosímil para mí, pero que al mismo tiempo formaba los cimientos de mi propia existencia. Di media vuelta, volví a entrar en la habitación para mirar un rato a mi madre, tumbada allí, lejos de todo, sumida en un profundo sueño. Su mano estaba violácea, pero los dedos no se habían hinchado como cuando hacía la colada. Se aferraban al edredón. Agarraba las sábanas. Mientras estuve fuera se había producido un cambio; el rostro estaba abotargado de un modo extraño, como si la existencia hubiera intentado recuperar lo que debería ser normal en la vida. Todas las señales de la muerte habían desaparecido de ella. En cierto modo, había rejuvenecido, se había vuelto bella y estaba casi sonriente, como aparece en esa foto en la que está sentada al lado de su hermana, una chica joven recién llegada del trabajo de temporera, que había decidido comprarse un billete para ir a casa en el coche de línea, pese a lo carísimo que era, porque ya había buena combinación y quería ser una persona moderna y no seguir yendo a pie desde Hafnarfjörður hasta Grindavík, aunque el

precio del billete se le llevara buena parte de lo que había ganado durante el verano. Al ver los cambios me vino a la memoria un cuento de Borges sobre una mujer que, cuando está a punto de morir, aparece de repente en su rostro la flor de la juventud. Intenté apartar de mis pensamientos aquella historia y me sentí en cierto modo profundamente avergonzado de que mi mente se estuviera deslizando en todo momento hacia la literatura, incluso en aquellos instantes. Me reproché estar uniendo la vida y la muerte con el arte hasta en la agonía de mi propia madre. Estaba a merced de la literatura, como si fuera la única realidad. Pero ¿acaso no había despertado ella también de su destino ineludible por un instante para escapar del abismo, no con la realidad en los labios sino con una frase extraída de algún relato popular?

¿Es tal vez la muerte el abismo de la literatura?

Entonces, ¿acaso la vida sólo existe en la literatura, y la literatura es lo único que podemos tener cerca de nosotros en la muerte?

Eso que hace surgir un relato, ¿no es en cierto modo una especie de agonía?

Cuando volví a salir, desaparecí en las tinieblas del tiempo de los relatos de mi madre y entré en el tiempo que había desaparecido mucho antes:

Tras perder la punta del dedo, mi madre se dejó caer sin fuerzas encima del edredón. Allí amodorrada, sin dolor ni sufrimiento que pudieran mantenerla despierta, se fue quedando dormida. Durmió para alejarse de la tragedia, en un reposo paralizante que conocen bien quienes se han visto sometidos al dolor físico pero al mismo tiempo han recibido un consuelo especialmente dulce de alguien muy cercano. Al despertar a la mañana siguiente, sintió que había decepcionado a su madre al quedarse dormida, se incorporó de un salto y se fue a buscarla, desesperada; anduvo de casa en casa, pero no la encontró. Su padre tampoco estaba. Los demás niños seguían durmiendo. Echó a correr hacia la aldea, miró entre las tablas del troj y vio que su padre estaba tranquilamente sentado en medio de los sacos tomándose el primer trago del día. Espantada, corrió hasta la granja más cercana, donde vivía su tía materna, pues sospechaba que su madre se había suicidado, pero cuando entró en la cocina vio que estaba allí, tomándose un café tan tranquila.

Mi madre la miró extrañada; ni siquiera le estaba contando a su hermana lo que había pasado, sino que tan sólo le explicaba cuántos pantalones había cosido, y que la mayoría de los hombres andaban ya en calzoncillos o estaban a punto de quedarse sin pantalones y por lo tanto había muchísimo trabajo.

—¿Qué pasa? —preguntó, sorprendida al ver a su hija—. ¿Por qué vienes tan temprano y con tan poca ropa encima?

Mi madre la miró y escondió el dedo vendado, sin responder; sentía una especie de entumecimiento en todo el cuerpo, también en la lengua y en la boca. Puede que su madre le hubiera contado lo sucedido a su hermana; era evidente que en su cabeza sólo había sitio para sus propios problemas, no para los de sus hijos, porque los adultos están siempre pensando en sí mismos.

—Ahora tengo que plantearme en serio cómo podré mantenerme a mí misma y a

los niños trabajando de costurera —continuó.

Su hermana murmuró algo sin mostrar mucho interés, quizá se lo tenía bien merecido, ya se lo había advertido ella, y ahora estaba tan contenta de que se hubiera podido comprobar una vez más que ella nunca se equivocaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó mi madre en cuanto pudo controlar su lengua, herida y decepcionada, quizá porque los niños necesitan más dolor de lo que son capaces de imaginar.

—Pues aquí, claro —respondió su madre, extrañada por la pregunta.

Mi madre estaba paralizada, pero se sentía feliz de que no se hubieran cumplido sus temores.

—¿Dónde has dormido? —preguntó mi madre.

—Pues en casa, ¿dónde si no? —repuso su madre. Estaba atónita—: A primera hora fui a casa de mis padres, mientras tú descansabas —añadió.

Tal vez estuviera contenta de haber podido encontrar un apoyo para su propio problema.

Mi madre se acercó a ella y le pidió que la acompañara enseguida.

—Pero ¿qué tontería es ésa? —replicó su madre.

Sin embargo, se levantó para satisfacer su ruego.

Es posible que pensara que no había tanta prisa, que volvería con su familia para seguir siendo ama de casa, que su compañero no le impediría seguir ocupándose de sus hijos.

—Vete para allá antes de que se haga demasiado tarde —le aconsejó su hermana. Los hombres no solían ser tan desalmados como para impedirle a una madre que cuidara de sus pequeños, sobre todo porque ellos no serían capaces de hacerlo solos—. No les queda más remedio que ceder por el bien de los hijos. Pero vete antes de que se te haga tarde.

Al cruzar el prado de la casa, mi madre iba agarrada a los faldones de mi abuela. Cuando habían hecho la mitad del camino, que no era muy largo, y mi madre se dio cuenta de que ya se veía el troj, le pidió a su madre que le prometiera que nunca se quitaría la vida, pasara lo que pasase.

—Creo que no hace falta que lo prometa —dijo su madre, que pareció no hacer demasiado caso de su ruego.

—Júralo —insistió mi madre, dispuesta a tomarle juramento formal, para mayor seguridad.

—¿Aquí? —preguntó mi abuela, nerviosa.

—En el muro de la casa —señaló mi madre.

—Esto es una estupidez —objetó mi abuela.

Se refugiaron al lado del muro. Mi madre abrazó a la abuela y dijo:

—Quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué? —preguntó su madre, pero evitando tocarla.

—Que nos prometamos la una a la otra hacer algo.

—¿El qué? —preguntó su madre, extrañada.

—Y quiero que lo hagamos ahora —respondió mi madre.

—¡Pero qué locura es ésta! —protestó mi abuela, llorando sobre el dorso de la mano.

—Promételo tú primero —exigió mi madre; la abrazó con fuerza, se puso de puntillas y le susurró al oído lo que tenía que prometer.

—¿¡Eh!?! —exclamó la abuela.

Seguramente quedó aterrada y estuvo a punto de echarse atrás, pero se contuvo, se calmó y repitió en voz baja, moviendo los labios, lo que su hija le decía al oído.

Al poco rato estaban agotadas y silenciosas, tras haber hecho un pacto para toda la vida. La corriente fría que soplaba en la esquina y se pegaba al muro de la casa se les metió en los ojos y se los enturbió, aunque no los mojó.

—Bueno, espera, esto es un completo disparate, una locura —dijo la madre de mi madre.

Tras decir eso se puso a lloriquear en voz baja sin poder evitarlo, allí, al lado del muro, porque no sabía qué partido tomar, y porque sus pensamientos no guardaban armonía alguna con lo que ella creía posible realizar con palabras para conseguir que su hija quedara libre de aquel sinsentido. Sin dejar de llorar, mi madre juró que tampoco ella se quitaría la vida mientras Dios le permitiese respirar o conservar fuerzas de una u otra forma y ser de alguna utilidad.

—¿Ya has acabado? —preguntó mi abuela con prudencia.

—Sí —respondió mi madre.

Se frotó varias veces la nariz fría y húmeda, un poco azulada por el gélido viento. Se sintió aliviada con la promesa y pidió a Dios, en silencio, con un profundo agradecimiento, que le permitiera morir en el mismo instante en que dispusiera llamar a su lado a su madre. Eso fue lo único que se le ocurrió para asegurarse de que nunca se separarían, ni en la vida ni en la muerte, aunque su padre echara de casa a su madre. Pero no le habló a ella de su promesa. Todas las promesas de verdad se hacen en silencio, sin que nadie sepasiquiera que uno las ha hecho. Ése es el conjuro mágico para que las promesas tengan efecto.

—No se puede confiar demasiado en nadie para estas cosas —decía mi madre—. Si alguien a quien uno le ha hecho una promesa se entera, a lo mejor aprovecha la oportunidad para sacar alguna ventaja, lo que es fácil, porque quien hace una promesa se convierte en su esclavo.

Después de aquello, se suavizaron las preocupaciones, madre e hija se sintieron aliviadas y entraron cogidas de la mano, o tal vez mi madre se agarró a mi abuela cuando entraron en la casa, que seguía siendo por el momento el hogar de ambas.

Mi madre nos recordaba a veces sus ideas acerca de lo que debe ser la simpatía. A su estilo, era una persona dogmática. La simpatía no consistía en que las personas tuvieran la misma opinión, que las unía por tanto con lazos de confianza, sino en algo que está más allá de toda opinión o punto de vista: la crítica de puntos de vista y

opiniones. «Lo mejor es la amistad crítica», parecía decir.

Sus palabras podían entenderse a veces en el sentido de que, con la simpatía, las personas se encontraban en cierto modo ante el sagrado deber de morir juntas, aunque no estuvieran de acuerdo en todo y cada una tuviera sus propios sentimientos: las diferencias no tenían por qué entrometerse en la simpatía. La muerte simultánea de dos individuos constituía el más elevado de los ideales; y como argumento a su favor mi madre recurría a su abuelo y a su abuela. No cabía imaginarse dos seres humanos más distintos. Estaban en desacuerdo en casi todas las cuestiones y su abuela ponía siempre al gato en primer lugar. Según parece, su abuelo afirmaba: «Bueno, el minino ese, el gato, es cosa de ella». Es todo cuanto decía.

Sin embargo vivieron en paz y armonía, si bien no en total coincidencia de opiniones, hasta que un día, avanzada ya la noche, a él le dio el ataque y ella pareció despertar y recuperar parcialmente la conciencia con el revuelo que se había formado a los pies de la cama de matrimonio. Ella dormía siempre en la cabecera y su marido a los pies. Cuando asomó por encima del edredón y vio gente, tuvo la sensación de que algo raro tenía que estar pasando.

—¿Pero qué es lo que está pasando siempre en esta casa? —preguntó—. ¿Es que no puede haber paz ni a medianoche?

Alguien le explicó que su marido había expirado y le pidió que hiciera el favor de levantarse un momento, o moverse un poco, para poder acostarlo a él decentemente en el lecho conyugal.

La noticia no pareció sorprenderla demasiado. Acarició al gato y se quedó como pensativa.

—Pues claro, hombre, aunque creo que no pasará mucho tiempo antes de que yo misma vaya con él en las andas.

Nadie le hacía nunca demasiado caso, menos aún en aquellas circunstancias, de modo que la gente pensó que sería otra de sus excentricidades. Ella parecía un tanto abstraída.

—Más vale que me apure yo también —añadió—, para poder saber por fin con cuál de los dos maridos me hace seguir casada Dios por toda la eternidad.

La gente sacudía la cabeza como si aquellas palabras fueran una blasfemia o una estupidez. Lo había dicho como si se tratara de algo en lo que cualquier esposa debiera pensar; pero no murió enseguida.

—Traedme las labores que están ahí, en esa caja —pidió.

Alguien le llevó todo lo que había ido guardando a lo largo de los años. Olía a tomillo. Lo apilaron encima de la cama en un montón tan alto que casi ni se la veía a ella detrás de todos aquellos bordados y telas tan artísticamente elaboradas.

—Ahora marchaos, voy a descansar un ratito —dijo—. Lo otro tendrá que esperar hasta la hora de levantarse.

No quería incomodar ni a su hija ni a su yerno sacándolos de la cama ni obligarlos a ponerse en pie mucho antes de la hora habitual. Eran bastante

dormilones. Todos pensaron que se le había aclarado el espíritu, o que se le había curado la demencia por un tiempo al contemplar sus labores. Mientras deslizaba con suavidad la palma de la mano sobre ellas, dijo:

—Vaya, qué montón tan grande.

Luego se dedicó a ir pasando por su anillo de bodas el trabajo de su vida, aquellas finas prendas creadas más para tenerlas guardadas que para usarlas, como sucede siempre con las cosas bien hechas. No se atropellaba ni parecía tener la menor prisa. Estuvo haciéndolo despacito, pasando las cosas una a una, absorta en su ocupación, hasta que se dejó morir apaciblemente a la mañana siguiente, bastante temprano, para que así pudieran acostarla en las andas junto a su marido antes del mediodía.

—Si existieran los ataúdes de matrimonio, los habrían colocado en uno de ellos —dijo mi madre—. Pese a todo, los enterraron al mismo tiempo y en la misma tumba.

Era opinión generalizada que la solidaridad en la muerte era una virtud mayor que la armonía en la convivencia, incluso mejor que vivir una vida sin roces basada de modo exclusivo en la alianza cristiana. La gente creía que, en lo tocante a los sentimientos, los cónyuges debían «irse» juntos; ninguno de ellos tenía auténtico derecho moral a seguir viviendo cuando el otro había muerto, a menos que se tratara de una mujer mucho más joven que el marido, pues en ese caso siempre podía esperar entablar una nueva relación y seguir teniendo niños.

Mi madre hablaba a veces de su juramento en común junto a los muros de la casa y lo presentaba como un ejemplo a seguir, como un instructivo modelo del mayor grado posible de armonía entre una madre y uno de sus vástagos, desde el punto de vista humano, y añadía el ejemplo de sus abuelos, que demostraba que la vida sentimental forma parte de la herencia. Lo que madre e hija se habían prometido una a otra en medio del vendaval no había sido sino la prolongación de otra promesa, repetida por siempre en el seno de la familia, siempre la misma pero siempre renovada; la obligación de ser absolutamente leales hasta la muerte, pasara lo que pasase, era un deber sagrado por muy distintas que fueran las personas. Así, uno conservaba en todo momento la esperanza de coronar su vida en el otro mundo.

En mi niñez, yo escuchaba fascinado este sentido tan social de la vida en común, la lealtad de los pobres, y me parecía que el relato de mi madre y la confesión tenían que ser una señal elocuente, una llamada para que yo siguiera el ejemplo; aquélla era la única manifestación de la verdadera abnegación y el amor desinteresado de un compañero o un hijo. Querer morir con el compañero de tu vida, por propia y libre voluntad, no podía encontrar paralelo en otra belleza que en la de ese arte que es el saber morir. No existe en ningún otro lugar, ni en el cielo ni en la tierra, entre animales y pájaros o flores, en nada que no sea el corazón del ser humano; sólo en los seres humanos podemos hacer realidad la fusión de alma y cuerpo.

Yo no quería, por nada del mundo, ser menos que mi madre en lo tocante a abnegación o confianza, y tomaba la muerte como medida de todas las cosas; llegué

al extremo de desear sacrificar la vida y rogué a Dios que me permitiera morir al tiempo que la llamaba a ella a su lado, aunque me temía que aquello acarrearía la inevitable consecuencia de verme obligado a morir joven. Mamá era treinta y dos años mayor que yo, por no hablar de la abuela, que por entonces era ya viejísima a mis ojos, de modo que si Dios escuchaba el ruego de mi madre, ella tendría que ir a la tumba al mismo tiempo que su madre, y yo las acompañaría sin remedio. Por eso no veía ante mí un futuro demasiado halagüeño, aunque a pesar de todo me preparaba todos los días para morir, y en cuanto despertaba por la mañana creía verme como un muerto despiertísimo en un reino celestial de paredes empapeladas. El miedo se acrecentó una vez que hube intentado dirigirme a Dios rogándole que me enviara su «llamada». Al poco tiempo me di cuenta de que despertaba a la vida todas las mañanas enteramente vivo, era del todo imposible que hubiera muerto en sueños. Eso me colmaba de felicidad. Los que me rodeaban me veían exultante de alegría y empezaron a considerarme persona de buen despertar; aseguraban que con semejante buen talante sin duda no tardaría en casarme. «Tu mujer no tendrá que echarte encima el orinal porque la hayas puesto de mal humor por las mañanas», decían. Lo que más se valoraba es que algo pudiera ser una indicación de que te ibas a casar y de que pronto empezarías a acumular críos.

Pero en mi interior, detrás de mi alegría, habitaba el miedo, aunque acudía a mí la esperanza de la vida cuando oía a la abuela decir a veces, quizá con demasiada frecuencia, porque presumía mucho de su avanzada edad:

—Soy ya tan vieja que creo que el tiempo que voy a vivir va a ser de auténtico chiste. A este paso seré eterna e inmaculada, igual que las viejas de la Biblia.

Oí que les comentaba esto a unas personas que habían venido a ver el jardín. Me pareció un buen presagio, y los visitantes la alabaron a más no poder por lo bien que llevaba los años. Para mí era como ir flotando hacia la gloria eterna allí mismo, en el huerto, y me senté al pie del muro. Brillaba el sol y me entró el sopor en aquel silencio, porque parecía que aquella gente se había marchado. De pronto escuché fragmentos de conversación que me traía el viento. Una mujer le decía a su marido que la energía de la abuela era incomprensible, y que eso mismo hacía de ella una persona de alcurnia, pero el marido farfulló, hosco:

—Me temo que con medio cerebro bastaría para comprender cualquier cosa que tenga que ver con esa tipa.

A pesar del comentario, contemplé orgulloso a mi abuela al lado de la mesa del salón cuando llamaron a los huéspedes para que entraran a tomar café. La estancia estaba llena de luz. En la lámina de la pared había muchos ángeles regando con rosas los dedos de una mujer que tocaba el órgano y contemplaba arrobada los cielos a través de una grieta en medio de las nubes; al otro lado flotaba un grupo de ángeles. En otra lámina no menos bonita, Cristo bendecía a unos novios sentados en una barca de remos con un pañuelito entre las manos, que lo miraban. Tuve la sensación de que casi había ido de visita a la Biblia, el sitio aquel donde había montones de mujeres de

muchos cientos de años de edad; tal era la atmósfera que reinaba en el salón. La abuela no se permitía siquiera sentarse por un instante, e iba y venía llevando a la mesa galletas y café; tuve la absoluta certeza de que ella era la primera mujer eterna que yo había visto con mis propios ojos. La alegría no disminuyó cuando, mientras tomaban café, entró inesperadamente algo así como el hijo pródigo de los visitantes, aunque éste se había comprado una camioneta en vez de pedir la comida de los perros. La abuela se animó aún más. Se puso chistosa, no como las mujeres de las sagradas escrituras, que en mi opinión parecían ser siempre de lo más estiradas, y se dedicó a encontrar divertidas analogías entre la camioneta y ella misma.

—Soy la más vieja de las mujeres, un auténtico carcamal —dijo, riendo—, y sigo en pie sólo por costumbre; la costumbre es mi gasolina y la saco gratis de mi rueda.

Al oír aquel comentario y las risas que lo habían acompañado, un hombre le pidió que viviera todo el tiempo posible con la gasolina de la vida. Sin embargo, mientras ella iba a la cocina a rellenar la cafetera, aquel individuo farfulló que antes seguramente se había excedido, y matizó sus anteriores palabras:

—Para comprender a esta tipa no hace falta tener ni una pizca de cerebro.

—Cállate —le reprendió su mujer.

Aquello me pareció muy feo, y me fui. La abuela me encontró aún de morros después de que los huéspedes se hubieran marchado. Estaba más que contenta de que no me hubiera perdido, e intentó animarme con halagos, diciéndome que era estupendo haciendo recados, que ella también lo había sido cuando tenía mi edad, incluso mejor dispuesta aún para ayudar a su abuela y a todo el mundo.

—Ahora levántate —me pidió, pero no me moví.

Sentía el deseo de sacrificar mi vida, de obedecer y pasarme la vida haciendo recados para los demás, de sacrificarme por las flores e incluso por la rata pelona y enferma que la abuela empujaba con un palito para que se metiera en su agujero y nadie tuviera que matarla en el jardín.

—Te voy a contar un secretito que no le he revelado a nadie —comenzó en tono zalamero, después de haberme arrancado el malhumor con aquellas tonterías al tiempo que arrancaba las malas hierbas del jardín para que las flores de adorno aprovecharan mejor los meados de vaca con la que les regaba las raíces. Lleno de curiosidad e interés, contuve el aliento. Ella prosiguió, en voz baja—: Me temo que no hay persona alguna en la tierra que haya mostrado más abnegación hacia su madre, ni que haya querido hacer lo mismo que yo para estar más unida a ella.

Tenía los ojos anegados de lágrimas.

El sentimiento de responsabilidad había hecho que me estirase al oír que la abuela iba a contarme algo en confianza. Es probable que le apeteciera llorar escondiendo su rostro en mí, como hacía mamá con el perro, porque se había entristecido, y me dio pena no poder convertirme en perro de lanas. Además, miraba a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie cerca, o espiondo. No vimos a nadie.

—Vamos a dejar las malas hierbas, no vamos a regar las flores con los orines

hasta que las vacas meen al ordeñarlas esta tarde. Ven aquí, pillastre —dijo de pronto, como si se hubiera sobresaltado.

Nos pusimos en pie, ella no sin esfuerzo y yo de un salto, y la seguí en silencio hasta el sótano, que estaba debajo de la cocina. Allí, nos sentamos encima de un saco al lado del cubo de ordeñar. La abuela respiraba con dificultad, como si estuviera a punto de morir. Me dije que aquél era un sitio magnífico para perecer con ella. Ya sólo faltaba mamá; había sacos de sobra para ella también. El aire era espeso, cargado de un olor acre y mohoso, y pensé que la abuela iba a entregar el alma encima de los sacos de patatas y remolacha, llevándose el secreto a la tumba. Todo el barrio decía que las abuelas, y en especial las madres y las esposas, eran expertas en el arte de llevarse los secretos a la tumba.

Empezó a recuperarse, y, cogiéndome la mano como para sentirse protegida, me la acarició y la apretó con fuerza. Pero el momento de la confesión parecía no llegar nunca.

No iba al grano, nadie me convertiría en confidente suyo, lo único que me quedaba desear...

«Dios mío, conviérteme en perro», pensé a toda prisa al darme cuenta de que, a pesar de que ella tenía muchísimas cosas que decir, carecía de un confidente lo bastante bueno como para descargar su corazón en él.

—Dios siempre ha atendido mis ruegos, atiende los ruegos de todo el mundo —empezó por fin, conmovida, para dar testimonio de la misericordia divina.

Se produjo entonces un silencio en el que sólo se oía el intermitente goteo del filtro. Me estaba asfixiando con aquella fetidez acre. Era por la leche. Por la leche agria y los cuajos, que alguien había dicho que se sacaban del intestino grueso de los corderos, y a mí me pareció de lo más intrigante y misterioso que la cuajada fuera en parte cagarruta de cordero. La abuela se pasó la mano varias veces por la tripa y se sacudió el delantal, pensando en otra cosa. Luego sucedió algo que me llenó de decepción: empezó a hablar a media voz y, para mi asombro, dijo que había sido una niña mimada y abnegada. Tras decir aquello, disimuló algunas lágrimas antes de continuar y musitó, con una mirada triste en los ojos:

—Cuando era una niña en este mundo traidor, rogué a Dios Todopoderoso que me permitiera morir cuando se llevara a mi madre a su seno misericordioso.

No dijo nada más. Me quedé tieso. La madre de la abuela había muerto hacía mucho tiempo y ni ella ni Dios parecían haberse dado por enterados. Se inclinó con un gruñido sobre un costado y se sumió en lo que parecía un desfallecimiento, con el hombro apoyado en unas cajas de madera donde guardaba las semillas de las patatas. No moví ni un dedo mientras ella estaba allí acostada, más adormilada que aletargada, con los ojos cerrados. Suspiré en mi interior y se me ocurrió que era una especie de juego del escondite.

Me quedé confundido, pues había constatado algo de lo más extraño. La madre de la abuela había muerto mucho tiempo atrás, y tuve la sensación de que una cicatriz se

abría en mi alma y en mi cuerpo. Sentí náuseas y asco por la fe, aquello me parecía un engaño. Me asqueaban Dios, mi abuela, yo mismo y mi madre, al tiempo que perdí la fe en la oración. Poco a poco me fui calmando y me sentí felicísimo de que Dios no importase lo más mínimo. Así fue como se instaló en mí el agnosticismo, o la duda, como una cicatriz que se abre cuando la sangre, en determinadas circunstancias, brota y limpia la herida. En el sótano reinaba un silencio denso; la abuela no se movía y yo estaba relajado. Me recliné yo también sobre las cajas de madera y escuché cómo las gotas caían con armoniosa lentitud sobre el suero desde el embudo. Escuchar aquello era como estar de alguna forma en otro mundo.

—¿No te habrás muerto y lo que pasa es que no te has enterado? —pregunté, dominado de nuevo por el juego infantil.

La abuela se movió, incorporándose a medias, abrió y cerró los ojos y miró a su alrededor, hacia la oscuridad. Sólo un resplandor apagado se abría paso a través de un ventanuco.

—Sí, claro —respondió en un susurro—. Estoy mucho más muerta de lo que muchos creen.

Y añadió que había llorado de alegría por la misericordia de Dios al darse cuenta de que una parte enorme de sí misma había muerto cuando perdió a su madre.

Deseé hacer entonces mi propia confesión, pero me lo impedían las palpitations de mi corazón, que estaban volviéndome loco y no me dejaban respirar. Decidí guardármela para mí solo, diciendo para mis adentros que todo habría sido más fácil si hubiera habido un perro tumbado encima de las cajas en lugar de la abuela, pero saqué fuerzas de flaqueza y hablé con ella mentalmente, y le dije que si Dios le había prometido satisfacer su sincero ruego, al final había roto la promesa.

—Yo también le pedí a Dios que me hiciera morir al mismo tiempo que a mamá —dije de sopetón, pensando en voz alta.

—Válgame Dios —exclamó la abuela.

Me sobresalté al oír el miedo en sus palabras.

—Algo así me temía —continuó; parecía haber salido por completo de su sopor.

—Mamá también le pidió a Dios que la dejara morir a la vez que tú —añadí.

—Sé que mentiría si dijera que tu mamá no me ha querido siempre mucho —dijo la abuela un poco avergonzada.

«Así que si tú le has pedido a Dios lo mismo, yo habría tenido que morir antes de nacer, o nunca habría venido al mundo», dije para mí, no para que me oyera la abuela.

—Por supuesto, estás muerto en cierto modo —afirmó ella, que parecía haber oído mis pensamientos. La miré en la oscuridad. Probablemente pensaba que yo tenía miedo. Animosa y contenta, añadió—: Alégrate de estar un poquitín muerto, criatura. Ya has cumplido de alguna manera, como suele decirse a veces.

La explicación podía ser correcta. Estás muerto antes de nacer, pero de un modo diferente a cuando mueres después de haber venido a este mundo. Por eso, en

realidad no hace falta morir al final de la vida, excepto lo poco que falta para estar muerto por completo.

—Cuando murieron mis padres, pensé que los dos le hablarían bien de mí a Dios, que me recomendarían —explicó la abuela—. Sencillamente me alegré de que murieran y de poder tenerlos en el cielo para mí.

Mientras seguía acostado, casi incapaz de levantarme, envuelto en mis tinieblas, se me ocurrió una explicación de por qué la gente parece alegrarse de la muerte de aquellos que sienten como más próximos y dicen: «Él también se alegraría de haber podido irse». Naturalmente, nadie sabe si los difuntos se alegran de su propia muerte, pero es evidente que los parientes sí lo hacen, quizá con la esperanza de que alguien los avale ante el trono de Dios. El vivo piensa que se lo deben, que los muertos no tienen nada mejor que hacer en el cielo que prepararle a él el terreno para la eternidad futura. Puede que hubiese algo parecido detrás del ruego de que Dios me hiciera morir a la vez que mi madre.

¿Quizá no me atrevía a morir yo solo?

¿Quizá, como les sucede a los niños, no podía imaginarme la vida sin ella?

Por eso desean a veces morir con tanto fervor, en cuanto perciben el misterio que la vida ha despertado con el nacimiento, mientras las sobras de la muerte han aparecido antes del alumbramiento y en algún lugar continúan aún dentro de ellos, añorando la fusión total con quienes lo liberaron de su muerte anterior.

En ese momento temí que Dios fuera a escuchar al mismo tiempo el ruego de mamá y el de la abuela, aunque nunca hubiera escuchado mis oraciones. Estaba postrado al lado de mi abuela, pero me apresuré a pedirle a Dios que tampoco escuchara entonces mi ruego, o mejor nunca; esos ruegos son egoístas y nada razonables.

El suero seguía goteando poco a poco desde la cuajada al cubo, y el ácido y el moho parecían inundar el sótano sin obstáculo alguno mientras seguíamos allí acostados uno al lado del otro, amodorrados encima de los sacos, enmoheciéndonos nosotros también. De repente una idea me excitó, pero no encontré la forma de traducir en palabras algo tan emotivo, aunque finalmente conseguí que mi abuela conociera mi deseo, con la esperanza de que también ella se rebelara contra Dios. No hubo forma humana de que lo comprendiera.

—Dios también escucha si le ruegas que no te escuche, estáte tranquilo —dijo.

Pero ella no entendía por qué demonios Dios no se había tomado la molestia de escucharla a ella tampoco durante tanto tiempo, con lo piadosa y buena que era, que se lo merecía todo de Él.

—Tendría que llevar mucho tiempo muerta —afirmó con alegría, como los ancianos que no quieren morir; la única explicación que encontraba al hecho de que Dios no la hubiera escuchado era que su madre le había pedido lo mismo a Dios, al igual que su bisabuela y sin duda alguna también su tataratataratarabuela—. Ha habido muchas buenas mujeres temerosas de Dios que llevan muertas mucho tiempo

y que le pidieron a Dios que se las llevara del mundo al mismo tiempo que su mamá. Pero no es posible tanta devoción, y Dios lo sabe. —Estaba un tanto molesta, y entendí que lo estuviera—. Dios no puede atender los ruegos que se hacen a un plazo muy largo, ni hacer morir a la gente antes de tiempo. —Esto pude comprenderlo. Sin duda, todos los niños buenos y cariñosos de la familia le habían pedido lo mismo desde el inicio de los tiempos, cuando la humanidad empezó a existir con los judíos del Paraíso. La abuela continuó—: Dios no creó al hombre y el mundo según nuestras preferencias, sino según sus propios deseos, que no podía satisfacer sino de acuerdo con su propia providencia, y ésta a veces choca con nuestros intereses.

Respiré hondo, lleno de gozo, pero la abuela lo interpretó como una decepción y añadió:

—Por lo demás, Dios tiene demasiadas cosas que atender como para andar siempre escuchando los estúpidos ruegos de la gente. ¿Qué habría pasado si hubiera escuchado a Eva al principio de todo?

—Ella no tenía mamá —me apresuré a responder.

—Me parece a mí que eso debe de ser casi una blasfemia, pero Dios lo compensó haciendo que Jesús no tuviera más que madre —replicó la abuela en broma.

La conclusión fue que si Dios no escuchaba las oraciones, ni en este asunto ni en ningún otro, era seguramente para que la humanidad pudiera seguir existiendo hasta el día del Juicio Final.

—Entonces morirá toda esa gente que llamamos humanidad y la tierra entera se convertirá en una tumba —sentenció mi abuela.

Se me puso la carne de gallina.

Mi abuela sacudió la cabeza, se echó a reír y dijo:

—A lo mejor, si acabamos de arrancar las malas hierbas no nos pasa nada, ¿no crees?

Probablemente representó un alivio para mí poder salir por fin de aquel sótano, pero tuve remordimientos por haber dejado de querer morir con mamá, aunque se compensaban con que ella pudiera morir con su madre cuando llegara el momento que yo más temía.

—Quizás hace mucho que soy una vieja muerta aunque no me haya enterado, pero tengo la sensación de que soy poco más que un espectro de lo que antes era —continuó la abuela, incorporándose. Por fin estábamos en pie, caminando encorvados hacia la escalera; el techo era muy bajo. Ella continuó—: Desde que murió mamá, quizá no haya sido realmente un fantasma, pero alma en pena sí que lo he sido. —Me cogió de la mano para que no tuviera miedo de la oscuridad—. No te fijas demasiado en esta pelleja, lo único que verás es un fantasma vivo que te lleva de la mano.

De alguna forma sentí que aquello era verdad e intenté que la razón y los sentimientos se equilibraran en la vida, los sentimientos de la razón y la razón de los sentimientos. Me esforcé por que ninguna de las dos cosas dominase sobre la otra, debería hallar la vía intermedia entre razón y sentimientos, y decidí dejar que el deseo

de vivir venciera al impulso de destrucción. Pensé: «Deja que la vida te destruya, no le pongas fin tú mismo, encuéntrate a ti mismo en la comprobación de cómo todo se destruye en ti por sí mismo».

En los sótanos reina un silencio peculiar, y en su oscuridad descubres lo compleja que es la vida. Por lo menos, yo comprendí mucho tiempo después que tenía que ser así; había sabido lo que sucedía mientras aspiraba el moho, el acre olor de la cuajada una vez que el cuajo había transformado la leche fresca, recién ordeñada de unas vacas siempre curiosas, en un grumo blanco y ácido; o mientras escuchaba absorto cómo se separaban la crema y la leche ya desgrasada, que antes habían formado juntas la leche fresca. Como las patatas, que en otoño se ponen de un bonito color rojo o blanco después de haber estado creciendo debajo de las hojas de la planta que se había hecho germinar con anterioridad en las cajas, a fin de que otras nuevas empezaran a crecer después de enterrarlas, transformadas en patatas de siembra. Pero no eran aquellas las patatas que había en los sacos sobre los que estaba la abuela. Cuando salimos de aquel sótano de bajo techo, se llevó algunas, entibiadas por tantas discusiones sobre la divinidad, para echarlas al puchero y cocerlas para mí y para la gente que no tenía interés alguno por lo que había pasado o quedaba por pasar como consecuencia de nuestra estancia allá abajo.

No tengo forma de saber en qué medida lo que sucedió mucho antes, la agresión que tuvo lugar en una cocina encima de otro sótano, la caída de su madre, o el hecho de que la trampilla le arrancara una parte del dedo corazón, habían marcado el carácter de mi madre, o si fue su espantoso miedo a quedar en la indefensión si su madre se suicidaba, o si llenó de ese modo la necesidad de consuelo a la que el cristianismo ha condenado al ser humano, esa idea de que la salvación sólo puede encontrarse con la muerte. Pero mediante su juramento intentó entrar en la cercanía eterna de su madre hasta que las dos se salvaran juntas de los sufrimientos y las dificultades de la vida. Siempre había tenido cierta inclinación a tentarse a sí misma para usar aquel método infalible de terminar con los problemas, igual que otros miles de niños, que ruegan a Dios que haga desaparecer a sus padres y a ellos mismos para volver a sus raíces eternas sanos y limpios de las porquerías de la vida.

Probablemente, el ansia de morir está en consonancia con las fuertes ganas de vivir y con la exigencia, que nos planteamos a nosotros mismos, de demostrar al mismo tiempo una sacrificada abnegación. Es esa ansia la que oprime al ser humano y lo convierte en súbdito. Una abnegación desenfundada está más allá de cualquier persona y se transforma en su opuesto, a menudo de un modo muy extraño.

En los días de colada, en invierno, mi madre tenía la manía de enseñarnos las manos, hinchadas por el agua y el jabón.

—Mira —decía, extendiéndolas.

Las manos recordaban a los leprosos de las estampas que había en los folletos que nos enseñaban los misioneros provenientes de África para recolectar dinero a fin de curar a aquellos enfermos y evitar que se les fuera cayendo el cuerpo a pedazos. A mí

siempre me asombraba la transformación que sufrían sus manos en tan poco rato y tocaba muy asustado sus dedos «cocidos». Las manos podían tener distintos colores, pero cuando resultaban más asombrosas era cuando se teñían de azul oscuro, como ácidas vejigas de pescado de una rara blandura. Lo más misterioso de todo era cuando entraba a casa, a veces muy temprano, después de haber estado tendiendo la ropa bajo un frío intenso, metía la mano debajo del edredón, te tocaba y decía:

—Así de fría estaría si estuviese muerta.

Yo veía a mi madre tumbada, completamente congelada, encima de un montón de neviza, mientras la nieve la iba cubriendo poco a poco. No sabía por qué lo hacía, pero tenía la impresión de que en cierta manera tenía que estar muerta, quizás igual que su madre y su abuela, así que me convencí de que no existía nadie que estuviera vivo del todo.

Creo que las personas que han tenido ricas experiencias en su infancia y que de algún modo han seguido siendo súbditos y pobres durante toda la vida, a las que solemos denominar «pobrecillos», siempre se han visto a sí mismos como si estuvieran muertos de uno u otro modo; viven una vida muerta aunque respiren, y están vivos sólo de nombre. La mayoría de los pobres se limita a vegetar en las sombras, y ser pobre es no tener más que sombra.

## **La lata de botones de mamá**

Yo no creía que pudiera existir una fuente tan inagotable de placeres misteriosos, de tristeza y de magia como la lata de botones de mamá. Era un bote gris, normal y corriente incluso a pesar de que vivíamos en la época de la Depresión, en la que no había prácticamente nada más que un interminable vacío. Era de hojalata, de tamaño mediano y casi se podía abarcar por fuera con las manos bien abiertas. No tenía tapa con cierre como las latas de adorno, sino una que encajaba por arriba en el borde, dejando un cerco oscuro. La lata estaba llena de botones hasta la mitad. Pesaba bastante, y por eso parecía un cofre que contenía un tesoro misterioso, pero que era en cierto modo accesible.

La lata de botones estaba rebosante, y quizá fuese el único lugar donde existía algo en abundancia tangible. En ningún otro sitio había de sobra; hasta a mamá le faltaban varios dientes, y éstos eran aún más escasos en la boca de papá. Sólo la lata satisfacía la necesidad de cualquier persona, probablemente congénita y especialmente fuerte en los niños, de poseer un cuerno de la abundancia del tipo que

fuera.

Los botones eran tantos y tan variados que cuando alguno de nosotros perdía uno siempre se encontraba en la lata algún otro para reemplazarlo, quizá no uno idéntico, pero bastante aproximado. O al menos tan parecido que la diferencia no importaba. De este modo empezó a tomar forma en mi mente la idea de que cualquier pieza compuesta por otras dos o tres no del todo iguales puede zurcirse para formar una sola prenda sin que se pierda la armonía y se convierta en dos o más, y de que eso mismo sucede en la sociedad. De aquella lata podía extraerse mucha sabiduría sobre la tolerancia y la diferencia. A veces los botones, por ejemplo los de alguna de mis prendas, podían ser cada uno de un estilo sin que mis ropas parecieran hechas a base de parches. Los tiempos cambiaban, y con ellos también los botones, en el aspecto y en el material de que estaban hechos, pero entre los antiguos y los antiquísimos siempre se podía encontrar alguno que tuviera un estilo parecido al de los nuevos que se habían perdido.

Había relucientes botones de nácar, bonitos, blancos, rojizos y parecidos al arco iris que se forma en un charco de gasolina sobre la carretera mojada. Los botones no eran sólo para los ojos, deleitaban la boca cuando uno los mordía, sintiendo el contacto de su dureza con la de los dientes, para comprobar cuál de las dos durezas salía vencedora. Sólo se producía un pequeño crujido al morder, el oído lo percibía y captaba el sonido extraño y hermoso que hacía el diente al desgarrar la concha. Los botones deleitaban todos los sentidos. Yo percibía que aquellos magníficos botones llegados de los países de las perlas, al otro lado del mundo, y que estaban hechos de madreperla, nos traían cosas desde allá lejos, y aunque en mi fantasía eran resplandecientes, en realidad no eran lisos y uniformes sino irregulares; brillaban, pero sólo por delante, pues por detrás eran oscuros. Cualquiera de las dos caras era igual de agradable a los ojos, la lengua y las yemas de los dedos. Los botones de cuerno, de fabricación nacional, no eran tan bonitos como los extranjeros, pero sí igual de resistentes, aunque fueran amarillentos y rugosos. Tenían un aspecto extraño, y mamá decía:

—En éstos, el tiempo ha hecho de las suyas.

Eso quería decir que el tiempo lo altera todo, lo corrompe y estropea, lo desgasta y arruga.

Respetabas los botones nacionales como si fueran los antepasados de todos los botones. Los de paño que llegaron durante la guerra eran los peores, y casi aniquilaban cualquier respeto que pudiera tener uno por los botones; se estropeaban con el primer lavado. No eran mucho mejores los botones de cartón del final de la contienda. Eran una verdadera porquería, nunca se echaban en la lata sino que se dejaban a un lado, en un platito.

Debido a la escasez y al deseo de ahorro, nos habían encargado recoger todos los botones que encontrásemos.

—Puede venir bien tener muchos botones —aducía mamá—. Nunca se tienen

demasiados.

Así lo hacíamos. En realidad, tal vez no por obediencia sino casi por codicia, por un ansia de encontrar botones y al mismo tiempo un deseo irrefrenable de llenar la lata para que se hiciera más pesada y el tintineo fuera más fuerte al agitarla, y para que al abrirla los botones se desbordaran y se esparcieran por la mesa. Era divertido agitar el bote medio lleno y oír los botones cantando en su interior melodías que hablaban de arenas calientes y lejanas, y lamentándose de que cuando eran unas conchas preciosas las abrieran con un cuchillo, allá en los cálidos mares transparentes de Arabia, una inmensidad de tiempo atrás, y les arrancaran las perlas de las entrañas unos míseros buceadores que casi se ahogaban, o a los que se les reventaban los pulmones de tanto sumergirse en su búsqueda. Luego fueron vendidas a unos mercaderes trapaceros por una miseria. Rara vez ha sonado en mis oídos una música más deliciosa y al mismo tiempo más triste que el susurro que se producía al agitar aquella lata. Era la única música instrumental que llegué a escuchar de niño, el espeso susurro de la lata de botones.

Servía además para otros muchos usos. Cuando hacía buen tiempo, que era nunca excepto en agosto, y los chicos nos íbamos por el rugoso malpaís y caminábamos hasta el brezal de lo alto de Leynir en busca de bayas, o cuando subíamos al Húsafell para contemplar Eldey surgiendo del tranquilo mar azul o gris en la lejanía, la vaciábamos y la transformábamos en una lata para bayas, e intentábamos llenarla. De bayas fue de lo único que llegó a estar llena hasta los topes.

En casa no había más latas para bayas, y sólo algunos chicos de otras granjas tenían unos preciosos cubitos importados del extranjero. Estaban pintados de varios colores, de los más vivos, y eran estupendos se mirasen como se mirasen, pero, si los chicos se caían, las bayas se les derramaban y se estropeaban. Eso no sucedía con nuestro bote, pues la tapa era muy segura. Nunca tenías que ir con cuidado, no pasaba nada si te caías y te revolcabas, sólo se escuchaba el tintineo, y las bayas ni se salían ni se perdían por los agujeros y los hoyos. El sonido que llegaba a los oídos era más blando que cuando la lata estaba llena de botones. Así que el bote era todo lo habido y por haber, pues era lata de botones y lata de bayas, caja de música y fuente de sabiduría que ahora intento examinar en mi memoria.

Sin embargo, lo más curioso de todo era que cuando abrías el bote para inspeccionar o tocar un diente que había pertenecido a mamá cuando era joven, del fondo surgía un olor extraño. Me recordaba lo de «guarda y hallarás», y estaba convencido de que debía de ser aquello lo que llamaban el hálito de la muerte, ese que se extendía por los salones de las casas cuando había algún cadáver, y del que se hablaba tanto que tenías la sensación de que el olor a muerto era lo más valioso que han poseído los seres humanos desde sus primeros tiempos, y lo único de lo que había de sobra en algunas familias. Los cadáveres solían guardarse por lo menos quince días después del fallecimiento. Así se honraba al difunto, se le mostraba el afecto que corresponde a los desaparecidos, y se ponía de manifiesto ante los demás

que los parientes no tenían ninguna prisa por librarse del cascarón del finado para entregárselo a la tumba. Se consideraba un gran honor permitir a un niño que oliera el aroma de la muerte en casa de quienes no eran parientes. Sólo una vez conseguí aquella recompensa a un trabajo bien hecho, que fue llevarle pescado para comer a una mujer que estaba de luto.

—Eres un chico estupendo —dijo—. Ven, como premio te voy a dar lo que muy pocos niños se merecen.

Me cogió de la mano, me hizo entrar en su casa y me permitió colocar la nariz en el ojo de la cerradura de la puerta del salón y oler a través de ella el aroma que despedía el cadáver de su esposo recién fallecido.

—No le dejaría a nadie más que a ti oler el aroma de cadáver a tu edad —añadió—. ¿Lo notas?

—Sí —respondí extasiado.

—¿Cuántos años tienes?

—Seis.

—Ahora por lo menos no tendré que morirme de hambre, ya que hay alguien dispuesto a traerme cosas para llenar el puchero —dijo, disponiéndose a abrir la puerta para sentarse al lado de la cama junto a su esposo muerto. De pronto se detuvo y preguntó intrigada—: ¿Y dónde está el cardamomo?

—¿Qué? —repliqué.

—Si estás dispuesto a ir un momento a la tienda del barrio a comprármelo, para el bizcocho, porque tengo que preparar pasteles para el funeral, te dejaré volver a oler, y mucho más rato.

Asentí con la cabeza.

Ella me miró con desconfianza.

—Iré —confirmé furioso y enrabiado.

Quería oler más. El olor a muerto tenía un efecto parecido a cuando se aspiraba con fuerza el olor de las latas vacías de gasolina, y mareaba un poco.

—O mejor no, soy muy avariciosa con ese olor —dijo ella entonces, corrigiéndose—. ¿Sabes de dónde sale?

—De tu marido —respondí, sin acabar de entenderla.

—Entonces no se te hará tan raro pensar que ya te he pagado suficiente por el momento —concluyó, misteriosa, y me empujó para apartarme del ojo de la cerradura.

Debí de mirarla con extrañeza, quizá con un ruego en los ojos, porque me dijo con impaciencia, como una mujer que ya ha sido demasiado generosa con un niño:

—Sal a ventilarte las narices, como hacen algunas viudas sin esperar ni un momento. Ya puedes presumir de la experiencia.

El olor a cadáver de la lata de botones surgía de otra cosa distinta aunque parecida. Se debía a que en medio de la nube de botones había un diente podrido que Sigvaldi Kaldalóns, el médico y músico, le había sacado a mamá cuando sus dientes

empezaron a estropearse y a caerse, casi uno detrás de otro, en cuanto comenzaron a llegar los hijos después de cumplir los treinta. Se consideraba algo natural; las mujeres creían que cuando los niños estaban en el seno materno se les iban comiendo los dientes porque necesitaban la cal. Era una muela de abajo, y no sólo tenía una caries y una mancha parda en la corona, sino que pegado a las retorcidas raíces llevaba un trozo de hueso de la encía que había salido al extraerla.

Cuando me veía escarbar en el bote y encontraba la muela en medio de unos botones magníficos importados del mundo exterior, mamá nunca se cansaba de decir:

—El muy canalla se había quedado fundido a la mandíbula.

Yo contenía la respiración ante las atrocidades que le pueden suceder a uno con los años.

—Y gracias a Dios que Kaldalóns no tuvo que arrancarme la mandíbula entera — añadía.

Pensaba que tenía que ser terrible que te arrancaran un trozo, pero tarde o temprano también a mí me llegarían esas cosas, en mis futuros años de adulto, cuando me quedara sin dientes y tuvieran que ponerme dentaduras y dientes postizos. Peor debería de ser perder también la mandíbula y quizá tener que ir por ahí con una mandíbula postiza que castañetearía suelta en la boca, haciendo aún más ruido que los dientes postizos. Todos se aconsejaban unos a otros sacárselo todo lo antes posible, para así librarse de golpe de la futura o crónica caída de dientes, antes incluso de que empezara a notarse.

Se trataba de un procedimiento muy práctico y era de lo más popular para poner coto al irresistible vandalismo del tiempo; era anticiparse a las cosas, engañar a la tragedia, ser listo y moderno. Las predicciones sobre el futuro que publicaba la revista *Víkan* indicaban sin lugar a dudas que la ciencia había demostrado de manera irrefutable que a principios del próximo siglo la gente nacería con la cabeza esférica y sin pelo (aunque no serían exactamente calvos, pues quien nace calvo no puede tener calvas), repleta de capacidades inútiles e innecesarias, y además nacerían todos desdentados, lo que sería un gran alivio. Todas estas mejoras del cuerpo humano irían acompañadas de tendencias pacifistas y de una gran amabilidad, lo que extinguiría las guerras y, por lo tanto, en el futuro evolucionarían el estómago y la digestión de tal modo que en el año 2001 nos alimentaríamos tan sólo de pastillas. «¡Menuda diferencia para la mujer, vivir como le venga en gana, sin tener que pensar en cocinar!», exclamaban las mujeres emocionadas, en cuanto levantaban los ojos de *Víkan*. Así que se marchaban a casa animando a todo el mundo a que se sacaran los dientes malos mientras esperaban la llegada del progreso, que alejaría el peligro del dolor de muelas, o el momento en que las ciencias hicieran innecesarios los dientes mediante una nueva disposición divina concerniente a la creación del hombre; por primera vez, el ser humano sería un auténtico ser del futuro. Había pocas cosas que yo deseara con tanta vehemencia como presenciar el nacimiento del ser del futuro, porque hasta entonces sólo habíamos tenido un futuro bastante difícil a base,

precisamente, de dolor de muelas. Muchos niños maduraban tanto y tan pronto que exigían que les sacaran los dientes, pero no se lo permitían. Sus madres argumentaban: «Primero tenéis que esperar a que os salgan los dientes de adulto, luego tenéis que aprender las letras y después confirmaros, y cuando tengáis uso de razón y seáis auténticos cristianos podréis sacároslos. Pero desde luego es mucho más juicioso prometerse y casarse antes, así seréis un buen partido, cuando aún está todo por sacar, y en cuanto llevéis un año de matrimonio os lo podéis sacar todo menos dos dientes de delante para morder los tendones de los filetes de caballo. Después de ese tiempo ya no se sonríe ni siquiera a la pareja».

Cada vez que rebuscaba en la oscura lata de botones era terrible pensar, y resultaba un milagro imposible de entender, eso de que Sigvaldi Kaldalóns, médico de distrito y músico, le hubiera «helado» la boca a mamá antes de coger las pinzas que había en una bandeja, mojarlas, carraspear un par de veces para que no se le metiera el olor a medicina y ponerse luego a bregar con la muela.

—¡Y como un loco! —decía mamá.

Entonces sucedió algo horrible: la congelación se le fue de las encías antes de que la muela hubiera salido de la mandíbula.

—De modo que el dolor se me metió por las venas y los nervios —explicaba mamá.

Kaldalóns le preguntó: «¿Sientes algo?». «No», respondió mamá, aguantándose como hace la gente del pueblo. No quería ofender a un médico instruido admitiendo que sentía algo.

—Entonces se echó encima de la muela con más ímpetu todavía —continuó, mirando el montón de botones que había volcado sobre la mesa.

Calló un rato para contemplar en su memoria al músico peleando con el diente, y para ver cómo cogía un compás de dibujo y le clavaba la punta en la raíz al tiempo que preguntaba: «¿Sientes algo?». Y entonces ella ya no pudo por menos de preguntar a su vez: «¿Pues qué cree usted, hombre de Dios?». «Sí, es normal», repuso Kaldalóns. «Con el compás noto que esa maldita raíz está viva todavía, y que hay muchos nervios sensibles. Pero prefiero no volver a congelártela, buena mujer, no hay nada malo en que notes algo en las raíces del diente.» «Ya me lo imagino», dijo mamá. Kaldalóns le advirtió: «Pero no te vayas a poner a hacer gorgoritos como si estuvieras cantando ópera, como mi hermano Eggert en Milán. A menos que estés embarazada. ¿Lo estás?». «No», contestó mamá. «No hay prisa», dijo él, y siguió dale que dale con el diente.

Cada vez que derramaba un montón de botones encima de la mesa, pensaba que el diente habría desaparecido, que se habría evaporado o que se habría ido con Dios de una forma u otra. Sin duda, su hogar debía de estar en el cielo, porque una vecina muy sabia, especialista en persianas y cortinas, le había dicho a mamá en cierta ocasión: «Desde mi punto de vista, da exactamente igual dónde y cómo se mire el cuerpo, el alma está en todas partes, desde la coronilla hasta las puntas de los pies, y

desde cada lugar va hacia el Señor, incluso desde el último diente». A juzgar por esto, el alma tenía que ir hacia Dios incluso desde las uñas. A mí me parecía bastante lógico. Debía de estar hecha de alguna materia inmaterial, procedente de algún sitio dentro del cuerpo. Y es que la mujer que había dicho aquello nunca se andaba con chismorreos ni historias. Si informaba de que había llegado a la tienda una tela nueva para cortinas, o de que se esperaba que llegase en la camioneta de la mañana, lo que decía iba a misa. Las mujeres no corrían riesgo alguno al levantarse temprano, ya que sólo a las que lloraban porque necesitaban a toda costa unas cortinas nuevas les valía la pena romper las viejas. Nunca dijo una mentira, excepto en una sola ocasión. Había dicho con todas sus letras que yo le había sacado la lengua para burlarme de ella cuando ella vigilaba para averiguar quiénes eran los chicos que andaban tirando piedras delante de su casa. Levantó la persiana y creyó verme con una piedra en la mano; salió corriendo al instante, me empujó contra la pared y amenazó con darme una buena tunda.

—¡Chilla todo lo que quieras pero no vuelvas a sacar la lengua! —exclamó al final—. ¡Déjala en su sitio bien mojadita!

—Lo intentaré —dije acobardado.

La verdad era que yo no le había sacado la lengua a ella, sino a su perro, que estaba debajo de la ventana; pero, claro está, ella creyó que mi desvergüenza iba dirigida contra ella. Desde luego que yo no tenía nada en su contra, menos aún en contra de su perro; por otra parte, era demasiado inofensiva como para atreverme a practicar con ella lo que otros muchos osaban hacer, fastidiar a mujeres mucho mayores y muchísimo más pesadas que aquélla, unas focas sin nombre a las que nos referíamos sólo como «coñazos».

Cuando sucedía algo vergonzoso de ese estilo, podía ser de lo más relajante coger la lata de botones para quitarse el asunto de la cabeza, dejar correr el río de botones, buscar el diente podrido en medio del montón, encontrarlo al poco, llevarlo cuidadosamente a la nariz, olerlo y sentir el aroma de cadáver en el agujero marrón, para buscar el alma que le había causado a mamá terribles dolores de muelas antes de quitarse el disfraz terrenal y salvarse del suplicio de tener que zampar pescado los días laborables y carne de caballo los festivos. «En este diente ya no puede quedar ni rastro del alma», pensaba yo, reproduciendo lo que había oído decir a algunas mujeres. «Ha desaparecido ascendiendo hasta la boca eterna de Dios.» Pensaba mucho en esta cuestión, agobiado, siempre que alguien me daba una buena regañina. Eso no quiere decir que yo organizara mis pensamientos como hacen los filósofos, a fin de conseguir analizar la melancolía en sus diferentes aspectos hasta encontrar la solución al problema, sino que mis pensamientos flotaban perdidos en un estado mental más bien difuso, dando vueltas alrededor del problema hasta que pronunciaba esta pregunta, robada de la mujer antes mencionada: «¿Cuándo puede decirse que una persona está total y absolutamente muerta?». «A mí no me preguntes», respondía mamá. Esas grandes cuestiones se planteaban siempre en las cocinas delante de las

tazas de café, y los marineros no hacían más que reflexionar sobre cosas semejantes cuando estaban en tierra, aunque ellos eran mucho más precavidos que sus mujeres a la hora de dar su opinión sobre estos temas, y lo hacían con menos arrogancia y convicción. Recuerdo las ideas deliciosas, dolorosas pero también hermosas, que revoloteaban por mi cabeza cuando yo también buscaba respuestas y pensaba sin parar acerca de lo que estaba muerto y lo que estaba vivo en mí mismo. No tenía opinión propia, de modo que, como muchas mujeres, no podía evitar que las ideas fueran como una mosca que revolotea en un día de sol alrededor de los acianos junto a un muro. En todo caso se trata de una imagen muy bonita, se ve con claridad la mosca saltando de flor en flor, libando el dulce néctar de la vida; echa a volar, desaparece, regresa una y otra vez en nuevas búsquedas de la materia que, cuando bebía entre los brillantes colores, se había quedado en la corola. Es posible buscar eternamente lo que desapareció de la flor, y así es también la vida anímica en nuestro interior, pues cuanto más tiempo vives, más dejas; el derroche estimula la producción hasta que la materia se consume y el alma muere.

Había una vez en mi barrio una gran espiritista que se pasaba el día sentada delante de una taza de café y que dijo, para que yo la oyera, que la vida y la muerte en la existencia de una persona eran el néctar de la flor, y que la mosca liba de ella con su trompetilla y se la come para poder volar más ligera.

—Sin embargo, sigue habiendo néctar en la corola —decía—. Eso es lo que llamamos infinitud del espíritu.

Si deseaba uno confirmar o desmentir que la respuesta a la cuestión de la existencia era que la infinitud crece cuanto más se le quita, no tenía más opción que visitar a las señoras que tenían una ouija y la usaban con suficiente sosiego mental. De mamá no podían esperarse respuestas; se limitaba a decir:

—A mí siempre me han dado esquinazo los espíritus, por mi mente han parado más los ángeles.

Por eso me encantaba la ouija e intentaba adivinar qué significaba el misterioso crujido que te llegaba a los oídos cuando posabas suavemente un dedo sobre el fondo del vaso y éste empezaba a moverse. Enseguida se ponía en marcha en una ávida búsqueda de la verdad por toda la cartulina, y nunca tardaba en encontrar la respuesta correcta. La gente concedía un gran valor a la transparencia de las verdades del vaso, hasta que alguien con más discernimiento veía, de pronto, más allá del vaso y de su conducta, y descubría la mentira sin fondo mediante un instrumento mucho más perfecto.

—A mí no me interesa el vaso —decía aquella mujer—. Me he agenciado un bote de ouija.

—Tú no estás bien de la cabeza —replicaron los espiritistas ortodoxos, tratando de ridiculizarla al afirmar que el bote era una porquería.

—Me da igual cómo lo llaméis, bote de ouija o porquería de bote —se defendió la mujer—. El bote de espíritus dice la verdad.

—Cariño, ¿no sería mejor utilizar las dos cosas juntas, en vez de despreciar el vaso? —preguntaron para darle una oportunidad de cambiar de opinión.

—Antes muerta que faltar a la verdad —respondió ella—. Seguiré con lo mío o moriré.

El nuevo instrumento se fue abriendo paso y casi provocó una revolución. La gente empezó poco a poco a ir viendo las desventajas que tenía el vaso por ser de cristal.

—Si lo que se busca es adivinar algo en un asunto de los que se llaman «transparentes» —explicó la mujer—, lo único que se consigue es lo que favorece la mentira. Los espíritus que se manifiestan en cristal transparente y ante los ojos de todo el mundo nunca se atreven a decir la verdad.

—Es evidente —coincidía la gente, habida cuenta de los rasgos humanos de los espíritus: eran unos auténticos gallinas.

—La mentira es muy astuta, prefiere esconderse en lo transparente, así nadie se percata de su presencia porque es demasiado visible como para que la vean; pero la verdad aparece directamente con el bote, sea bonito o feo —explicó la mujer—. Nadie puede influir sobre los espíritus a través de un bote opaco.

Al poco tiempo, el barrio se había convertido en el primero y único lugar del mundo donde las noticias, incluso sobre lo que pasaba en la casa de al lado, llegaban sin la menor brizna de falsedad gracias a los botes de ouija.

—Para que luego digan que este país no progresa —comentó la mujer un otoño, ufana, cuando papá pasó junto a la valla de su finca con el último saco de patatas a la espalda.

Aquellas palabras me hicieron reflexionar y descubrí que eran acertadas, pero no me atreví a preguntarle a mamá: «¿El diente del trocito de mandíbula está muerto y tú estás viva?». Temía que su respuesta fuera caerse muerta para poder estar con el diente, y a partir de ese momento yo habría tenido que utilizar la lata de los botones como bote de ouija para hablar con ella. «¡Pues figúrate!», pensé. «Que un diente podrido que le habían sacado de la boca fuera más importante que mamá entera.»

—¿Puedo probar si la lata de los botones sirve para la ouija? —pregunté.

—No —respondió—. Déjate de tonterías.

De niño se me confiaron muchos botes llenos de misterios de la vida de la gente; había oído hablar de ellos, había albergado sospechas acerca de su existencia, los había podido ver con un solo ojo, pero no se me permitía abrirlos y hablar de ellos, sino que tenía que guardar silencio. Obedecí, pues de los cuentos populares había aprendido lo peligroso que puede ser meter las narices en las cosas que se nos han confiado encerradas en objetos diversos, del estilo de este bote, o hablar de su contenido. Por eso estaba siempre alerta, y aprendí a rechazar el vaso y a tener cuidado con mi bote. Si se abre el bote en un momento inoportuno, incluso en la literatura, puede suceder cualquier cosa y perderse lo que atesora.

Me parecía más que probable, en realidad lo sabía y me resultaba evidente, que en

determinado momento todos están a la vez vivos y muertos, igual que mamá y el diente, pero al final todos estamos solamente muertos. Quizás algo así me había pasado también a mí.

Pero ¿tan joven?

En semejante estado de entusiasmo, cuando hacía sol y yo disfrutaba del placer de dejar que la arena fluyera por mi puño cerrado hasta que la mano quedaba vacía, llegué a la conclusión de que Dios no nos deja nacer del todo. Nadie ha nacido por completo en el mundo. Por eso no hacemos más que intentar una y otra vez parir de diversos modos lo que sentimos que nos falta, para así poder completar la vida; en general sólo lo logramos con nuestras obras o con el instinto de la reproducción, pero nunca por entero, por mucho que lo intentemos.

Nunca te llenes, ni te vacíes tampoco, nunca digas la última palabra en nada, aprende por encima de todo el arte de ocultar y guardar. Esto conduce a la continuidad, lo otro lleva a la conclusión.

Pero al morir mi madre, cuando estaba ya bajo tierra, recordé de repente la lata de los botones de mi niñez, con la impresión de que la conservaba en su imagen exacta y precisa, no en simples palabras. Busqué en el armario de la cocina, donde tendría que estar, pero no la encontré por ningún sitio, así que le pregunté a mi padre:

—¿Dónde está la lata de botones de mamá?

—¡He tirado esa porquería! —me respondió. Aquello me afectó, y él se dio cuenta y rió—. Como si cualquier persona en su sano juicio fuera a guardar un bote que no sirve para nada —añadió con sarcasmo.

Herido en lo más hondo, intenté hacerle entender cuál podía ser el valor de aquel objeto, pero él era incapaz de comprender que una cosa inútil pudiera ser más valiosa que cualquier otra que tuviera utilidad.

—No hagas como si la lata esa fuera tu botín de guerra —replicó mordaz, y pretendió darme un ejemplo extraído de las sagas islandesas, que yo siempre he considerado como parábolas escritas por cristianos acerca de la lucha de un pueblo que ha perdido sus valores y pelea, por rabia y por un impulso primitivo, para conseguir conservar algo inútil.

—Por suerte, no sólo lo que se consigue con las armas tiene valor —repliqué.

—Ese bote no servía para nada, no le des más vueltas —repuso él, machacando con lo mismo.

Si respondía así no era porque en la vida hubiese llegado a poseer algo de tanta importancia que, en comparación, la lata de los botones careciese de valor alguno y hubiera de tener ese mismo valor nulo para los demás, sino por algo bastante frecuente en la forma de ser de muchas personas y que yo siempre he sido incapaz de entender: nuestra necesidad de destruir.

Y pensar que podía existir incluso en un constructor de casas como mi padre.

—Tal vez la vida no valga nada, pero nuestro objetivo es dar valor a lo que otros consideran poco valioso —aduje yo sin dejarme convencer por sus palabras.

—Por muchos siglos que guardaras ese bote, nadie vería en él nada de especial — repuso mi padre.

Su actitud era consecuencia, en parte, del hecho de que nunca fue un niño que pudiera disfrutar con la lata de botones de su madre, una lata repleta o llena a medias de una multitud de formas, colores y materiales que podían engarzarse en ideas sobre la vida y la existencia. Lo único que tuvo él fue una navajita que su padre adoptivo le regaló para cortar un palito, que desapareció para siempre cuando se gastó por completo. Ésta era la diferencia entre nosotros.

Aunque quizá sí que tuviera algo tan poco valioso como una lata o alguna otra cosa cuyo valor yo no habría sido capaz de juzgar porque nunca me divertí con ella a su misma edad. Yo admitía que no me interesaba de un modo especial su caja de herramientas, aunque fuera mil veces más grande y sin duda alguna más importante que el bote, repleta como estaba de herramientas. En tiempos había sido útil, pero ahora se había convertido en una antigualla, igual que los botones de la lata, pero a él jamás se le habría pasado por la cabeza tirarla. A mí tampoco. Sé que la lata de botones de mi madre se enlaza en mi personalidad con la caja de herramientas de mi padre, pues debo de ser una combinación de ambos. No presté ninguna atención a este hecho hasta mediada la cincuentena, cuando empecé a echar de menos las cosas de un modo intelectual y a recordarlas de forma sistemática. Así que le dije a mi padre:

—Pensaba conservar la lata de los botones y la caja de las herramientas y echar los botones encima de las herramientas para agitarlo todo junto. Pero puesto que ya no hay lata de botones, sólo caja de herramientas, no erigiré ese monumento en vuestro honor.

—Me temo que estás absolutamente majareta, si estabas pensando en mezclar unas herramientas de carpintería y una porquería de botones —rió mi padre.

¿Por qué nunca se me había pasado por la cabeza mezclar ambas cosas en las palabras de un relato?

No lo sé. En cambio, sé que las cosas no tienen el mismo valor que las palabras que se usan en su lugar; las palabras suelen durar incluso más que las cosas. Así que decidí vengarme de la caja de herramientas escribiendo más sobre la lata de botones, y usar ambas igual que los botones en su época, de manera que, a lo mejor, la lata perdurará como concepto aunque haya desaparecido como bote de hojalata tangible y lleno de... ¿de qué?... ahora ya no sé de qué estaba lleno en realidad... ¿Quizá de muchísimos botones? ¿El diente...? La vida está llena de botones, dientes, palabras huidas.

¿Qué tenía?

Puede que fuese un pequeño fragmento de las cosas queridas y sin apenas valor que hacen que la vida sí que tenga valor, algo que nos lleva a enlazar temas diversos en un relato, igual que metemos botones de diferentes tamaños, formas y materiales por ojales estrechos o anchos, como si formaran parte de una prenda universal mucho

después de la muerte del cuerpo de alguien... ¿del mío?... quizá resulta que puede tener algún sentido lo que suelo responder cuando me preguntan por mis opiniones acerca de la obra literaria y la fama de los escritores:

No hay demostración posible del valor de una obra hasta que el autor lleva al menos cien años en la tumba y ha sido olvidado casi por todos; aunque entonces no le sirve de nada a él, en lo tocante a éxito y reputación.

Creo que no tiene importancia alguna que el escritor piense en la eternidad mientras los demás piensan en lo inmediato, en los números y en el beneficio.

Hay pocos que verdaderamente presten atención a un escritor, por magnífico que pueda ser, hasta que la inconstancia de los gustos saca a su obra de la tumba del olvido y la convierte en un fantasma ejemplar que se arroja sin cesar contra los escritores jóvenes, exclamando: «Aquí están vuestro padre y vuestra madre. Así habréis de escribir. Entonces disfrutaréis de una larga vida en la magia del pueblo».

# Magias de la niñez

*En esa edad difusa pero segura de la niñez, vas por la vida guiado por su magia, que es a la vez reflexión y energía física. En la infancia no tienes ni idea de cuál es el origen de la fuerza que nos permite comprender lo que nos rodea, personas, naturaleza, animales, y la vida como visión sobrenatural y sensación misteriosa. Todo lo que sientes es una iluminación espiritual, pero lo que ves es terrenal y está atado a lo que sucede a nuestro alrededor. Todo despierta entusiasmo, la materia también se convierte en entusiasmo y en consecuencia no establecemos distinciones entre cielo y tierra, entre materia e inmaterialidad. En la niñez creemos habitar de manera natural en la magia misma. Todo es obvio. No rebuscamos para intentar comprender mejor lo que sucede, sino que avanzamos en la atemorizadora proximidad de todas las cosas aunque al mismo tiempo estemos muy lejos de todo. La infancia está llena de contradicciones naturales.*

*Más tarde, a lo largo de tu vida, cuando el niño que eras ha dejado ya de serlo y todo lo de su vida se ha vuelto evidente, aunque ahora de una forma distinta a como lo era en la infancia, te acomodas a lo obvio con un suspiro de cansancio, y como adulto intentas a veces recuperar la infancia e ir tirando de parte de ella, como de un hilo de Ariadna, a través de la memoria, que a menudo no es otra cosa que imaginación brotada de la magia misma.*

*En mi caso, esa magia, límpida y clara en su opacidad, es algo que he atesorado y guardado siempre, porque creo que un escritor posee la capacidad de conservar su tema mientras lo va usando en su mente y en sus obras, destrucción y conservación son exactamente la misma cosa. A pesar de ello, he tenido que recuperar con esfuerzo lo que viví en mi infancia, porque el camino que lleva del concepto a las palabras es largo, y los conceptos no se vierten con facilidad en palabras ni las palabras evocan siempre los mismos conceptos. La magia de mi infancia ha surgido como la tierra desde el susurro del mar, o ha estado flotando en el aire durante mis años de adulto en el extranjero, para posarse en lo que yo llamo mi patria chica, la literatura. Es algo parecido a lo que creo que puede narrarse oralmente y por escrito. En muchas ocasiones, la lengua hablada no es adecuada para la magia, ni siquiera para el susurro, aunque toda literatura tenga su origen y sus raíces en ella. En ella, todo el tiempo que queda tendrá que convertirse en futuro. Porque las formas se ocultan en el susurro y la lengua hablada tiene más espacio que la lengua*

*escrita, más espacio libre para que el autor acuñe nuevas formas. La lengua escrita es el lugar donde la forma puede aproximarse a su culminación y morir.*

*El novelista elige una forma determinada en el océano de las formas, en el susurro y la lengua.*

*El escritor puede conservar su magia durante toda la vida sin que nadie más que él tenga ni un asomo de ella, y usarla en silencio para su propio deleite.*

*Nada sucede por sí mismo.*

*Nada se reviste de palabras y se fija en una página sin esfuerzo.*

*Aquí todo se hace a base de voluntad, pero la intención no está clara, y eso también se consigue a fuerza de voluntad.*

*Así ha de ser.*

*Esta pequeña parte de la magia de mi niñez se presenta aquí en forma neutra, igual que se ofrecen las formas a la vista en un escaparate.*

## Capítulo tercero

## Primera magia

### Rezar las oraciones

Cuando mamá se acuesta con nosotros por la noche para rescatarnos de la dura conciencia de la luz y hacernos dormir conduciéndonos al descanso tras las faenas del día, abre un poquito el edredón y se tiende vestida a nuestro lado después de quitarse las zapatillas. Se acurruca y se convierte en un caracol con jersey, con las rodillas dobladas y los pies saliendo por el borde de la cama. A veces es difícil sacudirse de la mente la excitación de los sucesos del día, nos tiene que apaciguar. Nos sujeta suavemente pero con firmeza cada vez que nos agitamos para resistirnos al sueño y al descanso. Con eso basta. La necesidad de salir corriendo desaparece poco a poco, la boca calla y al final el zumbido de la cabeza se convierte en silencio. Nos rendimos a su autoridad, a la blandura de la almohada, a la inevitable cercanía de la noche; y una cálida corriente de palabras, de susurros, se nos va filtrando por la cabeza y sustituye al ajeteo del día. Los niños luchan contra el sueño como por instinto, pero acaban rindiéndose. Es nuestra primera necesidad de rebeldía: contra el sueño, contra la inmovilidad. Casi toda la humanidad se rinde al menos una vez cada veinticuatro horas. El sueño triunfa. La noche y el sueño son una consecuencia tan inevitable del día como la muerte lo es de la vida. La desobediencia por las noches es el primer ensayo de rebeldía contra lo inevitable; la resistencia es innata. Después nos llega el reposo impuesto, pero en algún lugar continúa oculto cierto rechazo a lo inevitable; por eso nos incorporamos un poco.

—Chis —insta la voz dictatorial de la madre, alejando de nuestra mente la intranquilidad.

Pero no puede estar segura del todo, de manera que empieza a hacer ¡chis! en voz baja pero con firmeza, casi sin sonido, por si acaso se nos ocurre hacer algún otro ensayo de seguir despiertos toda la vida. A eso es a lo que llama «apaciguarnos» para dormir. La calma llega casi al mismo tiempo que oímos ese susurro tenue e incomprensible. No sale de su boca, brota de nuestra madre entera, de su vida, de su propia necesidad de sosiego, pero sobre todo del deseo de darnos un poco de paz. Nos sentimos nacer hacia dentro de nuevo, muy lentamente. Ahora nos está reuniendo como a ovejas, no con perros ni gritos sino con un susurro, como corderitos llevados al aprisco de su interior. Lo hace con un ¡chis! casi continuo y después con oraciones. Los ojos empiezan a pesarnos, giran en sus órbitas, se pierden por el techo del dormitorio sin saber adonde ir, sin fijarse en nada. Quizás están buscando a los ángeles, aunque intentan colgar la vista vagabunda en el gancho del rosetón del techo. Los ojos se quedan sin fuerza, la vista se escurre del gancho. Las flores blancas que adornan la franja del reborde se funden en una neblina. Extiendo la mano para agarrar el rosetón, que está más en mi mente que dentro de esa franja, pero mamá la coge y la mete en el calor del edredón.

Ese ¡chis! es una preparación para las oraciones, o el prólogo de todas ellas.

Ese ¡chis! es un poema de silencios. Se te mete en los oídos. En nuestra mente, reverenciamos a nuestra madre más que a Dios o a la religión. Dios está muy lejos, en su reino, pero mamá está acostada a nuestro lado, con la cabeza sobre la almohada, medio tapada por el edredón, con los brazos como pesadas cadenas encima de nosotros en el cálido espacio y las piernas en el frío y la oscuridad de más allá del borde de la cama. Seguramente no tiene miedo de que la muerdan los fantasmas y los monstruos de las tinieblas. Sé que mamá no ve bien de noche, pero sus pies no temen a la oscuridad.

Consigo pensar: «¿Qué clase de fantasma será mamá cuando muera?», y de pronto me llega hasta la mente el soplo de las alas que te mantienen despierto. Me rebullo.

—¡Chis! —repite mamá, que advierte que aún hay en mi mente movimientos innecesarios.

Sin que me haya dado cuenta, su boca está ya casi al lado de mi oreja, las oraciones vespertinas brotan misteriosas y penetran por el oído. La cabeza se llena de ángeles vestidos de susurros transparentes. También llegan buenos consejos para la vida, qué cosas hay que obedecer dormido y despierto. Ángeles y consejos se entrelazan. No importa. A veces la confusión se rompe con un ¡chis! y el buen consejo se separa de los ángeles, llega la continuación, los ángeles van saliendo de las rimas. Dios habita en la oscuridad o en la neblina, y por algún sitio camina el Niño Jesús sobre las manchas del sol o sobre un rayo que se ha abierto paso a través de las grietas entre las nubes. Descubro así, asombrado, que el agua sobre la que caminaba cuando era adulto no era otra cosa que la luz del sol. Eso no lo saben los adultos que hablan de él durante el día, no saben del mar de luz de sol. Dios vive en el agua de la naturaleza. Su hijo camina como una araña sobre los rayos de sol. Esa curiosa idea retrocede ante las palabras igual que el miedo.

Nunca comprenderás nada como Dios manda.

Quizá casi desde el nacimiento no he querido comprender una cosa, o nada, como Dios manda. ¿O tengo mal oído? Esa explicación me rodea por todas partes pero no deseo apropiármela:

Tienes que ser como los niños buenos y bien educados.

No.

Dios vive en el agua de la noche y allí camina su hijo sobre rayos de sol.

No.

Dios no vive aquí. No está en ningún sitio excepto como una tontería. Tienes que intentar evitarlo. Vale la pena intentarlo y es estupendo si se consigue, si es cierto que está en todas partes.

Inténtalo, inténtalo.

Eso no es posible, no hay sol en la superficie del agua.

Claro que lo hay, pero tú no lo ves. El sol nace de debajo de sus pies al caminar,

como estelas en el agua. Pisa la estela de Cristo. Jesús salta de piedra en piedra sobre las manchas de luz igual que tú saltas sobre las piedras de un charco para no mojar los pies. Él no quiere ensuciarse de tierra.

Hasta en verano, cuando el recorrido del sol es más alto y es de día incluso durante la noche, el tiempo está lleno de claridad y la noche no existe excepto quizá como idea, aunque regresará más tarde como Dios manda, con la oscuridad del otoño. Las tinieblas se van extendiendo entonces despacio y hundiéndose en la mente con la misteriosa palabra «noche», y sientes venir a Cristo, es Él la luz del sol de la noche, y la almohada se llena de Él: «... Jesús de emplumadas alas, ten piedad de mí y condúceme por el recto camino...». No...

Es Él quien entra en la mente en lugar de las plumas. El sueño y la tranquilidad llenan el almohadón y no importa que exista la noche. Todo se filtra por la mente, como que debes tener en tu carácter y en tu pensamiento algo digno de merecer amor por mucho, mucho tiempo, toda la vida, aunque no tendría por qué ser nada enorme, sólo algo. Puede ser algo pequeño pero con algún valor, alguna virtud quizá preferible a algo importantísimo que tantos admiran y que a muchos les parece maravilloso, pero que por regla general sólo dura un breve tiempo.

Todo lo que está en manos de muchos corre el riesgo de un rápido olvido.

Ten poco pero tenlo mucho tiempo, algo que los demás estimen, aunque quizá lo valoren más que tú.

Los hombres han de ser ciegos para lo mejor que hay en ellos mismos; de otro modo tan sólo verán espejismos.

—¡Chis! —dice mamá.

Trabajosamente, la vista consigue sujetarse, colgarse por un instante del gancho, y luego de las flores de la larga trenza del borde del rosetón, y los oídos oyen el eco de lo que dijo papá: «Algún día habrá una gran lámpara colgando de ese gancho, y entonces tendremos luz en el dormitorio y habrá tal claridad que creeréis que es Navidad todas las noches».

Ahora, del gancho no cuelga nada más que oscuridad.

De repente, la muralla de ángeles ha tomado el poder y de nada sirve luchar con la mente contra el sopor de la noche, sujeto a la luz futura. La magia de la oscuridad te llega flotando desde los labios de mamá y los ojos parecen rimar con las palabras de la oración: «... sitúa sobre mí la muralla de tus ángeles para que pueda en paz dormir».

Debe ser de lo más seguro tener por encima una muralla de ángeles sin un solo lugar descubierto, durante toda la noche, hasta la mañana.

«¿No bastaría con un ángel bueno, y así te ahorras el resto?», dice papá en la mente.

«¿No será que los ángeles no son más que unos mequetrefes?», dice papá en la mente.

«Pues menudo es Dios, que no ahorra ángeles para mis chicos, por muy tacaño

que sea con todo lo demás, como con los calzoncillos, por ejemplo», dice papá en la mente.

Pero todo es absorbido hacia el sueño día tras día, noche tras noche, siempre igual, en la misma cama. Se filtra por la mente el consejo de que basta con tener las virtudes que cualquier persona pueda amar durante mucho, mucho tiempo, quizá toda la vida... no ha de ser nada tremendo...

Así comprendo una noche que seguramente la fe se ha transformado en algo que es su opuesto, que tal vez desee destruirse a sí misma, mostrar el lado correcto de las cosas. Comprendo que mamá no me dice las oraciones al oído a mí, las dice para sí misma despacio y haciendo que se filtren por la mente y desaparezcan en lo más profundo de mi conciencia.

Es lo que hacen las brujas.

¿Será el peor de los pecados aprovecharse de la fe para hacerse uno mismo superior a Dios con la palabra de Dios que va introduciendo en la mente de quien la escucha?

Tal vez, tal vez.

Pero la noche flota llena de mi madre y de nada sirve pensar racionalmente o luchar contra ella.

En cuanto llego a pensamientos como éstos, las oraciones vespertinas se convierten en nada, mi madre se convierte en todo. Por eso me voy librando poco a poco de Dios, de la fe en Él, de su gloria, de su magia, y mamá llena el vacío. He de tener cuidado con ella. Por las noches se transforma en un susurro incorpóreo, en algo cálido, humano y mortal con la nariz un poco fría, escarchada en la punta. Se arrebujaba bajo el edredón para defenderse del frío de la casa, cubriéndose la cara con un borde. La palabra de Dios parece llegar desde la prenda, plumosa y blanda. El edredón está lleno de palabras en vez de plumas. Puede que mamá no diga las oraciones por necesidad de rezar, sino que sólo busque calor. Esconde la nariz en el edredón, casi como los pájaros cuando meten el pico debajo del ala, y seguramente se queda adormilada.

No, aparenta dormir, la muy tramposa, para que su sueño fingido nos anime a dormir.

¿Debería fingir que ronco para engañarla yo a ella también?

Tiene que echar mano de todos sus trucos para que nos durmamos. No se sabe muchas oraciones, sólo unas cuantas; siempre son las mismas, y han empezado a tener un efecto contraproducente. Te despiertan, porque te aburres con ellas.

Estamos acostados en un montón, en una cámara que es un pájaro gigantesco. Sé que la utilizamos para escapar juntos de algo, de eso que es «algo», y mamá dice que nadie puede saber lo que es ese algo. Nunca jamás.

¿Qué es?

—Chis —dice ella.

Los sueños habitan en el sueño, que es diferente de cuando dejas vagar la mente.

El sueño y los sueños son peores que cualquier otra cosa. Es curioso que en esta casa nunca nos encontremos en los sueños. En cambio pasa muchas veces cuando dejo divagar la mente durante el día, en un estado de vela no muy distinto del sueño.

—Chis, chis —dice mamá, cortante.

A veces, durante el día, sueño con encontrarme en sueños con mi madre, con mi padre y con mi hermano, para comprobar si en los sueños son diferentes de cuando están levantados. No. Nunca me los encuentro. En cambio me topo con personas desconocidas con las que no tengo ninguna necesidad de encontrarme, ni dormido ni despierto. He descubierto un método para quitármelos de encima. Siempre he soñado mucho.

—Es el estómago —dice mamá—. Los niños que tienen mal las mucosas suelen sufrir pesadillas por las noches. Debes masticar bien la comida, así no tendrás cólicos ni pesadillas y podrás trabajar con aplicación durante el día.

Seguramente es así.

—Chis —dice ella, aunque esté en silencio.

Siento el aroma de su pelo y pienso que debe de ser como el olor de un bosque. Nunca he visto un bosque. Nunca he visto árboles. Asir con la mano las trenzas recién hechas, sólo una trenza, es asir una áspera serpiente del bosque, y la serpiente y el bosque llevan existiendo en el mundo desde que llegó la primera serpiente al bosque del Paraíso.

—Las malditas bichas eran las que mandaban, y no había antídotos —dice la abuela.

Eso lo sabe todo el mundo. Ahora sólo hay serpientes en las historias, pero ahí las serpientes no se parecen a esos bichos blancos que he visto enroscados en las cabezas de bacalao podridas. No son bichas, son bichos.

—¿Es que no piensas dormirte? —pregunta mamá.

Al poco rato se queda adormilada, o traspuesta, como suele decir ella. ¿Dónde está puesta? No quiero preguntar lo que es eso, tengo miedo de enterarme. Debes saber evitar lo desconocido, como si no existiera.

—Saber hacerlo es una señal de gran madurez —dice papá—. No estamos hechos para saberlo todo.

Yo pienso: «¿Dónde te traspondrás?».

No lo sé, pero de todas formas respondo: «Quizás en algo que flote por ahí, fuera de ti, tal vez en la placenta. Te la metes dentro al dormir, la cobijas».

En efecto.

Se entrega a todos, igual que la sombra cuando brilla el sol. La gente de nuestro barrio de Þorkötlustaðir sabe que en todas las personas hay dos o más personas. Una se ve siempre mientras vives, pero la otra sólo en algunas ocasiones. La tercera, quizá nunca. «En realidad, de ella no sabemos prácticamente nada», dicen. Pero es justo ésa la que se convierte en fantasma cuando mueres, tu tercera persona, y es ella la que se ve, en lugar de las otras; ni la que era la persona en sí, ni la que sólo se veía a veces,

sino la tercera.

Impecable.

No tenía ni idea de que los fantasmas tuvieran sombra.

—Chis —dice mamá.

La muerte lo pone todo patas arriba. La gente del barrio de Þorkötlustaðir lo sabe, como sabe también que es muy importante ver suficiente de uno mismo cuando piensas en otras personas, o cuando las observas, aunque tal vez no consigas ver lo otro, lo que estás mirando, o saber en qué piensa. La cabeza es un caos.

No solemos ver nada de lo que miramos, por culpa del que lo mira. Lo ensombrecemos todo con nosotros mismos.

No mires fijamente y con cara de crítica a los demás mientras te vuelves ciego para ti mismo y tus propios actos.

Habría que andar con consejos y oraciones contra uno mismo.

Cuando miras algo tendrías que ver eso, no a ti. Los egoístas se ven a sí mismos en todas las cosas.

¿Por qué dicen eso?

Trasponerse es un egoísmo de quien se traspone. Trasponerse es desaparecer hacia la oscuridad invisible de dentro de uno mismo ayudándose del sueño.

Luego, mamá se levanta. Percibes su perplejidad en la oscuridad. «¿Dónde estoy?», piensa. El frío de la habitación parece azotarla como una ventisca glacial. Ahora ya sabe dónde está y se deja caer pesadamente; se queda tumbada un momento, en silencio, pero se la oye despertar. Sus pensamientos y sus ideas sobre la vida dejan de hablarte a través del sueño. Notas que la recorre un repentino estremecimiento. Luego se aleja de nosotros despacio y sin ruido. Por fin, se pone en pie con esfuerzo. Mamá está embarazada y yo tengo casi cinco años. Volvemos a estar en «su cálida cueva». Se va a sus ocupaciones en la cocina y se queda deslumbrada. La luz de la lámpara brilla sobre ella. Siempre hay algo por terminar. Por el suelo se oyen unos pasos, quizás al lado del fogón. No. Es obvio que está fregando. Papá todavía no ha vuelto de la pesca, y cuando regrese, ella le dirá:

—Quítate las botas fuera, no me lo vayas a enguarrar todo.

En lugar de practicar las oraciones por las noches, ahora que me las sé todas de memoria empiezo a ocupar mi mente ya no con ellas sino con mis padres. Tengo a mis padres en la mente en vez de a Dios. Tengo en mi mente pájaros y flores o nieve y escarcha. Es lo que ha sustituido a las oraciones... Ahora cierro los ojos... Ya no necesito a Dios, ni por las noches al dormirme ni por las mañanas, como cuando despertaba y recitaba: «Con Dios me levanto...». Sé que el pensamiento puede viajar lejísimos por el aire, posarse en el pedregal y crecer multicolor donde consiga echar raíces. No es una oración a la vida, la vida no precisa oraciones y no tiene misericordia con los vivos; la vida carece de leyes, sólo las necesitamos nosotros, los que vivimos. No le cuento a nadie el deseo de vivir para siempre en mis padres y de que ellos vivan en mí, entre pájaros y flores, escarcha y nieve, sin olvidar la lluvia ni

la oscuridad. La oscuridad es lo mejor de todo. Cuando muera, mi último pensamiento tiene que sonar como la pregunta de una oración: «¿De qué modo puedo morir para entrar en los pájaros y las flores muertos, en la muerte de todo lo que ha vivido en la tierra mucho antes de mis propios días y que ha muerto antes que yo y también ha entrado en lo que seguirá viviendo mucho tiempo después de mí?».

¡Chis!, dice todo aquello con lo que me he criado.

¡Chis!, dice todo lo que oigo decir y miro y veo a mi alrededor.

¡Chis, chis!

No hay otra palabra que me hayan dicho más veces que ésta:

¡Chis, chis!

Pero yo sabía, y el conocimiento me despertó del sueño y me alejó de otros. La sabiduría no aprovecha a nadie. Supe que tenía que alzarme contra mis padres, ya en la niñez misma, porque ellos me oprimían haciéndome sentir la necesidad de fundirme, dócil, en los demás. Todo está en todo y en todos, pero al mismo tiempo está aparte. Poder diferenciarse de los otros sin perder la fusión es una necesidad de la voluntad de moldearse uno mismo y dejar de ser un niño. Para mí era una necesidad vital alzarme contra ideas y oraciones, contra todo lo más querido, y aprender a respetarlo dentro de mi alma. No digas nunca: «Dios mío». Así cambié durante las noches.

—¡Chis! —dice una parte de mi hombre interior.

El otro, el que está a su lado, calla. Es curioso que el compañero de ahí al lado nunca chiste a lo que pienso o a lo que digo.

—Sabiendo callar y escuchar a otros se consigue la madurez —decía mi madre.

También mi padre lo decía.

En eso están de acuerdo. ¿Por qué creen entonces que sólo los tontos están de acuerdo en todo?

Vete a dormir para despertar temprano a recibir el día.

Por las mañanas teníamos que salir con oraciones en los labios para dar la bienvenida al día y agradecer a Dios que hubiera estado a nuestro lado y nos hubiera guiado sanos y salvos a través de las tinieblas. Repetir las oraciones por las noches era fácil, pero en la claridad del día había poco tiempo para oraciones o para prestarles atención alguna. La oración combate los peligros de la noche y la oscuridad, pero nadie teme al día ni a lo que pasa en él, a pesar de que lo que sucede a plena luz del día es más peligroso que lo que le pudiera ocurrir a un niño dormido en su cama, bien tapado con el edredón, fuera lo que fuese. Pero así son las cosas. La claridad confunde nuestra visión; la oscuridad, no. Ésta nos hace ser prudentes.

Por las mañanas no había forma humana de mantenernos en la cama callados, ni de apaciguarnos, ni de prepararnos para resistir las tentaciones y los peligros que encontraríamos sin cesar. Por eso deberíamos haber buscado la guía de Dios con oraciones matutinas, pero salíamos corriendo como locos, cegados por la necesidad de existir. No escuchábamos a nadie. No hacía falta tener madre, mucho menos con

oraciones en los labios, pues puede que sólo sirviese para darnos de comer. Solamente preparaba pescado para comer, rara vez croquetas. Carne comíamos menos aún. La comida, en realidad, nunca fue lo bastante buena como para que mostráramos agradecimiento, sino más bien lo contrario, esa ingratitud que caracteriza al niño durante el día, siempre y cuando no se trate más que de simple maldad, capricho y desvergüenza, y el arte de berrear para imponer su voluntad: el niño es la maldad encarnada.

Así transcurría el larguísimo día hasta que llegaba el atardecer, lleno de cansancio, chises y labios que traían el sueño con la magia de mi madre. Una magia que iba metiéndose por los oídos y llegaba hasta el cerebro para recalar en la mente, y sólo Dios ha de saber en su oscuridad, que habita en el interior de todas las cosas, adonde iba a parar al final y dónde, naturalmente, sigue todavía.

## Segunda magia Incordiar a las viejas

Antes de que estallara por ahí la última guerra mundial y de que llegara hasta aquí con consecuencias más drásticas que para las naciones contendientes (lo alteró todo por mar y por tierra), nadie de mi barrio había querido nunca meterse en política; «Eso es cosa de Reikiavik», era la cantinela constante de la gente, aunque tampoco se peleaban por las fruslerías que pasaban en el Parlamento o en el extranjero. A nuestros ojos, esos dos lugares eran en cierto modo el mismo. Entre nosotros se discutía mucho, y con gran vehemencia, sobre este o aquel «gran hombre» que vivía aquí o allá, en el país o fuera de él, y que siempre parecía trabajar en Biskupstungi, en cualquier sitio del mundo, o con otra gente que se nos parecía; y podíamos imaginarnos que era quien mandaba, y siempre gobernaba con mano dura.

Nuestra capacidad de imaginación no era muy grande, ni en ese sentido ni en ningún otro, pero pensábamos que así tenían que ser los grandes hombres, que hacían buena pareja con las heroínas que andaban con la boca abierta a su lado, siempre dando órdenes.

En general, la gente no se interesaba mucho por los grandes hombres ni por sus brujas, fueran extranjeros o nacionales, porque a nuestro alrededor había suficientes hombres y mujeres extraordinariamente trabajadores. Éstas eran las palabras que utilizábamos para referirnos a esas personas tan laboriosas que los visitantes llegados de Reikiavik llamaban héroes o heroínas, añadiendo que los grandes hombres estaban sobre todo en Alemania, pero que los grandes políticos estaban en Inglaterra.

Nosotros no teníamos ni idea de todo eso. Nuestras ideas acerca de los méritos de la gente no solían traspasar los lindes del pueblo.

Una excepción eran los poquísimos comunistas. Ellos disponían de un gran hombre en un país al este, aunque nunca mencionaban a ninguna gran mujer relacionada con él, hecho que le impedía gozar de demasiada popularidad. Papá recordaba que un candidato conservador había dicho en un mitin electoral: «No puedo imaginarme que vosotros, como electores, podáis apoyar o conceder vuestro voto a una tendencia política de Rusia que aún no ha sido capaz de producir una sola gran mujer desde el año 1918». Y después había añadido: «Grandes hombres y excelentes mujeres que me escucháis, mostrad madurez, continuad con esas heroínas que son los pilares de Islandia unidas a esos héroes del mar que son los auténticos padres de la patria». Ni que decir tiene que la victoria del candidato fue arrolladora. No podíamos imaginar otra cosa que unos héroes con sus heroínas tras ellos, prestándoles su apoyo, o a su lado como fuertes pilares. En el barrio, por cierto, los pilares del hogar eran siempre las mujeres.

En mi barrio se discutía a menudo sobre los hombres que habían seguido su propio camino en todo lo relacionado con la navegación y la ganadería por mucho

que sus mujeres gruñeran o murmuraran. Por ejemplo, no respetaban las horas de las comidas sino que se zampaban lo que pillaban cuando se les antojaba. En cuanto a las heroínas, no hacían más que hablar y andaban siempre de morros (incluso con los héroes, cuando estaban en tierra) y afirmaban que se las arreglaban de maravilla sin ellos y no se metían en sus asuntos, aunque las mujeres tenían más cabeza que los hombres para todo género de cosas.

«¿Quiénes traen los niños al mundo?», preguntaban orgullosas de su superioridad en ese terreno. Y se respondían: «¡A lo mejor no somos nosotras las que paren los niños!». «Como si nosotras, las heroínas, tuviéramos que ir a remolque de los grandes hombres», decían aquellas excelentes mujeres, y atacaban a los grandes hombres, quizá más de palabra que de obra. Sin embargo, recurrían a los hechos cuando estaban en el piso de arriba y los maridos abajo, apoyados en la pared de fuera, en la temporada en que no estaban embarcados; abrían la ventana y les vaciaban encima el orinal.

—Muchas mujeres abusan demasiado del orinal, el arma del hogar —decía papá cuando oía uno de esos casos.

A causa de la agresividad y los argumentos de las heroínas, los grandes hombres iban camino de quedar fuera de juego. Para ocupar su lugar llegaban las malas bestias, y el barrio se llenó de excelentes mujeres; pero con la guerra empezó a haber grandes hombres también entre nosotros, aunque sólo eran admirados en sus casas, acaso tan sólo en su jardín, tal vez incluso sólo en los cercados, y sus hazañas consistían en robarle herramientas al Ejército. Grandes héroes llevaban a casa al atardecer coches enteros cargados de toda clase de trastos militares. En cambio, las heroínas seguían en sus cocinas o en la banqueta, ordeñando las vacas y dándole a la sinhueso sin parar.

En las casas se discutía con devoción sobre todas estas cosas, pues admiraban a cualquiera que fuera distinto. La gente reconocía que así tenía que ser, así había sido y así seguiría siendo mientras existiese el mundo, algunos salían adelante y otros casi ni soportaban el trabajo; la gente se dividía en quienes eran admirados y quienes admiraban a otros. Y de este modo, aquellos héroes y aquellas heroínas se convertían en bestias de labranza.

Las personas normales, que no eran héroes a los ojos del mundo, podían serlo, sin embargo, a sus propios ojos y en su casa; con eso les sobraba, y no iban a trabajar llenos de entusiasmo, eran un fastidio para su mujer y andaban siempre sin un céntimo, viviendo de los subsidios municipales. Si no se encontraban en ninguno de esos casos pero las cosas les iban muy mal, era porque habían tenido la suerte de pescar una heroína muy trabajadora a la que habían engatusado con su labia. Todo el mundo estaba de acuerdo en que las mujeres trabajadoras eran una maravilla, lo eran todo, nada se les resistía, pero también eran unas arpías con lengua de víbora. Arpías y heroínas gozaban de gran respeto; los chicos y las chicas se cagaban de miedo al verlas de lejos y nadie se atrevía a meterse con ellas.

Si en lugar de pasarse la vida trabajando sin parar para sacar adelante a los suyos, un padre de familia andaba ocioso por las tardes e indeciso por las mañanas y decía una vez sí y otra también: «Supongo que depende del color del cristal con que se mire», o no hacía más que darle vueltas a las cosas, entonces no es que lo condenaran directamente, pero la gente se entretenía riéndose de él, tomándole el pelo y mostrando su absoluta superioridad. Por ejemplo, se burlaban de él como si fuera mucho más tonto de lo que la gracia de Dios había querido que fuese, y aprovechaban todos los defectos con que la naturaleza había obsequiado al pobre imbécil. A nadie le parecía mal ese género de entretenimiento en los escasos ratos libres, un hombre es el gozo de otro, daba igual el tipo de diversión de que se tratara con tal de que no durase demasiado, y siempre se hacía procurando no quitarle al otro las ganas de trabajar. A nadie le importaba que el objeto de burla dependiera, con todos sus críos, de los subsidios municipales.

En aquellos años había mucho desempleo; cuando se encontraba trabajo era temporal o por turno, o en la pesca de temporada, dependiendo siempre de la naturaleza, la marcha del sol, las corrientes marinas y los vientos. Cuando se conseguía alguna chapuza, los hombres intentaban reunir suficientes coronas para vivir una vez que terminase el contrato, y luego se pasaban el rato tumbados a la bartola en los periodos de paro, aunque no dormían para matar el tiempo sino para hacer acopio de fuerzas para el próximo turno de trabajo, llegara cuando llegase. Naturalmente, eso se aplicaba sólo a los hombres trabajadores que no podían, a pesar de su laboriosidad, dominar las corrientes marinas, los vientos ni la marcha del sol, ni hacer que un trabajo temporal durase todo el año, excepto navidades y Pascua. Los demás, los que rara vez conseguían algo, despertaban con su miseria la laboriosidad de sus mujeres, que se dedicaban a ir tapando agujeros a base de sacar de donde podían para ellas, el marido y los niños, currando en lo que fuese menester.

En los «días de ociosidad» los jóvenes desocupados mataban el tiempo torturando gatos y martirizando perros o chicos más pequeños; pero el entretenimiento principal era meterse con las viejas.

No había más diversiones, cada uno se procuraba su propio entretenimiento y elegía sus juguetes según su propia capacidad, costumbres y aficiones.

Esto no causaba catástrofe alguna, todos sabían hasta dónde se podía llegar, conocían sus propios límites, sabían exactamente cuánto tiempo se podía andar atormentando a otros en una comunidad tan pequeña. Incluso los chicos más estúpidos «moderaban sus bestialidades». Su guía era el sentido común, que establecía las normas y lo decidía todo sin excepciones, como las leyes sobre el robo y la agresión. El asesinato era algo inimaginable y nunca se produjo ninguno; casi toda la gente pertenecía a la misma clase social, aunque eran diferentes unos de otros porque así los había hecho la naturaleza, que desconoce la igualdad. No todo el mundo tenía el mismo aspecto ni la misma inteligencia, y había grandes diferencias en lo tocante a la fuerza física. La inteligencia podía ser muy variable e incluso

aumentar y disminuir en una misma persona. Nadie tenía demasiada confianza ni siquiera en la utilidad de las buenas notas, que eran cosa sobre todo de chicas. En su mayoría, sin embargo, sabían lo que tenían que saber, no les hacía falta más porque las personas eran cortas de entendederas y dentro de cada uno había un individuo violento y un policía. No se necesitaba un cuerpo de policía, aunque había un guarda encargado de imponer la paz a la salida de los bailes, de madrugada, cuando los hombres intentaban romperse las narices unos a otros; por lo demás, nunca se dejaba ver, excepto para lucir la gorra e intentar localizar a unos destiladores de sobra conocidos y a quienes «los de Reikiavik» consideraban como el peor cáncer de la nación. Los efectos del alcohol clandestino se consideraban especialmente dañinos porque fomentaban la pereza, la tristeza y el pesimismo del pueblo. Un hombre bajo la influencia del «casero» no tenía miedo de demostrar que todo le importaba un pimiento, empezando por él mismo, la familia, el trabajo duro e incluso Islandia. Esa clase de hombre bebía hasta perder la razón en los bailes y se peleaba como un poseso, y volvía a sus cabales, como solía decirse, sólo para limpiar la sangre. Al día siguiente volvía a despertar obedientemente para entregarse a sus obligaciones, a la rutina, y se desahogaba metiéndose con el trabajo y con los demás, pinchando y fastidiando a los tontos. Después del trabajo, en los días laborables, incordiar a la gente estaba mejor visto que pelearse, del mismo modo que la lluvia incesante se consideraba una fiesta en comparación con los huracanes que soplaban en el extranjero. Simplemente por eso, la gente pensaba que donde mejor se vivía era en Islandia; aquí no hay huracanes ni inundaciones que se lleven por el aire a personas, casas y ganado, o que las arrastren hasta el mar.

«Aquí por lo menos no se muere uno con las inundaciones y los tifones», decían las mujeres.

La gente pensaba que tenía que ser espantoso que un tornado te lanzara a lo alto y te hiciera pasar quizá días enteros flotando de un lado a otro dentro de un huracán, a menos que se hubiera tenido la buena idea de preparar unos bocadillos para tener algo que comer allí arriba.

En mi región natal no se oía ninguna otra muestra de amor a la patria, y la gente ni siquiera sentía aversión por los daneses, aunque sí por esas sopas claras que se servían «al estilo danés» y que se tomaban al principio de todo, con lo que la gente perdía el apetito y después de aquel aguachirle no conseguían tragarse más de cinco o, como mucho, ocho trozos de carne, el «plato fuerte», cuando llegaba la hora de que los invitados empezaran a zampar como alemanes, gentes de reputado buen saque. Por eso todo el mundo hacía lo posible por ir a las fiestas aunque hubiera que llevar regalos: a cambio de éstos, se comía.

Lo más apetecible y menos arriesgado para los jóvenes era incordiar a las viejas al atardecer, especialmente a mediados de verano, cuando ya había oscuridad suficiente; las viejas no ven bien de noche y se asustaban por la novedad de las tinieblas, pasada ya la época en la que no existe la noche. Eran muy impresionables, y

estaban siempre a la defensiva; se pasaban el tiempo en casa, bebiendo café a sorbitos, haciendo solitarios, echando las cartas y leyendo los posos del café, y al final se decían unas a otras:

—En tu taza no veo más que una nube, ve con cuidado y no salgas mucho.

Eso es un poco como no ver nada, aunque luego en realidad algo sí que se dice. Una nube puede interpretarse de muchas formas; por ejemplo, que algo líquido va a brotar, o ya lo ha hecho, desde un hombre casado al interior de una mujer soltera y ha formado una sombra indeseable, ha despertado la indolencia en el alma, le ha metido algo en la cabeza y cosas por el estilo, indicativas de la presencia de una enfermedad del alma que tiene algo que ver con el amor insatisfecho de la dueña de la taza. Con su pereza podía estar intentando ocultar que de pronto le había entrado «la disentería del amor, y los sentimientos se le escapan en tromba».

La noticia de una nube anómala en la taza se extendía con rapidez, y los chicos echaban a correr en pos del olor para practicar el deporte de arremeter contra la dueña de la nube. A veces, alguna de las atacadas sentía también la necesidad de arremeter contra sí misma, permitiendo a la más mínima mácula de su carácter dominar sobre todo lo demás, por lo que, naturalmente, quería hacérselo pagar; pero resulta que al hacerlo se salvaba, porque a nadie le apetecía sacrificar a quien se ofrendaba como víctima, así que los chicos desistían y la dejaban en paz.

Es decir, los chicos no comprendían a la mujer que era «su propia bestia».

Mamá nos tenía terminantemente prohibido ir con los demás a hacer esa barbaridad de fastidiar a las viejas, y nos había dicho:

—Si me entero de que andáis incordiando a las mujeres por ahí os doy una que os acordaréis toda la vida.

Lo mejor era que la vieja no hubiera hecho ningún mal a nadie. Entonces se tenía bien ganado que fuéramos a por ella, sólo por ser una vieja.

Los jóvenes en edad de la Confirmación, que ya casi podían ser considerados cristianos, decían que para una vieja normal era sanísimo llevarse un buen susto, y que daba gusto oírlas decir: «¡Os voy a meter en un saco, tunantes!». Nada produce una alegría más profunda en el corazón de un muchacho que oír las absurdas amenazas de una vieja que pretende realizar una hazaña con un saco.

Había muchas formas de incordiar a las viejas. En general, a las que los chicos solían fastidiar más eran las déspotas que, si pudieran, no dejarían a nadie vivir en paz. Había sólo una cosa capaz de mantener a raya hasta a las viejas más feroces y evitar que le dieran un tirón de orejas a un chico: arremeter contra ellas a base de obscenidades. Todos pensaban que «oreja» era como las viejas llamaban al pito, y a nadie le apetecía que una vieja le pusiera las manazas en semejante sitio. Había otra cosa que podía frenarlas: una tela de cortinas floreada que no hubieran visto nunca y que desearan conseguir como fuera.

La emoción de comprar era en esos casos distinta a la habitual, porque cortinas de flores no las había todos los días, pero, cuando se producía tal acontecimiento, todas

las viejas sabían que tenían que comprar algo decente para poner en las ventanas. Si, cosa rarísima, se daba el caso de que llegaban dos clases de tela a la vez y había dificultades para elegir entre las flores de color rosa y las rojas, se quedaban sin saber qué hacer y decían, confusas y a la vez asustadas:

—¿Es posible que ahora no seamos capaces de decidir cuál de las telas de flores debemos comprar?

—¿Significará esto que una sola clase de tela ya no es suficiente para la gente corriente de nuestra latitud?

La palabra «latitud» acababa de ponerse de moda y se usaba mucho, todo se comparaba con la latitud de Islandia, que era la única buena.

Podía decirse, en alabanza de las viejas, que tenían firmes sentimientos de justicia en lo tocante a cortinas, y que en este tema no molestaban a los hombres. En cambio, no dejaban a nadie en paz hasta que todas se habían comprado las mismas cortinas, si bien las vueltas de encaje podía elegir las cada una a su gusto.

El comerciante, gran amigo de la mujer, único miembro del sexo masculino que siempre ha sabido comprenderla, se alzaba imponente junto a una estantería de tres baldas con tres rollos de papel de envolver, todos del mismo color marrón pero de distinto ancho, y al tiempo que echaba mano de ellos, decía con la voz cascada por el asma:

—Comparto la opinión de ustedes en lo tocante a tela para cortinas, yo mismo no quiero tener nada más que un empleado; pero cuando vendo una mercancía envuelvo cosas distintas en papel del mismo color, aunque de distinto ancho para adaptarlo al tamaño de la compra.

—Pues claro que sí —decían las que había en la tienda.

Luego afirmaba que comprendía los deseos de sus buenas clientas y que iba a devolver la tela de flores demasiado pequeñas para la latitud a la que estamos, y para nuestras costumbres. Luego volvía a sacarla dos años más tarde y todas se abalanzaban sobre lo que a nadie en sus cabales se le habría pasado por la cabeza ni siquiera mirar un año antes sin correr el riesgo de que «el jeremías de detrás del mostrador» la considerase una rara. Tenía que ser una mujer de muy lejos del barrio la que se atreviese a comprar, a riesgo de ganarse el desprecio de aquella autoridad, pues él no se callaba las cosas como una tumba, ni mucho menos, en cuanto se sentaba a la mesa para hacer correr el vaso de la ouija.

A las viejas les pareció un avance prodigioso en el progreso mundial cuando empezaron a llegar al mercado telas nuevas para cortinas cada dos años, y al poco vieron que se avecinaba una revolución, que podrían tener telas para cortinas igual de buenas con rosas grandes o pequeñas según las estaciones del año.

—Si las mujeres mandaran —dijeron algunas—, todas las cortinas serían igual de buenas en todos los países, aunque con distintos diseños.

—La atmósfera del hogar no podrá renovarse hasta que, como la cosa más natural del mundo, se puedan descolgar las cortinas de invierno para poner en su lugar las de

verano —aseguraban otras.

Cuando los auténticos trabajadores les recomendaban mirar bien el dinero, por lo del aumento de precios que se produjo durante la guerra y porque ya era fácil que se lo arrebataran a sus mujeres con una buena oferta de productos, se incrementó en el mundo entero la producción de toda clase de maravillas. Y entonces el comerciante consiguió que las mujeres optasen por rebuscar entre las cosas del marido y marchar inmediatamente a la tienda en vez de tener que contentarse mirando con frustración los estantes de la tienda durante semanas e incluso meses soñando que compraban algo.

—En lo que a mí me toca, creo que está bien que no haya aquí nada más que una tienda, lo que no tiene por qué significar que en ella no se vaya a encontrar nada más que el mismo género para todos los clientes —argumentaba—. Es preciso incrementar la variedad, como si el comercio fuera una buena ama de casa que mira por la ventana de la cocina y ve día tras día el mismo paisaje pero cada vez de forma diferente, porque es mujer de amplias miras y no quiere tener siempre lo mismo delante de los ojos y de la ventana. En este sentido, la mujer está a una latitud superior a la de nosotros, los hombres, por lo que a amplitud de miras se refiere. Una auténtica ama de casa elige cortinas distintas según las distintas estaciones del año.

Tan pronto como las viejas escuchaban este himno se ponían contentas como unas pascuas y se veían dominadas por lo que se llamaba euforia femenina, y comprendían a las mil maravillas que todas compartían la misma opinión, que habían tenido idéntico sueño pero no habían podido hacerlo realidad, ni se habían atrevido siquiera por culpa de sus maridos, que encadenaban las lenguas, cerraban las bolsas y ataban la mente de sus mujeres. Coincidían con el comerciante en que desde los primeros tiempos había sido él quien había traído la libertad al mundo poniendo en el mercado una gran variedad de género, para que las mujeres estuvieran siempre deseosas de comprarlo todo.

—¡Por fin llega lo que tiene que llegar hasta nuestra bendita latitud! —exclamaban las viejas como una sola voz.

Estas cosas y otras a este tenor se le metían a uno por las orejas día sí y día también, y los hombres eran testigos de un milagro, porque mujeres de lo más normal estaban transformando el mundo y empujando a su patria chica hacia el futuro, al elegir lo más práctico y adecuado para la cesta de la compra.

No seguiré rememorando la emoción por las cortinas de las señoras del barrio de Porkötlustaðir a comienzos de la segunda guerra mundial, porque rara vez daban pie a enfrentamientos con los jóvenes. Por regla general sabían defenderse, eran agresivas por naturaleza. Los chicos preferían enfrentarse a las que andaban siempre regañando. Pasaré a otro tema, las viejas indefensas que apenas tenían nada en las ventanas o que se contentaban con dejar los mismos trapos hasta que el sol se comía la tela harapienta que colgaba encima de las jardineras de las ventanas, donde a duras penas crecían unas miserables flores de las que a pesar de todo estaban orgullosas.

Era a éstas a quienes preferían atacar los chicos.

En realidad, creo que hay poca diferencia entre enfado y excitación, aunque quizá no sea yo suficientemente buen psicólogo para ver la diferencia, mucho menos cuando se trata de mujeres, aunque tengo un pariente que es especialista en ellas. Lo que sí sé por sentido común y por propia experiencia es que resultaba fácil enfadar o excitar más de un poquito a las viejas. Un modo de conseguirlo era, por ejemplo, tocar a la puerta de fuera a deshoras por las noches y esconderse o esperar tranquilamente hasta que salieran, indignadas, momento en que se les preguntaba con cara inocente si tal o cual chaval estaba allí, aunque sabías que estaba a la vuelta de la esquina, riéndose. Primero, la vieja se quedaba sorprendida, pero luego decía enfadada:

—Supongo que estará haciendo tonterías en cualquier sitio, si no está en su casa.

—Bueno, pues buenas noches y perdone la molestia —había que decir, y poner cara de pena por haberle causado semejante molestia y por haber apartado a una excelente mujer de leer lo último que decían las cartas, en especial acerca de hombres comprometidos que no acababan de decidirse y ponían así de manifiesto su falta de hombría y su carencia de humanidad.

Lo mejor era alternar entre llamar a la puerta y correr a esconderse y llamar y preguntar con cara de inocente para que los que estaban escondidos pudieran oír a la vieja bufando furibunda. Con este astuto método, a las viejas se les subían los jugos de la comida, pero luego comprendían de qué se trataba en realidad, se percataban de que estaban siempre refunfuñando, relacionaban aquellas llamadas a la puerta con su estado de constante enojo y reprimían, por un tiempo, su afición a disciplinar públicamente a cualquier niño que veían. Sin embargo, no podían estarse tranquilas mucho tiempo, aunque sabían bien lo que les esperaba: que se metieran con ellas sin misericordia. Cuando se revolvían para defenderse las recibía una lluvia de piedras, y entonces les entraba tal cagalera que tenían que meterse a todo correr en el huerto más próximo.

Puede decirse, sin temor a equivocarse, aunque sea feo pero a la vez estéticamente correcto, que, si un chico llamaba a la puerta y se escondía, a muchas les entraba incontinencia verbal y se ponían a soltar barbaridades. Decían tales cosas que no pueden imprimirse, pero lo más asombroso era verlas enloquecer de furia en la puerta de su casa y luego cerrar con un portazo tan violento que se oía en todo el barrio.

Las viejas se volvían locas por tantas cosas que no acabaríamos nunca de contarlas. Una de las peores era que un chico cometiera la atrocidad de ir con las manos sucias a tocar la ropa blanca colgada a secar, lo que sucedía pocas veces, o nunca, en esta región tan húmeda. La guarrería de untar los calzoncillos de sus maridos con eso que hay en los retretes las ponía de los nervios de forma especialmente violenta. Pero la tarea más dura, aunque también la más apetecible, era hacer que se enfadaran un señor y una señora al mismo tiempo. Para eso hacía falta

muchísima astucia y valentía. Los chicos más mayores se enorgullecían de saber hacerlo, aunque ocultaban el método a los canijos.

—Nos guardamos la fórmula para que la próxima generación pueda fastidiar científicamente a vuestras mamás —alegaban—. Las viejas de ahora estarán ya muertas, y serán ellas las que ocupen su lugar. ¡La que se les viene encima!

A veces me daba un miedo horrible pensar en lo que podía estar esperándole a mi madre cuando fuera vieja, de modo que yo no incordiaba a ninguna para que, por eso de que las deudas deben pagarse, los descendientes de las viejas a las que yo había dejado en paz respetaran a mi madre cuando fuera una anciana. Lo primero que hacía yo por las mañanas era mirarla a hurtadillas y pensar sobresaltado: «¿Se habrá vuelto vieja esta noche?». Era en cierto modo fácil oír decir a las madres si les faltaba mucho o si estaban ya camino de convertirse en viejas, y también si tus compañeros estaban pensando ya en incordiarlas. En una amistad estrecha nada puede ir mal sin que todo se convierta de inmediato en su contrario; su naturaleza radica en su incondicionalidad, a fin de poder obligar al otro. Si una amistad se empantanaba, a las mamás les esperaba una buena, se les hacía pagar por lo sucedido, se lo cobraban bien caro a ellas. Debido a la peculiar naturaleza de una amistad de las llamadas indestructibles, lo más razonable era intentar ir salvando un escollo tras otro en la relación con los compañeros, ser amigos sólo en un cierto sentido o dentro de ciertos límites. Pero entonces tenía uno que oír a sus espaldas, en tono amenazador:

—Nunca se sabe lo que pretende ése.

Lo decían para que el muy canalla tomara partido claramente, a favor o en contra. No podía andarse con medias tintas ni con excusas razonables. Los chicos buscaban métodos siempre novedosos y cada vez mejores para fastidiar e incordiar a los demás, y se celebraban reuniones para decidir cómo resolver la situación sin llegar a conseguir la victoria definitiva, pues las hostilidades tenían que ser eternas. Se reunían en chozas de barro o en escondrijos. El crepúsculo y la oscuridad ejercían un influjo beneficioso para toda clase de maquinaciones, pues aumentaban el vigor y la fantasía, pero muy en especial la imaginación. Lo sabe toda persona en su sano juicio que se atreve a conocer su propia maldad a la luz de las tinieblas, y allana de ese modo los caminos de la bestia, porque no hay revelación tan brillante como el fulgor que acompaña a la oscura perversidad; es como el resplandor de cien soles.

Mientras tenía lugar el consejo, las viejas estaban tranquilas en sus cocinas, solas o acompañadas en torno a una mesa, sorbiendo con prudencia del borde de los platitos el café hirviente mientras comentaban las alegres nuevas de la tienda, o preocupadas y atemorizadas porque se había oído hablar de una nueva enfermedad incurable. Lo más terrible fue la noticia de aquel niño de América que murió de viejo el día que cumplía siete años, ya barbudo y calvo, sin haber aprendido todavía ni a trazar las letras. Pero igual que los viejos, se pirraba por las mujeres.

—Eso no se lo quita la vejez ni a un niño decrepito —decían las viejas.

Los primeros síntomas de su afición a las mujeres se habían descubierto en el

muchacho cuando empezaban a salirle los dientes, de modo que la enfermedad estuvo incubándose durante mucho tiempo, pero la degeneración no comenzó hasta que perdió los dientes al cumplir los seis años, cuando ya no podía dejar en paz a las mujeres. Así que la primera señal fue lo que dijo su madre en una tienda, en América: «A este chico mío le pasa algo muy gordo».

—Esa pobre mamá, que le haya tocado cargar con semejante cruz —suspiraron las viejas, que no corrían peligro alguno allí, adormiladas por el café y los mortales efectos de las enfermedades.

A las viejas les parecía de lo más fino beber café en los platitos, mucho más fino que beberlo de la taza; el plato se apoyaba sobre las yemas de tres dedos extendidos, e iban sorbiendo por el borde.

De repente, cuando estaban concentradas en su café, creían oler algo horrible, pese al aroma del café, se levantaban precipitadamente, corrían hacia la puerta y gritaban a la nada, donde se suponía que estaban los chicos, o preguntaban como si hablaran con la oscuridad:

—¿Otra vez hay un canalla por ahí?

Claro está, los ánimos que proporcionaba el café no eran tantos como ellas querían creer, de modo que se ponían a la defensiva, siempre cerrando precavidamente la puerta de fuera y corriendo las cortinas a toda prisa. Las pocas que tenían cortinas de enrollar las mantenían bajadas durante el día para que aquellos bribones creyeran que no había nadie en casa, o para impedir que el sol y la luz del día decoloraran o se comieran las flores de papel pinchadas en alfileres del pelo que decoraban las paredes del salón. En sus casas, el día transcurría en la penumbra y se volvían misteriosas, pero parecían despertar por las noches, cuando subían la cortina con un chasquido para impedir que hubiera nadie espionando en las ventanas y poder identificar al jefe de la banda, para ir por él al día siguiente y cubrirlo de reproches.

En su mayoría tenían el corazón tan débil que el constante murmullo del viento en las ventanas mal ajustadas podía enloquecerlas si soplaba justo contra ellas; casi seguro que algunas tamborilearían sin parar con los dedos mientras la lluvia se colaba por las aberturas y las gotas de agua salpicaban con un chasquido idéntico al que se oye en la boca abierta de un niño dormido que ronca con la nariz atascada.

Lo mejor era ir a molestar cuando hacía mal tiempo, cuando no se veían luna ni estrellas en el cielo, sólo oscuridad, y la tierra estaba embarrada. Entonces se humedecía con petróleo un bramante y se sujetaba un extremo con una chincheta a la ventana de la cocina, mientras el otro se lo enrollaban en un dedo; eso producía como el maullido de un gato en celo. Los chicos pensaban que las viejas imaginarían que se trataba de un gato callejero, a los que les tenían bastante miedo pues podían convertirse fácilmente en gatos salvajes. Se los consideraba la versión islandesa de los leones, aunque más fieros, más misteriosos y más peligrosos que aquellos que devoraban a los misioneros en África. La gente era muy temerosa de Dios en lo que respecta a las costumbres alimenticias de los animales en el continente negro.

—¿Es que no tienen pescado para darles a los leones? —preguntaban.

En cambio, los gatos salvajes podían zamparse a una vieja y luego irse a por los manojos de pescado que se agitaban con el viento al lado del muro de la casa; pero nadie era temeroso de Dios ni se asombraba de las costumbres alimenticias de aquellos gatos.

En cuanto oían el maullido de un gato en celo miraban con precaución debajo de la cama. No había ningún gato clarividente intentando beberse a escondidas el contenido del orinal para coger fuerzas antes de abalanzarse contra la vieja. No sé por qué razón, pero aquellos admirables animales debían de estar ansiosos por reunir fuerzas y maldad bebiéndose la orina de las viejas. Un buen método era intentar darles un golpetazo entonces con el palo de una escoba, pues mientras bebían no estaban alerta. En general, se decía que estaban siempre ansiosos de esa bebida, pues a las viejas se les salía la maldad del alma cada noche con el pis. Todos sabían que la mayoría eran pacíficas por las mañanas, que incluso estaban tranquilas la mayor parte del día y algunas no vaciaban los orinales excepto en caso de necesidad y nunca a oscuras, para que la agresividad no salpicara a los monstruos.

Otra historia es que en aquellos días los viejos vaciaban el cáliz de su furia sobre las viejas, especialmente cuando llevaban encima alguna copa de más. Estuvieron haciéndolo hasta que llegaron los militares de la guerra y se las quitaron, y fueron ellos entonces quienes les echaban líquidos diversos hasta dejarlas rebosantes. Pero hasta entonces ellas se limitaban a mirar prudentemente debajo de la cama sin que cesara el maullido; el juego de la cuerdecita en la ventana de la cocina les hacía sospechar cosas de lo más diverso, e iban enseguida a ver a las chicas y las encontraban con las carnes palpitantes por el ruido. Los hombres empezaban también a menearse pensando que en la oscuridad había lindas muchachas inquietas por su causa, y se alegraban porque eso quería decir que no estaban aún muertos del todo. Por otro lado, abuelos y abuelas creían que el ruido procedía del halo de la luna, que anunciaba un tiempo asqueroso, pero los viejísimos bisabuelos y bisabuelas, condenados a guardar cama, nunca oían nada y decían:

—Eso no son más que cosas que tiene en la cabeza la gente de estos tiempos, o pura imaginación.

Al hacer como que no oían ni veían, ni una cosa ni otra, los que guardaban cama pensaban que tampoco oirían cuando les «llegara la llamada» y en consecuencia podrían seguir en la cama sin morir hasta el juicio final, pues todo el mundo sabe que el deseo de vivir crece con los años.

Los chicos que hacían de señuelo esperaban tan tranquilos, con el dedo en el cordel, seguros de que tarde o temprano saldría de la casa algún ser masculino o femenino, quizás una chica en edad de Confirmación, llena de esperanzas de encontrarse con alguna alma en celo. Entonces se satisfaría con ellos. Pero cuando salían viejos que apenas veían lo que pasaba a su alrededor, atisbaban en la oscuridad creyendo que la mujer de la casa de al lado estaba esperando en la esquina con los

calzones bajados para que se iluminara la luz de sus carnes y se inflamara el amor, y en ese momento les llovían pellas de barro, bolas de nieve, ratas, incluso cabezas de bacalao o mierda humana. Los muchachos no se andaban con rodeos. Si el ruido hacía salir a una vieja en busca de fuerza leonina, le caía encima un trozo de turba helada, y todo se desmadraba. Sin embargo, hay que reconocer que ninguna vieja acababa loca de atar, por mucho que las voces llegaran hasta el cielo. En cambio, algunas «mujeres enfermas del alma» oían constantes gritos internos, pero sólo los parientes se enteraban de esas cosas. Nadie sabía a qué se debía aquella enfermedad, pero tenía que ser por culpa del corazón. Las mujeres enfermas del alma despertaban temor y respeto y a ellas nunca las incordiaban; debían de tener alguna relación mágica con el universo o con Dios o con la vida que hay en las nubes. Y así era, en efecto: las mujeres enfermas del alma disponen de una fuerza estimulante que actúa sobre el pensamiento de los adultos, no digamos el de los niños, y además son sagradas y hacen lo que harían los adultos que están en su sano juicio, en el caso de que se atrevieran a reconocer lo que realmente es mejor para el ser humano, que es utilizar la libertad del alma y su asombrosa inventiva, dentro de unos ciertos límites, sin tenerle miedo ni considerarla antinatural ni poco imitable ni, desde luego, nada apropiada para una comunidad rural cristiana y honrada.

La enfermedad del alma es una burla hiriente que el cuerpo siente en sí mismo para incordiar a la vieja que lleva dentro y que mantiene las antiquísimas costumbres y reglas de la sociedad.

## Tercera magia

### Meter miedo a otros

Nunca se te dio bien asustar a los otros.

¿O es que no te atrevías?

Sólo los asustados asustan.

A lo mejor no estabas ya lo bastante asustado por naturaleza como para tener que ir metiéndoles miedo a los demás, para ver tu propio miedo en otros mediante algo parecido a la valentía pero que no es valentía. No se podría decir que tuvieras miedo en las cosas más importantes, en realidad eras bastante poco miedoso y no estabas siempre a la defensiva.

Quizá te atrevías a percibir, a ver y reconocer el fastidio que representa la vastedad, y la necesidad de llenarla de alguna forma, sea en la naturaleza humana, en la oscuridad o en las maravillas de la naturaleza, y hacerlo de un modo que no fuera incordiar a las viejas y jactarte de ello. A pesar de todo tenías ganas de probar y aprender algún método de meter miedo a otros. Por lo menos querías demostrar un valor normal aunque sólo fuera por una vez, a fin de poder tener a tu merced a la persona asustada, al menos por un instante, y saber qué se siente.

Pero ¿por qué elegiste a la anciana a la que ibas a comprarle leche fresca todas las tardes, y que a veces te daba una torta de aceite?

Quizá justo por eso, por su generosidad, y un poco por las prisas.

Es más fácil asustar y fastidiar a quien tiene buena voluntad, aunque no llegue a resultar claramente atractivo, que a los perversos que son más inertes que tú y tienen una constante y perversa tendencia a esconder su debilidad dominando a otros. En realidad no hay modo de meter miedo, doblegar y dominar a otros según nuestros deseos hasta que hemos alcanzado el poder absoluto en el terreno que sea. Pero entonces ya no hace falta abusar, ni siquiera dedicarse a meter miedo, pues la autoridad lo hace por nosotros.

Si no hemos conseguido una superioridad dictatorial, sino que estamos aún camino de obtenerla, entonces se hace imprescindible practicar con todos los inferiores, afanándose mucho al principio, a fin de ir ascendiendo poco a poco en la escala y llegar al objetivo, que es el de la plena satisfacción.

Pero haber conseguido un poder omnímodo lleva consigo el inconveniente de que, cuando llega el momento, son muy pocos los que se dan cuenta de que alguien manda sobre ellos con poder absoluto, porque la autoridad está en todas partes; las personas no conocen otra cosa que la opresión, de manera que se considera que el miedo y la autoridad son naturales y ejercen una influencia benéfica sobre las personas, a las que hacen mejores, y que sin ellos no es posible la vida en una comunidad rural.

¿Puede ser que deseara dominar así a aquella anciana?

Es probable. A nadie en su sano juicio se le pasa por la cabeza cantar victoria, por ejemplo, tratando de doblegar a quienes pueden más que él. Sin duda era consciente de ello, y por eso decidí empezar con la anciana, que era suficiente poca cosa para mí, y luego comprobar qué tal se me daba el enfrentarme a otros más fuertes.

Mamá me advirtió en más de una ocasión que si yo asustaba a otros me daría una tunda, así que le tenía más miedo a ella que a mi víctima, y no fui a por ella de inmediato.

—No sacas nada metiéndole miedo a la gente —había añadido.

Claro que no era así en absoluto. Creo que ella apenas creía lo que decía. Ella misma no habría tenido sobre mí más que una autoridad limitada de no haberla acrecentado haciéndome creer, medio muerto de miedo, que hablaba totalmente en serio cuando me prometía que me las vería con ella si me dedicaba a meterle miedo a alguien. Así que ella metía miedo para dejar claro que no se sacaba nada bueno de meter miedo a los demás. Y utilizaba el mismo procedimiento para convencerme de que fuera obediente y me portara bien.

El miedo tiene su origen en la madre y desde ella se va extendiendo, en sus diversas formas, por todos los ámbitos de la vida humana, y la gente ni siquiera se atreve a examinar en serio cuál es su naturaleza, por miedo a saber la verdad sobre la madre. Prefieren vivir atemorizados y en constante sobresalto antes que arremeter contra sus propios orígenes comprendiendo su auténtica naturaleza. Porque con semejante procedimiento, el de atacar por el punto más fuerte, probablemente conseguirían poner en su contra a todas las madres del mundo, vociferando, gritando la verdad o amenazando enfurecidas con el puño levantado. A ellas les gusta tan poco como a cualquier otro perder una autoridad que es, además, innata en su caso, porque el cuerpo les concede de forma natural autoridad absoluta sobre sus descendientes. Y no hay verdad alguna que pueda resistir a la feroz acometida de las madres. Sin embargo, es característico del miedo que el temor a aquello que lo produce rara vez dure más de un cierto periodo de tiempo en la vida de una persona o de una nación; el miedo se consume, primero se queda reducido a casi nada y luego se mata a sí mismo. Entonces, el que estuvo dominado por el miedo pero pudo superarlo descubre que desea asustar a otros y comprobar a un tiempo si es capaz de hacerlo sin recibir el reproche de quienes lo criaron en la inocencia a base de meterle miedo. Si no sucede nada, seguramente se sentirá lleno de confianza y orgullo, se lanzará al ataque y descubrirá que casi todo el temor ha abandonado su pecho. Comprende que nada se rinde al ataque de otros, todo se derrota a sí mismo con el tiempo, y la decadencia surge de la propia naturaleza. Contra ninguna de esas dos cosas hay defensa posible.

Antes de las navidades, casi todos los chicos se dedicaban a asustar a personas inocentes por las tardes con el método, autorizado, de encasquetarse una máscara blanca, situarse en cuclillas al lado de una pared, acechar a la víctima en la oscuridad, soltar un alarido y correr a esconderse. En cambio, nadie se atrevía a aproximarse a los auténticamente perversos, aquellos a quienes los chicos temían a plena luz del día

y que se habían ganado a pulso que estuvieran siempre chillándoles. Los perversos apenas se dignaban darse por enterados de la presencia de los enmascarados chicos aulladores, quienes se consideraban a sí mismos de lo más valientes y se limitaban a decir:

—No me apetece ir a asustar a semejantes bicharracos, son tontos y no se mueren.

A ti no te iba eso de aullar, bufar y fastidiar a otros, ni berrear como hacen los chicos, y los adultos, cuando quieren salirse con la suya. Sin embargo, tu mamá te dio un trozo de saco de azúcar, y tú le hiciste unos agujeros para la boca, la nariz y los ojos e intentaste dibujar un círculo alrededor con un lápiz negro de cera. Resultó difícil, la tela se arrugaba al cogerla y casi no había forma de fijar el color. Pero lo conseguiste por fin y para entonces ya había atardecido y se había hecho hora de ir a buscar la leche. Como en éxtasis, contemplaste el atemorizador círculo negro en torno a los ojos y el rojo de la boca, y las mejillas pintadas de rojo y negro.

—Déjate ya de pintarrajos y vete a buscar la leche, o se te hará noche cerrada —dijo mamá.

Ya veis, la madre está jugando con fuego, no se da cuenta de las posibilidades que encierra la blanca tela de saco, la máscara, ni de las intenciones de su hijo, a juzgar por sus órdenes y por la necesidad de moderada desobediencia que éste tiene. En el momento en que despierta la necesidad de rebelión, la madre ya no es reina y señora, pero sigue tan tranquila, tan confiada en su derecho a gozar de superioridad absoluta, que quizá se convierta, en la mente del niño, en Cenicienta, aunque él no esté dispuesto a permitirle posibilidad alguna de salvación.

Esta vez te mostraste de lo más dispuesto a ir por la leche, pese al miedo a la oscuridad, y tenías intención de llegar tú a la casa, confiado y enmascarado, en lugar de los espíritus tenebrosos y los fantasmas de costumbre. Ninguna autoridad en plena ascensión tuvo jamás miedo de sí mismo ni temió que no todo marchara tal como se había previsto. Así te sucedía a ti también. Faltaba aún un poco para que la máscara estuviese acabada, pero tu mamá ya se había impacientado.

—Vete ahora mismo a buscar la leche —repitió—. Deja la máscara, si no se te va a hacer oscuro del todo.

Por fin estuvo terminada la máscara, con sus cintas puestas. Obedeciste y tu mamá ya no tuvo que reñirte más.

—Bueno, venga, ¿dónde está la lechera?

Estaba en su sitio. Te metiste la careta en el bolsillo como si se tratara de un inocente pañuelo, pero no te la colocaste en la cara hasta que estuviste fuera. Por fortuna, soplaban el vendaval, llovía y había oscuridad suficiente para creer en fantasmas malignos. Pero te diste cuenta de que todo podía irse al garete si te encontrabas en el camino con alguien a quien no tuvieras intención de asustar, o a quien nunca te atreverías a hacerlo, que aprovecharía la oportunidad para agarrarte por el cuello y las corvas y tirarte como a un monigote de trapo. Por eso no resultaba aconsejable llevar puesta la máscara. Además, no pegaba mucho con la lechera,

porque la anciana la reconocería y no se moriría de miedo sino que se echaría a reír. Quien pretende atemorizar tiene que ser astuto, la astucia sí que casa bien con los sustos. Lo mejor sería recoger primero la leche con cara de inocente, esconder el cántaro y volver para realizar tus satánicos designios. La mujer nunca podría sospechar que fueras capaz de tamaña maquinación. Un muchachito de siete años que va todas las tardes a casa de una anciana en plena oscuridad a buscar leche de vaca en su cantarillo ha de ser por fuerza un alma inocente. Cuando regresaras enmascarado, seguro que creería que eras un fantasma errante y se caería al suelo, muerta del susto. El éxito de tu perversidad radicaría en que nadie podría sospechar que aquella inocencia ocultara semejantes planes. Llegaste a una importante conclusión sobre la naturaleza de la maldad mientras caminabas a oscuras e intentabas librarte de la garra lacerante del miedo a las tinieblas. Ahora lo principal era seguir el plan sin vacilar ni por un instante.

Al principio todo sucedió como un breve relato infantil escrito con idea de que posea gran valor didáctico. Fuiste a buscar la leche como de costumbre, la anciana te alabó por lo bien que obedecías a tu mamá, le pidió a Dios que te bendijera y te dio una torta. Tú le diste las gracias. A los halagos, ella añadió un chorro extra de su cántaro de leche después de servir lo que comprabais todas las tardes. Era un regalo que te hacía.

—Tu mamá estará encantada contigo —dijo la mujer.

—Sí —respondiste, mostrándote de acuerdo con ella muy a tu pesar, pues creías que la coincidencia daba asco.

Entonces se le aflautó la voz, consciente de su propia superioridad, pues sin duda alguna quería que, lleno de agradecimiento, te fueras corriendo con aquel extra que te había dado y volvieras junto a tu madre como un niño bueno, pues en cuanto llegaras a casa las alabanzas serían para ella, que podría oír su eco en su interior. De modo que añadió con tono afable:

—Yo no sé las normas que rigen en las otras casas donde venden leche, pero yo no escatimo con la medida, aunque estemos ya cerca de las navidades y la vaca esté empezando a secarse. Lo hago porque sé que a tu papá le gustan un montón las gachas con canela y cuajada. Quizás a ti también; ¿tú quieres ser como tu padre?

—Sí, claro —respondí, aunque no tenía el menor deseo de ser como mi padre, al menos en su manía de pasarse el rato machacando con la pregunta: «¿Cuándo va a poder uno tomarse en su casa unas buenas gachas con canela y cuajada?».

Naturalmente, la anciana se creyó la mentira, porque las mentiras suenan bien en los oídos y son fáciles de entender si se dicen de forma convincente para agradar a lo que de vacío y falso hay en el carácter de cada uno.

—Vaya, pues eso —concluyó, tan contenta de mi amor a la verdad y de mi falso deseo de ser como papá.

Eché incluso otro chorrillo más, para que también yo pudiera tener mi ración de gachas con leche, y dijo que no veía bien cuánta leche entraba en la lechera.

La anciana lo veía todo a su propia luz, y lo juzgaba de acuerdo con sus propias ideas acerca del límite adecuado de su blanco medidor esmaltado. La generosidad dependía del día de la semana y del tiempo que hacía, porque se mostraba especialmente liberal con la leche de su vaca medio seca los sábados y cuando llovía a cántaros y soplaba el viento. Por eso dijo:

—Ahora vete, tu mamá estará inquieta por ti. Es sábado y he echado dos chorritos extra en la lechera. Ahora tengo que fregar el pasillo, pero no te olvides de comerte tu torta.

Estaba un poco impaciente porque no acababa de irme.

—Ya, ya —dijiste tú, y te fuiste comiéndote el último bocado por el pasillo que olía a la podredumbre y el ácido del establo, que estaba al fondo.

Te despediste y te llevaste la lechera. Pero cuando llegaste lo bastante lejos de la casa la depositaste con mucho cuidado entre unas piedras para que no la tirase el viento y se derramara la leche como la blanca espuma del mar en el vendaval y la galerna. Porque al llegar a casa te darían una azotaina, y por la perspectiva de que tu papá no tuviera sus gachas con leche ese domingo y dijera que cuando vivía en casa de su padre adoptivo bien que se las daban, a veces incluso a mitad de la semana, aunque era huérfano y estaba allí recogido. En mi mente, mamá se daba la vuelta y se ponía a secar afanosamente la mesa con una bayeta. ¿Qué iba a responderle? Mirándole la espalda se adivinaba la expresión de furia que mostraría de frente, mientras pensaba: «Ya no eres el único niño de la casa. Ahora sois cuatro, tú y tus tres hijos, y no siempre resulta fácil conseguir leche fresca para echársela por encima a las gachas, no digamos ya si es para hacer gachas de leche». «Me da lo mismo, aquí soy yo el que trabaja para dar de comer a todos», diría él. «Sí», replicaría ella, y añadiría: «Sin embargo, nunca he visto que en invierno pescaras una vaca en el mar, ni que la construyeras de madera en verano».

En realidad estabas cagado de miedo por lo que pretendías hacer. Quedó bien de manifiesto sobre todo después de esconder la lechera. Pero ahora había llegado el momento de retroceder o de avanzar para enriquecerte con una experiencia nueva, bien con el éxito al agredir a otra persona, metiéndole miedo a una vieja, o bien convirtiéndote en un gallina a tus propios ojos aunque quizá no a los de otros, porque por suerte no había contigo ningún otro chico malcriado que pudiera dar testimonio de tu valor o tu cobardía.

Te ataste la máscara haciendo que te cubriera el rostro y, después, algo que no era precisamente deseo te empujó de nuevo hacia la casa, aunque vacilaste en la oscuridad. La puerta estaba entornada. Echaste un prudente vistazo al interior y viste que la anciana estaba de rodillas, fregando. En esta ocasión no le alargaste la lechera para que midiera y vertiera un buen chorro de regalo. En vez de eso golpeaste con fuerza la puerta, de tal modo que se abrió un poco dejando pasar el viento.

Esperaste. Nadie respondió. Estuviste a punto de echar a correr, pero miraste hipnotizado a la anciana, arrodillada encima de un saco, con la bayeta en las manos y

el cubo de fregar al lado, acostumbrada sin duda a que la gente entrase sin anunciarse. El corazón te daba brincos en el pecho pero creías estar a salvo, pues nadie podría reconocerte. Una espantosa careta blanca te ocultaba el rostro, no había nada que temer.

De repente te pusiste a aullar:

—¡Uuuuh!

La anciana iba desplazándose poco a poco hacia atrás, a medida que iba fregando el suelo. Al moverse echaba hacia atrás el saco y el cubo.

Llamaste a la puerta mucho más fuerte y la oíste dar un bufido.

—¡Entra! —dijo por fin al tercer golpe.

Parecía a punto de ponerse en pie.

Justo entonces soltaste un ruido fantasmal. Estabas en el quicio de la puerta, listo para que cuando la anciana cayera de espaldas se diera con la nuca en el borde del cubo de fregar, la cabeza se le rompiera en pedazos, la sangre brotara del cráneo destrozado y quedara muerta sin hacer el menor ruido. Pero se limitó a bufar, a buen seguro por algo de su tarea, y no parecía tener la menor intención de morirse del susto.

—¡Qué bulla es ésta! —exclamó, dando un tirón tan fuerte al cubo que el asa cayó dando un golpe.

No hizo nada más, aparte de arrastrar el saco por el pasillo para quitar otra mancha del suelo. El método que utilizaba consistía en fregar las manchas en lugar de ir limpiando todo el suelo a la vez con el cubo y la bayeta.

Te percataste de lo inútil que sería soltar otro alarido fantasmal. Probablemente tenías más pinta de enano inofensivo que de horrible espectro en el umbral. Cuando la anciana movió el cubo y el saco y se los puso delante para seguir fregando, miró despacio a su espalda, con tranquilidad, y soltó la bayeta. De repente se puso en pie con una agilidad desacostumbrada, atravesó el pasillo mojado y te dio un golpe con la bayeta de fregar, y la careta empapada se te pegó a la cara. La mujer te la arrancó de un tirón y la arrojó a la tormenta.

—¡Bah! —fue lo único que dijo al ver la cara descubierta.

Te habías quedado sin tu escudo, mientras el vendaval arrastraba hacia la oscuridad la blanca y misteriosa careta empapada. No supiste qué decir pero, después de soltar un nuevo bufido, la anciana dijo:

—Venga, no me hagas perder más tiempo, que tengo que fregar el pasillo para tenerlo limpio para las navidades.

Se dio la vuelta, se arrodilló encima del saco y continuó como si nada hubiera pasado.

Te quedaste allí, en silencio; no podías quitarte de la cabeza lo que habías intentado hacer y en lo que habías fracasado, no podías llevarte contigo a casa lo único que habías sacado en limpio de tu valentía: una bofetada. No podías explicarle nada a nadie, y tampoco podías arrepentirte ni hacer propósito de enmienda para el

futuro. Además, te había entrado tal miedo a la oscuridad que no te atrevías ni a alejarte de la casa, por miedo a que la careta se pudiese volver ahora contra ti, ofendida por haber sufrido semejante indignidad, hasta el punto de que ahora se había convertido en un fantasma de verdad que te arrastraría con él a la tumba y se echaría encima de ti por toda la eternidad, como hacen todos los fantasmas. Te lo tendrías bien merecido, acabar debajo del fantasma de la máscara.

—Quita de en medio —ordenó impaciente la anciana, al tiempo que se movía con el cubo y el saco hacia la puerta.

Oíste palabras que salían de la boca desdentada y te asaltó una idea espeluznante: ¿cómo podrías volver a buscar la leche después de haber fracasado estrepitosamente en tu intento de disfrazarte para hacer el fantasma?

—Llamaré a mi chico para que te acompañe a casa si te da miedo la oscuridad —dijo la anciana sin darse la vuelta. Estaba terminando el suelo y parecía percibir mi presencia detrás de ella—. ¡Niño! —llamó en voz bastante fuerte mientras le daba la vuelta al cubo.

Después de llamar tres veces acudió el hijo, con su cara de sueño habitual.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Acompaña a este chico a su casa —ordenó la madre.

El hijo se puso las botas en silencio.

—Venga, vamos —dijo luego. Camino de casa, no me preguntó si me había cagado de miedo en los pantalones, sino que dijo—: Me parece que no está ná bien andar metiendo miedo a las viejas como mamá. Es una gilipollez, no creo que valga la pena, es mejor intentar asustar a alguien a quien no tienes que comprarle leche por las tardes. ¿Entiendes? Eso sería más juicioso. Es lo que haría yo en tu lugar. Hay otras muchas pobres viejas con las que estoy seguro de que podrías apañártelas. —Calló. Yo esperé conteniendo la respiración, creyendo que tenía intención de vengar a su mamá en la oscuridad, nadie nos veía, pero al poco continuó, somnoliento—: Eso es lo que hacía yo a tu edad. En realidad habría podido meter miedo a cualquier vieja, no tenía que mirar a la cara a ninguna por las tardes con una lechera vacía en la mano. Nosotros tenemos vaca lechera desde que tengo memoria, y eso tiene sus ventajas. ¿Qué piensas de lo que te digo? —La húmeda oscuridad se pegaba a la cara pero pesaba sobre todo en el alma. Él prosiguió, sin detenerse ni tropezar en el suelo pedregoso—: No dices nada. —El hijo parecía ver en la oscuridad tan bien como los fantasmas. No respondí y me preparé para lo peor. Continuamos en silencio, y él añadió—: Sólo con la garantía que representa tener una vaca lechera decente se puede uno permitir ciertas cosas. Vosotros no tenéis ninguna. Por eso tú tienes unos límites. ¿Entiendes?

—Sí —respondí cariacontecido.

—Si tu papá hubiera tenido una vaca lechera mejor que la nuestra en esta época del año, podrías haberte entretenido fastidiando a mi madre con buena conciencia, hasta que nos nazca una ternera en enero, ¿entiendes?

—Creo que sí —contesté, empezando a comprender que todo dependía del número de vacas que se tuvieran, y él se mostró de acuerdo conmigo.

—Lo primero es comprar la vaca —explicó—; luego vienen las agallas, que es cuando se puede empezar a pensar en asustar viejas. —De pronto se quedó en silencio. Luego preguntó extrañado por algo que se le había ocurrido—: ¿Cuántas barbaridades crees que se podría permitir uno que tuviera diez vacas lecheras en el establo, y además fuera comerciante o cura?

No respondí.

—¿No sabes hacer cálculos mentales?

Me era imposible imaginar qué grado de derecho a asustar viejas o a hacer bestialidades podría tener alguien así. Tenía ganas de decir: «No tendría más remedio que irse al extranjero, porque aquí no hay viejas suficientes». Pero no abrí la boca.

—¿No contestas? —preguntó el chico a mi lado, en medio de la oscuridad. Como no contesté, añadió—: Yo sí que te lo puedo decir, aunque no sea ninguna lumbrera. Tengo la firme sospecha de que una persona así podría ir al combate tan contento, con armadura y yelmo tapándole la cara, a matar viejos y viejas, jo, y a montones, además, y no digamos chavales. —Con este prólogo quizás estuviera dándome a entender que podía matarme en aquel mismo instante porque su madre tenía una vaca lechera, aunque estuviera medio seca, pero se limitó a preguntar—: ¿Entiendes mis cálculos?

—Sí —respondí.

—Como te decía, lo primero es tener la vaca, y luego, a torturar viejas —concluyó.

Me acompañó hasta la esquina de mi casa y se despidió. Cuando supuse que ya estaría muy lejos y no podría verme, tanteé en la oscuridad en busca de la lechera, y la encontré sujeta entre las piedras.

—Has tardado mucho en traer la leche —dijo mamá.

—Me ha acompañado su hijo —respondí.

—Siempre está bien dispuesto para acompañar a la gente —consideró mamá—. Esta vez no has derramado mucho.

—No —concedí—. La anciana nos dio primero un chorro extra por las navidades y para las gachas de papá, y luego otro por algo que ya no me acuerdo qué era.

—Nadie pierde la memoria en tan poco tiempo, excepto los ladrones y gente por el estilo —juzgó mamá, que se puso a pensar en otra cosa como siempre que daba en el clavo con sus palabras sin saberlo, o quizá sin preocuparse por oír la verdad.

—¿Por qué las personas se meten unas con otras? —pregunté como quien no quiere la cosa.

—Imagino que será porque alguien cree que tiene algo de especial —replicó—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Alguien se ha metido contigo?

Se me echaron encima los remordimientos y una ansiedad entristecida.

—No —respondí.

Mamá pareció respirar aliviada, como si hubiera tenido una buena idea, y dijo:

—Si alguien se mete contigo porque cree que eres raro, tienes que entonar a voz en cuello esta bonita canción, para que no le pase desapercibida a nadie:

La piel y la carne Dios las creó.  
¿Quién podría hacerlo mejor?  
Si del cuerpo la forma no te agrada,  
¿estaría mejor, por ti creada?

Mientras ella repetía aquella horrible tonada, sentí la inutilidad de todas las cosas que me consumían. Sentí vergüenza simplemente de tener que escuchar aquella estupidez y comprobar que mamá era tan tonta que creía que la letra podía tener algún efecto; y no sólo por la melodía en sí, sino porque estaba convencido de que aquellas canciones sólo servían para las viejas.

Cuando acabó de cantar se produjo un silencio. Y por fin dijo:

—No sé qué genial salmista conocía tan maravillosamente el mundo como para sentir la llamada de componer una verdad tan grande como ésta y lograr así que en cuanto los malos oigan la canción comprendan la injusticia de sus actos y supliquen el perdón. Y entonces tienes que concedérselo de todo corazón. Dios reparte las jorobas del alma o del cuerpo donde le parece bien. —No me atreví a posar en ella mis tímidos ojos porque sabía que era dueña de unos sentimientos a los que ninguna realidad podía afectar; de modo que prosiguió—: Me la enseñó mamá cuando era niña, cuando perdí la punta del dedo. Ella sabía que la canción funciona, porque aquí todos son buenos cristianos y a fin de cuentas cumplen los mandamientos de nuestra fe, sobre todo cuando el amor está en verso, aunque a veces no les resulte fácil ser buenos todos los días. —Sentí una presión en los ojos y me cubrí la boca con la mano—. Los niños están obligados a creer lo que dicen sus padres —concluyó, y el resplandor que emanaba se apagó.

Sentí que me hundía en la desesperación y la amargura, y pensé: «¿Cómo se le puede pasar a nadie por la cabeza creer lo que sabe que es mentira?». Así que balbuceé una pregunta:

—¿Alguna vez se han metido contigo?

—Sí —respondió vacilante, y el resplandor que flotaba sobre ella desapareció por completo.

Eché un vistazo por la ventana. No se veía nada, sólo la cocina reflejada en el cristal; fuera reinaba una densa oscuridad y había empezado a llover. Intenté mirar, a pesar de todo, pero lo único que vi fue a nosotros mismos reflejados en el cristal mientras la lluvia nos iba deformando. La luz mortecina del quinqué nos daba un aspecto fantasmagórico.

—¿Cuándo? —pregunté con la garganta seca, porque sabía cuándo había sido.

—Cuando ellos se separaron —respondió.

Yo sabía muy bien que con aquel «ellos» se refería a sus padres. Nunca los mencionaba por sus nombres a los dos a la vez sino siempre por separado, ni los llamaba padres, sino su madre y su padre, o «ellos» cuando se refería a los dos al mismo tiempo o se trataba de algo que la afectaba profundamente. Así sucede siempre que tienes que nombrar algo querido, te pones misterioso o disimulas cuando hay otros oyendo. No mencionas el nombre o lo disfrazas de algún otro, y a veces llegas a usar nombres muy distintos, o seudónimos, para que los demás no consigan comprender lo que está bien claro para ti.

—¿Y usaste la canción? —pregunté con prudencia.

—No —repuso, pero no pareció extrañada.

¿Quizá sirva para los demás, pero no para uno mismo? Sí, lo sabía, pero no le pregunté: «¿Por qué no probaste los poderes de la canción?». Sabía que habría buscado cualquier excusa para no tener que responder: «No habría servido de nada».

En ese mismo instante pensé en papá. Lo vi delante de mí.

—¿Estáis ahí sentados a oscuras y ni se os ocurre alargar la mecha o limpiarla un poco para que haya más luz? —preguntó, fijándose en la lámpara.

No respondimos. Levantó el cristal. Me acerqué y miré cómo recortaba con la hoja de un cuchillo de mesa la mecha quemada irregularmente. Después de limpiar el cristal y volver a colocarlo, aumentó la llama y se sentó. La luz creció.

—Casi no puedo ver para afilar mis sierras, con esta oscuridad —dijo.

Había traído las sierras, pero yo no me había fijado porque tenía en los ojos un resplandor extraño. Al poco empezó a pasar la lima por los dientes de la sierra, arriba y abajo, y se alzó un chirrido que me produjo dentera.

Me tapé los oídos. El chirrido se me metía hasta los huesos. Era tan molesto que me tapé también la boca. Sentí que con la palma de mi mano apretaba algo que venía desde dentro, como cuando uno se aleja para poder llorar sin lágrimas y vuelve después con los ojos abiertos de par en par, como si no hubiera pasado nada; nadie se ha dado cuenta de nada, pero quizás alguien pregunta sin mucho interés: «¿Dónde te habías metido?».

—¿De qué estabais hablando? —quiso saber papá de repente.

—De una cosa de su máscara —respondió mi madre—. Fue a buscar la leche.

—¿Por fin podré tomarme unas gachas con leche? —preguntó.

Mi madre me miró. No dejaba traslucir nada. Un chirrido cortante surgió de los dientes de la sierra. Por fin, ella pareció decirme con la mirada: «Vete a la carbonera si necesitas hacer algo que los demás no deben ver». Sin ponerme nervioso, me dije: «Soy como Satanás y tengo la piel más dura que nadie, así que no voy porque no tengo nada que hacer allí».

Papá dejó de afilar las sierras. Yo aparté las manos de la boca y las orejas y le oí decir, rompiendo el silencio:

—Estoy convencido de que todos los salmistas están locos de remate.

Estuve a punto de echarme a reír pero me contuve. Después de soltar aquello

siguió afilando las sierras tan tranquilo, absorto en su trabajo, y nadie le respondió.

## Cuarta magia

### El prado congelado

Cuando empieza el otoño, la luna aparece enorme por encima de la negra montaña, hacia levante, a últimas horas de la tarde, y va elevándose lentamente por el cielo, cada vez más arriba, como si estuviera construyendo la noche a pesar de su luz. Primero ves una claridad amarilla, luego asoma sobre las olas de los montes algo así como un reborde convexo, y al poco tiempo el reborde se convierte en un disco gigantesco. La luna era del color que nos habían contado que tenían las naranjas, que también eran redondas, aunque nosotros nunca habíamos visto esa fruta excepto en una foto, y allí era plana. A lo mejor, la luna es la naranja del cielo. La hilera de montañas que se alzaba en oleadas bajo los rayos de la luna, hacia levante, parecía en cambio recortada en papel negro y grueso. Formaba una pared quebrada, semejante a la que yo imaginaba que tenía que existir, invisible, en algún lugar del espacio. Marca el final de todo, y es inmaterial: es una pared maravillosa que nadie puede atravesar, ni siquiera los pájaros volando. La luz que envuelve las montañas es la bolsa que envuelve el feto. El crepúsculo pare la luna.

En otoño me embriago de luna y deseo en el aire límpido. Parezco transparente, loco, quebradizo, igual que el aire que me envuelve. Los chicos del barrio también se embriagan porque el verano y la ausencia de noche han desaparecido, llegan el otoño, el atardecer, la penumbra y la oscuridad con sus misterios. Nuestros juegos tienen algo de frenético a la luz de la luna. Es del todo cierto. Sin duda, estamos dominados por una alegría extraña, pero también por la pena y el ansia de algo impreciso que arrastra inexorablemente el alma hacia la belleza del resplandor de la luna. Es el día nocturno de la luna, y por eso nos dejan quedarnos fuera hasta más tarde, a veces hasta horas avanzadas de la noche, para despedir el verano jugando.

El heno de los granjeros que son dueños de vacas, corderos y prados fue a parar hace ya tiempo a trojes y lecherías, que emanan el fuerte olor del verano pasado a través de sus ventanas abiertas. Las patatas de los huertos ya están recogidas y en los almacenes, metidas en sacos. Empieza ahora la época del año que alberga en su seno, de alguna forma, un despreocupado descanso de dos meses para los marineros, antes del comienzo del invierno. Falta aún mucho para que llegue éste y con él la campaña invernal de pesca, antes habrán de pasar aún las navidades. Los hombres seestean en los sofás y los chicos juegan por las tardes en el prado lleno de escarcha, que va endureciéndose día tras día. Ahora hiela por las noches. Al correr, la hierba endurecida cruje bajo nuestros pies. La tierra está plateada y compite con los hilos plateados de la luna. Cualquiera puede verlo. Lo vemos pero no lo decimos, para no parecer ñoños. Las palabras no son nunca ñoñas. El mar está tranquilo en otoño. La luna le da la vuelta a las cosas. Nos cambia la mente y nos embruja el pensamiento; a veces no decimos más que sandeces. La culpa es de la luna.

¿Qué puede tener la luna de otoño para producir una alegría más profunda que el sol de pleno verano y más misteriosa que la luna de invierno, aunque ésta brille refulgente sobre la nieve helada?

Naturalmente, no es más que la melancólica alegría que produce la luna de otoño. Esa compleja alegría es más misteriosa que la sencilla felicidad causada por la auténtica luz del sol.

Habla lo menos posible, ¡chis!, no intentes explicar la naturaleza de la luna y ten cuidado con lo que dices; pensar y percibir la influencia de algo es preferible en ocasiones a comprenderlo, es mejor callar que hablar sobre lo que produce alguna influencia.

«¡La luna!», se oye dentro de ti como en un susurro.

Quién sabe, quizá los sentimientos que despierta sean retoños de la llorosa histeria de esas mujeres quejosas que le mastican la comida a sus gatos. A lo mejor el lunatismo existe realmente. Y no sólo eso, sino que acecha en el interior de todas las personas, incluso cuando no tienen gato. Puede que sea lo que despierta en esos niños que juegan la alteración del ánimo, una excitación que más tarde se les pasa durmiendo, porque aún son jóvenes, pero que a las mujeres lunáticas que han llegado ya a viejas no se les pasa nunca; ellas están siempre alteradas.

¡Chis!, ten cuidado con lo que piensas.

Estás viendo a tu bisabuela. Está ahí sentada, a la luz de la luna de las tardes de otoño, erguida encima de la caja, muerta, pero sigue masticando sin parar la comida del gato. No es más que una historia falsa; sobre esa mujer existen muchas otras historias que tal vez sean verdaderas.

¿Quién sabe si serán verdaderas?

Hace ya mucho tiempo que quedaron atrás aquellos años en que la luna alteraba la mente. Sin embargo, aún noto en la sangre cómo nos revolcábamos todos los chicos sobre la escarcha de los prados congelados en otoño. Veo los caballos ahí cerca restregar los hocicos para quitar la escarcha y poder mordisquear la hierba amarillenta y marchita que hay debajo. La hierba muerta en la sábana fantasmal del prado reluce con un resplandor cadavérico y desaparece brillando al entrar en los caballos, que han empezado a cubrirse de pelo preparándose para afrontar el invierno y defenderse de sus rigores. Los estoy viendo, tristes, en grupos, capeando el temporal con las grupas contra un muro de piedra; dentro de poco la tormenta les azotará el lomo con lluvia o aguanieve. Habrán dejado atrás entonces el verano y el otoño y en su lugar estará allí el invierno. Dentro de poco, los caballos se habrán convertido en monstruos peludos, caballos sin establo, fantasmas que, según cuentan, recorren la playa tan cubiertos de hielo que crujen y producen espanto. La próxima primavera, los caballos perderán el pelo, se desnudarán del invierno. Te gustaba arrancarles el pelo de invierno, que quedaba prendido en mechones por encima del pelo nuevo. Aquello anunciaba la llegada de la primavera. Los chavales lo arrancábamos con el mismo regusto con el que uno se arranca la costra de las heridas.

A veces, los caballos parecen llegar a un mudo acuerdo unos con otros, diciéndose: «Yo te quito a ti el pelo de invierno con mis dientes, si tú me lo quitas a mí». Se juntan de dos en dos. Se ponen uno junto al otro y se quitan el pelo de las grupas a mordiscos.

¿Consistirá en eso la amistad de los caballos?

¿Forman parejas por motivos que desconocemos?

No lo sé.

—Y eso que —decía papá, siempre atascándose en la misma frase, su frase favorita, que nadie comprendía—: Y eso que...

Nunca se juntan muchos caballos para afeitarse unos a otros, pero algunos relinchan felices cuando acaban y parecen decir: «Ya tienes tu corte de pelo estival. ¡Feliz verano!».

En mi memoria pervive aún sobre mi rostro la respiración de mis compañeros de juegos, más duradera que los mitones y los gorros con que nos protegíamos del frío, siempre temerosos de pillar una pulmonía, o una tisis galopante, y morirnos.

A los niños se les enrojecen las mejillas mucho más con el frío y la luz de la luna que cuando juegan al sol, con calor; el rubor se vuelve diferente y creo que tiene algo en común con la naturaleza de los fantasmas que despiertan de la muerte con el único objetivo de conseguir entender algo un poquitín.

—Y eso que —dice papá con ironía.

¡Chis!, no menciones las pasiones de la tumba ni los raptos a los que pueden conducir esas pasiones.

Es curioso que los poetas pretendan que, en unas condiciones tan difíciles como las de la tumba, los fantasmas puedan llegar a comprender algo.

—Y eso que —dice papá.

A la luz de la luna de otoño, nos convertimos en niños de un mundo distinto al que existe durante el día. Sentimos en la mente el mundo del pasado, percibimos en nuestros miembros el de los tiempos aún por venir, una profunda necesidad de futuro y pasión en las apariciones fantasmales del cuerpo.

¡No puedes hacerlo hasta que te conviertes en fantasma!

Nos convertimos en todos los tiempos mientras nos olvidamos de nosotros y del tiempo jugando. La respiración sale de la boca en forma de neblina. Labios, mejillas, manos, todo está frío y necesita el calor que la mente busca a tientas. No es extraño que nadie se atreviera a entrar en el cementerio en la oscuridad, no digamos a la luz de la luna, y menos que nadie una chica que se llamaba Guðrún. Ella sabía que allí había un diácono que saldría de su tumba como una exhalación para llevársela a ella bajo tierra y acostarse con ella en la tumba, y se quedaría embarazada y pariría niños muertos que lo hacen todo exactamente igual que los vivos, sólo que están muertos.

Pues el ataúd estará de bote en bote con tantos niños; la única ventaja será que Guðrún, como se llama la chica del cuento, apenas tendrá que cocinar.

—El diácono era muy amable con todas en la sacristía, cuando estaba vivo y

coleando —decían los hombres mientras preparaban los anzuelos.

—Algunos están más vivos muertos que vivos —afirman algunos.

—Muchos no se atreven a acostarse con las mujeres hasta después de muertos —aseguran otros.

—Pues claro, ¿acaso no prefieren las mujeres casarse siempre con los fantasmas?

—Pues claro que sí.

—Los fantasmas van por ahí dándose la gran vida, y los tíos de verdad se quedan para vestir santos.

—Algún día, la ciencia inventará gente muerta, cuando la instrucción haya avanzado lo suficiente. ¿No crees que la ciencia podrá fabricar niños muertos y lograr que nazca una raza humana muerta aquí en la tierra, con personas idénticas a nosotros, para hacer que trabajen en las mismas cosas y que tengan los mismos impulsos, sólo que muertos?

Los hombres ríen, comprenden que hay algo misterioso en la atmósfera del barrio, un futuro espléndido viene a nuestro encuentro. Para verlo basta con un vaso. Los chicos no entendemos eso del diácono muerto y la mujer viva, pero percibimos algo en lo que despierta en nosotros mismos. Si le preguntamos al maestro: «¿El diácono del cuento estaba enamorado de Garún y la dejó embarazada dentro de su tumba?», estoy seguro de que pensará que estamos endemoniados y tendremos que decir: «Eso es lo que nos han contado los viejos», y explicar la extraña alegría con que se reían, como hacen los viejos cuando sólo les queda ya lo que pueden imaginar.

—Preguntad al maestro —decían los hombres, animándonos a que lo hiciéramos.

En realidad no somos niños sino diablillos excitados, elfos, lobos a la luz de la luna, armando estrépito con los trastos encontrados en los viejos galpones, y los demás chicos que ya han pasado la edad de la Confirmación intentan estar todo el tiempo posible tumbados encima de las chicas, frotándose con ellas, allí o al aire libre, incluso sobre el suelo congelado. Tratan de pasar mucho rato pegados a ellas contra una pared y les piden que se levanten el abrigo, para envolverse los dos en él.

—¡Que te crees tú eso! —dicen ellas, fingiéndose enfadadas.

También quieren meterse entre sus piernas y quedarse allí inertes. Algunos gimen. Los chicos más jóvenes los oyen cuando se esconden detrás de los barriles o en alguna esquina, los escuchan gimotear como si las chicas fueran unas mamás molestas, y hasta a los chicos más fuertes y valientes se les mete en la garganta como un llanto extraño, y sus gemidos suenan casi como el cacareo de las gallinas.

—¡Pero qué te has creído! —dicen las chicas con voz aguda.

Los chicos se vuelven más llorones que algunas chicas. ¿Será que cuando llega el momento de estar delante de las chicas resulta que no son más que unos gallinas mocosos, o que hasta se convierten en chicas? Ellas se limitan a refunfuñar por la forma en que se comportan los chicos; seguramente tanto gimoteo, tantos zumbidos y tantos lloros no les interesan en absoluto, y se limitan a decir con la voz un poquitín entrecortada:

—Pero ¿qué pretendes?

Ellos se restriegan, sorben por la nariz para que no se les congele el agüilla, y ellas no hacen más que repetir:

—Pero ¿qué pretendes?

Ellos se restriegan y ellas repiten, dando más énfasis a sus palabras:

—¡Vale ya, para, estate quieto!

Las sombras que produce la luna son más oscuras que las que arroja el sol sobre la tierra verde en verano. Son más materiales. Pero aunque parecen tangibles, no se pueden coger con las manos las sombras del sol ni de la luna. Uno no corre detrás de la sombra que proyecta la luna, está quieta, pero las sombras del sol se mueven deprisa o despacio por el suelo; uno las sigue pero acaban encontrando las paredes y saltando sobre ellas.

El tiempo pasa, pero nunca cuando se está jugando despreocupado. Nos han dado permiso para quedarnos fuera hasta las diez de la noche, pero el tiempo ha desaparecido y el sentido del tiempo se ha perdido. Por fin nos damos cuenta, no porque la luna haya llegado muy alto en el cielo y veamos lo tarde que se nos ha hecho, sino porque nuestro sentido innato de culpabilidad y nuestra promesa han empezado a dar señales de vida dentro de la mente, y nos vemos presas del pánico:

¡Son más de las diez y hemos roto nuestra promesa!

Echamos a correr con una única idea en la cabeza, compartida por todos los niños reunidos en el prado.

¿Y si no me dejan entrar porque he roto la promesa de volver a casa a la hora?

Te vuelves loco de miedo de que no te dejen entrar. Quien se olvida del tiempo a la luz de la luna y no cumple su promesa de volver a casa a la hora estipulada se encuentra con la puerta cerrada, y que ni se le ocurra pensar en entrar apelando a la misericordia y la compasión. En esos momentos ni siquiera sabe que es pura desesperación, y la casa de los padres se transforma en un farallón imposible de escalar. No puede atravesarse con súplicas arrasadas en lágrimas, imposible ascender hasta el otro lado. Todo está cerrado a piedra y lodo, la densa oscuridad y el pensamiento chocan con una muralla invisible en el vacío, aunque todo esté claro gracias a la luna. La claridad se vuelve más irreal que antes: es la oscuridad que te llena.

No se oye nada. Al que ha sido abandonado fuera le pasa como a aquel elfo al que el sol sorprende fuera de su piedra, en pleno día, en el mundo de los humanos; está bailando feliz, juega con los que habitan en la superficie, se olvida de todo por un rato y de pronto se da cuenta de que no recuerda la palabra mágica que abre las puertas de su casa. Cuando al atardecer corre furioso y enrojecido hacia su roca, ya no consigue abrirla como antaño. El elfo no puede volver nunca jamás al calor de su piedra, y a partir de ahora vivirá solamente en el miedo, por muy bañado de luz que esté todo a su alrededor.

Así de terrible puede ser el olvido.

Igual que él, doy vueltas alrededor de la casa para encontrar algún agujero. Primero intento aparentar que no ocurre nada para que nadie se dé cuenta de que me han dejado fuera, que simplemente sigo jugando yo solo un rato más, holgazaneando junto a los muros. Más aún, procuro que quien alcance a verme piense: «¿Qué estará haciendo ahí? ¿Es que no piensa acostarse?». «No», responderé para mis adentros. «Soy mi propio dueño, como los niños vagabundos. Puedo quedarme aquí fuera toda la noche. ¿No veis que a mí nadie puede decirme lo que debo hacer?»

La bulla del juego de los otros chicos aún resuena desde los prados. A algunos les dejan salir casi todas las noches. En las demás casas el tiempo no está tan delimitado, no es tan estricto como en la mía, no está tan encadenado con reglas, ideas, opiniones sobre la vida y la conducta o sobre lo que es admisible o no en la forma de ser y en las acciones de la gente. Sin embargo, en esas otras casas hay más relojes que en la mía, aunque el tiempo no está tan presente en la cabeza de los demás, excepto quizá como algo elástico. Unos pájaros asoman por la puertecita de algunos relojes con gran estruendo, y cantan a las horas en punto. Hay también relojes que dan campanadas, grandes relojes que no se pueden colgar, relojes enormes que se ponen en el suelo y que tienen un péndulo que se mueve a un lado y otro, despacio, pesadamente. También hay una cosa que llaman barómetro. Dice si hará buen o mal tiempo los próximos días. Pero ninguno de estos artilugios parece afectar en absoluto la conciencia de las personas acerca del tiempo, menos cuando el reloj decía: «Ya ha llegado la hora de que los hombres salgan a la mar y las mujeres vayan al establo a ordeñar». Nosotros no tenemos que ir a la vaquería ni al redil para ordeñar o atender el ganado, nosotros no tenemos ni vacas ni ovejas, no tenemos barómetro ni reloj de cuco. Mi padre no tiene voz alguna en los horarios de a bordo. Sin embargo, el tiempo es más estricto dentro de nuestra piedra que en ningún otro lugar. Las palabras de uso común sirven también para una obligación acordada, pero la obligación de cumplir las promesas es especialmente fuerte. Vivimos entre órdenes y prohibiciones sobre lo que es y no es permisible. Tenemos que aprender a conocer los límites y el significado que se oculta en las palabras, a fin de no traspasar jamás los límites de la decencia, que nos fijamos nosotros mismos.

Nuestra roca es una roca erigida y construida por nosotros mismos, donde rigen leyes que nosotros mismos, y ningún otro, nos hemos impuesto.

En los tiempos en que vivimos hay paredes invisibles como la que yo imagino que ha de existir en el espacio.

La autoridad absoluta del tiempo mensurable no puede burlarse. El niño que lo olvida, se queda fuera.

A lo largo de la vida me he ido dando cuenta de la precisión de esas palabras. Quien olvida el tiempo general y no ha heredado un temperamento que sepa decir «amén» a todo, y se niega a humillarse con indulgente consentimiento, se ve excluido de la mayor parte de las cosas que se le ofrecen al hombre corriente, pero él tiene su mundo propio en el que reina lo intemporal. No se le podrá arrebatarse nunca. Puede

permitirse argumentar, opinar, tener sueños ilimitados, atacar de pensamiento y otras cosas por el estilo. En el mundo de la mente no hay murallas invisibles.

Eso sucede con todo.

Quien alberga el deseo de relacionarse con otros ha de tener siempre presente el tiempo compartido, estar siempre ojo avizor cuando juega en los prados congelados de la vida, hasta que aquél haya pasado igual que el tiempo de los chicos. Así, nunca encontrará cerrada la puerta de la casa del bienestar. En cambio, el que se ha marcado un tiempo determinado desaparecerá cuando corresponda del lugar donde se encuentran los otros muchachos, antes de que se cierre la casa donde está su hogar verdadero, pues de otro modo le sucederá lo mismo que al elfo que salió a pasar un rato con la gente corriente a la luz natural del día pero olvidó la contraseña de entrada y nunca consiguió regresar a su piedra.

Por fin, cuando abrieron la casa a las tantas y hubo concluido la regañina, la misericordia abrió la cama para que descansaras y durmieras agradecido, pero estabas tan apesadumbrado que fue como si te hubieras perdido a ti mismo durante un rato. La misericordia, la seguridad que otorga la autoridad cuando se siguen sus normas, consiste en poder perderse uno mismo. Siempre te has empeñado en ser su vivo retrato, en lugar de extraer de esa experiencia la enseñanza de que es muchísimo mejor intentar no parecerse a los demás.

Por eso digo:

Si quieres participar de la misericordia y vivir en ella, no podrás decir lo que ya te tengo dicho: lo único que he aprendido del mundo y de aquello que más me ha gustado o que más he amado ha sido a no querer ser como ellos sino al contrario, a no temer el castigo ni la exclusión, a necesitar la soledad y no desear siquiera lo que consigues obedeciendo a tus propios ideales.

## Quinta magia

# Del origen del hombre, la eternidad y el tiempo de la vida y de la muerte

Adondequiera que fuera siempre estaba expectante hasta que escuchaba a los desconocidos decir lo tontos que eran los pueblerinos, entonces ya podía respirar tranquilo. Creía a veces que esa opinión tenía que ser algo así como la fuerza unificadora de la nación. Parecía ir de la mano de otro punto de vista que había ido extendiéndose entre los campesinos que en invierno se dedican a la pesca y en verano se quedan en casa, trabajando en la siega del heno, y que mientras se afanan en las labores del campo durante la siega no sólo saben todo cuanto se relaciona con ellas sino todo lo demás. Yo me calmaba una vez había recibido la andanada, aunque no me quedaba tranquilo hasta que se enunciaba la conclusión: «En este pueblo vive una turbamulta de gente supersticiosa, terca, simple y estúpida, casposa, en una palabra, que no sabe de nada más que de lava y de olas, y encima este sitio es el más feo de todo el país».

Ahora ya podía respirar. Sin embargo, no siempre era así, sobre todo cuando la gente se ponía a soltar que su papá procedía de un pueblucho parecido pero al que se mencionaba en la literatura. Los hombres inteligentes le pedían entonces a Dios que les valiera. Como eran personas dadas a echarse atrás en las cosas, una vez que habían mantenido una opinión estúpida e inamovible iban dándole la vuelta poco a poco a sus argumentos y acababan incluso con una opinión distinta a la inicial, incluso con la contraria. Es típico de las personas limpias de corazón el deseo de enguarrarse la boca, aunque luego se la limpien bien con su lengua viperina.

«Ahora sólo queda esperar la conclusión», pensé.

Entonces llegaba eso de que «nuestra visión de la vida quizá no era tan estúpida, en el fondo, pues una de nuestras señas de identidad es el vivir aislados y ser independientes». Así se expresaba la gente durante la siega del heno. «Pues estupendo», decían los otros, tan limpios de corazón ellos, cambiando otra vez de opinión, tras una breve reflexión. «Lo habéis expuesto de una forma tan estúpida, tan enrevesada y tan torpe, que por muy poco meollo que tenga el asunto nunca os sale nada decente.» La gente añadía alguna otra cosa por el estilo, a la vez que aseguraba que no podía entrar en detalles, pero yo sospechaba que la verborrea no es una característica exclusivamente nuestra, sino que se encuentra también en gentes de diversa condición.

La idea de que éramos duros de mollera se debía quizá también a que cuando la gente lista de la capital se venía acá con los niños, para ir a la playa a recoger caracolas, piedras y conchas, se ponían a charlar con los lugareños en la plaza de la iglesia y descubrían qué poco interés parecían poner en responder a la pregunta que estaba más en el candelero por entonces, para cualquier persona con mediano

discernimiento, fuese de la ciudad o del campo:

¿Quién escribió la *Saga de Nial*?

De este asunto existe un ejemplo famoso que despertó el asombro de la gente de todo el mundo, pero en especial de los suecos, y que se debe a unos escritores que se alojaron más de una vez en la casa del comerciante o en la del médico. Entre ellos había algunos radicales en cuestiones políticas, que no eran capaces de ver la más mínima miseria o la menor muestra de estupidez sin abalanzarse sobre el tintero para servirse de él como tabla de salvación. Tal era su amor por las masas populares. Esos hombres no decían memeces como papá. Según ellos, las masas eran el tipo humano más inteligente del mundo, estaban dotadas de sentido común, poseían un talento innato, disponían de una sabiduría que casaba con una inmaculada fe infantil. Por si fuera poco, tenían un profundo conocimiento de la vida, y las excepciones eran tan escasas que resultaba perfectamente factible pasar por alto la ignorancia en ciertos lugares, o verla como una consecuencia secundaria del conservadurismo, como en el caso de mi pueblo.

Uno de esos amigos de las masas populares era muy aficionado a dar paseos antes y después de las principales comidas del día en cada una de sus breves visitas al lugar. En cierta ocasión, cuando había caminado un trecho por la carretera de Reikiavik, recientemente construida, pues le había apetecido bajar del coche a estirar las piernas, se encontró allí a unos hombres que estaban trabajando en la carretera, rellenando con piedras los baches más grandes para que no volviera a inundarse en cuanto nevara en invierno y la carretera acabara peor que nunca. Ponerse peor que nunca era propio de las carreteras de aquella época. Esto sucedía en otoño, y aquellos hombres tenían una prisa enorme por recoger las patatas de al lado de la carretera, e intentaban una y otra vez levantar los sacos para cargárselos el uno al otro a la espalda, pero sin resultado alguno. Al sabio le desagradó aquel método de trabajo, pues pensaba que el sistema que usaban era absurdo, y no pudo menos de preguntarles, aunque aquello no tuviera ninguna relación en absoluto con los sacos de patatas:

—Decidme, buena gente, ¿quién creéis que escribió la *Saga de Nial*?

El hombre que estaba intentando poner el saco encima del otro se quedó pasmado. El saco cayó a tierra, y él levantó la vista y respondió:

—Los que vivimos en esta latitud, en esta parte del globo, dejamos en manos de la ouija la respuesta a esas cosas. A nosotros nos basta con encontrar la solución al problema de levantar los sacos de patatas.

Cuando el amigo de las masas populares escucho semejante réplica se quedó atónito y regresó a casa a toda prisa para no olvidar nada; pensaba escribir un artículo al respecto, o incluso un libro entero. Entonces se encontró ante el problema de qué postura adoptar. ¿Era aquella respuesta absurda de por sí, como corresponde a la falta de consonancia con el espíritu de los tiempos, pues intentaban levantar el saco de patatas a mano para ponérselo al otro a la espalda en lugar de aprovechar la

tradicional inventiva islandesa e inventar una máquina elevadora de sacos de patatas?

Esa misma tarde escribió un artículo para el periódico acerca de la estulticia reinante en mi aldea, a fin de acabar con ella y corregirla. Allí decía que los lugareños, en especial los marineros que estaban en tierra después de las mareas, sostenían sin necesidad alguna las paredes de las casas, a veces incluso se pasaban allí el día entero entregados al palique, excepción hecha del momento en que entraban en la casa para empapuzarse de comida. El artículo terminaba de esta forma:

«... la gente de este villorrio no es partidaria de poetas ni de artistas, no digamos ya de la vida comunitaria. Para colmo de males, me encontré con dos hombres que intentaban una y otra vez cargarse el uno al otro unos sacos de patatas sin aparente resultado. Tras conversar con ellos, pude cerciorarme de, a pesar de que quizá podían haber oído mencionar alguna vez la *Saga de Nial*, carecían de cualquier opinión acerca de su posible autoría. Dicho con mucha suavidad, no es ésta una aldea demasiado estimulante para estudiosos alemanes o escandinavos. Espero que Dios no permita que Sigurður Nordal, ese gran erudito de nuestras letras, se vea obligado a poner los pies en semejante lugar».

Los lugareños y la estulticia de mi aldea sobrevivieron a las violentas discusiones que desató el artículo. La estulticia es siempre así, indestructible, y de ahí, en cierto modo, que la gente se mantenga siempre en el mismo nivel de inteligencia que les ha caracterizado en todo momento, lo que me parece un gran logro, pues, en este país, la lucha contra la estulticia ha venido siendo enconadísima a lo largo de los últimos decenios.

¿Y qué hay de mí?

¿Me he mantenido fiel a la estulticia que heredé de mi insignificante estirpe?

No.

A buen seguro no había terminado aún lo de «mi mamá me mimaba, mi mamá me ama» cuando empecé a fijarme más en las personas que escribían sobre los besugos de tierra firme que en quienes los pescaban en el mar. Descubrí que en la aldea no había ningún futuro para mí, entre otros motivos porque nadie se paraba a pensar en el autor, aunque todo el mundo sabía que las obras maestras no se escriben solas. Para escribirlas y convertirse en un escritor conocido hay que irse a Reikiavik.

A principios de la guerra se inició un movimiento, entre las masas populares, tendente a llevar a los chicos a la escuela superior, pero no hubo más que una familia que se preocupara por acomodar a su muchacho en los bancos del instituto en lugar de sentarlo en la banca de la trainera. Otros siguieron con lo de siempre, escasos de ideas, convirtiéndose en material para libros y columnas de periódicos, e incluso aparecieron en fotos. Nosotros seguimos allí sin que yo pensara ni una sola vez en el autor de la *Saga de Nial*, excepto cuando fui a la capital con papá para hacer unos recados. Por eso mismo, cuando regresaba a casa en el coche de línea, a las ocho de la tarde, sentí que se había operado un gran cambio en mí, y en los días siguientes me noté más maduro.

¿Y eso por qué?

El motivo es una saga breve, de esas que tratan de las experiencias vitales.

Cuando estuvimos en Reikiavik, papá pagó, o pensó en pagar, un almuerzo en el restaurante Caliente y Frío, en cuya cocina trabajaba por entonces la hermana de mi madre, friendo albóndigas. Semejante empleo era una degradación, nada menos que cocinar en un restaurante después de haber estado sirviendo durante muchísimos años en casa de los Thors y de otra gente bien por el estilo, pero fue porque se le habían empezado a cansar los brazos de tanto levantar ollas, ya que se decía que éstas eran más grandes y más pesadas en las casas bien que en aquel comedor destinado a los operarios que trabajaban en las grúas del carbón del puerto.

En aquel viaje pensé que el olor a comida de las calles de Reikiavik era muchísimo mejor que el de las graveras de mi pueblo, y que en una capital que olía a albóndigas nadie con unos dedos de frente podía ser ignorante; ahí, todos lo sabían todo. Mi tía lo confirmaba en las vacaciones de verano. Al llegar al primer comedor de Caliente y Frío, vi en todos los rostros que aquella gente incluso se permitía la libertad de comer alternando el cuchillo y el tenedor. La sala estaba repleta de mesas y papá saludaba a diestro y siniestro.

—¿Qué tal va todo en tu pueblo? —preguntaron algunos—. ¿Algo nuevo entre las raspas?

—Seguimos teniendo para comer —respondió papá.

La conversación no fue más allá. Los hombres se dieron por satisfechos con la respuesta y siguieron atiborrándose de albóndigas de carne, y mi tía aparecía una y otra vez por el ventanuco de la cocina, medio aplastada bajo el peso de la bandeja de albóndigas y el cuenco de salsa marrón, y se lo entregaba al camarero. Ni advirtió nuestra presencia, tan absorta en el trabajo como la abuela, ciega con su propia energía. Papá parecía tener en gran consideración el trabajo del camarero; le dio los buenos días e incluso lo trató de usted.

—Siempre tienes que tratar de usted a los camareros —me dijo en voz baja.

Asentí con la cabeza y prometí que así lo haría.

—Buenos días, sentaos donde haya sitio. De menú tenemos dos cosas, albóndigas y pescado salado, y naturalmente sopa y pan, pero el café es aparte, y podéis repetir de lo que pidáis pero no podéis tomar, por ejemplo, pescado salado y repetir albóndigas, a menos que los señores sepan quién escribió la *Saga de Nial* esa —respondió el camarero con voz chillona, y levantó la nariz burlón como si creyera que el artículo del periódico trataba de papá y de mi, o como si pareciéramos unos paletos y hubiéramos debido aparecer con un saco de patatas a la espalda para demostrar la verosimilitud del artículo, es decir, de las fuentes escritas, y poner así de buen humor a la clientela.

—¡Anda, pero si sois vosotros! —exclamó mi tía, que por fin cayó en la cuenta de que estábamos allí.

Papá la trató también a ella de usted al ver que tenía en las manos la bandeja de

las albóndigas.

Mi tía sonrió compasiva ante las palabras del camarero, nos miró alegre y dijo:

—No pienso dejar que Bergur pague la comida, aunque no tenga ni la menor idea de quién escribió la *Saga de Nial*. Entrad, chicos.

—Bueno, si la conocéis, claro que podéis tomar albóndigas, aparte de lo otro — rectificó el camarero, sonriendo con una sonrisa fofa.

Pasamos a la cocina, que estaba en la parte de atrás, como debe ser, y saludamos a mi tía, que no nos dedicó mucho más tiempo. Tenía muchísimo trabajo; levantaba un caldero tan grande como el que la abuela usaba para lavar la lana en orina, mientras se dedicaba a alguna otra cosa al mismo tiempo. Una mujer tan trabajadora nunca se permitía ni un ratito para comer. «¿Es posible que los Thors comieran realmente de ollas más grandes que ésa?», me dije entusiasmado. «Vaya, pues menuda familia», seguí pensando, aunque ahora en el estilo en que había oído hablar a mi tía.

La cocina se llenó de vapor al verter el contenido del caldero y mi tía se quemó los brazos, por lo que se tomó un ratito para charlar con nosotros mientras se refrescaba sonriente con el agua del grifo.

—Vaya, Bergur —decía con calidez—, así que estáis aquí. Venga, chicos, instalaos por ahí, donde haya una mesa libre.

En la cálida aura que me rodeó, sentí cuánto quería yo a mi tía. La conversación terminó. Salimos y encontramos sitio en una mesa, y mientras papá departía con los otros comensales yo me puse a pensar en las cosas que me rodeaban. Allí estaba el camarero, un hombre joven que servía las mesas y del que mi tía nos había contado toda clase de historias, como que lo que él más deseaba en la vida era tener pechos de mujer. En ese instante, allí sentado, en silencio, yo sentía lo mismo que había sentido mi tía en su momento, que Dios tenía que avergonzarse por haber creado a algunas personas con un cuerpo que no correspondía a sus deseos y sus sentimientos, que clamaban: «Yo soy así en verdad y no de ninguna otra forma».

El camarero se parecía un poco a esos que la gente suele llamar mariquitas; se iba escurriendo grácilmente entre las mesas con una amplia sonrisa en los labios, y los hombres intentaban pellizcarlo.

¿Se burlaban mucho de él? ¿Habría debido comportarse en consonancia con la canción que le habría enseñado su mamá: «La piel y la carne Dios las creó...»?

—El pobre —había contado mi tía—, durante el trabajo no hacía más que apretarse el pulgar en lo más alto del sobaco, seguramente para que al músculo se le formara un saliente.

Mamá se puso de espaldas para limpiar la mesa mientras su hermana contaba estas cosas.

—Dios sabe —continuó mi tía—, que creí que aquello era un vicio que tenía y le dije: «Chico, no andes todo el rato con el dedo en el sobaco», pero él se limitó a suspirar y a cerrar los ojos, de modo que añadí: «Además de ser una mala costumbre, puedes meter bacterias en la comida, o le puedes pegar el olor a sudor». Se lo dije con

la mejor intención. Él me respondió, desconsolado: «No me comprendes». «¿Qué hay que comprender?», pregunté yo, con la impresión de que estaba a punto de contarme algo muy íntimo. Y me contestó: «Intento que me salga pecho».

Mi tía se quedó de piedra, aunque estaba acostumbrada a todo en esos hombres que son iguales que la gente esa de la que se lee en el Antiguo Testamento, pero que pueden vivir también en el alma de las personas más insospechadas de este país nuestro.

«No todos somos del Nuevo Testamento», nos dijo, y añadió que le había preguntado al camarero: «¿Realmente deseas convertirte en mujer y trabajar en la cocina en vez de hacerlo en el comedor, como camarero?». Y él respondió, escandalizado: «No. Yo no soy como el Siggi ese de las grúas. Yo sólo quiero tener tetas, pero sin cambiar en nada más».

Mientras yo revivía en mis pensamientos aquella historia del camarero que nos había contado mi tía, lo veía deslizarse entre las mesas, sumido en ensoñaciones, con la bandeja de albóndigas en la mano, recogiendo con increíble ligereza los platos sucios o trayendo los limpios. Se movía sinuosamente al servir las mesas y los trabajadores lo cogían de la cintura o lo agarraban del brazo, pero entonces él se volvía un poquito y decía con una dulce sonrisa:

—Chicos, mejor que me soltéis, porque si no, os echo la salsa o la sopa en las partes.

Papá lo trataba de usted llevado por un profundo respeto, y decía «Óigame, camarero» al encargar y pedir las albóndigas.

—No estoy acostumbrado a tanto *usted* en esos animales de ahí, amigo mío —comentó el camarero—. Además, la cocinera en persona me ha dicho que no he de cobraros las albóndigas.

—Vaya, pues se lo agradezco a usted mucho —dijo papá.

—Aquí no hay *vayas* ni *ustedes*, es ella la que decide lo que hay y no hay de menú —replicó cortante el camarero.

Por mucho que se lo mirase, no se le veían tetas. Era un hombre joven, muy flaco, de rasgos marcados, rostro alargado, más bien feo y un poco de ese estilo que podríamos llamar andrógino. Tenía el pelo ceniciento e hirsuto, pero se lo peinaba para disimular lo mucho que clareaba.

Cuando le hubo contado a mi tía sus deseos de tener unas tetas como las suyas, ella pidió a Dios que la asistiera. Él se ofendió de tal modo por su reacción que echó a correr y metió la cabeza en el cubo de la basura. Cuando ella lo vio, le habría regalado con gusto sus propios pechos si hubiera sido posible. Al final consiguió que sacara la cara del cubo de la basura.

—No lo entendía —nos contó—, pero ¿os imagináis a un hombre con la cabeza metida en las porquerías que hay en el cubo de basura de un restaurante?

No, no éramos capaces de imaginárnoslo. Al día siguiente no fue a trabajar, así que ella y las chicas de la cocina sospecharon que se había suicidado, o que se había

muerto de pena, y mandaron a alguien en su busca, pero no lo encontraron por ningún sitio. Lo único que averiguaron fue que había dado una dirección falsa y que en aquella casa nadie lo conocía.

—Había desaparecido o se había evaporado —siguió mi tía—. Aun así, esperábamos que acabase por venir antes o después a recoger su sueldo, y las chicas decidieron trabajar el doble para sustituirlo y me pidieron que no buscara a nadie para servir las mesas hasta que se encontrara el cadáver.

El joven apareció dos semanas después, cuando las chicas estaban a punto de quedarse sin brazos de tanto acarrear cacerolas y, encima, servir las mesas. Y entonces entró como una exhalación, resplandeciente como si se hubiera mantenido a base de yodo y aceite de hígado de bacalao.

—¿Qué creéis qué había pasado? —preguntó mi tía; y ella misma dio la respuesta —: Por fin había conseguido tener tetas.

Era por la mañana temprano y ella se había levantado casi de madrugada para acabar las labores del día. Había llenado la cafetera hasta los topes, y después de tomarse un café y comerse un bocado había sentido que le volvían las fuerzas; por eso no se cayó de la silla cuando él se quitó la camisa y dijo: «¡Mira qué maravilla!».

—Cuando lo vi, bueno, unas tetas quizá no muy grandes, pero más que evidentes en un hombre tan flaco, pensé para mis adentros: «¿No podía habérselas hecho más pequeñas?». Pero lo que le dije fue: «¿Piensas ir con eso por delante cuando entres en el comedor este mediodía a dar los menús, tomar nota y servir las mesas a esos tíos, con esas ubres de ternerita recién nacida?». Él me respondió: «Señor mío bendito, ¿qué voy a hacer ahora con mis tetas?».

Pero mi tía no se quedó sin saber qué hacer. Por fortuna hacía mucho tiempo que padecía de tendovaginitis, por los esfuerzos que hacía con las cacerolas, y encima tenía mal un tobillo, y llevaba vendas elásticas en los dos sitios. De modo que se quitó las vendas, las unió con hilo y le ayudó a ceñírselas con tal fuerza que le quedó el mismo aspecto tísico y liso de siempre. «Qué pena», se lamentó el camarero. «Con todo lo que he tenido que pasar para tener estas tetas, y ahora nadie las verá.» Empezó casi a hacer pucheros y a punto estuvo de volver a enterrar la cabeza en el cubo de basura. Mi tía dijo que en todos los días de su vida jamás había visto un ser humano más triste, y eso que había visto a muchos hombres de lo más abatidos, incluso en las mejores familias. Intentó reconfortarlo, diciendo: «Venga, cariño, arriba ese ánimo». Pero él preguntó: «¿Y ahora qué hago, si tengo que ir por ahí sin mis tetas?». Mi tía le aconsejó, para animarlo: «Ponte las vendas durante el día, siempre puedes quitártelas para tener las tetas para ti solo en casa por las noches y mirártelas en la cama antes de dormir».

Papá no quería seguir escuchando tamañas memeces cada vez que mi tía venía a casa todos los años durante las vacaciones de verano.

Ella se partió de risa al oír su reacción y le pidió al bueno de papá que no fuera así. Sabía mejor que nadie que ni él ni los otros hombres que comían en Caliente y

Frío eran tan perversos como para querer arrancarle las tetas al camarero.

—Yo conozco bien a los hombres —añadió, sonriendo con ironía.

—Qué va, para eso primero tendrías que casarte —replico papá con sarcasmo.

—Pues ya lo has visto, es el chico ese que atiende las mesas, aunque en realidad tú nunca te enteras de nada —prosiguió ella; no estaba dispuesta a que nadie le dijera de qué podía hablar y de qué no, de modo que añadió—: Los obreros del puerto están coladísimos por él.

Nos quedamos sin palabras.

—En los restaurantes pasan muchísimas cosas que no se imaginan en absoluto los clientes ni los que no trabajan ahí —continuó con presunción, y dio una chupada al cigarrillo tan fuerte que el humo le llegó hasta lo más hondo de los pulmones—. Gracias a Dios que hay hijos de la naturaleza con sentimientos naturales y con gusto por los milagros de la vida. No tengo nada más que decir sobre este asunto, pero a quien tiene tetas no se le pueden quitar, da igual cómo las haya conseguido. Además, sostengo que hay muchos hombres que tienen tetas, tetas de grasa o tetas de músculo. En realidad, en las tetas de los hombres hay más variedad que en las de las mujeres.

—Seguro —dijo papá; renunciaba a discutir con ella.

—Las tetas más bonitas y más duras son las de los marineros que trabajan en los arrastreros —prosiguió mi tía—. Ellos y los leñadores no necesitan sujetador. Los peores son los oficinistas.

—Y tu amigo Ólafur Thors, ¿tenía tetas de grasa? —preguntó papá para bajarle los humos.

—Si alguien tuviera interés en comprobarlo, quizá se encontraría algo pequeñito, querido Bergur —respondió mi tía con sarcasmo, y dio tal chupada al cigarrillo que el humo no le cupo en los pulmones y tuvo que ir soltando una parte en vaharadas por las comisuras de la boca.

Papá le pidió que dejara el tema y nos contara algo de «sus amigos», los Thors.

Mi tía se inclinó un poquito hacia un costado, apoyó el codo sobre el borde de la mesa, soltó una carcajada y dijo que los Thors no eran demasiado comilones, y que sólo tomaban platos finos y a menudo tenían muchos invitados a su mesa, aunque en general eran personas más bien solitarias que se pasaban la mayor parte del tiempo encerradas en su círculo familiar.

—No todos tienen nombre conocido, y algunos ni siquiera lo tienen bueno —continuó—. Bueno, a veces son nombres vacíos.

—Vaya, vaya —dijo papá.

—Exactamente igual que pasa en las familias de las personas corrientes, y ya vale con este tema, querido Bergur —concluyó ella muy seria, al tiempo que se encendía otro cigarrillo. Abrió la boca lo suficiente para que la primera bocanada se deslizara poco a poco en finas y blandas columnas entre sus dientes, teñidos ya de un tono pardusco por el tabaco, pero no exhaló el humo directamente, sino que lo fue masticando despacio, dándose importancia—. Yo diría que esa familia tenía una

cerradura bastante complicada —añadió, guiñando un ojo para dar a entender que de aquel modo encerraba bajo llave todo lo que sabía, como debe hacer una empleada consciente de su trabajo y sus obligaciones; nunca jamás descubriría ante nadie los secretos de aquel matrimonio.

«Podéis moriros de curiosidad si queréis», parecía decir con su silencio.

Esta tía mía sabía infinitamente más que papá y mamá juntos. Venía a casa para las vacaciones de verano, en el autobús de las ocho de la tarde, y dormía sobre un colchón en el suelo, pero a la mañana siguiente se levantaba de un brinco antes del canto del gallo y se iba a pie, atravesando lomas, barrancos y pasos de montaña, a visitar a su madre, a la que añoraba y con la que no había podido criarse cuando era niña. Nos tenía charlando hasta muy tarde, o se quedaba hasta las tantas dándonos conferencias basadas en su infinita sabiduría, que sacaba de las revistas femeninas danesas, hasta tal punto que papá apenas podía meter baza, por no hablar de mamá, y nunca pensaba en irse a dormir. Esta mujer era decididamente partidaria de fumar para perder las ganas de comer cuando una quería adelgazar, o para aumentar la magia de los ojos femeninos, y fumaba mientras comía, con ritmo pausado, como quien nunca tiene apetito, sin quitarse el sombrero negro con plumas azules y medio velo. Nunca se ponía azúcar en el café, pues lo consideraba una afrenta a su sabor natural. Cuando tomaba café solo después de la comida, se quitaba el sombrero despacio y entre sonrisas, y luego se iba despojando de la bisutería, un collar y un brazalete, sin perder aquella sonrisa relativamente abierta pero más bien envarada que era la propia de una mujer cosmopolita, amable y fría a la vez, recién llegada de la ciudad. Después del café empezaba una actividad constante. Abría el bolso y se quitaba el colorete con un papel que parecía de plástico, y decía que tenía demasiado altos los ácidos del estómago, o demasiado bajos, lo que era de lo más fastidioso para una mujer que «tenía a su cargo la cocina de un restaurante». Dicho esto, cerraba con un fuerte chasquido la pitillera plateada y guardaba sus cosas. Sin el colorete ni la bisutería se convertía en una mujer normal, parecidísima a mamá, pero seguía agitando la boquilla mucho después de que el cigarrillo estuviera apagado; parecía usarla para marcar el ritmo de sus palabras, y utilizaba términos pintorescos para referirse a lo divino y lo humano. Cuando llegaba la medianoche, la conversación derivaba hacia las flaquezas y las miserias de los ricos. De repente, a aquella enigmática mujer le daba un ataque de bostezos, aunque nunca desfallecía ni le entraba sueño. Para ella era muy sencillo definir las características y las peculiaridades de los ricos.

—Su falta de consideración es consecuencia inmediata de la desvergüenza de los niños —afirmó, mientras empezaba a quitarse la laca de uñas con un algodón—. No se necesita ser psicólogo para comprender que su laboriosidad no es simple laboriosidad, sino que se debe a que nunca llegaron a mamar suficiente leche de sus madres. Las mujeres de la burguesía no amamantan suficiente tiempo a sus hijos y eso los hace perversos y descarados cuando crecen. Si las mujeres quieren tener hijos

amables, los amamantan durante más tiempo. Todos los comerciantes y hombres de acción han sido amamantados poco tiempo, y eso sí que te lo puedo decir, Bergur querido, pero cuando llegan a adultos se dedican a chupar de la nación y se creen que el país entero es su mamá. ¿Quiénes creéis que se han inventado a la Mujer de la Montaña como imagen personificada de Islandia? Los hombres, claro, que de niños no tuvieron suficiente mamá. —Tras decir esto se dirigió a mi madre—: Jóa querida, puedo decirte que si hubieras querido tener unos chavales capaces de salir adelante en el mundo una vez que llegaran a adultos tendrías que haber dejado de darles el pecho.

Mamá no se dejó impresionar. Siempre podía ponerse a secar la mesa.

—Ya basta de esas cosas —prosiguió la hermana de mi madre—; muchas veces, la laboriosidad no es laboriosidad sino descaro. —Suspiró antes de continuar, dirigiéndose a mamá—: Pero te podría haber sucedido como a tantas mujeres del pueblo, o como a la madre esa de América. Andaba con la pepla de tener un hijo que fuera un auténtico genio, daba igual en qué terreno. ¿Y qué creéis que hizo? Se buscó un hombre adecuado para que la dejase embarazada y luego se lo sacudió de encima como a un trasto viejo, porque su intención era ocuparse ella sola de la educación del niño y poner en práctica su plan. «Nada es imposible para las madres y las mujeres», cuentan que dijo en su comunidad religiosa. Así que tuvo un crío, pero cuando creció resultó ser un completo inútil, muy a pesar de los deseos de su madre, que acabó de los nervios pero sin perder la fe inquebrantable en su hijo. No os explicaré todas las desdichas de aquella casa; el hijo no movía ni un dedo, jamás trabajó en nada, pero escopeta sí que había allí. Cuando tenía unos veinte años, el muy canalla salió a la calle con la escopeta y se lió a disparar. Asesinó a tanta gente de la ciudad que no ha habido jamás nada igual en la historia, aunque al final él no se pegó un tiro, como tantos que hicieron cosas parecidas, cuando al asesino le entran los remordimientos, porque éste quería ser célebre a fin de cumplir los deseos de su madre y disfrutar de la fama de ser el mayor asesino en la historia de Estados Unidos, hasta que lo sentaran en la silla eléctrica. «No importa», dicen que dijo. «Harán una película sobre mí.» Y a su mamá no le importaron tampoco ni lo más mínimo sus crímenes. Saltó de alegría y le dio gracias a Dios en una reunión de la Asociación de Jóvenes Cristianos. «Siempre supe que yo tenía que traer al mundo un auténtico genio, es una gran hazaña matar a tanta gente con una escopeta que tiene que cargarse después de cada tiro», juzgó. Le daba igual en qué consistiera la genialidad, con tal de ver satisfechos sus deseos. Jóa querida, sé que no estarás de acuerdo, pero así son las madres de verdad.

La escuchábamos boquiabiertos, petrificados por semejante atrocidad, pero nadie hizo objeción alguna.

Fuera de la ventana de la cocina reinaban el silencio y la claridad habituales y se podía ver la brisa acariciando la hierba dura y rala. Por encima reposaba la vaporosa eternidad de la noche. Sentí añoranza y no alcancé a comprender por qué la hierba y las florecitas querían o podían crecer en una tierra tan fría como ésta, ni por qué no

hacía más calor a pesar de que ya había llegado el verano. Cuando mi tía estaba de visita, la noche se enlazaba con el día igual que con mamá cuando papá se había ido a trabajar en el campo y ella se sentaba a la misma mesa y nos contaba historias de otra especie, mientras las capas de calderilla iban adelgazando en el tarro del armario de la cocina y se mezclaban unas con otras, de modo semejante a como las aventuras de las historias formaban un infinito río nocturno. Pero ahora podíamos comer el regaliz que nos había traído nuestra tía y escuchábamos embelesados, hasta que papá se hartaba de las exageraciones de aquella mujer y decía:

—Ya son las dos. Ya está bien de cotilleos de Reikiavik.

Si no nos hubieran obligado a irnos a la cama para que se nos pasara durmiendo el empacho de regaliz, yo me habría convertido en un especialista en la vida sentimental de la gente fina. Sin embargo, avancé lo suficiente en esta especialidad como para alcanzar la conclusión, que mantengo íntegramente, de que quien más lejos llega en la vida es el que fue un sinvergüenza durante su niñez (es indiferente la clase social en la que naciera): siempre consigue lo que quiere con el primitivo, clásico e infalible procedimiento de gimotear, lloriquear, aullar o armar gresca. Empezará en un principio con su madre, que cederá para que se porte bien, y mantendrá tan acreditado método durante el resto de su vida, con lo que conseguirá llegar muy lejos, incluso en el terreno de la política. Esta primitiva pauta se manifiesta de modo evidente en la conducta de los políticos y en su forma de relacionarse con el pueblo. Las elecciones miman a unos chicos más que crecidos y les conceden sus deseos. Pero cuando el sinvergüenza se queda solo, se entristece y apenas es capaz de aguantarse a sí mismo ni nada de lo conseguido con su desvergüenza; en su trato con el prójimo, se convierte prácticamente en un llorón insoportable.

—Yo he servido con diligencia durante años, soy cumplidora y aprecio a las personas para las que trabajo, pero nunca les daría mi voto —dijo mi tía hacia medianoche, después de vaciar una cajetilla y poner la mitad en la pitillera para el día siguiente.

—¿Y a quién va a votar entonces una pejiquera como tú? —preguntó papá.

—Al Partido Socialdemócrata, claro está, porque no olvido mis orígenes —respondió decidida la hermana de mi madre.

—Pues a mí eso me parece saltar de la sartén al fuego, cocinar en casa de una gente como los Thors y luego votar a los sociatas —dijo papá.

Aquello la hizo reír. Cambió de tercio y empezó a hablar de las grandes mujeres que habían transformado el mundo, mujeres del estilo de la divorciada señora Simpson, que había apartado de la corona británica al príncipe y futuro rey y había hecho de él un hombre libre y bien peinado que se pasaba el tiempo con los perritos falderos de su esposa o en las fiestas, como se veía en las fotos del *Morgunblaðið*.

—De este modo, una vez más, una mujer ha sido capaz de demostrar que, si quiere, puede cambiar a mejor el mundo y la historia de la humanidad, con nada más

que amor y habilidad —afirmó, orgullosa de las hazañas del sexo femenino.

—Por esta vez vamos a dejar a la familia real británica, reservémonosla para mañana —replicó papá, y mamá acompañó a su hermana a la cama, dispuesta en el suelo del salón al lado de las malvas que jamás florecían excepto con las heladas de diciembre, cuando inundaban la casa con su aroma.

Su hermana vestía con elegancia, era guapa, inteligente y generosa, y el contacto con la vida le había enseñado a seguir la regla de que quien cumple bien con su trabajo de tal modo que no haya en él nada objetable puede tener opiniones propias en cualquier tema, aunque fuera pobre y perteneciera a alguna familia insignificante. Además le asiste el derecho a comprender qué clase de personas son los que tienen a otros trabajando para ellos, «a cocina y limpieza», como se decía. Pero nadie se puede librar de la autoridad mediante la violencia, ni consigue imponerse a ella. Nada se le ocultaba a esta mujer, que se había acostado con muchos hombres y conocía sus miserias, incluso se había permitido tratar mal a algunos, por lo general en un lugar misterioso llamado la Casita del Esquí. Allí abandonó a muchos, que si no se daban a la bebida por lo menos se quedaban llorando o terriblemente tristes. Al final se podían ir al demonio o entregarse a la botella. A juzgar por lo que contaba, uno percibía que sus tratos con los más grandes personajes masculinos tenían lugar al lado de unos pequeños géiseres de barro hirviente que lanzaban a lo alto chorros de vapor como espesos y húmedos edredones de plumas que cubrían a aquellos señorones para que no muriesen congelados tal como estaban, tumbados exánimes, con los pies y el corazón en medio del barro.

Ésta es la imagen que yo me construía en mi imaginación.

Pero la bondad de los géiseres me bastaba siempre, porque la miseria del dinero y de las herencias familiares siempre acababa por salir a relucir, de modo que los niños más malcriados no eran capaces ni de controlar su propia sangre o sus propios pantalones, mimados como estaban por sus madres, que son el origen de toda pereza. Bebían, hacían que las sirvientas se compadecieran de ellos y lloraban sin parar en la Casita del Esquí hasta que se quitaban la vida, en vez de largarse al extranjero o de viajar para descansar de sus esposas con unas meretrices de las de verdad, de las que cobraban dinero por el servicio y no abandonaban a ningún desgraciado islandés sumido en la miseria junto a un hirviente géiser que iba cubriéndolo con su vapor y su musgo. Las nobles cortesanas se llevaban a aquellos pobres diablos a la habitación del hotel, los metían en la cama y se cobraban la propina por su propia cuenta sacándoles la cartera del bolsillo de la chaqueta sin que se dieran cuenta y arrojándola luego, sin dinero pero con toda la documentación, a la papelera del ascensor.

—Ésa era la obra de misericordia de aquellas muchachas tan estupendas —dijo la hermana de mi madre—. Las películas son una demostración palmaria.

Soltaba muchas indirectas y se quedaba después más contenta que unas pascuas; se encerraba en sí misma durante un rato, pero enseguida le venía la inspiración y hablaba con entusiasmo sobre lo que se veía en la pantalla blanca. Allí podía

contemplarse con toda claridad cuánto había tenido que soportar la mujer desde que fuera expulsada del Paraíso sin culpa alguna, y además con actores y actrices tan famosos y tan guapos que era más fácil encontrar la verdad en los cines que en la Biblia. Contaba que en realidad siempre andaban en busca de argumentos emocionantes en el libro sagrado, para acercar así la fe a nuestra propia época, con películas que arrojasen una nueva luz sobre la vida tal y como era realmente en Babilonia.

—En esa ciudad no había más que putas, ¿no? —preguntó papá.

—Pues en la de Pola Negri no lo parecía —respondió mi tía materna, bien segura de lo que decía, citando a modo de ejemplo la película llamada *El gato montes*.

Algunas veces, papá salía de pronto con que mi tía era una persona trabajadora, limpia y honrada, y que sin duda no había nada negativo que decir de ella, ni como mujer ni como trabajadora, pero aun así era una persona peligrosa en muchos sentidos y lo había sido desde la infancia. Por ejemplo, se había pasado tanto tiempo mirando un violín que había colgado en una pared que le dio por querer escuchar «cómo sonaba».

—¿Y eso no es normal? —repuso mamá—. ¿Para qué están los violines, entonces? No creo que sea para colgarlos de una pared.

—La muy cretina, que no tenía ni idea de nada, le preguntó al buen hombre a quien pertenecía el violín: «¿Qué sonidos hay en las cuerdas?». El hombre se limitó a refunfuñar, porque era culto y de una clase muy superior a la de su sirvienta, que había dejado de ser niña hacía muy poco tiempo. Pero la muy tonta no atendía a razones, así que en cierta ocasión que le habían dado un cuchillo y le habían dicho que se fuera al troj a cortar pescado salado para ponerlo en remojo, cortó las cuerdas y el ruido se oyó en toda la casa. «Por fin suena esta mierda», dicen que soltó. En castigo le dieron una buena tunda y la pusieron de patitas en la calle. Ya fue bastante que no se tirara al mar.

Pero estas cosas no eran más que insignificancias en comparación con lo que tenían que aguantar aquellos hombres trabajadores y enamorados en cuanto se volvían locos por ella, cuando estaba de encargada en los barracones de los pescadores, porque nunca tomaban suficientes precauciones ante una mujer que le había cortado las cuerdas a un violín. Sólo veían que era limpiísima, y tan buena cocinera que toados querían casarse con ella; pero cuanto más se emocionaban ellos, más displicente se mostraba ella.

—Habría que pensar que sus excepcionales cualidades eran un asunto privado suyo, y que la alejaban de los demás en vez de acercarla a ellos, de modo que el carácter se le fue haciendo tanto más extravagante cuanto más crecía el reconocimiento de sus cualidades por parte de los hombres —afirmó papá—. Si no es así, no entiendo nada.

—¿Pero no es eso lo que les pasa a las personas con grandes dotes, que se van metiendo dentro de sí mismas con el tiempo y que lo hacen todo por su cuenta? —

preguntó mamá.

—Con las mujeres es distinto, sus dotes son útiles sólo en el hogar —respondió papá.

—Pues entonces es evidente que no todos los hombres que se daban cuenta de sus dotes podían casarse con ella —replicó mamá.

—Pero alguien sí tendría que haber sido capaz de hacerlo, no podía pasarse la vida de un hombre a otro —continuó papá con cara de santo, compadecido de la suerte que habían corrido sus hermanos de sexo—. Pero enseguida se daban cuenta de lo peligrosa que era, en cuanto la conocían de verdad, y se quedaban hechos polvo al acabar la marea de invierno. Para sustituirla se agenciaban alguna tiparraca, con lo que se vengaban de sí mismos en sus propias carnes por haberse quedado tan colados por una mujer ejemplar que, en realidad, era un demonio. —Se quedó sin aliento y apenas logró continuar—. Así de sinceros son los hombres, aunque se salvan en cuanto perciben el peligro, pero por desgracia su sinceridad aprovecha sobre todo a las tiparracas —concluyó, con un profundo suspiro.

Escuchábamos los misteriosos sufrimientos que acechaban a los hombres honrados, pero en especial a los marineros, y oíamos a papá lamentarse por sus compañeros de oficio. Lloriqueaba como si fuera un alma cósmica extraviada y errante que ansia que la madre tierra acceda a llevársela para fijar allí su hogar.

—Un buen montón de mis compañeros no tuvieron más opción que aguantarse y conformarse con unas mujeres que valían poco o nada en absoluto —añadió, abatido por lo fácil que era maltratar a los hombres trabajadores.

Los trataban peor que a la gentuza de más baja ralea. Y ellos se daban toda la prisa del mundo en apartar los ojos de su trabajo y taladrar con ellos a las mujeres. Ellas los atravesaban a su vez con sus propios ojos y los obligaban a deslomarse trabajando, para largarse con su dinero y a cambio buscarse algún pisaverde o algún imbécil que nunca había hecho otra cosa que darle palique a las tías.

Al final, ellas se hundían en el fango con aquellos individuos y volvían lloriqueando como locas junto a aquellos hombres estupendos, pero ellos ya habían optado por buscarse alguna mujerzuela, mejor eso que nada, para poder tener hijos. En cambio, papá decía que lo habitual era que los hombres que habían sido unos canallas toda la vida acabaran siempre con unas ogras que eran las que mandaban y que obligaban a sus maridos a encargarse de todas las tareas de la casa.

—Así pueden montarles la bronca cuando están embarazadas —añadió.

—Imagino que la gresca se les da igual de bien a los hombres que a las mujeres —replicó mi tía al oír las barbaridades de papá y darse cuenta de que se había calentado.

—Contigo no tengo que andarme con rodeos en este asunto —dijo él.

—¿Y quién te pide semejante cosa, Bergur? —repuso ella, compasiva—. No hay nada de malo en que me hables con libertad.

Yo nunca entendí del todo por qué los hombres se colaban tanto por aquella

mujer; si preguntabas, papá eludía el tema, aunque con el gesto parecía decir: «Será por una cosa que un hombre se llevará a la tumba antes que decirla».

Por eso ella resultaba misteriosa y no se parecía a nadie, sobre todo cuando se compró un visón gastándose todo lo que tenía y dijo que no le importaba morir y no tener ni para la caja.

—Me haré enterrar envuelta en la piel —dijo.

—Eres de un caprichoso que da asco —le espetó papá.

—No hay que escarbar mucho para saber de dónde puedo haberlo sacado —respondió ella—. Sé que mi abuela se habría hecho enterrar envuelta en la piel de su gato si las costumbres cristianas lo hubieran permitido.

Algo peor aún que no haberse casado con ninguno de los que se enamoraron de ella era que sabía de todo y que no se guardaba sus opiniones ni siquiera delante de los hombres, excepto en la cocina de casa de Ólafur Thors, ni en cuestiones de política, ni sobre los efectos insalubres de la niebla para el delicado cutis de las mujeres londinenses, ni sobre la naturaleza de las enfermedades. Conocía el asilo de Reikiavik por dentro y por fuera, así como a las viudas que lo llevaban, con gran profesionalidad, hasta qué conseguían echarle el guante a algún individuo que no fuera mucho peor que sus difuntos maridos. Lo sabía todo sobre áticos y buhardillas, y sobre las chicas que vivían en esos lugares, y también que nunca se podría atraer turistas para visitar nuestro país si no fuera porque los marineros que trabajaban en los barcos de carga llevaban a todas partes la información de que aquí se encontraban las mujeres más bellas del mundo. Pero de lo que más sabía, sin embargo, era de los ligeros que perjudicaban la circulación de la sangre en los muslos de las actrices tuberculosas, que no tosen en escena porque están curadas mientras dura la representación, insuflando con ello auténtica vida al papel estelar. Además, nadie podía convencerla de que no fuera cierto que los niños que el mar arroja a tierra en las playas de Inglaterra eran descendientes bastardos de los aristócratas que mantenían relaciones con las criadas y «las utilizaban a su antojo», frecuentemente en la pérgola, mientras ellas, avergonzadas, miraban a otro lado y fijaban la vista en los pájaros de la torre sin ver lo que sucedía a sus espaldas hasta que a los nueve meses daban a luz un niño. Entonces, la criada bajaba a la playa y lo arrojaba al mar, sobre todo si se trataba de gemelos. Así acababa pagando el haber dejado que el aristócrata se dedicara a enredar detrás de ella en la pérgola.

—Pero la criada salvó al conde de la muerte anímica de la condesa —añadió, con escaso respeto por las esposas.

Tras ese comentario le tocó a papá defenderlas, sobre todo a las que algún marinero había sacado del campo.

—Bergur querido, es obvio que no te has casado con demasiadas mujeres —replicó mi tía, y se echó a reír.

Aquella mujer asombrosa era capaz de pronunciar correctamente los nombres de los actores y conocía todo lo referente a la boca de Marlene Dietrich.

—¿Pensáis que esas mejillas francesas que tiene son de nacimiento? —preguntó con astucia, y respondió ella misma—: No, se deben a que le quitaron la dentadura cuando llegó a los Estados Unidos, para que las mejillas estuvieran metidas para dentro y fueran del gusto de los espectadores. La fisonomía coincide con la expresión soñadora de los ojos, y la boca resalta en el centro de una rosa de dos pétalos.

—Pues no es que sea una mujer a la que apetezca mucho besar —dijo papá.

—Marlene no estaba dispuesta a chuparse el dedo después de haber pasado por aquello de los dientes —prosiguió ella—. Porque entre semana, cuando no está entregada a la filmación en el estudio, utiliza un puente de quita y pon, una imitación de las muelas que le sacaron. De alguna forma hay que masticar la comida.

—Ya imagino —dijo papá—. A menos que la mantengan en ayunas.

—Pues no sé si os habréis dado cuenta como yo de que Marlene Dietrich nunca come en las películas —reveló mi tía—. Es la única actriz a la que los directores le permiten abrir la boca sólo a medias, o masticar sólo para cubrir las apariencias, o limitarse a mover las mejillas mientras los demás están zampano de verdad. Y estoy segura de que no ayuna, sino que allí en Hollywood la alimentan a base de comida líquida.

Devoramos toda aquella información. Al percatarse ella de nuestra penosa ignorancia, añadió:

—Tendríais que traer la electricidad para poder ver películas.

—Que la traiga el Ólafur Thors ese, lo ha prometido muchas veces en los mítines electorales —replicó papá—. ¿No es amigo tuyo?

—Pues desde luego ahora no pienso decir nada sobre Ólafur Thors aunque haya estado trabajando en la cocina para él y su mujer, no como doncella, fíjate bien, Bergur querido, aunque me parece que no es tan eléctrico como algunos piensan —dijo mi tía, y nos dedicó una sonrisa misteriosa que ilustraba la llaneza con la que trataba a los hombres.

—Aunque sólo sea por una vez, ¿no podrías servirle la sopa, o unas gachas de avena con canela y azúcar, y susurrarle al oído mientras pones el plato en la mesa: «Venga, mi querido Óli, ¿cuándo piensas cumplir tu promesa de llevar a Grindavík esa electricidad de la que tanto se habla?» —preguntó papá—, ¿o quizá ni siquiera entra en sus planes?

Mi tía miró a papá con los labios fruncidos, como dando a entender que ella no andaba por ahí susurrando solicitudes a los oídos de la gente, y que no estaba dispuesta a perder tan buena costumbre.

Esta tía mía y la magia que irradiaba irrumpían en nuestra monótona existencia con unas visitas llenas de aventura, y las charlas de las noches claras hicieron que empezara a sospechar que probablemente uno podría llegar a algo si se le presentaba la oportunidad de ir a Reikiavik para cualquier cosa que no fuera comprar un impermeable dos números más grande de lo debido para que no se quedara pequeño enseguida y vivir allí de forma parecida a la suya, en un cuartucho de alguna

buhardilla, que era donde ella parecía acceder a sus enormes conocimientos sobre todo lo habido y por haber gracias a montones de periódicos viejos metidos en cajas o entrados por la claraboya del tejado, aunque no estuviera autorizada a recibir visitas y se considerara cosa poco aconsejable ir al lavadero para verse allí con la gente. Era tan prudente, o temía tanto a los caseros, que, cuando mamá insinuó que tenía que hacer un viaje a Reikiavik, le dijo con una sonrisa extraña:

—No te tomes la molestia de venir a visitarme, puedes decirle a Bergur que te compre el corsé en El Corpiño cuando vaya a buscar el carbón para el invierno. A los hombres no se les da mal comprarle las fajas a sus mujeres; dale las medidas.

Si mamá se mostraba renuente, mi tía se apresuraba a preguntarle:

—¿Acaso no estáis casados?

—A una le puede parecer un poco excesivo, cuando se trata de ciertas cosas.

—Pero Bergur puede entrar en El Corpiño, no es como si se fuera a comprarse un corsé para ponerse guapo él —insistió la tía—. Y si lo conozco bien, seguro que no va a andar colándose por las casas del barrio oeste de la ciudad para visitar a alguna mujerzuela que viva en una buhardilla. Supongo que preferirá charlar con los hombres junto al puesto de café del puerto, o darse un garbeo por las calles aprovechando el buen tiempo.

Yo me daba cuenta de cómo mejoraría yo mismo, y de lo maduro que me volvería, si viviera en Reikiavik, con mi tía, con el cine Gamla Bíó, con sol a todas horas y con Jakob, el tío paterno de papá, que venía a veces en verano para recoger infusión de tomillo. Acostumbraba a arrodillarse y beber con un gruñido de satisfacción en las charcas de la playa, y mordisqueaba algas y raíces de hierba sin que le sentaran mal. «Seguro que llevo en las tripas unas ratas encargadas de la limpieza, que producen lo que yo llamo una correcta población bacteriana en el intestino grueso», decía, presumiendo satisfecho de su gran descubrimiento, que permitía conservar la buena salud en contacto natural con la tierra.

Llevaba el pelo muy corto porque pensaba que así le saldría pelo en las sienes. Como a papá, había empezado a caérsele el pelo con el traqueteo del camión en el que acudieron a las celebraciones del milenario del Parlamento en 1930 (aunque no le impresionaron demasiado). No había peleas de lucha islandesa todos los días, como él había supuesto había de ser por fuerza, ni arrojaban al perdedor al río donde, en la antigüedad, los héroes se lavaban los pies y los mantenían un buen rato metidos en el agua helada. «Por las tardes, los jefes se sentaban en paz y concordia a las orillas del río, y metían los pies en el agua para refrescarse las piernas», contaba. «Estaban acaloradísimos con tanta animada discusión, no menos acalorados que los panaderos cuando pisamos la masa y corremos el mismo peligro que ellos de que nos salgan varices.»

Jakob era panadero. Cuando empezaron a atormentarle las varices, su mente se fijó objetivos más elevados que el pan de centeno y el pan blanco, de modo que se marchó a Dinamarca y volvió convertido en maestro confitero, capaz de satisfacer a

las señoras más finas y a los golosos más empedernidos de Reikiavik. Él mismo era un goloso mental de tal categoría que nunca aguantaba mucho trabajando de confitero en la misma tahona, pues enseguida descubría la falta de talento de los aprendices. «Los panaderos de hoy ya no leen libros de poesía ni se plantean el sentido o el sinsentido de la vida», decía. «¿Cómo demonios piensan llegar a panaderos si no saben poemas, y si lo único que son capaces de leer para cultivar sus almas son las nóminas? La panadería es pura poesía.»

A veces, cuando íbamos a Reikiavik, lo veíamos a lo lejos bebiendo infusión de tomillo a la puerta de la panadería y mirando hacia la tienda de enfrente, la del escaparate desde donde el gato de ojos de cristal miraba a su vez hacia el otro lado de la calle. El gato ejercía tal atracción que la mayoría de nuestros compatriotas ansiaban quedarse un poco cegatos para poder ir a Reikiavik, probarse un ojo de cristal y decir a su regreso: «Bueno, uno es ya tan importante como para ir a ver al gato de ojos de cristal». Pero a nadie le apetece usar un ojo de cristal, excepto a los eruditos, que conocen cada vez mejor los orígenes monárquicos de la nación, de tal suerte que la gente podría ir en tropel ante el ejército británico de ocupación a decir: «Los orígenes de mi familia se remontan a los reyes de Noruega. Estaban ahí antes que los vuestros». Pero los soldados se limitaban a sacudir la cabeza, asombrados.

«Los de Þorkötlustaðir no descendéis de los reyes de Noruega, eso está claro, no necesito leer los artículos del periódico para saberlo», aseguraba mi tío Jakob. «Y tú nunca llegarás a ser tan grande como para saber quién escribió la *Saga de Nial*.» Parecía tan contento de lo ignorante e inútil que iba a ser yo cuando creciera.

A mí no me apetecía en absoluto saber tal cosa. En cambio, albergaba un profundo deseo de encontrar un alca gigante viva, aunque se hubieran extinguido hacía mucho tiempo, pero, si eso no era posible, entonces quería descubrir un método científico para revivirlos como gallinas corrientes. Cuando se lo conté a unas chicas de Reikiavik que durante la guerra veraneaban en la aldea por el peligro de los bombardeos, dijeron:

—Aunque eso se pudiera hacer, en Reikiavik no habría ni un solo tonto a quien le interesara semejante invento.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Pues porque eres de Grindavík, por qué va a ser, y encima del barrio de Þorkötlustaðir, lo que es aún peor, aquí no hay ni tienda —respondieron.

Me sobresalté al oír aquello, que luego habría de escuchar tantas veces, pero ellas prosiguieron, para explicármelo con más detalles:

—No hay ni siquiera una fábrica de carteles. Y si te diera un ataque de apendicitis, ¿qué pasaría si tuvieran que llevarte a toda prisa al Hospital Nacional para operarte a vida o muerte?

¡Una y otra vez tenías que oír la diferencia que había entre mi pueblo y los demás lugares del país! Nadie de allí había llegado a terminar el bachillerato, aparte del cura y el médico, aunque muchos lo dudaban después de las misas o cuando tenían que

sacarse alguna muela. En un lugar queapestaba a pescado y carecía de cualquier clase de sabiduría, a nadie se le pasaba por la cabeza dedicarse al estudio de las ciencias históricas, hacer un máster o avergonzarse por tener una pronunciación tan dialectal y usar el dativo en vez del acusativo, o por no llegar ni a aprender inglés, aunque decían que era una lengua tan fácil que era posible usarla sin decir nada; bastaba con parlotear y mostrarse feliz en inglés. Sólo a dos chicas se les metió en la cabeza seguir estudios. Se sacudieron las cadenas de aquel desierto intelectual y un día, nada más acabarse sus gachas de avena, se subieron al coche de línea y consintieron por primera vez en la vida en tomarse el aceite de hígado de bacalao para que no se les notara mal aliento mientras cambiaban de autobús en Reikiavik camino del instituto del distrito, en Reykholt; no para investigar si Snorri Sturluson, que había vivido allí, fue el autor de la *Saga de Nial*, sino porque querían aprender a conjugar los verbos ingleses y perder el acento dialectal. Lo consiguieron. Al terminar volvieron libres de los usos incorrectos del dativo, calzando medias blancas de *pure silk*. Cuando se apearon del coche de línea en primavera con unas maletas de cartón llenas de glosarios, las medias despertaron más interés que los sobresalientes. En la aldea se consideraba una absoluta idiotez andar por ahí presumiendo de ciencia. Eso sólo lo hacían los sabihondos y los tontos del haba. Las chicas se apartaron de los demás y paseaban por las calles sin asfaltar cogidas del brazo, intentando sortear los charcos embarrados con sus medias blancas, que eran completamente *pure*, y recitando verbos ingleses que el profesor les había enseñado a pronunciar con acento de Oxford. A veces nos decían a los chicos:

—En Oxford hablan sin acento y además usan el dativo como es debido. Así que tenéis que hacer todo lo posible por hablar bien si queréis vivir en el mundo de hoy, como nosotras. Todo indica que antes de que termine la guerra habrán desaparecido los acentos dialectales y los errores con el dativo. Pero lo que es por nosotras, vosotros podéis seguir con ese acento que tenéis, sin distinguir la *p* y la *b*, nosotras no pensamos pasar mucho más tiempo en Þorkötlustaðir.

Sus conocimientos no les servían de mucho a aquellas chicas en el lugar del barrio donde el coche de línea recogía pasaderos por la mañana y volvía a depositarlos por la tarde, tras haber enriquecido sus experiencias pasando un día entero de compras en Reikiavik. Este era el principal punto de reunión de los jóvenes, y había constante barullo y peleas permanentes junto a las paredes. Una vez que osaron ir allí después del examen de reválida del bachillerato, con sus verbos ingleses en los labios, lo único que sacaron en limpio fueron tres carreras en las medias, que quedaron del todo inservibles hasta que consiguieron cazar unos maridos decentes. Por eso se marcharon a su casa diciendo:

—En este pueblo asqueroso no hay futuro para unas chicas que han hecho el bachillerato en Reykholt.

Al poco tiempo se aburrieron de ir por ahí corrigiendo a la gente y dejaron de obligar a su madre a decir *anduviste* en vez de *andastes*. Y no había forma de que los

hombres dejaran de soltar tacos ni de meterles en la cabeza que la ciencia ha demostrado que hace cien millones de años había salido del mar un ser humano con forma de lagarto y con branquias colgando por fuera, que en el transcurso del tiempo se convirtieron en pulmones.

Una de las chicas me llevó una vez aparte, me sujetó del jersey y me preguntó:

—¿Rezas tus oraciones por la noche?

—Sí —respondí extrañado, porque ni imaginaba que pudiera ser de otro modo.

—Entonces hazme el favor de incluir esto en tus oraciones a los dioses: «Dios mío, no permitas que siga hablando dialecto y usando mal el dativo». —Me quedé mirándola sin comprender qué era eso del dativo, y ella añadió—: Además, cuando reces no debes pronunciar «dioj», porque Dios no te entenderá y creerá que estás hablando con alguien que no es el verdadero Dios. Él tiene una pronunciación perfecta, y encima pensará que te estás burlando de Él con tus errores de dicción. Otra cosa que puedo decirte es que, en Reykholt, Dios no existe para los profesores durante las horas de clase, sólo para el cura. Las ciencias se fijan tan sólo en los hechos, y ya han empezado a obtener resultados prácticos en el ordeño.

Al invierno siguiente renunciaron a corregir errores y barbaridades, dijeron «adiós» y recalaron en Selfoss, un lugar en pleno desarrollo, donde se podían aunar conocimiento y medias de seda en la relación con unos hombres dignos de confianza y que eran ya capataces de la Central Lechera o estaban a punto de serlo. No hablaban de otra cosa que de pasteurización y rara vez se dejaban ver con sus esposas, y cuando venían lo hacían montados en unas motocicletas deslumbrantes, con ellas sentadas en el sillín de atrás, y hacían demostraciones de su sabiduría en las Confirmaciones.

—Puesto que obtenéis la leche directamente de la vaca y no de la Central Lechera, tenéis que hervirla dos veces a fuego suave antes de beberla, para matar los microbios —explicaban—. Lo descubrió Pasteur en París hace tiempo, por casualidad, y nosotros, claro está, lo hacemos todos los días con técnicas modernas en la Central Lechera.

—¿Y no hay peligro de olvidarse la leche en el fuego y que se salga toda? —preguntaban las mujeres, que se habían dado cuenta de que aquellos maridos parecían madres, siempre dando instrucciones.

—Para evitarlo tenéis que colocar, atravesada encima de la abertura, una aguja de hacer punto o el cucharón de servir —respondieron las chicas por sus maridos, echando mano de la más reciente de todas las novedades para impresionarlas, y para fastidiar a aquella gente que parecía recién salida del cascarón. Sacaron del bolso una cosa roja y redonda y preguntaron—: ¿Alguna de las presentes se atreve a comerse un tomate?

Para demostrar su valor, ellas mismas se comieron un trocito.

Varias se negaron a semejante estupidez. Otras lo intentaron, pero sólo llegaron a morder la carne, sin atreverse a comerse lo de dentro.

—Es demasiado graso para nosotras —alegaron.

—Ya —dijeron las otras—. Habéis estado en un tris de comer tomate. Es un paso en la buena dirección para el progreso del barrio. Tendréis que juntar valor para acostumbraros al tomate antes de que acabe la guerra.

Estaban asombradas de haber nacido en un lugar donde la gente tenía miedo al tomate, y se alegraron de marcharse en sus motocicletas.

Si alguien se digna pensar en temas insignificantes, habrá de reconocer la insignificancia de las discusiones de las mujeres en las cocinas de las casas del pueblo antes de la guerra, o la enorme preocupación de los hombres por las condiciones atmosféricas cuando estaban silenciosos en los herrumbrosos secaderos de pescado, y cómo vociferaban los niños en los trojes vacíos donde se había ahorcado alguien. El valor de la vida estaba en consonancia con todo esto, si hubiera existido y no se hubiera hallado exclusivamente en el fondo de las tazas de café o en los charcos de barro.

Pese a no haber disfrutado de educación superior, la gente del pueblo se atrevía a hablar con ardor de los temas más profundos de la época y del extraño devenir de la vida, de los misterios de la muerte y de lo que puede haber después de ésta, quizá con no menos profundidad que la gente de épocas posteriores, sin ánimo de comparar. Por estos motivos, que desempeñaban un papel insignificante en la sociedad, yo mismo empecé a pensar en la eternidad y en el tiempo, y a desarrollar mis propias ideas sobre ambos temas. Una de las cosas que nunca podíamos llegar a explicar a pesar de las largas veladas pasadas por las noches en torno al quinqué era por qué el ser humano no renace; o por qué no muere como las flores, por qué no se va uno cada otoño al seno de Dios y luego vuelve a crecer a la primavera siguiente, y vuelta a empezar, como ellas, sacando la cabeza del suelo.

¿No sería todo completamente distinto si pudiéramos morir cada otoño sabiendo que despertaremos a una nueva vida la primavera siguiente, y si esto fuera un hecho establecido que así habría de suceder por siempre jamás? ¡Entonces sí que me gustaría entregar el alma!

Pues vaya que sí.

¿Qué son los años de la vejez, creada por Dios, sino el otoño que sigue a la primavera y el verano de la vida?

Sobre este tema, las discusiones eran interminables.

¿No se supone que el ser humano es la cumbre de la creación divina, y por eso mismo tiene idéntico derecho a la vida que las flores, aunque no sea más que el derecho al renacimiento anual?

No se acertaba a encontrar respuesta en toda la noche, ni aunque se debatiera sobre la cuestión en primavera, cuando no existían la noche ni la oscuridad y comenzaban las visitas de los parientes llegados de otros lugares más sabios, con el consabido incremento del número de opiniones de los más variados aromas, infusiones de tomillo y humos de cigarrillo.

—Pues yo preferiría vivir y morir de una vez por todas —afirmaba con énfasis mi tía materna—. ¿Quién iba a querer morirse todos los años en otoño y luego enfrentarse otra vez a la vida al despertar la primavera siguiente? Creo que las flores no son nada dignas de envidia por lo que respecta a su forma de vida.

—Quizá sería como las temporadas de pesca de invierno, otoño y primavera, imagino —sugirió papá—. Uno se ha visto obligado a soportar cosas mucho peores que despertar de la muerte.

Mi tía se echó a reír.

—Bergur querido —dijo casi con alegría—, no dudo en absoluto de tu laboriosidad, pero ¿crees que tú estarías dispuesto a pasarte todo el invierno muerto, cosa que en nuestra latitud es la mayor parte del año, para vivir sólo en verano, que en el mejor de los casos dura tres meses, a veces lloviendo a cántaros sin que escampe casi ni un momento?

Así de contundentes y realistas eran los argumentos de mi tía. Muchas veces, papá tenía que meditar sobre los suyos y se callaba. Pero mamá dijo:

—Por lo menos, cada año tendríamos alguna especie de verano en la vida, aunque no hubiera seguridad de que habría luz del sol todo el tiempo en lugar de las lluvias habituales. —Mi madre apenas concedía a su hermana una sola mirada cuando se enzarzaban en aquellas discusiones, así que entornó los ojos y continuó sin más—: No estoy de acuerdo con el cura en eso de que la vida es puro heno inútil, porque él está más por lo útil que por lo bello. Bueno, quizá sí que puedo imaginarme saliendo, de debajo de la tierra en primavera, aunque Dios sabe que no me apetece morir todos los años para ser como una flor, prefiero seguir siendo yo misma. Y además habría que preguntar a qué flor tendría que parecerse uno, porque no podemos parecernos a todas a la vez.

Mi tía no tuvo dificultad alguna para responder. Ella vivía y trabajaba en lo que se llamaba el corazón de la capital, así que ¿cómo iba a poder responder racionalmente en un pueblucho como éste?

Aunque yo fuera aún un niño, ya tenía cierta percepción de lo que significaba el estancamiento, aunque se encuentra por todas partes y uno rara vez se da cuenta de lo que está a la vista de todos. Estaba siempre pensando en el sombrero de mi tía. Rara vez se lo quitaba antes de acabar de comer y de tomar el café, cuando levantaba el velo del ala de delante y se fumaba su cigarrillo, para facilitar la digestión; siempre mencionaba los jugos gástricos que a veces se perdían por el duodeno. El sombrero reposaba tranquilo con su negra belleza sobre los bucles de la permanente de su cabello oscuro; se descolgaba sobre una mejilla y nunca se caía solo. Tenía que quitárselo ella, levantándolo cuidadosamente con las dos manos para que no se le deshiciese el peinado y poder así fumarse el último cigarrillo, que era siempre el penúltimo, antes de irse por fin a la cama. Si no se lo hubiera quitado ella, se habría quedado para siempre encima de su cabeza, igual que la gorra de algunos hombres, que hasta parecían dormir con ella. Lo confirmaba la opinión de papá de que casi

ningún ser humano, y desde luego ninguna cosa, acepta moverse ni se le ocurre intentarlo, sino que es imprescindible empujarlos sin más, para lo que sea. Lo mismo podía decirse de la aldea. Precisaba de alguien o de algo que la empujara, porque de otro modo acabaría por pudrirse sin moverse del sitio.

También me llamaba la atención la idea de la velocidad del sonido y la velocidad de la luz, eso de que la luz se moviera más deprisa que el sonido. Además, estaba convencido de que podía probar que objetos diferentes pero del mismo peso caían a igual velocidad desde la mesa al suelo, como contaba el maestro. También había descubierto, en la vecina, la explicación de por qué nadie renace. Cuando terminaba su siesta después del almuerzo y despertaba a la vida en vez de a la muerte, se abalanzaba sobre la ouija y preguntaba:

—Dímelo bien claro, ¿por qué estoy viva?

El vaso no se quedó quietecito, sino que se puso a moverse de un sitio a otro sobre la cartulina y deletreó haciendo círculos en torno a las letras:

«Porque tu muerte aún ha de esperar el llamado movimiento circular de la vida. Morirás cuando se haya encontrado el paralelo entre tu cuerpo y tu alma y otro envoltorio en el universo, cuando sea conveniente despertar a ambos en esa criatura que habita a una distancia de nuestra tierra muy superior a la que puede medirse en años luz».

—Entonces ¿renacemos en algún otro lugar de universo? —preguntó la mujer.

«Por supuesto», respondió el vaso. «Después de su muerte, los seres humanos no tienen otra cosa que hacer, sino renacer.»

A los chicos nos dejaban colocar el dedo al lado del de la señora sobre el culo del vaso, y lo seguíamos boquiabiertos. Yo tenía unas ganas tremendas de morir. Cada vez que oía aquel mensaje me entraba un sueño tan profundo, en la pesada atmósfera de la casa de aquella mujer, que tenía la sensación de estar adentrándome en la eternidad. No cabía duda alguna de que así era, aunque no se nos hubiera dado vista para contemplarlo; nunca se veía a nadie renacido, aunque uno sí notaba la muerte en su propio interior.

La mujer explicaba que en una ocasión se le había aparecido un hombre que afirmó haber estado allí antes. «Pues no me parece nada del otro mundo, sois tantos los muertos», le había dicho ella, convencida de que le estaba gastando una broma o molestando el normal movimiento del vaso. «Pues es cierto», insistió el hombre. «Yo vivía en esta casa y me echaba a llorar en ese rincón, donde dejás el cubo de fregar. Me marchité como una flor, viajé a la muerte pero volví a florecer en una tierra aún más noble del universo, aunque me gustaba más el prado este que los campos del universo.» Y ella replicó: «En eso que dices sí hay un punto. Pero, por lo que sé, esta casa la edificó Bergur Bjarnason».

—Pero, fíjate bien —me dijo a mí—, después de escuchar al difunto se me ocurrió la idea de preguntarle a tu papá cómo podía pasar algo así en una casa construida con madera nueva. Enseguida mandé a por él, y me dijo entonces que

había puesto debajo de la pila de fregar una tabla vieja que había encontrado. «La arrancaré», me dijo. Con eso fue suficiente, porque el hombre aquel no volvió al vaso, desde su otra casa, a velocidad de alma. Es una velocidad tremenda y siempre igual, o muy parecida.

Como consecuencia de todo esto, pensé que las almas disponían de una velocidad especial aunque complicadísima, que está sujeta a un tiempo preestablecido cuando se halla en nuestros cuerpos, pues había oído decir que la vida está sujeta a los días de nuestra vida. Cuando se soltaba, el alma recuperaba su velocidad original; así se convierte la velocidad de la vida del alma en una velocidad inimaginable.

—En el futuro llegará el día en que la midan, si las ciencias logran el milagro de encontrar alguna forma de medir lo invisible —vaticinó la mujer, que había sacado del vaso todas aquellas cosas—. En cuanto la muerte se vuelva mensurable perderá las propiedades de lo invisible. Lo mismo puede decirse de las personas difuntas, así que los muertos se harán visibles y las personas con dotes de videncia dejarán de ser especiales.

«¿Y también tú?», me pregunté.

La mujer con dotes de videncia me leyó el pensamiento.

—Lo has adivinado —dijo—, yo también dejaré de ser especial.

—Mamá es la única mujer del barrio que no tiene dotes de vidente —apunté yo—. ¿Ella no es nada especial, entonces?

—No —respondió la mujer—. No sé si la vecina de al lado tiene dotes, pero los muertos sí que las tienen y pueden verla a ella y a tu mamá, así que también tienen su velocidad del alma.

De acuerdo con esto, el alma o la vida tenían que salir disparadas del cuerpo hacia el otro mundo a una velocidad superior a la de la luz, para llegar en un instante hasta un lugar a un millón de años luz de distancia, en medio de los sistemas solares, y meterse en el cuerpo de un nuevo ser que estaba naciendo en ese mismo instante.

Acepté la teoría. La mujer me cogió de la manga con más fuerza y añadió:

—A veces le lleva a uno mucho tiempo morir. El moribundo revive, vuelve a caer en coma y así una vez tras otra durante mucho tiempo. Los parientes explican la agonía diciendo: «Claro, tiene un corazón tan fuerte». Pero no es eso, lo cierto es que el alma está buscando su paralelo en la infinitud. —La mujer me permitió tomar aliento antes de proseguir—: Así, la muerte puede convertirse en un renacimiento que tiene lugar a una distancia de la tierra que debe medirse en incontables millones de años de velocidad de vida o velocidad de muerte, como yo la llamo; llámale tú igual en tu mundo mental.

Así encontré una respuesta por entero satisfactoria a las inveteradas preguntas sobre el origen del hombre, la eternidad y el tiempo de la vida y la muerte.

—¿Qué ventaja puede encontrar el alma en abandonar el cuerpo? —me preguntaba yo en mis cavilaciones.

—Muchachito, nadie ha podido dar respuesta a eso, aunque una y otra vez han

puesto toda la carne en el asador para conseguirlo —contestó la mujer—. Pero esa respuesta se encuentra planteando más preguntas: ¿Sale el alma del cuerpo? O, aunque entre en otro cuerpo, ¿será éste exactamente igual al que abandonó un momento antes? ¿Cómo lo hace? ¿Por qué no regresa uno de la muerte a su mundo anterior, con el alma cubierta con un cuerpo nuevo pero idéntico al otro? Por ejemplo, ¿por qué no vuelve un hijo recién muerto al lado de su madre, desesperada por volver a verlo?

Yo estaba agotado de tanto escuchar, pero de pronto me di cuenta de que se encendía una luz dentro de mi mente, con la explicación de por qué los hijos muertos nunca visitaban a sus madres, aunque ahora tuvieran ya un cuerpo nuevo, pero exactamente igual que el anterior, en alguna estrella lejana. La razón es que el alma viaja desde la tierra al otro mundo a la velocidad que corresponde a su naturaleza, y allí se reencarna en la existencia más íntima de la vida, una especie de útero cósmico. Pero en ese nuevo mundo, el mundo de la eternidad, rigen leyes distintas en lo referente a la velocidad. El alma queda encerrada allí dentro en prácticamente nada de tiempo, o se mueve a una velocidad tan reducida que aunque se pusiera en camino de inmediato hacia el mundo del que había salido nunca llegaría hasta nosotros, o lo haría tardísimo de acuerdo con nuestra propia forma de medir el tiempo. El nuevo ropaje carnal conoce los límites de velocidad del alma nueva y no le parece muy sensato hacer un viaje tan inmenso, pues antes de que llegase al lado de su madre, ésta ya habría muerto; se habría ido con Dios, y sabe Dios en qué sistema solar acabaría aterrizando, así que sería difícilísimo, si no del todo imposible, volver a encontrarla, a menos que la velocidad sentimental de la madre y la del hijo se hubieran puesto de acuerdo durante la vida terrenal para poder encontrarse en la otra.

Una vez fui a casa de una mujer que estaba sentada a la mesa con un pescador de temporada; por lo visto, habían hecho correr el vaso un montón de veces y estaban cabizbajos por el mensaje que habían recibido. Cuando entré, casi ni repararon en que estaba allí, así que toqué la cartulina y la sentí tibia.

—A lo mejor los espíritus no tienen el alma cálida sino tibia —dije.

La mujer despertó de su letargo. Le conté mi descubrimiento. Ella me miró con un gesto extraño, se rascó un lado de la nariz por dentro con una aguja de hacer punto, y replicó:

—Cuando te hayas convertido en un gigantón serás psíquico, pero intenta que, como suele decirse, no te crezca nunca en exceso todo el cerebro, pues entonces harías un agujero en el cielo y los ángeles se nos vendrían encima como cagarrutas de oveja.

Di un respingo.

El pescador estaba un tanto alicaído, quizá porque la mujer lo había tratado con dureza, pero se recompuso, me colocó la mano encima de la cabeza y noté el calor de la gruesa palma húmeda.

—Quizá sea cierto lo que dice la mujer —me dijo—; no vayas a hacerte hombre

de mar excepto sólo en cierto sentido y ten cuidado con la carpintería.

—Quiere llegar a convertirse en un gigante espiritual —dijo la mujer con voz pastosa, y me di cuenta de que estaba borracha.

Salí sin despedirme y me senté bajo el muro de la casa. De repente oí el ruido de algo al romperse.

—¿Y dejarás que me beba el aguardiente en el vaso de la ouija, so asquerosa? —gritaba el marinero.

En un abrir y cerrar de ojos salió volando un taburete por la ventana, y aterrizó delante de mí.

—¡Pues quiero tomarme mi aguardiente aunque tenga que tragarme encima a tus espíritus! —vociferó el marinero.

La mujer abrió la ventana de par en par y me gritó:

—Vete a buscar a tu papá para que me lo quite de encima, porque si no, me mata.

En lugar de hacerle caso, bajé a la playa y estuve allí haraganeando por el sitio más feo de toda la bahía, aunque había varias charcas pequeñas en las que mirarse y poder ver al mismo tiempo las nubes de encima. Entonces se me ocurrió la idea de que uno desaparece siempre hacia su origen. Esto tenía mucho que ver con la explicación que había descubierto yo mismo para la velocidad vital del alma en el fallecimiento. No existe persona alguna que no desee desaparecer de nuevo hacia el lugar de su procedencia y quedarse en él por toda la eternidad, aunque no nacemos libres y felices por mucho que lo creamos así. Nacemos a un desamparo que dura toda la vida.

Cuando era niño, la gente moría en su casa, la familia presenciaba la muerte; por eso, igual que los demás niños, yo estaba siempre pensando en la muerte y sus misterios, pues el moribundo extiende la mano hacia el aire justo antes de fallecer, cuando la muerte se aleja de él por un instante y él reconoce a su prójimo en ese alivio momentáneo que la precede. Sabía que hacer salir el alma del cuerpo es un arte. El de saber morir. De ahí que estemos obligados a prepararnos cuidadosamente para la muerte, no por causa de nuestros pecados ni porque hayamos de encontrarnos cara a cara con nuestro Creador, que pesará y medirá nuestras obras, malas y buenas, o nuestra inocencia, sino porque la bondad de la vida se medirá según la abertura por la que haya hecho salir el moribundo a su alma por última vez. Hacer que abandone la vida por el ano, la nariz o la boca es insultar al alma.

—Debemos permitirle a la vida que escape de manera espiritual, por la más noble abertura, la voluntad de vivir y la mente, a fin de que nuestro último pensamiento esté dedicado a nuestros padres —decían las mujeres—. Así, el alma volverá hacia ellos.

Luego nos ponían un ejemplo:

—Un niño muere antes que sus padres y no se preocupa de hacer salir el alma por el agujero más noble, pues su mente aún no está en pleno desarrollo. Por culpa de esto, que yo considero un desliz, el alma no regresa con los padres, por muy ardientemente que pueda desearlo el niño. Los que siguen vivos tienen un sitio para el

alma infantil, pero si falla el último pensamiento del niño moribundo, entonces vivirá en el recuerdo de sus padres mientras éstos vivan, pero no volverá a unirse a ellos, ni en la vida ni en la muerte. En cambio, la confluencia es una posibilidad imaginable si la velocidad del alma de los padres y la de su retoño se han armonizado en vida.

Pienso que el concepto de armonía final no ha surgido por casualidad y que yo no hice más que toparme con él, y que tampoco brotó de alguna idea difusa, sino que surgió de una sensación que era más o menos ésta:

Si todos pensaran en sus padres en el momento de la muerte, el alma retornaría a su origen y entonces todas las almas se apretujarían unas con otras formando una única alma universal en la resurrección, y correrían hacia un tiempo pasado pero renacido en busca de los primeros padres de la humanidad.

Eso de crear un mundo perfecto para el propio uso fue una de tantas cosas que decidieron mi carácter durante la infancia. Yo obtenía la experiencia de la gente, de las demás personas, y comprendí qué era lo correcto para mí:

Lo mejor para todos es confiar en la propia voluntad y tenerse a sí mismo de sostén y apoyo, sin desdeñar ni despreciar a las otras personas. Porque quien no comprende el propio mensaje de alegría y no enciende su propio faro, alumbrándose a sí mismo en el camino de la vida, se quedará solo en la oscuridad de los demás.

Mientras yo nadaba por las magias de la infancia, no sabía, no lo supe hasta mucho más tarde, que mis ideas sobre la literatura y su naturaleza nacerían así.

En esa época me había olvidado de mí mismo, como un muerto, hasta que el pensamiento despertó y comprendí la diferencia entre la velocidad de la vida y la velocidad del alma. Por eso estuve un largo tiempo naciendo en mi propia imagen, encendiendo lo que llamaba mi faro. Uno nace de la literatura hacia el desarrollo de la novela que está escribiendo, y que debe ir a la misma velocidad que la propia vida; luego muere y desaparece a la velocidad del alma, metiéndose dentro de su propia obra, y al hacerlo se une a ella, siempre que el espíritu haya salido por la abertura adecuada.

Eso es lo que pretendían los poetas de la antigüedad al decir que un personaje de sus obras entraba en una montaña al morir. Los poetas lo construyen todo sobre sus propias opiniones y sus propias experiencias, no conocen nada fuera de ellos mismos. Para ellos, las demás personas no son más que una conjetura.

Utilicé esta explicación al gran problema en una novela, aunque no consigo recordar exactamente en qué escena aparece; lo que sí sé es que ella y yo, los dos, nos reuniremos en la muerte. Porque siempre he hecho todo lo posible por hacer salir mis obras literarias por la abertura más adecuada de mi existencia, con la esperanza de que puedan vivir una vida independiente, aunque fundidas conmigo en la misteriosa armonía del ser humano y la obra.

Cuando era un niño que vivía en el barrio de Þorkötlustaðir, la gente era inculta a más no poder y quizá ni siquiera existía, excepto en una sensación que eran incapaces de revestir con palabras a no ser que se ayudaran del vaso de ouija que había

prácticamente en todas las casas.

## **Sexta magia**

# **La barca, el mar, el cielo y un montón de cosas salidas de unas tripas sucias**

Por entonces te parecía que los llanos de debajo de casa, las playas y, sobre todo, el mar estaban muy lejos, aunque en realidad no era así. El mar se adentraba en la costa rocosa haciendo una pequeña curva desde la Punta, más al sur, donde estaban el muelle y el puesto de vigilancia de la pesca, hasta los farallones del este. La llamábamos Playa del Sol y sirvió de campo de juego hasta que el viento y las tormentas se llevaron la arena fina y no quedó más que un montón de tierra muerta. En general, las casas del barrio estaban dispersas, pero por encima de la playa varias se agrupaban transformándose en una aldehuela que llamábamos «el centro».

Casi en medio de la curva, que se llamaba La Cala y se adentraba un poco en la orilla, el mar era poco profundo y por eso prácticamente se vaciaba del todo en bajamar. La arena de aquel lugar era de un blanco amarillento y de ella sobresalían unas rocas planas. Cuando bajaba la marea se filtraba agua dulce desde unos manantiales que al parecer había en la playa, y eso te hacía pensar que bajo tierra se ocultaba alguna clase de vida que intentaba salir disfrazada de agua y que, igual que todo lo demás, deseaba llegar al mar para unirse a su infinitud. Daba un poco de miedo mirar aquella vida que manaba, de una frialdad que helaba, y te entretenías pensando que los manantiales albergaban una infinitud diferente a la del mar. A pesar del miedo, con frecuencia era imposible reprimir el impulso de meter un pie en las charcas un poquito, para sentir la corriente que pasaba entre los dedos con un cosquilleo.

Aquella corriente era, en mi imaginación, el río de vida de la muerte; y cuando me hacía cosquillas sentía miedo de que aquella gélida boca de la tierra me mordiera el pie y una fuerza oculta con forma de animal saliera velocísima y me arrastrara con ella hacia las profundidades.

Yo pensaba que La Cala no era igual de bonita en todas partes, ni tenía en todos sitios el mismo hechizo. En un lugar era, por decirlo con suavidad, muy fea y triste, pero te atraía precisamente por su fealdad, sobre todo un recodo, con suelo de roca y muchas charcas poco profundas y de diferente tamaño, que estaba cerca de las casas. No sé por qué La Cala era atrayente pero no bella. Mi sentido de la belleza y de los efectos de la magia no armonizaban uno con otro, y es posible que el lugar me pareciera feo sobre todo porque era difícil caminar por él a causa de la rugosidad de la lava amontonada en la orilla. Por esa razón, sospechaba que todo debía de estar intentando dirigirse hacia el mar, no sólo la vista y los propios deseos, sino también el río de vida que habitaba bajo tierra. Pero qué maravilla contemplar los prietos pliegues en el borde superior de la elevada orilla. Eran como los que se producen al pasar la pala de la cuchara por unas gachas de avena a medio enfriar, o cuando se las

dejaba chorrear sobre el plato desde la cacerola. En algunos sitios parecía que el mar había conseguido meterse debajo de las capas de roca de distintos grosores, y la rompiente había ido descortezando las más altas de modo que se podía ver la capa de más abajo e incluso otra más, exactamente iguales. Quizá las capas de la orilla eran infinitas y atravesaban toda la tierra.

Con todo esto se habían formado en varios sitios de la playa unas pequeñas charcas, lo bastante grandes y templadas en verano como para quitarse los calcetines y meter los pies. Al sol, el mar olía a algas, a fuco en putrefacción y a pausados caracoles, mientras las moscas corrían por la superficie con las alas extendidas, dejándose arrastrar por la brisa para esquiar sobre sus patas. Todo esto hacía aquel recodo atrayente a mis ojos, pero no bastaba para que lo considerase bello, tal vez porque cuando era niño no veía nada en común entre él y yo. No me lo pareció hasta mucho después, cuando uno se da cuenta de que los senderos de la niñez se han convertido en una especie de camino personal por la vida. Un cierto sentido de belleza, aunque inmaduro, es ya perceptible en los sentimientos que despiertan cuando la apariencia o el contenido de alguna cosa producen la sensación de que uno mismo es así también en cierta manera, aunque eso no sucede con la belleza que no se parece a nada. «Tengo la sensación de que dentro de mí mismo hay algo como esto», piensa la gente cuando cree ver algo bello en las cosas. Pero el sentido de la belleza ya maduro busca por todas partes y sale de uno mismo para irse hacia lo abstracto: las ideas que están más allá de la materia.

Una persona poco madura (y muy en especial los niños) se ve fascinada por la belleza que apela a los sentimientos y que cree surgida de lo que es bueno y, por eso mismo, bello, pues ambas cosas deberían ir unidas y ser los eslabones principales de su carácter, y piensa: «Yo he de ser el punto de comparación de todas las cosas». De manera que se baña en la satisfacción de sí mismo para quitarse de encima la sensiblería, como en una charca. Eso es lo que siempre he intentado evitar.

Una vez, durante la temporada de matanza, en otoño, caminaba dificultosamente en dirección a aquel lugar, acarreando unas entrañas de cordero en unas angarillas para pescado en compañía de la última esposa de mi abuelo. Íbamos a lavar las tripas en la mayor de las charcas. Aquello era poco después de los días del Rodeo en que se recogen las ovejas tras el verano, y mamá me había hecho sustituirla porque ella ya había salido de cuentas.

A principios de otoño, finales de septiembre y comienzos de octubre, solía ser siempre difícil hacerse una idea del tiempo que podía hacer, porque un mismo día podía empezar con frío y luego caldearse. Así sucedía en esa ocasión, a ratos se veía el sol o un rayito se deslizaba por el suelo, y luego el cielo se encapotaba. Yo estaba a punto de desfallecer de cansancio por el esfuerzo y se me aflojaban las piernas; trataba de pensar en otras cosas y miraba las hinchadas tripas azuladas de las angarillas. Una columna de un cálido y misterioso olor acre se elevaba desde las infladas asaduras y se mezclaba con el aroma que aún manaba en oleadas desde el

mar moribundo. Las tripas no eran muy diferentes al basalto azotado por el mar, y parecían tan pesadas como los guijarros de la playa, aunque más blandas. Se bamboleaban despacio de un modo extraño, que dependía de cuánto se sacudían las angarillas a cada uno de mis torpes pasos. La mujer había querido ir delante, y yo tenía que caminar justo detrás de ella. Así podía vigilar absorto los movimientos de las tripas y pensar en la hierba a medio digerir que muy pronto saldría de ellas, en cuanto cortáramos la membrana.

«¿Cómo serán por dentro?», pensaba, con la cabeza en otra cosa a pesar de que tenía que andar con cuidado para no caerme sobre el suelo pedregoso.

Las asas eran demasiado gruesas para empuñarlas bien. La distancia entre ellas era también demasiado grande para mí. Sin embargo, superamos sanos y salvos los resbaladizos guijarros de basalto de lo más alto de la cresta y descendimos, con mucho esfuerzo y mucho refunfuñar, por las piedras y la arena suelta hasta la playa, hasta detenernos al lado de la charca más grande. Dejamos las andas en el suelo con mucho cuidado, para descansar; luego nos arrodillamos y volcamos las tripas hinchadas y blandas de las angarillas sobre las rocas planas antes de sacar los cuchillos.

—Aquí tienes tu navajita —dijo la mujer.

Colocamos los filos casi simultáneamente sobre la lustrosa superficie e hicimos un corte rápido para hacer salir la caca de tal forma que cayera sobre un canalillo que había en la roca lisa, a fin de que la charca no se ensuciara y pudiéramos lavar las tripas pasándolas de una charca limpia a otra.

—Parece que no eres nada perezoso; nada en absoluto —juzgó la mujer rompiendo el silencio, como extrañada, tras una prolongada reflexión.

Hasta entonces no nos habíamos dirigido la palabra en todo el camino. Se había quedado sin resuello, estaba un poco ida y hablaba con menos claridad aún de lo que solía hacerlo, por el cansancio y el esfuerzo.

Yo no respondí. Había agarrado las tripas con las dos manos y disfrutaba sintiendo cómo la tibia superficie gris verdosa se me pegaba a las palmas, hasta que me levanté a mirar pensativo cómo salían las heces y se iban por el canalillo de la charca pequeña. Al desinflarse la tripa, iba extendiéndose algo azulado, y acabó convertida en una especie de costra repugnante, tan poca cosa que me inspiró lástima.

—No me encuentro muy bien —añadió la mujer, sosteniendo sin fuerza el cuchillo en la mano.

—A lo mejor basta con que corte yo —me ofrecí, voluntarioso.

Sin embargo, en cuanto se quitó de encima el cansancio se empeñó en cortar ella también.

—¡Es el colmo! —refunfuñó—. Podría creerse que estas ovejas se han zampado el mundo entero y han engordado con él más que las personas.

—A lo mejor ésa es la ventaja de ser oveja —dije yo, intentando mostrarme gracioso y filosófico.

—Vaya, ¿será por tu mucha experiencia? —preguntó la mujer, inquieta por lo que yo pudiera responderle.

Callé sin comprender lo que pretendía decir con aquello. Ella continuó, aunque no en el mismo tono sino ahora en otro distinto, y yo dejé que me diera la matraca con las ovejas, los carneros y los corderos, convencido de que ya les tocaría el turno a las gambas.

En ciertas partes de las tripas había unas líneas bellamente trazadas que se entrecruzaban como una filigrana blanca encima del azul brillante. Eran fibras de grasa medio seca que sobresalían al vaciar las tripas y juntarse las líneas. Un hedor dulzón llenó el aire durante un rato, y yo me asombré de que el mal olor pudiera ser a veces atractivo e incluso agradable. Éste lo era. Para colmo, aquello procedía de una tripa que poco tiempo atrás había sido el estómago de un precioso corderito, por lo que habría debido lamentar su muerte y considerar repulsivo el olor por ese mismo motivo. Entonces dije de pronto con vehemencia, después de aquellas meditaciones:

—Quiero una piltrafita para mí.

—Desvergonzao —dijo la mujer, chasqueando la lengua repetidamente en el paladar de su boca desdentada.

Callé y me quedé quieto.

—Ahí la tiés —dijo la mujer, al tiempo que me tiraba el intestino grueso que acababa de cortar; tenía la cara roja por el esfuerzo de permanecer inclinada tanto rato.

Estudí el interior de la tripa de cordero medio vacía en lugar de lavarla; la examiné y empecé a limpiar la porquería con más cuidado. Luego la fui pasando de una charca a otra, lavándola y relavándola hasta que quedó más o menos limpia. Me quedé pasmado al ver lo decorada que estaba por dentro, aunque los adornos sólo se veían después de quitar la mierda. La tripa era incluso más bella que un tapiz recamado, y más agradable al tacto.

—¿Cómo puede haber algo tan bonito dentro del intestino? —dije.

—Desvergonzao, no tentiendo —replicó extrañada la mujer, con voz chillona.

Las tripas no eran curiosas sólo porque transformaran flores en la caca de la que estaban llenas, dándole así fuerzas al cordero para subir corriendo por las montañas mientras transformaba olores y colores en una masa apestosa, sino porque estaban recamadas, aunque fueran blandas, con celdillas casi cuadradas y básicamente iguales aunque de distintos tamaños. Por eso, la tripa se parecía a casi todo lo que existe en el mundo, que es diferente o no del todo igual por fuera y por dentro, y lo más interesante estaba en lo que no se podía ver a simple vista; o hasta después de la muerte. Todo aquello me asombraba y despertaba mi curiosidad. Al abrirse aparecía algo que a mis ojos era valiosísimo, por eso se me ocurrió pensar que tal vez también nosotros fuéramos más bellos por dentro que por fuera. «¿Pasaré lo mismo conmigo?», pensé, y me dieron ganas de rajarme con el cuchillo para echar un vistazo a mis entrañas.

Aquel otoño, papá había destripado dos corderos lechales y uno mayor, y se quedó una oveja para hacer empanadas con la carne; además, se había repartido medio potro con el hermano de mi madre. Era la madre de éste quien estaba conmigo lavando nuestras tripas y parte de las suyas. La matanza se había hecho toda de una vez para ahorrar tiempo y trabajo.

Y yo, venga a pensar en la belleza interior y exterior y en la relación o la falta de armonía que pudiera existir entre ambas, sobre todo en esas partes en que estamos llenos de caca. Probablemente, el ser humano era más bello, pese a todo, en el vientre que en la mente o la cara, cuando no en las palabras y las obras, en las que papá decía que con demasiada frecuencia se hacía demasiado visible «la mierda mental». Por eso, todos necesitan acicalarse con autohalagos o lavándose. Pero la mayoría de las personas se embellecen con palabras. La mujer se dio cuenta enseguida de lo listo que me había vuelto yo, aunque no sabía que la frenética actividad de mis manos era consecuencia de la frenética actividad de mi cabeza y no de mi laboriosidad; así que dijo:

—Nadie pensaría que un muchacho tan niña como tú sería capaz de enguarrarse las manos lavando tripas. Y encima eres más listo que cualquier mujer. A lo mejor es porque no estás embarazado ni llevas nada dentro de la madre, y porque le das a la lengua menos que la mayoría de las mujeres. —Dicho esto, suspiró y siguió raspando tripas—. A lo mejor piensas hacerte carnicero, ¿eh? —preguntó pensativa.

No respondí.

—No, puede que sea mejor que te hagas impresor de libros, aunque la tinta de imprenta no es mucho mejor que la casquería —añadió.

No respondí.

—O las dos cosas a la vez, eso dará más dinero —prosiguió ella.

Me contenté con seguir lavando.

—O te organizas las dos cosas, la carnicería en otoño y el trabajo de impresor el resto del año —continuó—. Así seguro que serás un partido estupendo. —Hice como que no había oído el halago, y ella prosiguió, incansable—. Una ha oído decir que eres muy aplicado para aprender. Yo diría que no vas a gastar muchos zapatos en la vida, con tanto pasarte el tiempo dentro de casa. Por eso creía que eras un vago y un ñoño, las personas activas están siempre gastando los zapatos. Bueno, puede que sea verdad que eres muy bueno quitando piedras en vuestro huerto. ¿No sacó tu padre cuatro barriles de patatas este otoño, más uno de nabos? Así que ahora tenéis un huerto la mar de grande.

No me miraba mientras parloteaba como una cotorra, como si estuviera pensando en otra cosa. Yo sí la observaba, casi sin apartar los ojos de ella. Era una mujer mayor, fina, amable, a la que siempre llamaban Vieja Jóa, aunque quizá no fuese tan vieja, y alguna vez había debido de ser guapa. Vestía con elegancia pero siempre con la misma ropa, incluso el delantal, si bien su aspecto era decente; era mucho más baja que mi abuela y parecía hacer mejor pareja con el abuelo, en cierto modo. Él era bajo

y un tanto regordete, suficiente para entrarles por los ojos a las mujeres de todos los tamaños y formas, jóvenes y viejas. Ella era veinte años más joven que él. Yo estaba de acuerdo con papá en esto, pero no en lo que venía después: «¡Vaya con las mujeres! No es de extrañar que a veces se les vengan encima las máquinas de coser. Seguro que es lo que más desean todas ellas. Los taponcetes lo saben a la perfección».

El que la mujer no tuviera dientes y por eso pronunciara con un peculiar ceceo parecía el motivo de que hablase a aquella velocidad, aunque al mismo tiempo era ágil de movimientos y tenía una mente más bien infantil.

—Otros chicos no estarían nunca dispuestos a hacer esta clase de trabajo —continuó—. Y ya no hay forma humana de empujar a las chicas a hacer nada que parezca sucio. Han empezado a esperar impacientes un novio desde mucho antes de confirmarse y hacerse cristianas de verdad, y se compran cremas para las manos. ¿Adónde pretenden ir a parar? Estoy segura de que dentro de nada todo el mundo querrá ir al hospital o al médico privado. Es del todo imposible estar apuntado en la seguridad social y seguir siendo un ciudadano útil. De verdad lo digo. O las personas son útiles en la sociedad, o son unos inútiles en la seguridad social.

El mar estaba tranquilo y azul. Las olas rompían salpicando apenas sobre las rocas y el sol había conseguido romper la calina. Todo olía ahora a algas y piedras calientes. Me entraron ganas de tumbarme a no hacer nada en aquella paz que crecía con el rumor repetido de la ola.

—¿Qué será en el futuro de la producción de morcillas en este país? —preguntó casi en un sollozo—. No todo el mundo puede estar en una sociedad médica o en una imprenta.

Sentí la futura añoranza de las formas de vida abandonadas en un oscuro porvenir aún por llegar, y se me hizo la boca agua como si tuviera hambre, pues cuando llegara a adulto ya no habría morcillas de sangre en unos barriles que olían a ácido y a moho. Las morcillas de hígado me daban igual, en realidad me alegraba de que no fuera a haber nadie dispuesto a hacerlas.

—Podría creerme perfectamente que en el año dos mil no quede bicho viviente dispuesto a hacer la matanza o a preparar tripas de oveja —dijo la mujer—. Yo no creo que el fin de siglo vaya a ser nada del otro mundo. Mis padres festejaron el último preparando las tripas de dos ovejas extra, porque entonces reinaban el optimismo y la fe en el país.

Sacudí la cabeza, incapaz de pensar en un futuro tan inmensamente lejano que nunca podría ser distinto a como uno pudiera imaginarlo.

—Si para cuando las viejas hayamos muerto tiene que abandonarse la elaboración de morcillas de sangre por la mojigatería de la gente, ¿será eso la ruina total? —preguntó perpleja.

Yo estaba trabajando sentado, con las piernas abiertas, y miraba entre ellas hacia el mar, el cielo y las nubes, inclinándome hacia delante para enjuagar la tripas. La voz

de la mujer se volvía cada vez más aguda, cargándose de un tono quejumbroso, mientras a nuestro alrededor lucía el pálido sol del otoño. Un vapor extraño se elevaba desde las tripas que iban enfriándose, y se mezclaba con el aroma dulzón de las algas que se pudrían en la playa. Entonces me incorporé. El cielo estaba tan limpio, tan azul y tan llano como el mar. Con aquel cielo despejado casi podían verse los países extranjeros más allá, y escuché dentro de mí el eco de un himno fúnebre: «Tú ves más allá del mar del otoño en las costas desiertas...».

«Dios mío», oí dentro de mí, como en una oración.

Sabía ya que mi hogar estaba en esos países extranjeros, y tenía la costumbre de esconderme en algún pensamiento impenetrable siempre que escuchaba algo desagradable: «Déjalo, da igual. Ésta no es tu casa. Escapa hacia lo incierto, porque lo incierto es mejor que la certeza que te rodea».

—No dices nada —continuó la mujer con cierto tono de reproche; seguramente quería que yo mostrara mi acuerdo con lo que estaba diciendo y llorara el destino de nuestras morcillas.

—No —respondí, pensando en otra cosa.

Había dejado que mi mente se deslizara casi por completo hacia mi país extranjero e intentaba ser insensible a cualquier cosa que no fueran mis propios pensamientos.

—Vaya, pero por lo menos sabes escuchar a tus mayores y a las personas con más experiencia que tú, lo que es poco frecuente en los niños —añadió.

No contesté. Deseaba que el cielo y el mar me devorasen y me llevasen con ellos por los corredores que los atraviesan y que conducen hacia un cálido espacio azul. Sentí que la mente se me escapaba de la cabeza como una masa espesa y desaparecía en lo infinito.

—No, no eres tan femenino como para estar hablando sin parar y sin cerrar el pico todo el santo día sin decir nada —dijo ella con voz profunda, y me estudió con los ojos. Me encogí de hombros, cansado de aquella cháchara que no podía evitar—. Es una mala costumbre de algunas personas —continuó, sin mirarme; al parecer prefería fijarse en su trabajo en vez de en mí.

Estaba inclinada hacia delante, afanándose con un cuchillo de mesa que no tenía filo, para no rajarse el interior de las tripas sin querer.

—Venga, di algo por una vez —me acució.

Abrí la boca y señalé con el dedo la tripa de su oveja.

—¿Qué pretendes decirme con semejante gesto? —me preguntó, intrigada, mirando la tripa.

—Los diamantes tan bonitos que tiene por dentro.

—¿Qué? —preguntó la mujer.

La examinó y pareció quedarse de piedra ante la multitud de celditas cuadradas que sobresalían.

—Es bonito —dije. La mujer refunfuñó, dejó de mirar e incluso se puso a raspar

con más energía.

—¿A ti no te lo parece? —pregunté. Que la naturaleza hubiera decorado con baldosines las tripas de las ovejas se me antojaba algo sacado de un cuento—. Los campesinos alimentan a las ovejas con heno, pero Dios alimenta las paredes de sus estómagos con un patrón de tapiz —añadí, para desarrollar la idea.

—Nunca he escuchado decir nada semejante —replicó la mujer, consternada, jugueteando nerviosa con el cuchillo.

—No me lo claves —dije yo.

—Me parece que no estás en tus cabales —repuso la mujer, con cierta expresión de susto en los ojos, porque era una mujer decente, nada partidaria de tener opiniones propias ni mucho menos de presumir de ellas. En cambio, siempre estaba de lo más dispuesta a ayudar a los demás para que no se oyera nada feo sobre la vida y la conducta de la gente del pueblo. Refunfuñando, añadió—: Pues entonces todo debe ser bonito, si lo son hasta las tripas.

—Los intestinos tienen buen sabor —repuse.

—Y yo que creía que eras un chico listo —dijo ella, en tono conmisericordioso; dio un respingo y dejó de trabajar—. ¿Y esas tonterías son todo lo que tienes en la cabeza?

Entonces le pregunté por qué las celdillas estaban por dentro en vez de por fuera de las tripas y por qué tenían una forma tan regular.

—¡Pues ya ves lo caprichosa que es la belleza! —respondió, perpleja.

La mujer se me quedó mirando sin comprender, moviendo la boca desdentada sin saber qué decir, y me observó varias veces de reojo.

Callé, y ella pareció alegrarse de mi silencio, hasta que dije:

—Quiero saber por qué tienen cuadraditos las tripas y por qué las cagarrutas salen con formas regulares de los corderos mientras que las cacas blandas de las vacas son redondas y se les forma un agujero en el centro al secarse en el suelo. El pienso se convierte en una masa pastosa en el estómago de todos esos animales.

—¿Qué? —preguntó la mujer—. A ti te falta un tornillo, pensando esas cosas cuando está a punto de empezar la escuela en la que vais a aprender tantas cosas bonitas. ¿No empieza la semana que viene?

—Mamá me puso a mí a remover la sangre, cuando le cortaron el cuello a la oveja con el cuchillo de matar —reliqué—. Me apetecía tener sangre en los dedos y saber cómo es la muerte.

—No lo sabrás hasta que te mueras —dijo ella con una risotada fría.

—Un poco ya lo sé, cuando siento la sangre en los dedos —repuse—. Igual que los asesinos.

—Me he equivocado de lleno contigo, no andas bien de la azotea —repitió la mujer, y aceleró su trabajo para poder volver a casa.

Lavé el cuchillo de cortar en el agua de la charca, que estaba turbia de sangre y porquería. Empuñándolo, pregunté:

—¿También las personas tenemos esos baldosines?

—Ten cuidado con el cuchillo, que corta —advirtió la mujer, asustada—. No es una navajita desafilada. —Debía de haber apuntado el cuchillo hacia ella sin darme cuenta, porque protestó y añadió, casi llorosa—: Encima eres malo y te divierte remover la sangre, como a los malhechores.

—Sí, es verdad —admití—. Me gusta remover la sangre caliente hasta que se enfría, para que no se solidifique, y también me gusta sentir en los dedos eso que son como los nudos de una telaraña roja.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Los coágulos de sangre?

—Quiero saberlo todo sobre la sangre —respondí.

—Me parece que nunca más voy a llevarte conmigo a lavar tripas —replicó ella—. Prefiero hacerlo sola, así estaré tranquila.

Interrumpimos la conversación y nos quedamos en silencio. Me sobrevino una paz que me adormilaba. Sólo se escuchaba el rumor del mar y algún que otro chapoteo en la charca mientras lavábamos. Sentí que acababa de acceder al discernimiento o la comprensión de La Cala y la bahía, allí donde la lava brotó, por alguna razón desde las entrañas de la tierra y en su avance formó un inmenso número de delgadas capas.

«Fue el deseo de fluir hacia el mar, pero se solidificó a medio camino», pensé.

Como consecuencia de estas cosas, se me vino a la cabeza mi madre, que estaba en casa moviéndose con grandes dificultades, embarazada, y a quien aún le quedaba por delante parir y desembarazarse. Así que de repente dije:

—Las mujeres cagan críos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó la mujer.

—Los niños son las cacas de su madre —respondí.

—¡Desvergonzao! —exclamó la mujer.

—No —dije yo.

—Tienes que respetar a tu mamá —dijo ella, preocupada.

—Claro —asentí.

—No pienso seguir escuchando —replicó la mujer—. Me vuelvo para casa ahora mismo y te dejo solo con tus guarrerías.

—¿Entonces no es verdad que la mamá caga al niño? —pregunté, hechizado por mis ideas y por el aleteo de las palabras que surgían de ellas.

Cuando se les preguntaba de dónde venían los niños, las mujeres solían responder: «Bueno, pues del estómago de su mamá, claro». Todos los chicos conocían la verdad y les gustaba jugar a hacer mentir a su madre, porque así sabían que las mamás no eran tan santas como ellas se creían. «Bah, todas mienten», decían los chicos. Pensaban que las madres se alababan demasiado a sí mismas como para poder darles crédito, y los muchachos no estaban dispuestos a cortarse lo más mínimo en su adquisición de experiencia. Solían decir que habían visto a su papá meneándose por la noche encima de su mamá para intentar meterle otro niño y poder así dejar de

pelearse y pensar en otra cosa que no fuera que el matrimonio había llegado a un punto muerto. Todos se amontonaban debajo del mismo edredón en la misma cama. Después, los chicos se divertían metiendo la mano entre las piernas de su papá para agarrarle el rabo con mucho cuidado.

Los más valientes aseguraban que lo habían hecho, habían cogido muy suavemente el pito resbaladizo, recién salido de dentro de su mamá; pero el papá era un tonto y estaba tan alelado, tan cansado o todo a la vez después de aquel meneo, que se limitaba a suspirar, a punto de dormirse: «Otra vez no, cariño; ya es suficiente por ahora». Los chicos se divertían con esa clase de historias.

—Semejante tontería no merece respuesta, me arrepiento de haberte traído — chilló asustada la mujer.

No insistí más y continué el trabajo, experimentando el placer de sentir las tripas rugosas y resbaladizas entre mis dedos, casi hipnotizado por la sensación. La mujer preguntó entonces, de pronto, como si hubiera tenido una revelación:

—¿Estás molesto conmigo por haberme casado con tu abuelo, quizá?

No respondí, pero aquellas palabras empezaron a darme vueltas dentro de la cabeza.

—Hacía ya mucho tiempo que se había terminado todo entre tu abuela y él — añadió—. No es sólo el asunto de la máquina de coser, qué va.

No respondí, pero vi el golpe de mi abuela al caer.

—Bueno, vamos a darnos prisa en abrir los intestinos —dijo la mujer con un tono como de rendición.

Los agarramos de un extremo cada uno y empezamos a cortarlos en tiras y a rasparlos a fin de poder usarlos para envolver salchichas de oveja. Me di cuenta de que lo que parecía hierba mal masticada se iba haciendo más compacto a medida que bajaba por los intestinos, hasta que en el intestino grueso se había convertido en algo así como chirles, todos del mismo tamaño.

La mujer refunfuñó cuando hice esta observación, pero no volvió a encomendarse a Dios.

—Me encanta cortar intestinos y darme cuenta de cuánto aporta a la despensa familiar la elaboración de las salchichas de oveja ahumadas o saladas —dijo con una voz casi alegre.

—A mí me gusta el intestino grueso más que nada en el mundo —coincidí, mostrándome irónicamente de acuerdo con ella.

—Por fin nos ponemos de acuerdo —dijo la mujer, resplandeciente de felicidad.

Una vez terminado el trabajo, teníamos que llevar las tripas a casa, y la mujer las colocó aún empapadas sobre las angarillas.

—Ahora estas tranquilas y quietecitas —les dijo risueña a las tripas.

No había forma de mantenerlas en su sitio, se iban de un lado a otro y eran más difíciles de controlar ahora que estaban limpias que cuando estaban llenas. La mujer decidió facilitarme las cosas esta vez yendo detrás de mí con las angarillas; de todas

formas, me cansaría igual porque era más bajo que ella, menos cuando estuviéramos subiendo la cuesta por el suelo sembrado de piedras. Así que cada uno agarró sus asas y levantamos las angarillas. Las tripas mojadas se corrieron instantáneamente hacia la mujer.

—Vamos a dejar las angarillas un momento —oí que decía, mascullando maldiciones.

Obedecí.

—Las malditas tripas se me vienen encima —protestó, al tiempo que se raspaba con la navajita la porquería que le había caído en el delantal y en las piernas.

—Vale —dije yo mirando hacia atrás.

—Vaya por Dios —musitó ella.

Volvimos a ponemos en camino y llegamos casi hasta la cresta. Entonces levanté más las angarillas y volví a tambalearme. La mujer se rindió al fastidio de las tripas y exclamó, más resuelta aún que antes:

—Vamos a dejar las angarillas para poner bien las malditas tripas. Menudas tripas, me han puesto hecha un asco.

Obedecí. Esta vez no miré atrás. La mujer me hizo una señal con un silbido y nos pusimos en marcha de nuevo, pero en cuanto levantamos las angarillas las tripas dejaron bien claro que el descanso no las había tranquilizado.

—Ahora ya no entiendo ni jota —dijo la mujer—. Parecen más vivas que muertas.

Daba la impresión de que las tripas no dejarían de embestir nunca y no hacíamos otra cosa que levantar las angarillas para volver a dejarlas en el suelo. Todo el tiempo la misma historia, y la mujer se ponía cada vez más perdida de porquería en el delantal y las medias.

—Espera un momento —le dije, cansado de que me diera órdenes cada vez que intentábamos volver a ponemos en marcha.

Se me había ocurrido una solución para sujetar las tripas: colocarles encima algunas piedras de las que había en la playa, que estuvieran limpias y fueran suficientemente grandes.

La mujer se quedó tan boquiabierta cuando se lo dije que casi no podía ni moverse, y cesó en sus intentos de echar a andar una vez tras otra con las angarillas a cuestas. Estaba encorvada y tenía las asas sujetas, pero no me ordenó que levantara las mías.

—No creo que semejante invento funcione —dijo con la cara muy roja; casi no podía ni respirar, pero se quedó mirándome de hito en hito mientras yo colocaba las piedras.

—Ahora levantamos las angarillas al mismo tiempo y podremos caminar —aseguré al terminar.

Así lo hicimos, y las tripas dejaron de moverse, sujetas por las piedras.

—Vaya, pues sí que eres apañadito, sesos no te faltan —dijo la mujer con un

suspiro de alivio, aunque el tono de su voz revelaba desconfianza.

Continuamos.

—Vamoaver, serás científico —la oí decir de pronto—. Que se te pudiera ocurrir una cosa así —añadió, perpleja. Después todo fue tolerablemente bien. Llegamos sin incidentes a lo alto de la cresta pedregosa y descendimos por el otro lado, y luego dejamos a nuestra espalda las laderas arenosas. Cuando llegamos a casa y sentimos el suelo de guijarros debajo de nuestros pies, dejamos las angarillas. Entré corriendo y, eligiendo una forma de hacerlo que me asegurase que me respondería, le pregunté a mamá:

—¿No hay que saberlo todo sobre las tripas, los intestinos y la caca si uno quiere ser médico?

Me miró sin comprender y sin saber de qué le estaba hablando, o quizá fuera que no estaba dispuesta a mostrar su conformidad sin condiciones.

—Contéstame —le rogué sin apartar los ojos de ella.

—Bah, no quiero oír semejantes barbaridades —replicó, y preguntó, en tono de reproche—: ¿Dónde has aprendido esas guarrerías?

—Pues claro que hay que saberlo todo sobre el cuerpo y no tener miedo de decirlo —repetí con obstinación.

Mamá pareció enfadarse un poco y me dio con la bayeta de limpiar la mesa. Por lo visto no era mucho mejor que su tocaya, a la que oí gritar llamando desde donde habíamos dejado las angarillas:

—¿Es que piensas dejarme aquí toda la vida?

—Los médicos no hablan de ese modo y no andan diciendo tonterías —dijo mi madre—. Porque son educados y limpios de palabra y obra.

La miré pasmado. Era como si se diera cuenta de que yo la creía una completa mentirosa.

—A un médico bueno y escrupuloso le basta con saber lo que pregunta siempre el conductor en el camino a casa, cuando uno ha ido solo a Reikiavik en el autobús —añadió.

—¿Qué es lo que pregunta? —dije tontamente; nunca había viajado yo solo en autobús.

—Pues faltaría más, dice «Bueno, ¿qué tal los análisis?».

La Vieja Jóa había entrado sin que yo me diera cuenta, y pidió una palangana de lavar. No parecía muy interesada en la conversación. Echó mano de la palangana, puso las tripas y se las llevó adentro. De repente dijo, cuando ya no podía seguir ignorando la charla:

—Jóa querida, me he quedado de piedra, patidifusa, ahí abajo, en La Cala, cuando le he oído decir esas cosas. Te lo digo tal como ha sido. No pienso volver a llevarme a este muchacho tuyo; y mejor que ni se acerque cuando hagamos lo que aún nos queda por hacer, que es escaldar las tripas. Dios sabe cómo acabaríamos.

A mí me daba igual que me echaran, pero mamá pareció molestarse al oírla.

Carraspeó, aunque nunca conseguía quitarse del todo la mucosidad de la garganta.

—Esto ya está listo —dijo la Vieja Jóa al comprobar que el agua de la cuba de la matanza estaba ya lo bastante caliente para empezar.

—Preferiría cualquier cosa antes que mi hijo tenga que ir por la vida sin saber escaldar —respondió mamá un tanto ofendida, saliendo en mi defensa.

La respuesta me pareció misteriosa. No la comprendí, e incluso pensé que era un poco tonta, pero después de darle vueltas empecé a creer que mi madre tenía razón.

El agua resultó estar suficientemente caliente, casi hirviendo, de modo que ya me puso a escaldar junto a su tocaya, sin más. Creo que casi todo lo que he hecho desde entonces no ha sido otra cosa que escaldar tripas.



Gudbergur Bergsson nació en 1932 en Grindavík, un pequeño pueblo de pescadores en el suroeste de Islandia, a cincuenta kilómetros de Reikiavik. Tras ejercer los oficios más diversos, en 1956 se embarcó para España y llegó a Barcelona, donde, entre otros, frecuentó a Carlos Barral, Gabriel Ferrater, Jaime Gil de Biedma y Jaime Salinas. Traductor al islandés del *Quijote* y de conocidos escritores en lengua española, es autor de más de veinte obras, entre novelas y libros de cuentos. Ha merecido en dos ocasiones el Premio de las Letras Islandesas, y en 2007 fue distinguido con la Orden de Isabel la Católica. Tusquets Editores ha publicado sus novelas *El cisne*, *Amor duro*, *La magia de la niñez* y *Las maestras paralíticas*.

# Notas

[1] Se refiere a una tradición local, reflejada en un topónimo, «el camino de los berserk». Éstos eran desde la Edad Media, en el folclore islandés, unos individuos de fortaleza descomunal. (*N. del T.*) <<

[2] «Un hombre es el gozo de otro», del poema *Las palabras del Altísimo*, incluido en la Edda Mayor medieval islandesa. (N. del T.) <<